3 1761 06981874 8

ojuetfalos

CUENTOS DE FRAY MOCHO

"LA CULTURA ARGENTINA"

JOSE S. ALVAREZ (Fray Mocho)

CUENTOS de FRAY MOCHO

Con una introducción de
MIGUEL CANÉ

ADMINISTRACION GENERAL:
VACCARO — Avenida de Mayo 638 — Buenos Aires
1920

PQ
7797
A57A6
1920

INTRODUCCION

FRAY MOCHO

Un día, en París, hace algunos años, recibí un pequeño libro, malamente impreso y firmado con un pseudónimo que había visto algunas veces al pie de artículos que, en general, no había leído. Era el *Viaje al país de los matreros*, mal título también, que ocultaba una de las pinturas más deliciosas y exactas que existen de un pedazo de suelo argentino, precisamente del más característico: tal vez de aquel formado y sin cesar modificado, por el aluvión formidable del padre de los ríos nacionales. Comuniqué mi impresión a su autor en una carta entusiasta, cuyo borrador siento no poseer en estos momentos, para darla de nuevo a luz, como el más cumplido homenaje al talento literario del hombre que nuestro mundo intelectual acaba de perder.

Más tarde, Fray Mocho, publicó su *Viaje Austral* que, como fuerza descriptiva vale quizás su primer ensayo, pero que le es superior en sus elementos de drama. Esa dura vida del lobero, en la intrincada red de canales entre los que va disolviéndose la más austral de las tierras habitadas, está pintada con una verdad y una intensidad tales, que parece increíble haya podido dibujarse el cuadro y darle color, sin haber visitado minuciosamente el teatro de la acción. Y sin embargo, según tengo entendido, Alvarez nunca visitó el Estrecho.

Más tarde, con motivo de la fundación de este semanario, de *Caras y Caretas*, para el que se me pide estas líneas de admiración y de pena, Alvarez cayó en la huella normal de su espíritu — y abordó el género para el que le habían preparado, no sólo las condiciones peculiares de su inteligencia viva, sagaz, observadora, de una sensibilidad de placa para retener la impresión de los ridículos más fugaces, sino también su vida azarosa, difícil, un tanto bohemia, en la que había tomado contacto material con todos los bajos fondos sociales — y contacto moral con todos los

dolores y amarguras de la miseria. No pocos de sus cuentos, o más bien dicho, de sus escenas, porque se preocupaba muy poco de confabular, si bien mucho de pintar, ocultan, tras la forma retozona e irresistible que le es habitual, un fondo de profunda simpatía por el desheredado cuya ignorancia o mala suerte le sirve de tema. Poco antes de embarcarse para el Paraguay, tuve ocasión de verle y escribirle. Le hice ver que había llegado para él la hora de pedir a su espíritu lo que nos había prometido y le conjuré para que, a su regreso, se entregara al trabajo con método y plan.

No soy un entusiasta delirante por el *criollismo* en nuestra literatura. La razón fundamental es que siempre, o casi siempre, las producciones *criollas* no son, a mis ojos, sino reproducción de viejos temas, viejas pasiones, viejas intrigas, sin ubicación necesaria, pero revestidos de un lenguaje vulgar, trivial y de una repetición de símiles, lugares comunes y otros recursos, realmente agobiadora. Brieux, si hubiera visto una pieza *criolla*, que se está dando con éxito, habría podido hacer de ella *Blanchette*, con sólo cambiar el sexo del protagonista.

Alvarez no entendía así el *criollismo;* mejor dicho, no se preocupaba de ninguna manera de entenderlo o comentarlo. Como todos los artistas verdaderos, se ocupaba sólo en producir y esto de la única manera que podía hacerlo, mirando y pintando. Sus personajes no sólo hablaban como estamos habituados a oir hablar en nuestros campos, calles y casas, sino que sentían y concebían las cosas, como las sienten y las conciben necesariamente, por educación, por herencia y por influencia del medio, los diversos tipos sociales de nuestro país. Yo le decía a Fray Mocho: "Usted está destinado a escribir la primera comedia *criolla* de nuestro futuro teatro. Deje al gaucho tan esquilmado, al compadrito que sólo debe ser un personaje episódico y plante su escena, como sólo usted sabe hacerlo, en una casa modesta, de barrio lejano. Traiga usted allí a la mamá y a las niñas, al papá, nacido allá por 1840, al pariente, a las vecinas y haga usted hablar a toda esa gente. No se preocupe usted de la acción; hágale usted hablar, sentir y pensar como usted sabe que en ese mundo hablan, sienten y piensan, y le auguro a usted un éxito de primer orden". Alvarez sonreía, pero allá en el fondo acariciaba la idea con la conciencia de poder realizarla de incomparable manera.

Brutalmente, la muerte se lo lleva cuando la vida empezaba a serle menos rigurosa. El reposa, pero va

a faltarnos, en esta monotonía seria y en esta espectativa casi angustiosa en que vivimos, la alegre nota semanal de Fray Mocho, en la que poniendo de relieve uno de los aspectos de *nuestro* ridículo, nos hacía gozar por la admirable penetración del artista, y por la verdad del tipo estudiado.

Todos esos bocetos van a ser reunidos en volumen. Ahí deberán ir a estudiar todos los que quieran interpretar nuestro microcosmos social, como en las horas largas y tristes allí se deberá buscar el reactivo contra las sombras del espíritu.

Hemos perdido un verdadero temperamento artístico y el día de ayer, que fué el último de un hombre que tomó muy poco a lo serio la vida y el arte, ha sido un día de duelo para las letras argentinas.

MIGUEL CANÉ.

Agosto 24 de 1903.

CUENTOS DE FRAY MOCHO

EL LECHERO

Siendo la leche el primer alimento que se da a los recién nacidos, necesario era que mi primer artículo para *Caras y Caretas* tuviese sabor lácteo, para lo cual ningún tipo de los que me obligaron a presentar se acomodaba tanto a mi propósito, como el del lechero.

Ya se fué el marchante de los buenos tiempos viejos, que los niños esperábamos ansiosos por la yapa de la leche, exigua y por ello sabrosa, y los más grandecitos y traviesos, por el mancarrón cargado con los tarros, sobre cuyas tapas envueltas en trapos, se extendía el cuero de carnero que le servía de trono y sobre el cual, arrodillado y erguido el busto, marchaba a trote de lechero, como se decía, el viejo vasco cantor y alegre.

¡Qué famosos galopes hasta la bocacalle, con corridas de todos los perros vecinos!

Se fué el marchante y con él se ha ido una nota típica de Buenos Aires y también el arreador usado como cetro; la boina terciada sobre la oreja; el chiripá de granos de oro cayendo apenas sobre la bota de becerro chueca y embarrada; el tirador que era una especie de cafarnaún en que se hallaban botones desertores, cartas de mucamas aventureras que comenzaban con el invariable "cerido, marchante digamé ci es cierto que me dará el haniyito ci le doy el veso", pesos chicos con carnerito, cabellos mezclados con flores secas, horquillas para la novia preferida — la paisana — que le esperaba entre sus patos y gallinas, allá por Morón o San Justo, y a veces el papelito en que "la

patrona gorda", "la flaca de Maypú", "la vieja del Socorro", como él designaba a su clientela, le encargaban manteca fresca o huevos caseros para la niña y también las milongas en vascuence, entonadas al bordear un charco suburbano, y la original "fonda de vascos" donde entre copa y copa de vino se comentaba a gritos toda la vida porteña, mirada desde la cocina.

A otros tiempos otros tipos.

Ahora tenemos el carrito con vasijas de latón, lustrosas de puro limpias; el lechero de delantal y gorro blanco, serio, grave, que no canta ni ríe, ni dice chicoleos; la manteca en panes de ilusión y la harina y el agua y la sofisticación reinando omnipotentes con sellos, patentes, certificados químicos y tapas higiénicas!

Y ahí va la vida, siguiendo su tortuoso camino, cada día menos pintoresca, menos nacional, diremos, pero más arreglada a las leyes y ordenanzas, por más que el viejo marchante desalojado, diga melancólicamente, al ver pasar uno de los carritos triunfadores:

—¡Arodá no más... masón condenao, que ya te allegará tu hora!...

PASCALINO

Es uno de nuestros calabreses más distinguidos y al mismo tiempo el verdulero más popular del barrio de la Piedad, cuyas calles recorre diariamente con su carrito de mano, desempeñando alternativamente el papel de caballo de tiro y el de comerciante al menudeo.

Es una especie de guión tirado desde la elegante casa de familia hasta el modesto cuarto de conventillo, y él nivela, tuteándolas, a la empongoro-

tada dama a quien le falta de repente algún ingrediente para preparar un plato improvisado, con la cocinera sin trabajo, que para no perder la costumbre y asentar la mano, se sisa a sí misma cinco centavos en el clásico puchero.

Con su galerita terciada sobre la oreja, sus pantalones y su saco deshermanados, que de puro cortos ya casi ni se saludan, va de puerta en puerta, asomando su cara de doble sentido, — pues desde la boca para arriba parece ser de un flaco melancólico, y desde el mismo punto para abajo, de un gordo divertido — y, gritando con doliente voz de falsete, que filtra como en chorritos como a través de una mascada cosmopolita, verdadera asamblea de puchos callejeros:

—¡Se me cáen los pantalones!... ¡ay!... ¡se me cáen los pantalones!

La frase pregonera, que más parece anunciadora de catástrofe escandalosa, ya no llama, sin embargo, la atención de la clientela: todo el barrio la conoce y sabe que traducida al criollo quiere decir simplemente:

—¡Señora!... ¡Aquí está Pascalino!

Y convocadas por ella salen las compradoras a la puerta, quienes francamente y quienes con un gracioso recato, revelador de escrúpulos sociales muy recomendables, mientras otras entablan su negociación desde el descanso de la escalera, obligándole a viajes frecuentes, hasta el carrito, que le permiten desplegar las gracias de su porte.

—¿Tiene longaniza, marchante?

—¡Nun e buona per náida!

—¿Por qué?

—¡Mó!... ¡Yandangarando periti li canachi dil monichipio!

—¿Qué me dice?

Aquí Pascalino, que se siente importante con

su noticia, exclama en tono sentencioso al par que discretamente petulante:

—¡Domandalo al tuo maritos!... Li canachi, vendono li periti a cuelo qui fanno cholchicho... ¡Guandío ti lo dicos e berqué lo só!

Y extrayendo del carrito un envoltorio de papeles y de éste una yunta de chorizos que para lucirlos mejor hace cabalgar sobre su índice:

—¡Berá!... Roba fina cuesta... ¡Bó!... ¡Li chorichi non si fanno gun artigoli di pero!... ¡Cuesto si po mangiare comi-ti-lo-dico!

—¡Pero marchante... yo lo que necesito son longanizas!

—¡Ti prechisa chorichi!... ¡Lo só bene!... ¡L'altra ruba non e buona, te l'ho deto!

—Pero vea, marchante...

Pascalino se siente arrebatado; las venas del cuello se le inflan, los ojos se le inyectan: le revuelve la bilis, evidentemente la terquedad de una cliente que quiere longaniza cuando él no tiene y se encamina apresuradamente a su carro como para marcharse, pero vuelve con la misma rapidez, se encara con ella, desocupa la boca de la mascada que le dificulta la palabra, y le dice con tono despreciativo, aunque casí lloriqueante de puro meloso y derretido:

—¡Mó!... ¿Berqué nun parlate guiaro allora?... Voy volete artigoli fati gon gose di pero... ¡Ebene!... Andati al meregato si volete... ¡Pascalino non dimentigará di la sua fama!

Y ante semejante indignación la compradora que necesitaba longanizas, se somete a la tiranía del marchante que, de casa en casa y de puerta en puerta, urde mentiras en su media lengua e impone su voluntad soberana.

INSTANTANEA

Bajo el azote de la lluvia que caía silenciosa, tenaz y como acompasada, llegó el jinete frente al rancho desmantelado que ocupaba la china hospitalaria, famosa en el pago; maneó el petizo maceta y panzón, cinchado casi en los sobacos, dobló el cuero de carnero que le servía de cojinillo, a fin de evitar la mojadura de la lana, y notando un caballito de cola recortada y atusado con coquetería, que dormitaba con una pata encogida bajo la diminuta enramada — refugio de una pava viuda y de media docena de gallinas, usufructuarias de un gallo cegatón — movió la cabeza como con desagrado y silbando entre dientes una mazurka mestiza de tarantela, se acercó a la puerta enclenque e indiscreta; golpeó con los nudillos suavemente y esperó la respuesta con aires de desgano y desconfianza.

—¿Quién es?... — respondió una voz varonil y bien timbrada, que no era por cierto la ronca y casí gangosa de la buena amiga.

—Sono ío... Angelo... ¡il discarriadore de la estancia!

—¡Ah!... ¡Bueno!... ¡Aquí no precisamos descarriadores por áura!

—¡Ma!... ¡Llove com'in cane e non ho piú cavallo!... ¡Il petizo l'he riventado!... ¡Ho fatto ina galopiada dila gran siete!

—¡Bueno!... Vayasé a la pulpería, entonces... ¡Está ahí!... ¡atrás del cardal!...

—¡Non poso!... Dichetele a la patrona... que sonno ío... ¡Angelo!

—¡Dice la patrona que se deje de... embromar y que si es ángel por que no vuela!

—¡Corpo di Dío!... Dichetele que non posso... ¡perque sono pechone!

Y mientras de adentro se contestaba con una carcajada su salida espiritual, él se enhorquetaba en su petizo y estimulándole con el chicoteo de sus piernas, se perdía al trotecito entre el cardal verdegueante, donde cantaba la lluvia su eterna canción monótona.

MONOLOGANDO

—Mirá Juaquín, vos no me conocés tuavía; vos no sabés la liendre qu'es Justo Pérez... Aquí ande me ves con mi sombrerito requintao y mi pañuelito en el pescuezo, soy hombre que lo mesmo me siento en el pescante de un coche particular, de esos que tienen caballos como los de aura—que estiran en cuanto se paran y levantan la cabeza con orgullo, como si jueran dotores—que entre el molinete de una chata, con cola... Yo nací en la calle Maipú, ¿sabés?... en la casa e los Garcías y h'estao acostumbrao a darme con gente y no con basura... Bueno!... Y si no lo sabés, sabelo... a mí me cristianaron en la Mercé y jué mi padrino un italiano que tenía almacén al lao de casa y que se murió pa la fiebre grande... ¡Ile tomando el peso!... ¡Bueno!... Y cuando era vendedor de diarios siempre lo veia a don Bartolo, ¿sabés?... ¡Bueno!... Y por eso me da rabia que un alfayate como el pardo González, dentre a ser cabo nada más que porque la mujer es planchadora del comisario... Mirá, che, a mí no me des hombre que se priende de polleras pa subir... ¿sabés? De asco pedí la baja y no vuelvo a la policía si no es que me llevan preso... ¡Juna perra!... Si yo juera como González, no me hubiesen faltao protecciones ni cadeneros... Tamién he te-

nido mi pior es nada, aunque sea feo decirlo... pero, mirá... cuando dejé de ser floristo y dentré a la cuarta, tenía una mujer italiana que había sido ama e leche de don Marquito Avellaneda... ¿sabés?... ¡Bueno!... Y ella me decía siempre que m'iba a hacer ascender... y... ¿sabés? lo qu'hice?... ¡Bueno!... Le pegué una patada a la suerte, pedí la baja y me juí con otra,—una corista e Raffeto—y m'hice correntino e Morel... ¿te acordás?... ¡Bueno!... Y ¿qué querés?... yo soy así... lo mesmo trabajo e zanagoria en cualquier circo, que me priendo el machete u agarro el látigo y las riendas y salgo por esas calles vendiendo almanaques... ¡Bueno!... Y aura ya sabés: pa mí s'hizo la milonga e Morales

Mi madre se llama Clara
Y mi hermana Claridá;
Yo me llamo Francamente...
Miren qué casualidá!

ME MUDO AL NORTE

Siempre lo dije: si las cosas siguen como van, hasta hoy yo tendré que abandonar estos barrios ... ¿Quién diablo puede vivir hoy en el sur, a menos que no sea algún payucá de esos que se mantienen con churrasco y le hacen cara fea a un caracol?... Si esto está cada día más imposible... Antes siquiera tenía uno los rezagos del Mercao Viejo o la sopa e San Francisco, ¡pero aura!... ¿Y del río, qué me dicen?... Siempre era un recurso... Lo tenía uno "ahicito no más", como decía ño Pantalión, y siempre se hallaba entre la resaca un sábalo asonsao, una bo-

ga con la jeta rota o un bagre atorao con el anzuelo... ¿Y aura?... ¡Vaya uno a dar con el río!... ¡Lo han ido reculando, reculando ... hasta el diablo !... ¡No!... Eso sí... pa vivir bien, el Norte; esa es gente que sabe... ¡y después, la municipalidad ayuda siquiera!... ¡Se acuerda del vecindario!... Uno va por la vedera y camina trompezando con la comida... ¡un caracú aquí, un espinazo allá!... Los basureros siquiera son allí hombres de sociedá y a veces por un compromiso u por otro, se les pegan las sábanas... ¡y dan un calce!... ¿Y qué me dicen de las diversiones?... ¡Se sienta uno en una puerta y aquello es un veinticinco e mayo!... Coches llenos de muchachas alegres, bicicletas, casas en que tocan el piano, carreros satisfechos con las propinas y que hasta pagan una copa... almaceneros que tiran cachos de salchichón... ¡No!... ¡Aquello es otra cosa: no se puede negar! Y después Palermo, la Recoleta, las quintas llenas de flores... ¡No, no!... ¡He sido un bárbaro!... ¡Me mudo al norte!

LEYENDAS ENTRERRIANAS

MAS VALE MAÑA QUE FUERZA

Fué alrededor de los fogones camperos de Entre Ríos, donde oí por vez primera los fragmentos del poema simbólico—de que forma parte mínima esta leyenda sencilla—destinado a perpetuar por la tradición oral el conocimiento que los hombres adquirían de la vida y costumbres de los animales, ya en las cuchillas enhiestas en que el sol fecundante reverbera, como en las cuestas alegres donde verdean los pastizales tutelares y

negrean los montes rumorosos o en los juncales movedizos que tienden su manto pintarrajeado sobre las aguas dormidas de los arroyos y de las lagunas.

Cuando el hombre no reinaba todavía sobre todos los animales que pueblan la tierra, era el avestruz el rey de ésta, pues con su velocidad y su oído fino escapaba a las acechanzas del tigre—su rival, que le aguardaba oculto entre los pastizales hirsutos,—dominándole con su vuelo poderoso, que le permitía penetrar al monte enmarañado e ir a sorprender sus crías—arrebatándolas al celo de la madre—para elevarlas en los aires y estrellarlas sobre los raros pedregales del llano o de las abras medrosas.

El avestruz volaba entonces como un gavilán y nadaba como un pez; perdió estas facultades cuando, orgulloso de su dominio en los aires, en la tierra y en las aguas, quiso llegar hasta las nubes para verlas por detrás. Un rayo le quemó las alas y con ello le quitó no solamente el dominio de los aires, sino también el de las aguas, pues apenas le quedó la propiedad de nadar en línea recta—recurso extremo en caso de persecución excepcional—sin poder manejarse a voluntad.

En cada región tenía un rival temible: en la tierra el tigre, en el agua el sapo y en los aires el águila negra, habitadora silenciosa de la copa de los molles y coronillos. El sapo—que en el poema personifica la astucia—era el más grande calavera de la región, y como cantor, guitarrero y divertido, su fama era tan universal como su suerte en lides amorosas.

Ya no eran sólo las ranas y renacuajos su prole conocida, sino que, sorprendiendo una siesta a la vieja del agua, libando las flores de un camalote, engendró en ella el bagre negro, que habita entre los charcos y lagunas, ufano de su origen;

en una tararira, que jugueteaba entre un juncal naciente tuvo al moncholo inquieto, y en la anguila, que vive en el cauce de los riachos sin corriente, la raya venenosa y agresiva.

Una noche sorprendió dormida una víbora de la cruz junto a un cañaveral donde acostumbraba a ocultar su ponzoña para bañarse y dió vida al escuerzo repugnante, y en otras víboras inofensivas engendró el lagarto y la lagartija, y en la de dos cabezas el camaleón de veneno letal.

Sus amores y sus riñas con hermanos y maridos ofendidos, forman en el poema un largo capítulo interesante, y cuando el avestruz conoció las perturbaciones que en el agua y en la tierra introducía su conducta desordenada, le declaró franca guerra de exterminio.

Apercibido el sapo de la merma que sufría su prole, buscó al avestruz y lo retó a duelo, mereciendo de éste una sonrisa de desprecio que le alcanzó al alma, si acaso la tenía.

—¿No quiere pelear?... ¡Pues le corro una carrera, entonces!

Nueva sonrisa del avestruz le valió la petulancia.

No obstante, tanto insistió y tanta propaganda hizo contra el rey de la tierra, que éste, como por ironía, le aceptó su desafío.

Correrían, en el primer día de la próxima primavera, un tiro de una legua en cierta llanura donde el avestruz acostumbraba ejercitarse de continuo: en la raya se pondría un mortero, en cuya parte hueca se sentaría el ganador bien que esto último no fuera condición obligatoria para el sapo, y como precio, arreglaron que si el avestruz triunfaba, el sapo sería su esclavo y le salvaría sus nidadas del latrocinio de los ratones que las perseguían, y si el sapo era el ganador, el avestruz no mataría ni comería jamás a ningún

ser que llevara su sangre, pudiendo, no obstante, matar a cualquiera de los que admitieran sus requiebros y amoríos.

El sapo, llegando el día y lugar de la cita fué a los pajonales, reunió un centenar de los suyos y dándoles sus instrucciones secretas, salió con ellos ocultamente, algunas noches antes del día fijado para la carrera que iba a decidir de su porvenir y del de su raza.

Llegó éste, hermoso y alegre como son en Entre Ríos los días primaverales, sorprendiendo ya en el punto de partida al sapo—ventrudo y pesado —que parecía contra su natural, ansioso y anhelante, contrastando con su esbelto rival, que con aire zumbón gambeteaba sobre el llano, luciendo la agilidad de sus músculos y la sutileza de su espíritu, inagotable para suministrarle formas de engaño con qué burlar la expectativa de sus perseguidores o adversarios.

Dada la señal de que los rayeros—el peludo, símbolo de la justicia, por lo lento probablemente, y la tortuga, personificación de la perspicacia y la reflexión—estaban en su puesto así como el mortero que serviría de asiento al ganador, se largó la carrera, constatando el avestruz, con sorpresa creciente, que por más que acelerara su marcha, siempre saltaba adelante suyo y a poca distancia, su ventrudo adversario.

Cuando llegó al mortero y se dejó caer pesadamente en el hueco que le servía de asiento y a cuya forma se adaptaba admirablemente su cuerpo, oyó que el sapo le gritaba desde el fondo:

—¡Cuidado, amigo... mire que hay gente!

Con pesar reconoció el avestruz petulante su increíble derrota y nunca sospechó que su adversario le había ganado con más ingenio que celeridad, pues había escalonado a lo largo del camino muchos de sus congéneres, que tenían por

misión saltar delante del ágil adversario, a medida que éste avanzara, ocultando dentro del mortero un su hermano, que más que sapo alguno se le parecía y que era habilísimo en parlamentos y discusiones.

El avestruz vencido juró respetar la prole de su vencedor y hacerla respetar de los suyos, y éste a su vez, por caballerosidad, ya que el contrario no le obligaba, prometió al avestruz cuidar sus nidadas, que el ratón—por otra parte su enemigo personal por cuestión de mujeres—perseguía encarnizado.

Desde entonces el avestruz no mata ni come sapos ni alimaña alguna que con éste tenga parentesco, ya sea legal o ilegal, y el sapo se hizo el guardián de las nidadas de aquél, y por esto y no por glotonería ni por amor a las moscas,—que atraídas por el huevo que con el fin de reunirlas, para alimento de los recientes polluelos, reserva siempre sin empollar el avestruz clueco—como algunos maliciosos suponen—fué que el sapo tomó sobre sí la odiosa comisión que ha cumplido tan fielmente.

Este odio tradicional, del cual el hombre se apoderó más tarde por la indiscreción de una araña charlatana, es el que ha servido al agricultor para defender sus trojes de la voracidad del astuto roedor: local donde se encierran sapos queda libre de ratones aun cuando contenga montañas de maíz fragante y tentador.

TIERNA DESPEDIDA

—Ya te lo he dicho, Natalia, y no me obligués a que te lo repitá... Vos estabas güena pa mujer de cuartiador, no digo que no, pero pa mujer

de vigilante te falta laya... Suponé que te tenga que presentar al sargento e mi cuarto, u al oficial, u a alguno de los compañeros... ¡Ponéte en el caso y contestame! ¿Qué pensarían de un agente que trompezaba tan fiero?... Tal vez lo tomarían por zanagoria de algún circo e pruebas u por organisto e la calle... ¡No, no!... ¡Convencete!... ¡Devolveme mis pilchas y hoy u mañana si necesitás protección no te olvidés de que Pedro Gorosito supo quererte y de que no se marea ni aunque lo hagan cabo primero!

—¡Mire el discurso!... ¿Quién había e figurarse, roñoso, que llegarías a creerte gente?...

—Mirá, Natalia... respetá a la polecía... ¿sabés? y no subás la prima porque la vas a embarrar...

—¿Yo?... ¡Vaya!... Mirá... te lo digo con franqueza, ¿entendés?... Podés dirte cuando se te antoje y llevarte tus murriñas... Cuidao no me vayas a dejar en lo oscuro... Veanlón al roñoso que porque se priende un machete y se pone guantes los domingos, ya se cre igual a don Bartolo... ¡Miren qué traza!...

—¡Che, che!... ¡Pará el carro y no arrugués, que no hay quien planche! No te olvidés que estás hablando conmigo, ¿eh?...

—¡Buena tripa pa chorizo!... Mirá llevate tus cosas de una vez y mandate mudar: a'hi al lao de la tina están tus chancletas y abajo e la cama tu chapona y la única camisa que tenés...

—¡Ah! ¡Ah!... Aura salimos con esas... ¿eh? ¿Conque no tenés prendas mías, no?... Mirá, Natalia, no seas chiflada y atendé la razón... No me tomes pa cadenero; ya sabés que yo soy de esos que no se estiran; ¡no me hagás que dentre ande no quiero dentrar!... Devolveme mis pilchas y sigamos de amigos, ¡qué diablos!... ¡Tal vez, m'hija, toavía te sirva de algo... ser

amiga de un agente, che, no es cosa de tragar así no más... sin mascar!

—¿Y qué prendas tenés aquí ni en ninguna parte...? ¿Si estarás soñando que sos tendero? ... Atendeme y entendé: en este cuarto ni tus puchos pa recuerdo... ni tu sombra!... Y no creás que no me alegro, porque al fin pa tener pulgas y no sentir comezón, vale más sacudirse la pollera... ¡Conque así, mi hijito, andá, acercá tu miseria a otra más necesitada!...

—¿Y mi pañuelo e seda?

—¿Pañuelo é seda tuyo? ¿Diánde vás a sacar? Ese que usabas era mío ¿no te acordás?... ¡Bueno! ¡era mío!... ¿Y sabés quien me lo dió?... ¡Bueno!... Uno que vale más que vos, ¿sabés?... don Santiago el botellero, que anda como pichicho por mí!

—¡Güen gringo, chancho!... Mirá, ni me nombrés a ese gringo, Natalia, si no querés que haga una barbaridá... Y áura escuchame lo que viá decirte, ¿sabés?... Yo me voy de tu lao, pero si llego a saber que el botellero dentra a llevarte el apunte, vengo un día y ni aunque me dén de baja...

—¡Qué vás a venir, roñoso!... Aura cuando salgás de aquí, te tragás el machete y comenzás a caminar solo como el elétrico... Hasta Roca te va a parecer enano... ¡cuanti más el botellero!...

EN LA COMISARIA

EL MARCHANTE MAS ANTIGUO

—¡Ah! ¡Ah!... ¿Otra vez?... ¡Pero hombre!... ¿para qué andás con cumplimientos?... ¿Por qué no te alquilás un calabocito?... Te lo daremos barato...

—Ya veo... ¡hum!... por lo diablo ha de ser el comisario el que habla... ¡hum! Yo ni aunque esté más chupao que caramelo, conozco al gobierno!... ¡Mirá!... Pa ser bicho y tener dentrada hasta en las confiterías, basta ser autoridá... Y los comisarios cómo se ponen de vivos en cuanto les cuelgan la medalla!

—¡Ché! ¡Ché!... ¡Mirá!... No te pasés de pato a ganso y aunque estés borracho, acordate de que tenés madre, ¿no?

—¡Orst!... ¡Y si es verdá! ¡Vea!... Yo me llamo Agapito Giménez y me criao frente a lo del coronel Dantas... ¿Sabe?... En la parroquia de la Concesión y al lado de casa vivía un muchacho que se llamaba Aniceto, que era brutísimo y sonso y comilón de manises y además ahijado del coronel... Todos decían en el barrio qu'iba ser de los de la Convalecencia porque era golpiau de la cuna... ¡y les pegó un chasco de órdago!... Se metió en política y ¡qué se yo! y un redepente, ¡zás! lo nombraron comisario del Tuyú... ¡Y viera lo diablo que se puso!... Lo que tenía güen sueldo, le brotaban las gracias como granos... sin hacer ruido... ¡Pucha con el Agapito!... Me sabía contar mi compadre don Ruperto, que se jué de cabo con él, que daba gusto ver las travesuras qu'idiaba todos los días y cómo hacía perecer de risa a los empliaos y de rabia a los vigilantes, pues con tres hacía

el servicio de veinticinco y se guardaba los sueldos!... ¡Era diablísimo!

—¡A ver... a ver! Metan adentro al loco este... que si no lo vamos a tener que convidar.

—Gracias, comisario... ¡Yo tomo sin soda!... Así no más... ¡bum! giñebrita pelada... ¡Orst! No arrempuje, vigilante... ¡espere!... ¿Qué?... ¿no vé que estamos conversando con su jefe?... Aprienda a respetar... ¡Caramba con la gentesita esta!

—¡Bueno... Siga pa dentro!

—¡Qué bárbaro!... ¿Te cres viá dir pa'juera?... Mirá; por esta cruz, ¿ves?... no te vas a dejar dar de baja... vos estás destinao pa manate... Vea, comisario..., ¿y cuándo me va a largar? Yo estoy conchavao con un pianisto pa arrempujarle el istrumento y si me dejan aquí voy a perder el acomodo...

—Luego... si pagás la multa.

—¡Cómo no... si fían!... No tengo más que cinco pesos... ¿Por qué no me hace una rebajita, comisario?

—¡Bueno!... ¡Siga pa dentro!

—¡Esperate, hombre!... ¡Permita Dios que por apurao se te caigan los dientes... de comer queso!... Mire, comisario, ya sabe que soy chupador pero güen hombre... Tenga consideración... ¿l'oye?... Piense que soy el marchante más viejo e la sesión!...

ENTRE DOS MATES

Y el viejo capataz, que ha andado a campo toda la mañana, acompañando al patrón en una de las raras recorridas que suele pegarle a su estancia, a la entrada de cada estación, para ver

cómo vienen los pastos y pesar con sus ojos de ganadero práctico los kilogramos de gordura que tiene la hacienda, aprovecha la oportunidad de una parada en las casas para reconfortarse el estómago con un par de amargos, cebados por la mano primorosa de doña Petrona, la cocinera de la familia propietaria y su amiga vieja, con quien le gusta de vez en cuando echar un párrafo sabroso, haciéndola platicar sobre sus desventuras matrimoniales, que son de pública notoriedad, y que él se permite echar a la chacota, como estimulando su verba maliciosa y picante, que lo mismo se ensaña en doña Graciana, la mujer del arrendatario, que en los melindres de la patrona.

Y ha llegado en buen momento, a juzgar por la cara avinagrada de su amiga, que si bien le alcanza el mate, entre sonriente y grave, muestra en su ceño adusto y en el relampagueo de sus ojitos negros y lucientes, que una tormenta ruge en su espíritu próxima a estallar.

El gaucho, socarrón y malicioso, saborea en silencio el primer mate, observando como al descuido la cara de la cebadora y piensa para sí en que quizás la visita matinal de la señora a cacerolas y fogones habrá valido a su guardiana lo que le valieron él, a la misma hora y de parte de su patrón, unos alambres flojos hallados allá en la linde del campo o unos corderos muertos hallados a la salida del cardal, y que eran prueba manifiesta de desidia y abandono.

La verdad es que hay días que parecen consagrados al diablo y que, en ese caso, lo mejor es echarse el alma a la espalda y buscarse diversión barata a costa de cualquiera que esté dispuesto a tomarse a lo serio las contrariedades de la vida.

Y al recibir el segundo mate, no pudo menos que sonreir, mirando el aire preocupado de la

cebadora y quedarse mirándola con aire bonachón...

—¡Orst!... ¿Qué me mira?... ¿Se cree que soy figurita?

—¡Qué ña Petrona, esta!... ¿Con que al fin la dejó mi compadre?

—¿La dejó?... Seré hilacha, acaso, pa que me deje cualisquier rotoso...

—No digo tanto... cuanti más que sé de alguno que anda perdiendo el poncho por usté... Y así le decía siempre a mi compadre cada vez que la vía con su pollerita cortita, de aquí p'allá en los trajines de la cocina: "Mire, compadre... conserve esa prenda, que es un tesoro!..." Y mi compadre se réia no más, y moviendo aquel dedo mocho que tenía en la zurda, me decía que no sabía por qué lo quería tanto usté, y que cráia que juera por el olor a caña que siempre le tomaba...

—¡Qui arrastrao!... ¿Conque eso le decía?... Mire, compadre... lo que me está hablando, estoy recordando a doña Eloya, la puestera de la costa, que supo ser su consentida... aquella que se le juyó al marido dejandolé todos los hijos... ¿se acuerda?... La pobre me decía siempre, pensando en lo que usté la quería: "¡Qué hombre, ña Petrona, es su compadre!... Por lo querenciao, parece que se hubiere criao guacho... De aquí de casa no sale mientras hay yerba o un churrasco colgao en la ramada..."

EL AHIJADO DEL COMISARIO

—¡No, che; eso sí que no! Ni como agente, ¿sabés?, ni como amigo, puedo encontrarte a bien que seas ingrato con el comisario... ¡Co-

mo quiera que sea, él te ha criao ¿sabés?, y te ha hecho gente!

—¡Si te mamás... con soda!... ¡Ti ha criao!... ¿Diande... me hablás que no te oigo?... Yo, ¿sabés?, dentré ya grande a su casa... muchachito e servicio... que ya se ganaba su bifecito... Y me han sacao el jugo con el cuento de que era ahijao de confirmación... ¡Pucha con la crianza cara!... Le he servido de mucamo, de cocinero, de caballerizo y del diablo, quince años... y aura salimos conque tuavía estoy enditao... ¡Estás loco, hermano... y tu mama no sabe nada!

—Mirá, Mamerto, vos tenés mucha letra menuda, ¿sabés?... pero conmigo es al ñudo... Ni anque te lambás el cogote me vas a hacer crer que sos pruebista... ¿Quién te ha enseñao lo que sabés, vamos a ver?

—¡Lo que sabés!... ¿Y te crés que si yo toco la guitarra u mi hago ver en el redoblante se lo debo a él ni a naides?... Es de óido m'hijito y de afición y más bien se lo debo al sargento Nemesio que m'hizo dentrar en "Los caminantes de Balvanera". Yo, ¿sabés?, ¿querés que lo confiese? no les tengo rabia ni al comisario ni a la señora... pero a la suegra, ¡que Dios permita que la reviente un tránway!; no la puedo aguantar, che... Si me tenía todo el día como mascada e loco, de un lao para otro, buscándole tul de cinco centavos la vara pa remendar la pamela u fresadas di a peso u carreteles d'hilo di a vainte la docena.

—¡Bueno!... Pero esas son cosas no más, hermano... En ninguna parte vas a estar como en lo del comisario... cremeló.

—¡No, che!... ¿qué querés?... aura vi'aver si puedo vivir solo un tiempito, enseñándole a mi loro a cantar el hino nacional y después veremos

si me hago nombrar ispetor d'impuestos internos como lo han nombrao al hijo e Bachichín...

—¡Bah, bah, bah!... Mamerto, mirá, te lo digo endeveras, ¿l'oís?, por esta cruz, ¿ves?... Vas a dir a parar a la casa e locos... ¡Che, che! ¡Mirá, como el hijo de Bachichín!... Bien decía el comisario que a vos te daba por hablar solo y espantarte las moscas en l'oscuro...

—¿El hijo e Bachichín?... ¡Gran cosa!... ¡Un animal que no sabe ni acompañar un paso doble!... ¡No embromés, hombre!... Dejá que yo dentre a la orquesta é la Opera y vas a saber cuantas son cincó... Hasta me van a sacar en los diarios y tuavía lo vi'a dejar al comisario con la boca abierta...

—Tu mama vendía alfajores... ¡Qué bárbaro...!

—¿Bárbaro?... Y qué más que yo han sido muchos de esos que figuran?... Vamos a ver... ¿Quí ha sido el mismo comisario?... O te cres que yo no lo conozco al gringo tuerto que lo tenía e pion en los Corrales? Mirá, hermano, vos nunca has de ser nada, ¿sabés?... sos de los que se contentan con pitar un cigarro negro y se sienten orgullosos porque los saluda el oficial.

—¡Che, che!... ¡Mirenlón!... Y vos sos de los que corcovean con el chorro en el hospicio a juerza de ser diablos y alvertidos... Bueno, pues, ya sabés mi opinión, hermano... Acordáte de que el Comisario es tu padrino y de que mal que mal él te crió...

—Pucha con la crianza, más cantada que la milonga!... Cualquiera crería que el comisario al criarme a mí lo hubiese criao a Liandro Alén!...

—¡Oigalé!... ¡Pise juerte y no tenga asco!... ¡Pucha con el Mamerto!... ¡Pa pegarte no t' iguala ni la mugre!

CADA CUAL SE AGARRA CON LAS UÑAS QUE TIENE

La lechuza, agorera de la muerte para nosotros los de la edad presente, era para los de la edad remota, — que zurcieron el poema en que a los animales se atribuyen las prerrogativas de los hombres —, mensajera de amores y de enredos y quién preparó con sus hábiles manejos la extraña boda de la nutria y el jabalí, progenitores del carpincho, en unión con su comadre la vizcacha, personificación de la avaricia que proporciona la comodidad de sus barracas subterráneas a todos aquellos que pertenecieran a este mundo, pues desde la noche el agua en que se revolvía había sufrido una merma considerable, —vió de repente acercarse con cautela a su amigo el gato, que andaba a la pesca de un bocado apetitoso:

—¡Hola, compañero!... ¡Acérquese!... ¡Mire cómo está su amigo!

—¡Hombre, hombre, — dijo el gato, atusándose el bigote —; ¡cómo lo encuentro, compañero!... ¿Y qué tal la señora?

—¡Vea!... No estoy para informes ahora... ¿Quiere hacerme el favor de arrastrarme hasta por ahí donde haya agua?... ¡Me estoy ahogando en seco!

—¡Cómo no, bagre amigo... ya lo creo!... Vea: monte a caballo sobre mi y lo llevaré hasta allí, frente aquel barranco donde hay un pozo profundo.

Y pronto comenzó el gato a trotar con su jinete, que se agarraba con las aletas y echaba el alma tosiendo:

—¡No tan ligero, por vida suya!... ¡Espérese que me caigo!

Y de repente el gato, dando un brinco, exclamó encolerizado.

—¿Que es eso, compadre?... ¡Me está taladrando las costillas!

—¡No, compadre; es que me agarro!

—¿Que se agarra?... ¿A ver si larga?... ¡Orts!... ¡Esto sí que está bueno!... ¡Largue, compadre, o lo estrello!

Y el bagre, en silencio, aguantaba los brincos de su cabalgadura, exclamando entre dos golpes de tos:

—¡Si no es nada!... ¡Me he afirmado con la espina no más!... ¡Siga un poquito que ya llegamos!

—¡Bueno!... ¡Saque, amigo!... Que me augerea el costillar!

—¡Pero hombre, usted me desolló el lomo la vez pasada y yo no grité tanto!

—¡Fué con las uñas amigo, que es distinto!

—¡Hombre!... ¡Yo me afirmo con la espina no más!

Y como en ese momento llegaran a la orilla, el bagre pegó un salto y cayo al agua, exclamando mientras el gato se revolcaba en la arena desesperado:

—Amigo, en este mundo cada cual se agarra con las uñas que tiene... y no hay vuelta... Ya lo sabe para otra vez, como lo sé yo.

FILOSOFANDO

Yo no he visto en mi vida, caballos más animales que los míos! Había'estar yo en su lugar y me habían de sacar del pértigo ni aunque juera pa un resuellito y ya vería el carrero cuantas eran treinta y tres en un revite apurao... ¡Ni a bola me agarraba naides, sino con la panza llena!...

¡Y esos condenaos, naca!... ¡Los largo y ahí se quedan con la geta cáida y sin ganas ni de mosquiar... ¡Juna perra!... No es por decir, pero parece que jueran jueces de paz o comisarios y que el carro les debiera la patente... No; pero a mí no me pita ningún ñato por más narices que tenga... O estos mancarrones comen aura que no me cuesta nada o luego revientan de hambre!... ¡No hay vuelta!... ¡Ellos podrán ser todo lo trompeta que quieran y me ganarán a pillo y a condenao... pero lo que es a bruto, ni aunque se mamen la oreja!... ¡Mirá con quien se han metido!... Yo les vi'a enseñar lo que no les enseñó la madre y les he'probar como le probé a mi compadre ño Grabiel, que yo puedo ser carrero y pobre aperiao, pero que soy hombre de carácter y que si no he llegao al gobierno no ha sido por falta de ganas... ¡Caramba!... Parece increíble pero es verdá... ¡Lo que no se ve en este mundo no se ve en ninguna parte!... ¿Y qué vi'a decir de los mancarrones porque no quieren comer aura que tienen pasto?... ¡Si yo soy igualito!... ¿No la tengo ahí abandonada, como rancho viejo, a Petrona mi mujer... una criolla linda y en unas carnes que li hacen hacer agua la boca a cualquiera y ando al trote atrás de ña Marica la puestera, que es una garra e cuero y que de yapa no me quiere?... Si uno es ansí no más... ¡canalla y mal enseñao!... ¡Juna perra!... La verdá es también si uno deja que hasta los caballos hagan su gusto ¿ande vamos a parar?... ¿Quién diantres le va a hacer entonces el gusto a uno?... ¡No, no!... ¡Dejemosnós de pavadas!... Al fín los mancarrones son mancarrones y uno es gente... Que pastéen no más aunque no tengan ganas, que no están los tiempos como p'andar tirando la plata al ñudo en mantención de sotretas!

ENTRE AMIGOS

—Que... me decís, che.

—Como l'óis... ¡Si h'andao ajuera!... por Lincon!... ¡M'e pasao una semana di arriba, acompañando a Mauro, mi primo, que se casaba!... ¿No ti acordás de Mauro... aquel muchacho achinao, grandote, que siempre m'iba a esperar a la salida del trabajo?

—¡Ah!... ¿Un picao de vigüela, medio poeta, que cantaba fierisimo y siempre andaba componiedo milongas?

—Ese es... ¡Bueno, ese muchacho se fué al campo y ganó plãtita, che... y aura se casaba... ¡Si vieras cómo m'he ráido!... ¡Que cosa bárbara!... Ti aseguro que ha sido mejor qu'el circo aquello... La novia era un bagrecito... pero rellenito ¿sabés?... hija única di un napolitano petizo que junta güesos en el campo y tiene una tropitas e carros... No sé como diablos l'hizo caso a Mauro que es brutísimo y le da por hacerse el dotor... el hecho es que se casaban y que cuando vino a comprar la ropa para ella y para él, me convidó y nos fuimos... Si vieras las fiestas qu'hicieron en la chacra... ¡Qué carnaval ni qué demonios!... Hubo baile con alfombra y chocolate y estuvieron varios mozos del pueblito, medios cortos de genio, que se llevaron un chasco bárbaro. Creyeron que habría muchachas y no hallaron sino cuatro napolitanas viejonas y jediendo a asáite y una viudita criolla, pasadita e la raya, pero siempre mejor que nada.

—Y... ¿claro?... Vos te le habrías pegao ya...

—¿Y sino?... ¡Mirá quien!... Como pa dormirse estaba la cosa... ¡Natural! ¡éramos los que bailábamos!... A las tarantelas ¿sabés? les pegá-

bamos con carrerita y medio tirando a mazurca y las viejas le daban a uso e su tierra, con unos paisanos suyos que cantaban medio apretaos de gañote pero fuerte ¿sabés? y bastante entonaos... Pero eso no fué nada comparao con lo de la iglesia... ¡Hermanito!... Si hasta se me saltó la presilla del pantalón, de ráirme. Figuráte que estábamos junto al altar, los del casorio, la gente e la chacra, todos, menos el gringo viejo que se había quedao en la calle quemando cuetes chicos a riejo de hacer disparar los carros en que habíamos venido, y salió el cura, un italiano gordo, con unos ojos chiquitos, y comenzó a meterle en latín, ligerito no más...

—Ya sé... ¡Como pa pobre!... En una ocasión vi casarse a un mozo amigo... ¡Hombre!... Vos lo has de conocer... Es un tal Tomás que supo ser cabo de bomberos y que aura tiene a su cargo una manguera e las aguas corrientes, allá pasao el Once ¿sabé? cerca e lo doña Ramona, la madrina e Canuto... ¡Si vieras qué trote!... El cura s'iba no más en bicicleta y en cuanto quisimos toser y medio se sosegó la conversación y nos acomodamos... ¡ya estuvo!

—¡Eso es!... Y un redepente llegó a lo lindo: "Fulano ¿querés a Fulana por esposa y mujer?... Y lo veo a Mauro que se estira, medio se cuadra y pestañiando ligerísimo, dice en lugar de "sí, padre" y con tonito como de largar un discurso... "No sólo la quiero, padre, y la amo, sino tamién que la idolatro!..." ¡Hermano! ... ¡Si creo que hasta los santos s'están riendo toavía!

CUARTELERA

—¡No, mi cabo Machuca, no!... Hay que distinguir... ¡No me confunda fagina con alto el fuego!... En un tiempo, el soldao y el perro corrían carreras... ¡Acuérdese!... ¡no se olvide de las cepiadas y del plantón y del famoso ¡"hacé lomo" pa el planchao de las costillas!

—¿No me confunda?... Mirá charaboncito ni aunque me dieras diez pesos te confundía las cosas di antes con las di aura... Si ustedes ya no son milicos, m'hijito... ¡milicos di aquí, se entiende! ¿Las cepiadas, el plantón y la leña en las costillas?... ¡Gran cosa!... ¡Salíamos de una y ya estábamos en otra!... ¡Los milicos teníamos cuero, che!... ¿Vos te cres, qui aura, cuando yo miro un soldao con pantalón de bombilla y blusa cortada por modista como bata e mujer, mi acuerdo siquiera e los compañeros que dejaron la osamenta en las cuchillas de Entre Ríos u en los médanos de la frontera? ¡Bah! Más bien mi acuerdo e los particulares de la preveduria u de los amigos del maistro de banda...

—¿Y qué quiere... Que andemos desnudos pa que usté se acuerde e los veteranos?... Mire, cabo Machuca, aura tamién se es soldado aunque uno ande con chaquetilla y en vez de tirar con fusil de chispa tire con mauser... Cada uno tiene su entripao y pasa sus malos ratos... y sus buenos... ¿Compriende?

—¡Música!... ¡Los milicos criollos se acabaron m'hijito, como los pasteles del sargento Ledesma—una china vieja que se crió en la frontera y que la hicieron clase porque una vez pelió a los indios en un fortín y salvó la caballada y qui amasaba en las caronas mejor que cualquier

panadero! ¡Si queda alguno, anda como yo, dando güeltas alrededor de los cuarteles, muerto di hambre y hecho un andrajo, esperando que le tiren un güeso... si hay por casualidá, porque hasta los güesos se están acabando! Ustedes, no tienen ni juerza pa mascar la carne, che... Un churrasco o un puchero de aujas les da indigestión con sólo verlos, cuantimás una picana de avestruz medio chamuscada o un costillar de mula... En las cocinas de los cuarteles ya no se toma olor a comida sino a botica... ¿Me vas a decir que es rancho lo que le dan a ustedes?... ¡No embromés, hombre!...

—Cambie el paso, mi cabo, y dígame qué culpa tenemos nosotros que nos alimenten con mixto e fósforo en vez de darnos comida... ¿Cre que nos han consultao acaso?... ¿Los consultaban a ustedes en la frontera cuando les secaban los caracuces de frío o los hacían crugir en las estacas porque un alfayate se había levantado con la luna o se le había dormido al porrón?...

—A nosotros no nos consultaban che... ¡pero marcaban el paso los de arriba...! ¡Pucha... Ti apuesto a qui a nosotros no nos enfundaban en esos quepises de aura, que les dan a los milicos ese aire de abombaos o de pasaos de las doce... ¡Mirá...! Nosotros usábamos unos quepisitos petizones, que les quebrábamos la visera con el barbijo ¿sabés? y que nos quedaban como pintaus y después con la bombacha y las polainas y la paradita criolla, che... Eso era tropa... ¡Créme!... ¡Cada criollo lo que se sentía entre el uniforme, crecía y se ponía orgulloso!... ¡Mirá!... Ustedes no le tienen ni amor al número!... ¡lo mismo son del tres que del once!... Antes, ¡hum! El número, che, era el soldao. Vos decías yo soy del seis, ¿sabés? y el alma te temblaba e gusto y lo mismo era con las clases y los

oficiales y los jefes y hasta con las chinas del batallón... ¡El cuerpo era tan sagrau como la bandera!

—¡Y aura es lo mismo!... ¡Lo qui hay es que no cacariamos!

—¡Di ande!... Si aura ni chinas tienen... ¡Habías de verlas en aquel tiempo! Cuando se nos venían los indios, las echábamos al medio el cuadro y mientras le metíamos fierro, ellas servían p'alcanzar la munición o pa'uxiliar los heridos... ¿Las di aura pa qué sirven?... ¡Si andan de pamelita y ya de puro finas ni mate toman!... ¡Mirá charabón, a mí no me vengás con dianas, porque m'he criao de tambor!

¿Y A MI, QUIEN ME AGARRA?

El sol—aquel sol de mi tierra, cuyo recuerdo guardo con cariño—filtrándose por entre la hojarasca de la parra que sombreaba el patio, echaba su tapiz de lunarcitos brillantes y movibles sobre el suelo recién regado.

Los morados racimos, cayendo aquí y allá—ora sostenidos por el tronquito nudoso y retorcido, ora cabalgando sobre un gajo rugoso y sirviendo de reparo a las vistosas arañas diminutas, que tienden de hoja en hoja los plateados hilos de su tela—traen saliva a la boca y se llevan tras de sí los ojos de los muchachos, tres rapaces desaliñados, que jugando al trompo espían con disimulo un descuido de la madre—guardián celoso de la fruta codiciada, que entra y sale, ocupada en las faenas de la casa—para dar un malón que les desquite de aquella prohibición que sólo sirve para aguijonear los deseos contenidos.

Zumbaban los trompos a concierto—para lle-

var a botes a la "troya" al viejo "servidor" que, sin cabeza y luciendo las cicatrices de las púas, estaba por ahí, a medio camino mientras las mariposas voltejeando, se perseguían por el jardín y las abejas y mangangaes parecían imitar el zumbido de los trompos, ya parándose en la corola de una rosa fragante, ya descendiendo a las profundidades de un lirio perfumado o ya deteniéndose, como en éxtasis, ante una mata de resedá, sobre el tallo carnoso de una azucena o esmaltando con su color tornasolado la nieve nítida de las flores del naranjo protector de violetas y de alhelíes y tutor de madreselvas y glycinas.

De repente cesa el zumbido de los trompos coincidiendo con ello el alejamiento momentáneo de la madre afanosa: el parral está librado al deseo de sus enemigos.

Una piedra vuela y estrella un racimo que se desmenuza en gotas brillantes que los muchachos, de rodillas, persiguen en el suelo con diligencia, pero no con tanta que hayan desaparecido todas antes que el celoso vigilante esté de vuelta.

Se oye el grito preventivo. Como movidos por un resorte los del malón están de pie, dispersándose a la carrera. La madre hesita, busca al culpable, a aquel que fuga hacia la calle impulsado por su fechoría y como con alas en los talones.

Le sigue hasta el umbral del ancho portón ruinoso y allí se detiene, temerosa del escándalo que provocará en el barrio y de asustar demasiado a su muchacho, que parado en media calle se come una a una las uvas recogidas, reponiéndose poco a poco de la agitación de la carrera.

Es un cínico el pillete: la madre se indigna; busca con los ojos un auxiliar que ponga entre sus manos el pequeño bandido, y, con placer, ve por sobre el cerco de la casa vecina a otro ban-

dolero que ella cree juicioso "porque no es de esa bandada que le saca canas verdes".

Ahí está, cerca del brocal del pozo, parado con aire de acechar algo, que será su salvación.

—¡Pchit!... ¡Pchit!... ¡Fulanito!... ¿Quieres agarrarme ese pillo que se me ha escapado?

—¿Sí?... ¿Y a mí quién me agarra?

Y tras la frase, aparece la madre del juicioso, que le persigue de cerca hace media hora, afanada por vengar algo que ya pasa de castaño obscuro: un robo de dulce, hecho con efracción y con violencia.

Y mientras las madres, de casa en casa, se comunican sus rabietas y desazones, aun cuando teniendo en el corazón todo un tesoro de cariño por "esos bandidos", éstos se reunen, allá, en el fleco de sombra que da una pared medio ruinosa, a cambiar el producto de su rapiña y a espiar a las inquietas tacuaritas, que vuelan de palo en palo, llevando en el pico las pajas con que harán su nido, ayer deshecho por la mano impía de los piratas de la calle.

INSTANTANEA

—¡Mire que es terca y caprichuda usté!...

—Ma... dícame un poco... ¿Cosa li parece in amuramientos tras ina lavandiera e in bombero?... E anque... tra ina cringa comé me e ono criollo comi osté... que e propio in chino...

—Vea con la que salimos aura... ¡No digo... ¡La gran perra con las mujeres para pensar fiero!... ¿Y qué tiene de raro—¡vamos a ver!—que un bombero como yo, achinado, ¿sabe? guste de una mujer com'usté, que lo anda ten-

tando dende que vivían juntos en la calle e Mateo, aura dos meses?... ¡Vamos a ver! Y qué va a sacar usté con querer a alguno de sus paisanos... tal vez con mujer en Uropa como le pasó a una conocida mía... ¡ucha que se va a armar!... Esos no quieren más que la guadañanza y le van a hacer echar los bofes trabajando, mientras que yo ¡qué diablos! seré bombero y pobre y todo lo que se le antoje, pero con la manguera en la mano soy un tigre y en eso que le comienzo a tomar gusto al juego mi hago ver y nunca falta un danificao que me largue un vainte y yo no me llamo plata ni ninguno e mi familia... Mire: ¡pienseló! Yo soy mozo e juicio y ya he dejao de pasiar—le pongo por testigo al coronel Calaza que me tiene fe y siempre dice: "el día que se nos vaya el chino Perayra se acabaron los bomberos"—y la quiero a usté como no he sabido querer a naides... Vea: la noche estaba en uno de esos incendios de floriarse y me tocó de tener el macho ¿sabe?... la manguera gruesa... ¡bueno!... y había puesto el chorro derechito y le estaba pegando cuando un redepente se me viene usté a la memoria y me dentra a temblar la mano... ¿Ve?... Causa de eso lo sacaron medio chamuscao al cabo García y yo me chupé un plantón... Mire, creamé lo que le digo... su crueldá conmigo les va a costar cara a más de cuatro... si no hace por mí, hagaló por ellos siquiera...

—Non dico di no, dun Perayra... ma prima bisoña...! ¡Cueste cose non si danno com'il savone... cosí, cosí e cosí!...

—¿Y será capaz de decirme que tuavía no ha pensao en mí, después de dos meses que me tiene sin saliva?... ¿Ya no si acuerda e lo que me dijo la noche que nos conocimos en el velorio de don Miguelín, ánima bendita?... ¡Parece men-

tira que haya en el mundo una lavandera, capaz de jugar con un bombero acreditao, como lo hace usté conmigo!... ¿Digamé ¿usted no cre en Dios?... ¿No tiene miedo que la castigue por cruel y la deje sin lavaos?

—Ma, dum Perayra... ¡pense que si te dago del sí... osté haberá una donna pobre... pobre!

—¿Pobre?... La gran perra, que había sido avarienta!... ¿Y tuavía querés ser más rica de lo que sos, mi vida?... ¡Pucha!... ¡si al pensar que me vi'a juntar con vos, me parece que me junto con el Banco e Londres!...

ENTRE EL RECADO Y LA SILLA

¡Si con ustedes, che, no se puede...! Son refractarios a todo progreso y viven casi como los indios. Vos, por ejemplo, que sos uno de los menos atrasadones, de criador no tenés más que las vacas y las ovejas en el campo, pero se t'importa tanto de la calidá ni las condiciones del ganao como a mí del primer cigarrillo que pité... ¿Pa qué ocuparse de mejorar los pastos, ni de hacer aguadas sanas, ni de refinar las crías, si todo eso no es más que charla e los gringos?... ¡Y mirá, convencete, hoy el que quiera vender bien tiene que producir bueno y... no hay vuelta...! ¿Vos te cres qu'en Uropa andan preguntando los compradores de qu'estancia es el producto que compran y si el dueño es criollo viejo o si es picao de viruelas?... ¡No, m'hijito! ¡Se compra lo mejor y nada más!

—¿Vea, no?... ¡Qué novedá!... ¿Ves? Esto es lo que me revient'a mí... ¡Un criollo como vos, inorante como cualquiera e nosotros, pero

medio chiflao, que oye cantar el gallo y ya comienza a creerse de la familia...! ¡Te distes una vueltita por París hablando por señas como los mudos y te volvistes aburrido aunque vestido e francés y ya te crés un sabio, un'especie d'estanciero fenómeno que no cre que sean criadores sino los que tienen importaos de tres mil pesos y chalés y molino p'al agua...! No m'embromés, che, con tus inovaciones... Demasiao sé lo qu'es un'estancia de los progresistas de tu laya!

—¿No ve?... El maldito espíritu aldiano los mata a ustedes y la envidia no le deja ni rascarse... Bien me decía Curcuá, el célebre bacteriólogo...

—¿Envidia?... ¿Y de qué, che, querés decirme?... ¡Mirá! Yo soy estanciero a l'antigua, ¿sabés?, de los que recorren su campito a caballo y conocen sus pastitos mata por mata y sus animalitos y que no necesitan capataces de polaina y tenedores de libro con saquito e seda, pero que tienen novillitos gordos todo el año y una lana que no la esquila la sarna...

—¡Claro!... Y serás de los que se cuentan por tarja en la vaina del cuchillo y duermen sobre'l recao, comiendo en la cocina con los piones...

—¡Justamente!... Pero no soy de los que tienen pionada que se levanta con el sol alto, ni de los que hacen telegramas al mayordomo, diciéndoles "mañana voy, espéreme en la estación". dando la señal pa qu'el jardinero salga con l'azada a medio carpir apurao, alrededor de las casas y a cada quisque le comience a sacudir a su tarea pa que la estancia no parezca tapera y vaya a notar el patrón que los pesebres de los finos de tres mil pesos no se lavan sino cuando él viene, o que los tales finos han estado durmiendo

a la intemperie como cualquier mortal y a veces ataos al palo veinticuatro horas, sin comer ni beber y eso cuando no les han sacao la frisa en la vecindá...

—¡Che... che... qu'imaginación!... ¡La gran perra!... Cualquiera crería qu'esos palos son pa casa!

—No... ¡si han de ser pa la del papa!

—Eso sería antes, che. Aura va todas las semanas Enrique, m'hijo...

—¡Otra!... ¿Y te crés que tu hijo v'a ver nada, o te has olvidao en Francia de qu'en el campo no v'el que quiere sino el que sabe?... Mirá qué tigre el que les vas a echar... Tu hijo hará como todos los hijos de los estancieros de tu laya... Llegará al chalé medio ahogao por la poca tierra del camino y renegando porque no es adoquinao de madera como l'Avenida, oirá el crujido de los herrajes del molino p'al agua y después agarrará el campo con los amigos que lo han acompañao, a desocar mancarrones, a gastar balas en tirarles a los terneros pa probar la puntería o a refistoliar las muchachas de los puestos... Atendéme che y créme, los estancieros de tu laya no sirven sino pa daño... y p'andar sonsiando en coche... ¿sabés?... porque p'andar a caballo son demasiado jailai y pa jailai no les da el cuero...

EN FAMILIA

—¡Pero, Eleuterio, ya con Susanita va a ser la quinta de tus hijas que casas y todavía andás con cosquillas!... ¡Bendito sea Dios!... ¡Y cuidado que a terco y a disconforme no te va a ganar cualquiera!... Habías de estar en lugar de

García, que no ha podido salir de ninguna de las muchachas y veríamos... ¿Qué más querés todavía?

—¿Cómo qué más querés, Ramona, por Dios?...¿Y crés que yo, más criollo que la Concción, vi'astar conforme con que las muchachas se m'estén casando así?... ¡Caramba!... Ya mi casa, che, no es casa... más parece coche e trangüay o pasadizo de hotel... ¡Mirá!... Por esta cruz, ¿ves?... yo cada vez que tengo que hablar con alguno e mis vernos, le juego señas no más y pura arrugada e cara, pa que vean que no estoy enojao... pero no les entiendo ni un pito... No, che, ¡convencete!... lo' pior que le puede pasar a una familia, es lo que nos pasa a nosotros... La primera que comenzó fué Julia con su alemancito, y de ahí siguieron no más como lienzo de alambrao. Petrona con su italiano, Antonia con su portugués, Eulogia con su inglesito y áura se nos viene Susana con un francés... ¡No, che, no... a no embromar vamos!... ¡No faltaba más!

—Tené entendido para tu gobierno, que la otra tarde, en lo de Martinita, que aura recibe los jueves porque María le ha tomado los miércoles por causa de las lecciones de la Chona, estuvieron ponderando la suerte de Susanita y diciendo que el francesito era una gran cosa y de lo más educado.

—¡Que gran cosa ni qué demonios!... ¡Un chuchumeco e media pulgada de alto, con el pelo echadito para adelante y una carita de asustao o de hombre que buscase algo que hubiera perdido!... ¡Y con un modito e dar la mano que parece sacao del codo!... ¡Che, mirá, el hombre será todo lo que quieran pero a mí no m'entra!... ¡Amigo, con la Susanita, que había sido lerda!... ¡Mire que dejarlo escapar al Chicho, el hijo de

Juanita, un muchacho que da gusto por lo juicioso y aprovechadito...!

— ¡Salí, Eleuterio... no seás infeliz...! ¿Qué no sabés que el Chicho es un pajuate... un verdadero hijo e vieja...? ¡Así me decía Susanita una vez que hablábamos d'eso: "Mire, mi tía, el Chicho sabe demasiado catecismo para poder ser mi novio...!"

— ¡Y ponerte a hacerle caso vos a semejante macaneadora!... Si ha de ser mejor el francesito este con su paradita de chingolo maniao.. Mirá, Ramona, te juro que si yu'biese siquiera sospechao lo que m'iba pasar en la familia, no soy yo el que crío las muchachas aquí... ¡No, che, me las dejo en la estancia no más y cuando mucho, allá pa semana santa o el veinticinco e mayo, las hacía dar una vueltita por el Pergamino, y después a casa!... ¡Se mi hubiesen casao con algunos muchachos del pago, ya que son tan buscaditas, y yo, siquiera, che... caramba!... ¡podría saber las fiestas de la familia y no como aura que un derrepente me mandan llamar de lo de Eulogia, voy... y ¡záz! fiesta... santo e la reina Victoria!... Una noche me cuelo a lo de Antonia, así, de sopetón, y me encuentro la casa llena e portugueses bailando... festejaban no sé qué cosa de Portugal... Si ya casi ni hermanas son mis hijas, che... si todo es un titeo.

— Pero mire que sos, Eleuterio... ¡Bendito sea Dios!... Y yo, fijate... mi gloria hubiese sido que mis dos hijas, las pobrecitas, se hubieran casado con extranjeros, che... ¡Gente tan fina, tan correcta!... Y después ¡ya ves!... hasta cuando se mueren los yernos es mejor, se sufre menos... A mí, cuando se murió Gómez, que era criollo y que, como sabés, fué un cachafaz, lo lloré que era una barbaridá, sin pensar ni en lo

que la había hecho sufrir a m'hijita, y cuando se murió Tonelli, que había sido tan bueno con Ernestina y me la había hecho tan dichosa, apenas lo sentí, che... Tal vez, como el pobre era extranjero, me dolía menos...

— ¡Bueno!... Yo... ¡eso sí!... no tengo de qué quejarme, los hombres son buenos, trabajadores y me tienen las muchachas en palmas de mano... pero, ¿qué querés? me revienta la mescolanza y el titeo e la familia, y lo que es más, no poderles entender su media lengua, che, y ni siquiera óirme llamar derecho viejo...! ¡Figurate que al italiano todavía no le puedo hacer agarrar el paso... Me dice don Cementerio, y se queda muy suelto é cuerpo!

A LA HORA DEL TE

— ¡No me digás, che!... Estos de ahora ya no son mozos... ¡Los muchachos parece que nacieran viejos y de las muchachas no te digo nada!... ¡Vos las ves reunidas y es un cotorreo y una charla y una risas, que crés por lo menos está desfilando todo Buenos Aires ridículo por delante del grupo y te ponés a escuchar... ¡Hijita!... ¡Qué insulsez!... Tod'ese barullo es para hablar de baratillos y de pichincheo con las costureras o ponderaciones de lo tiradas que eran en París, según les contó fulanita, las puntillas que aquí cuestan un sentido... Parece que fueran dependientes de tienda... ¡Mirá, cuando nosotras!... ¿Te acordás!... El día nos era corto para nuestras cosas y nuestros tijereteos... ¡Ibamos a perder el tiempo en discutir centavitos!... ¡cómo no!

—¿Qué me vas a decir, Feliciana, si esa es mi guerra de todos los días? ¿Vos las ves a mis hijas que gastan un platal todos los días? Vos las ves a mis hijas que gastan un platal en monadas y en adornos y eso que no puedo acusarlas de que sean ahorradas... ¿Y para qué?... ¡Para irse en el coche como estatuas!... ¿Te cres que siquiera se dicen algo de la gente que ven?... Pues, no, che... ¡No faltaba más! ¡Van como si estuviesen en misa, porque no hay importancia sin formalidá!

—Pero si no se usa hablar, che... a lo menos en castilla... ¡Parece que es muy ordinario, muy guarango!...

—Vez pasada me dijo a mi una amiga que acababa de venir de Europa y que me vió en Palermo con Federico, charlando a más y mejor, que en París, che, cuando se veía en un paseo una señora y un caballero que iban conversando y riendose, se podía asegurar que no eran casados... ¡Figurate!

—A propósito de los que vienen de París, hijita, te voy a contar lo que me sucedió el otro día en lo de Mariquita, mi sobrina, que como sabrás, recién ha venido... ¡Voy a visitarla y si vieras qué comedia!... Llego a la casa y lo primero con que me topo, es un francés todo afeitado y vestido de fraque que no entendía ni jota; de balde le decía, desgañitandomé: "Vaya, digale que está su tía Feliciana"... ¡Nada!... Al fin busco en la cartera y le doy una tarjeta, pero en vez de darle una mía, con el apuro y la agitación, hijita, le doy una de Pepita Aguirre, que tenía guardada y lo oigo que gritaba desde la puerta cancel a otro sirviente que estaba en el descanso de la escalera... ¡Madame Vassilicós!... ¡y oigo que el otro repetía la cosa y que el grito seguía!... Entonces me subo ligerita para decirles a aquellos condenados mi

equivocación y tomo para el lado del comedor, donde siempre acostumbraba a recibirme Mariquita; pero me ataja el sirviente y me mete a la sala, que a las tres de la tarde estaba ya con luz encendida y con todas las ventanas cerradas... ¿Creerás?... Tuve miedo del cú de charol, che, y estaba pensando en escaparme de algún modo, cuando se aparece Mariquita en una de las puertas, de gran cola y me hace una cortesía a uso de minué... ¡Claro!... Corrí a abrazarla diciéndole: "si soy yo, m'hijita", pero ella con una sonrisa seria en que solamente me mostraba el colmillo de un lado, me estiró la mano en silencio y con una frialdad que me heló, che, a pesar del calor... Nos sentamos y naturalmente le pregunté por su esposo, por González, que era, como sabrás, antes de sacarse la lotería que se sacó, uno de los escribientes del ministerio que nombró tatita... Apenas me dijo que estaba bien preguntandomé de paso por Mamerto... ¡Si vieras la cara que puso cuando le dije que todavía seguía con sus pobres pies y que lo atendía Federico, tu esposo!... Y después de esto, se estiró bien en el sofá y no me habló una palabra más...

—Así es la moda de ahora, Feliciana de mi alma... ¿Qué no vés los bailes que se usan?... ¿Acaso son como aquellos de nuestros tiempos en que las muchachas y los mozos podían bailar y conversar?... Ahora para bailar se necesita ser casi un ingeniero para estar contando los pasitos y golpecitos con el pie...

—Mirá, m'hijita, ¿sabés una cosa?... Yo no creo que en París la gente sea como esta que va y vuelve... ¿Qué querés?... A mi me parece que éstos toman por franceces a los manequís de alguna tienda... ¡Mirá!... ¡En esto ha de estar sucediendo alguna gran barbaridá!

COMO VIBORA QUE HA PERDIDO LA PONZOÑA

Zumbaban las chicharras en el talar vecino y pasaban hacia el monte, silenciosas, las bandadas de cardenales y jilgueros, que el sol ahuyentaba de la llanura, cuando la vieja guaycurú, que decía recordar al cacique Picairué—el primer indio de su tribu que vió un hombre blanco, razón por la cual los entendidos en edad de indígena le atribuían por lo menos siglo y cuarto — comenzó el extraño relato que me tuvo encantado hasta la hora en que las sombras vinieron con su cortejo de jejenes y de mosquitos.

—Yo no entiendo el lenguaje de los animales, pero la finada mamita lo entendía y me enseñó muchas cosas que no he olvidado nunca. Los pájaros y los bichos del campo conversaban como nosotros según ella, y se contaban las cosas que les sucedían, por lo general tan extraordinarias como divertidas.

—¡Soy curioso, viejita!... Cuénteme algo de lo que sepa.

—Mire, señor... no tenga curiosidad y será feliz. Esto se lo repite siempre la tijereta a su prima la golondrina, que hasta se mete en los ranchos para averiguar lo que no le importa... pero es sermón perdido, porque en esta vida cada uno hace lo que el cuerpo le pide y no lo que debe hacer.

Y luego entró a relatarme el extraño poema indígena de que es apenas una estrofa la presente narración.

Hallándose una siesta con su mamita, ocultas entre las ramas flexibles de un sarandí que se mojaba en el arroyo, esperando el paso de alguna

tararira dormilona que llevara remolcando la corriente, vino un ocó a posarse en un albardón, al lado de una garza mora que miraba el agua como encantada.

—Mire, hija, dijo la madre, ¿ve ese ocó?... ¡Bueno! Atienda como habla con su amiga la garza — porque ha de saber que esos dos pájaros aborrecen a la víbora, que habita entre el malezal costero y que viajando de mata en mata devora las nidadas de las aves del agua y que el odio liga tanto como el cariño... ¿Oye los rezongos del ocó?... Le reprocha a la garza que esté con el buche vacío habiendo a mano tanto caracolito lindo, y ella le responde que las penas que le afligen le quitan el apetito.

Además del conocido y comentado robo de su fortuna por el martín-pescador y el biguá, escondida, según su opinión, debajo del agua, motivo por lo cual ella recorre las orillas de los arroyos y lagunas, tratando de recuperarla, una víbora le ha comido la nidada defraudando todas sus esperanzas.

—¿Quién sabe si habrá sido la víbora, comadre? La otra tarde al irme para casa, hallé dos zorros jovencitos que venían saltando de albardón en albardón y como usted anda siempre como dormida, tal vez anidó en lo seco y la han aprovechado...

—Vea, amigo ocó, yo seré todo lo que quiera, pero como buena madre no le tengo envidia a nadie... Mi nido está casi boyando y además los zorros rompen los huevos para comerlos, mientras que esa canalla deja las cáscaras enteras y apenas picaditas,

—¡Chit!... ¡Silencio!... Siento un ruidito sospechoso... ¿no oye?... Mire, allí está junto a aquella mata de rama negra y se está aprontando

para bañarse... ¡Es un coral, comadre!... Vea. ¡En cuanto deje el veneno, yo se la asusto y si cae al agua usted la levanta!

Y a poco vimos nosotras una hermosa víbora, manchada de rojo y blanco que, envolviéndose de rama en rama, avanzaba cautelosamente hacia el agua, alzando de vez en cuando su cabeza chata como una plancha vista de punta.

La garza se alzó penosamente en el aire y luego que sus alas vencieron la pereza orgánica lanzó el ocó su grito de guerra, — que hace encerrar a los caracoles en su casas movibles y temblar a las mojarras huyendo seguida de su muchachada inquieta hacia las agua profundas — y simultáneamente oímos el chicotazo de la víbora al caer al arroyo.

La garza, luego de divisar a su enemiga, que haciendo un zig zag con su cuerpo flexible, intentaba ocultarse diligente en un remanso donde se hamacaban nenúfares y achiras, describió un gran círculo y, rápida como el pensamiento, cayó sobre ella haciendo presa en el fino cuello tornasolado, inmovilizando la cabeza agresiva y tendió el vuelo majestuoso llevando en el pico acerado, como un trofeo, al mísero reptil, que se retorcía impotente y envolvía entre sus anillo multicolores, que brillaban como si fueran de fuego, el largo pescuezo del ave cazadora.

Y no quedó mata de paja, albardón ni arbolito de donde no asomaran cabezas azoradas a contemplar la lucha interesante y, hasta los ratones y los sapos, asomados a las puertas de sus cuevas, siguieron emocionados las peripecias de la larga agonía del ofidio, que, luego de asfixiado, pasó al buche del implacable vencedor.

—Y diga mamita, ¿no la picará a la pobre garza?

—No, hija, dijo la madre: la víbora nunca en-

tra al agua llevando su veneno que es una bolsita blanca que tiene entre los colmillos. Cuando se va a bañar busca una alguna hoja de camalote o alguna flor de paja y la cuelga en ella. Los guerreros buscan esas bolsitas y mojan en una agüita que tienen, las puntas de sus flechas de combate. Cuando la víbora sale del agua, comienza a buscar su veneno y al no encontrarlo corre de un lado para otro desesperada y al fin se mata a golpes al verse inerme. Por esto es que se dice de la persona que anda inquieta y atribulada, ¡que parece víbora que ha perdido la ponzoña!

ESCUELA DE CAMPAÑA

—Velay, señor maistro, le traigo m'hijo, como quien dice pa qu'estudée y no pa que me le haga perder tiempo en macaneo de puesia y de güeltas a la derecha y a la izquierda. A los pobres inorantes, como un servidor de usté, que vivimos de la cuarta al pértigo y sudando el naco, maldita la gracia que nos hace que los muchachos se pasen el día aprendiendo puande sale el sol y puánde se pone y cómo se llaman los pastos, sin que náides enseñe la letura ni de poner su nombre u de sacar las cuentas más necesarias... ¿sabe?... Yo no quiero qu'el muchacho aprienda pa cura ni pa dotor, sino pa trabajar con más alivio que su padre y que sepa defenderse de los ladrones ni anqu'inore cómo se nombra el gobierno. Ya lo aprenderá cuando vea que los manates se pasan el mate entr'ellos, sin esperar a que se lo brinden!... Eso no sirve pa los pobres que tienen que romper tierra con el arau y cuidar vacas y trasquilar ovejas... Los otros días agarré el muchacho y lo llevé a la

escuela de esa moza rubia que está pasando la pulpería e Menegildo y fi y le dije a la moza esto mesmo que le digo a usté, ¡Si viera!... La rubia se me alzó como leche hervida y me dijo que yo era un atrasao y un indino hasta de ser padre...

—Ta bien, niña, le dije, almiro su cencia, pero me llevo el muchacho pa otra escuela... Con noreos y con puesias no vamos a comprar alpargatas ni el ni yo... Y es por esto, señor maistro, que vengo a trairle el muchacho pa dejarselo, si es que uste, que parece hombre de juicio, se compromete a ensenarmeló a ler en libro y a pintar la firma aunque no sea muy derecho...

—Pero vea, señor... nosotros tenemos que enseñar como manda la ley... El concejo ordena...

—Ya le digo, señor maistro que la lay dirá todo lo que quieran que digan... yo no me opongo... pero no cejo en cuanto al muchacho... ¡Eso sí que no!... Un hijo e Liberio Pacheco ha e saber cosas e hombre... ¡y nada más!... ¡Vea!... La cencia esa que andan enseñando aura, yo no l'hallo conveniente!... M'hijo no ha de ser gobierno sino estanciero como su padre y cuando tenga que dar un baile, pongo por caso, él no tendrá necesida e tocar la musica sino que buscará algún pianista que esté dando güelta a la manija y lambiéndosé por hacer lo qu'están haciendo los que pagan...

—Bien, mi amigo: yo haré lo que pueda... pero le prevengo que estoy obligado a enseñarle lo mismo que la señorita... Hay un programa...

—¿Y también le va a enseñar la costura como en la escuela de la rubia?

—Si señor... ¡El reglamento lo manda!

—Lo mandará... pero yo no dejo el muchacho... ¡Mirá con auja y dedal nada menos que un hijo e Liborio Pacheco!... ¡Pues no faltaba más..

¡Dejemé que me raiga, ni aunque se me añude una tripa!... Aura ya no faltaba más sino que a las muchachas les enseñen a que muenten a caballo y salgan hechas varón a boliar avestruces, mientras los machos planchan, cosen y crían la cachorrada... Tendría que ver a un criollo con tamañas barbas dándoles de comer a los muchachos o zurciéndoles los calzones. ¿Y qué hace la mujer en el inter, vamos a ver? ¡No señor! Yo estoy porque mis hijos se críen como me crió mi madre a mí, que apriendan a trabajar y a cumplir con su deber creyendo en Dios y que se dejen de macaneos... ¡La gran perra con la gente istruida!... ¿Qué quiere, señor maistro? prefiero que m'hijo ¿sabe? ¡el hijo e Liborio Pacheco, sea tan bruto como su padre, pero que siquiera sea hombre!.. ¡Qué se ráigan d'él por bárbaro, pero no por mujerengo!...

NI CON CUARTA

—No me tire con la tapa e la tinaja... y la vaya a ver el cabo González... Ya sabe qu'el hombre anque sea suertudo no aguanta pulgas... ¡La gran perra!... Y cómo anda por él todo el mucamerío del barrio... ¡ni que juera caramelo el cabo!... ¡And'el se para, no hay que hacerle!... Hasta los cuartiadores somos gusanos... ¡Vea!... No es por contarle ¿sabe? sino pa que sepa cómo le codicean su prenda... si es de usté. Las otras tardes estaba yo parau allí en l'esquina y el cabo venía al tranquito por junto a la vedera, haciéndose el distraido, cuando un derrepente aparece en el balcón la rubiesita de allí é los altos...

—¿Cuál?... ¿Una pecosa, más seca que mango é cacerola?

—¡Justo! Y diande va y saca un ramito é flores que tenía en el pecho y se lo tira al cabo, que ahí no más lo abarajó y lo metió entre el kepís... ¡Claro! Yo me quedé lambiendo, porque al fin aunque uno sea cuartiador, si ve comer masitas y que no lo convidan, se le hace agua la boca como a cualisquiera, y cuando pasó por mi lao me la rai y le cerré un ojo, haciendolé seña pa su casa...

—¿Y él que hizo?

—¿Y qu'iba hacer?... se rió no más y medio s'encogió de hombros como diciendo: "¡...que sos sonso pa rumbiar, che!" Y en cuanto volvió de la recorrida me le acerqué y recostandomé en el caballo, como aura'estoy, le dije redepente que usté había pasao del centro y que venía paquetísima... ¡Ni s'encogió siquiera!

—¡Claro!... ¿Y que s'iba a encoger, si ha de andar como pichicho por la garra esa e los altos?

—No digo tanto... ¡pero el hombre anda por cáir!... ¡Así le dije yo!... ¿Y qué pensará de su conduta cabo, la cocinerita de allí e la cuadra? ¡Cuidao, me dijo, no me vayas a desvelar!...Será la cuarenta y cuatro, pues... y nada más... ¡Lo que son estos de la policía ¿no?... Porque tienen pito ya se cren dueños del mundo... ¡Habían de ser curtidores, pa ver si eran tan entonaos cuando viesen que aunque quisieran como quiero yo por ejemplo, a una que a mí ni me mira, los condenara la suerte a andarse guasquiando solos!

—El cabo es un canalla e patente... pero conmigo la torta le ha e salir pan... ¡pierda cuidado!

—¿No ha de?... ¿No oye que él ya le llama la cuarenta y cuatro?... No solamente la desprecea, sino que hasta le pone la marca y la larga pa que corra.

—Permita Dios que reviente el muy trompeta anque sea sin confisión... ¡Bah!... pa lo que a

mí se m'importa... ¡Vea!... Luego lo espero pa que demos una vueltita...

—¡Como no, mi vida!...

—Hasta luego...

—...¡Juna perra!.. Que tipiada m'está viniendo encima... Hasta ví'a tener que pedir relevo en la parada... ¡Pero.. la verdá es que la hembra vale!... ¡Juna perra!... ¡Y lo que es d'esta el cabo González peludea!... ¡No lo sacan ni con cuarta!

CONFIDENCIAS

—Si vos no parás en los conchavos, che... Parecés zapato cambiao... ¡No hay pata en que calcés bien!

—¡Y qué quiere que haiga, mi tía, si me tocan unas?... ¡La gran perra!... ¡Vea la última que me cayó!... Mucho firulete y maistros de francés y de pintura pa las niñas, pero en punto a pago... ¡ninte!

—Eso no lo puedo crer, che, ni anque me lo jurés por tu mama... ¡Tu patrón es hombre rico!...

—¡Gran cosa el patrón!... Usté lo ve metido en su levitón y no sabe la clase e'liendre qu'es con ese aire de abombao... Vea; a mi me tomó pa mucamo'el escritorio; en cuanto me descuidé, era desd'eso hasta pion de patio y en los ratos desocupaos hasta niñero... Al fin del mes le cobré el sueldo y me salió con consejos y me peg'un reto diciendo que tóitos eramos ansí y que me juera'costumbrando al ahorro y... ¿sabe?... al segundo mes m'echó sin pagarme ni fósforos, a pretesto de que le quebré un plato e loza que dijo qu'era re-

cuerdo e Garibalde... ¡La gran perra con el hombre, chancho!... ¿Y usté está tuavía en lo e doña Dolorcitas?

— ¿Pero te has cáido de algún nido, Indalecio? ¿Qué no sabés lo que hubo con el patrón, por causa de un guiso e patitas con zanagorias? ¡Si fué tremenda y yo ya se la tenía anunciad'a la señora, qu'es terquísima! Figurate qu'él le daba p'al mercao un diario regular, pero como a ella le gusta el tiatro, ahí tenés que sacaba d'eso pa las entradas, y las lunetas y el diablo... Y conforme se'iba'acabando la platita, ya empezab'ella con las recomendaciones de que trajiese patitas o mondongo pa guisar con zanagorias, y si él reclamaba, se le quejaba de que las cocineras la robaban y de que todo estaba carísimo y de qu'era un escándalo y que no sabía qué hacer y ahí me tenías a mí, mientras duraba la temporada e la Opera, sindicada e ladrona y aguantándome cada reto'el patrón que daba miedo... ¡Claro!... ¡Tanto s'estiró la cuerda que un día se reventó...!

— Caramba, con la gente, ¿no?... Y quien diría al verlas tan paquetas, oyendo la ópera, que tienen la barriga chiflando...

— ¡Y cualquiera que conozca el mundo m'hijo! Pior era tuavía en lo e las González, donde la señora en cuanto que veía llegar con la fuente e carbonada, ya decía arrastrando la lengua y con una vocesita e'caramelo: "Ya stá otra vez el obsequio e Magdalena a su patrón... ¿Cuándo se v'a cansar mujer de hacerl'el gusto a este rutinero...?" Y el pavo se lo craía, che, y se llenaba la panza sin chistar.

AL VUELO

—Vea, señor comisario, yo venía a verlo pa un asunto que talvez no sea de cosa e justicia ¿sabe?... pero qu'es de humanidá y así le dije a mi sobrina Paulita, la mujer de don Chicho, ese almacenero italiano qu'está aquí a la vuelta e la cuadra... "No, m'hijita... yo me vi'a ver ese comisario, que ha e ser cristiano anque sea e las provincias y recién haiga venido a la sesión"; y aquí me tiene, señor, que vengo a tráirle una consulta, sin conocerlo, confiada no más qu'en su buen corazón...

— Hizo bien, señora...

— Rosaura Pico, pa servirle, señor... De las Pico del Once, que han sido bastante mentadas en sus buenos tiempos, cuando vivía su tatita don Nemesio Pico, que tal vez habrá conocido... uno de esos criollos que ya se acabaron, señor, de los que cráian en don Bartolo como en Dios, y compadre e don Pedro Berné que sacó e la pila a uno e mis hermanos, ya finao...

— ¡Perfectamente!... ¿Y qué deseaba, señora?

— Pues, a eso voy señor comisario, si me permite... Es el caso, que vez pasada, hará d'esto como tres años, hubo en casa una inquilina que se murió dejando un chiquito que apenas caminaba y que nosotros recogimos de lástima y criamos con nuestras pobrezas... y aura, señor, con estos tiempos tan malos que corren, nosotras vamos pa pior cada día y más con la muerte de algunas señoras de relación que solían favorecernos y que han dejao unas hijas que da vergüenza... Gentes d'esas que pesito que les sobra se lo echan en trapos y en gorras, como creyendo que el señorío y la categoría se alquieren en las tiendas... ¡Bueno!...

Naturalmente, el chico, que al fin, no es de nuestra sangre, nos pesa y quedríamos aliviarnos, aunque buscandolé su felicidá, porque al fin nosotras no podemos olvidar que somos de las Picos del Once y que nos hemos criado en la calle Piedá, en unas casitas que había and'está el Pasaje, frente por frente con las de Vela... las cuñadas del capitán Amarillo, qu'es viudo de la finada Mariquita.

—Bueno, señora... ¿y yo en qué puedo servirla?...

— Usté puede ser nuestra salvación, comisario... En los tiempos de aura, lo que no puede la policía no lo puede nadies... Mire... Yo he andado más de un año por meterlo en los güérfanos, pero no he podido porque diz que no hay lugar... En cambio, vea lo que son las cosas... una señora conocida, ha conseguido meter dos de sus hijos, a pretesto que su marido, qu'es estanciero, vive en el campo y ella tiene qu'irse a acompañarlo... ¿Que le parece?

— Que hace bien la señora en no dejar solo a su esposo... Le puede suceder cualquier cosa...

—¡Si no es eso!... Le preguntaba su parecer sobre el chico... Pa un güérfano verdadero no hay lugar y los falsificados caben en todas partes... Si así es nuestra tierra, señor... ¿Y qué le vamos a hacer?... Hay que armarse e paciencia y jugarle risa ¿no le parece?... Eso mismo le decía yo a mi hermana vez pasada por motivo e dos chinitas que habia criao una amiga y qu'eran perseguidísimas por un mozo panadero que al fin se quedó con la más pior... ¡Pareció cosa del diablo, señor! ¡El condenao aquel se casó con la china más demonio y más indina que puede figurarse y dejó la otra que era una monada verdadera!...

— Bueno, señora... ¿y yo en qué puedo serle útil?

— A eso voy, comisario... Pues, mire usté, yo lo único que deseo es que me dé una nota p'al Asilo, diciendo que el chico es güérfano ¿sabe?, que lo han encontrao en la calle y que como la policía no tiene ande poner los güérfanos verdaderos, lo manda pa que lo pongan ande debe estar...

— Perfectamente, señora... pero yo no puedo mentir...

— Mire, comisario, hagaló por vida suya y no se ocupe de la verdá, que al fin ella no se ocupa de nosotros... Y vea, le voy a dar un consejo de amiga, pa su bien... ¡Si quiere hacer camino en esta tierra, mienta grande, y cuando halle la verdá en alguna parte, dele de hacha y no perdone... que de atrás vienen pegando!...

CONSPIRANDO

— ¡Eh!... ¡So bene que la mochacha e linda... ma cuela furba di vequia e propio in ¡cane...!

—¡Peru tú se la pidiste y te enojás porque te la negó!

— ¡Corpo!... Ha fato in bechincho di la gran siete e ha deto tanti porquerie... tanti bestialitá, come oggi la fatto co l'amico viquilante... ¡Ma! ¡Dico io!... ¿Cosa ha la mochacha, que tutti noialtri andiamo propio come lo pero...?

— ¡No, che... pare el carro... y no igualemos!... A usté la vieja lo echó por roñoso y porque era gringo...

— ¿E perque t'ha fato a té la medésima chanchería... vediamo?... ¿Cose t'ha detto...?

— ¡Sí, hombre!... Cuéntanos lu que te pasó... ¡Entre amijos, comu decía Castelar, no debes tener verjuenza...!

—¿Y qué vergüenza v'iá tener de ustedes que, al fin, también han salido en el asunto como perros con tramojo...? ¡Bah!... Estaba parao allí en la esquina del mercao, cuando la veo venir a la vieja pujando con la canasta y me le acerco, ansina, de golpe, como pa no darle ni lugar a resollar y le digo: "Mire doña Robustiana, es mejor que hablemos claro, qué diablos, ¿no le parece?..." Me miró con unos ojos que hast'aura me dan miedo, dejó la canasta en el suelo y no abrió el pico... Yo seguí "Vea... usté aunque sea una triste cocinera, alguna vez haberá sido joven y si se acuerda me comprenderá... Yo, confiao justamente en que usté como persona de juicio saberá lo que son ciertas cosas de la joventú, es que m'he animao a'cerle esta dentradita y com'uste's madre y al fin no ha de querer su hija pa tenerla prendidita e la pollera, ni pa reliquia es que..." Ahí no más pegó un bufido e rabia y me gritó... "Acabá, condenao... que no sé como no te arranco algo en plena calle... ¡Acabá!..." No se m'enoje, doña Robustiana, le contesté, mire que va'ser pa pior... Al respeto de su hija, yo no tengo sino motivos pa quererla y si vengo a decirselé, es porque usté's su mama... ¡Buena vieja mala había sido la cocinera! Ahí no más me retrucó: "¡Y vos sos un arrastrao y antes que darte la muchacha me has de ver en un cajón con cuatro velas!..."

— Cristu con la viega que había sidu más mala que Anchurena... ¿Y tú, que le diguiste?...

— Pa qué me va a'cer llorar, doña Robustiana, con ese canto tan triste... ¡Cambie el tono y nos hemos d'entender!... ¡La vieran cómo se desató!... ¡La gran perra! Parecía que tuviese una bi-

cicleta en lugar de lengua y gritaba... "¿Mirá quien pa pretenderme la muchacha? Si crerás que la h'estao criando como si juera una raina pa que se fijase en vos u en otros de tu calaña... ¡Es atrevimiento!... ¡Casarse con un vigilante nada menos que una hija de Robustiana Paredes...! ¿Vos sabés quien es Petrona pa fijarte en ella?... ¿Lo has averiguao?... ¡Bueno!... Petrona es ahijada e don Antonio Gandulla el dueño del almacén del Resuello en la barranca e Balvanera, y su madre, que soy yo, nació en la casa del finao Rodríguez en la parroquia e Monserrate frente a la plaza... Y nosotras no somos de la laya que te pensás... provinciano aguachao, mantenido con patay!" Y aquí me tienen ustedes aura, sin saber qué hacer y hasta medio maltratao.

— Peru que importa de la viega si la muchacha sigue la prucesión...! ¡Yu creu que este, ajora, nu se debe de andar con chicas y si ya ha sonadu la campana, que haja la humbrada y se alce cun la prenda...! ¡Al que nu entiende razones, que dicen en mi tierra, las custuras le hacen llajas!

EN LAS ANTESALAS DEL CONGRESO

—¿Mirá quién en la casa de las leyes?... De seguro viene tormenta...

— El tisne le dijo a la olla... ¡agarrate Catalina!... ¿Y cómo te va?...

—¡La pregunta!... ¡Lindo no más, pues!... ¿Qué no sabés que le pedí la'ija a tu comadre...?

—Las muchachas leyeron la cosa en la crónica social de *La Clase*... pero no había detalles.

—¿Y qué detalles me has dau a guardar?... La pedí y me la dieron y aquí paz y después gloria como decía el finau Aneiros.

—Hombre, que sea pa tiempos y pa güeno... Bien te lo merecés, ¡que diablos!... Porque vos l'has peliao a tu posición atual com'un tigre...

—Bueno... un poco yo y otro la suerte...

—¡Qué suerte ni qué demonios!... Cuántos como vos han sido mucamos o citadores de jujao y no han llegao al congreso u los ministerios... ¡No che, lo qu'es justo es justo!... Y de la muchacha no te digo nada porque todo sería poco... Mirá ... ahí te llama aquel diputao...

—¿Cuál?

—Ese grandote... picau de virgüelas...

—¡Ah! ¡No importa!... ¡Qu'espere...! Ese's de los que van al muere... ¿Y que andás queriendo?

—Es que ando de pobre... que no ladro de miedo de que me tomen por perro y me cobren la patente ¿sabés? y m'he metido a corredor...

—¿A corredor?... ¿Con esas patas?...

—¡Escuchá con formalidá, que vale la pena... Quiero que le hablés a García y lo interesés pa que busqu'en la carpeta e su ministro, una solicitú e doña Jesusa Paredes!... Mirá... Ahí te llama aquel diputao, che...

—¿Cuál?

—Ese flaquito e galera...

—¡Ah! Mosca mansa... Es'es tamién de los que se van pa no volver... Que lo atienda otro... ¡Seguí no más!!...

—¡Bueno! Doña Jesusa me ha ofrecido doscientos pesos por ese despacho y yo, che, como el melón tiene muchas tajadas t'invito a que lo partás... Mirá... ahí te llama ese señor de sobretodo... Ha e ser otro...

—No... Es'es de los que quedan... Esperate que aura vengo... ¡Ah!... ¡Lo atendió González!... Seguí...

—¿Y cómo partimos el queso?...

—¡Entre vos y yo y Garcia... igualitos!

—Perfectamente. Mirá... ahí te llama otro señor... aquel de sombrerito...

—Qué reviente... Es'es también de los mortales...

—Pero che... Estoy viendo que ustedes aquí no sirven a naides...

—¿No servimos?... ¡Demonio! Lo que hay es que a estos payucaces que acaban el período y no van a ser reletos, no tenemos pa qué atenderlos ... ¿Qué van a hacer esos desgraciaos, si no pueden ni con la figura?... Son parientes de gobernadores que han caído u miembros de poderes caducaos.

—Sí, perfectamente... pero ¿y si se quejan de que ustedes no los sirven?

—¿Y quién les va'cer caso, che? Aquí, diputao que pierde la releción no se para ni con muletas ...Nosotros ¿sabés? conocemos bien a nuestra gente y servimos a la gente que puede servirnos ... ¡El sabalaje que se las campané como pueda! Hombre qu'estando arriba se va barranc'abajo no tiene alce, che, y jiede a muerto.

—¿Lo qu'es la política, no?

—¿Y qué más querés que sea?... Estos han tramitao su vida cuatro años y se les cierra el debate... No les queda más remedio que levantar la sesión y seguir viaje...

—¿Pero y si vuelven?

—Y si vuelven los agasajamos y con la alegría de dentrar al recinto ni se acuerdan de antes... Mirá... Vos pa saber si un diputao o senador d'estos de a vainte la docena, s'entiende, anda en la güena con Roca, no tenés más que venirte aquí y si ves que los empliaos lo miramos como a público le podés echar fallo sin miedo.

—¿Qué me contás?...

—¿Ves ese que va dentrando?... Bueno... Ese v'a ser diputao el año que viene... Fijate como le mueven la cola y oservales las sonrisas...

—Bueno, hermano, ¿y lo hablarás a García?

—¿Y cómo no?... Mañana lo ves en el despacho pa darle los datos... Sacale garantía a la interesada... No te vayás a olvidar... Ya sabés que seguro... no cai preso y el que traga gana el cielo.

DEL NATURAL

—Buenos días, doña Francisca... Le manda decir mi mama que si quiere pasar un rato, vaya luego a la noche por casa, que la espera, y que si le puede emprestar la lámpara y dos sillas, que se las mande con don Bautista en alguna pasadita...

—¿Y qué hay? ¿Baile?...

—Yo no sé... Parece que van a dar unas vueltitas y que va'star Pérez, el meritorio e la comisaría y la hija de doña Inés... Es pa darle las gracias por lo que los hizo poner en libertá a los muchachos...

—¿A tus hermanos?... ¿Y qu'estuvieron presos?... No sabía.

—Sí señora... Guasintón y Julio César estaban bailando en la vereda y derrepente vino Gútember y les hizo una zancadilla y se agarraron ...En el bochinche lo voltiaron a Mirabó y a Lucrecia y le quebraron un brazo a Napolioncito...

—¿Qué me decís, muchacho?

—Fué un bochinche grandísimo y los enderezaron a todos a la comisaría, menos a mí y a Colón que habíamos ido a llevar una carta e tata a la imprenta en que trabaja...

—¡Bendito sea Dios...! ¿Y quién es la hija e doña Inés?

—Es esa que vive junto a las piezas nuestras. El padre es un napolitano tuerto que sabe andar por aquí buscando sillas pa componer...

—¡Ah!... Sí... ¿Y esa es la novia del meritorio?...

—Yo no sé... pero ella fué la que lo habló por mi mama y a más siempre que voy pa la escuela la suelo ver conversando con él en la esquina o sino en la puerta de La Cotorra, que es la mercería de la vuelta...

—Mirá...¿Y quiénes más estarán?

—Yo no sé... pero han de'star también las hijas de un compañero de tata que aura saben ir a casa, y doña Nicolasa la lavandera y esa otra señora que siempre anda con ella, la madre d'ese muchacho que le dicen Chinchulín.

—¡Ah! ¡Ah!... L'adivina... ¿Y esas hijas del compañero de tu tata cuántas son?

—Son dos... La más grande la'stuvo ayudando a mama pa la enfermedad, cuando recién nos mudamos aquí... ¿se acuerda?

—¿Una rubia, pecosa, que dicen qu'es modista?

—La misma ha de ser, porque ella le v'a prestar a mi mama una pollera, que Guasintón tiene que ir a buscar lo que salgamos de clase...

—Bueno... m'hijito, dale las gracias a tu mama y decile que aunque a la lámpara se le ha roto el tubo, se la v'ia mandar lo mismo que las sillas, y que yo he de ir anque sea un ratito y de parada no más...

—Bueno, ¡adiós!...

—Mirá, largar mi tubo pa qu'entre en danza...! ¡Cómo no!... ¡Qué baile en l'oscuro el meritorio si quiere... y tal vez me dé las gra-

cias!... ¿Pa qué quiere más luz que la hija de doña Inés?

¿NO ES VERDÁ, NENA?

—¿Eh?... Ya lo creo qu'es así... ¡L'oficio no es tanto bueno como se cren y tiene sus contras! ... Preguntelé sinó a su tía, doña Marcelina quién le abrió la lana a la hija cuando se fué a casar con el sobrino de don Chicho... Que diga cuánto me pagó... Estuve dos días machacando y después me salieron con historias... ¿Y a la sobrina de Bachicha, quién l'abrió la lana? ¿No fué también este pobre colchonero? ¿Y se acordaron, acaso, de decirle "venga, don Antonio, aquí tiene un vaso de vino"...? ¡Mañana!... La política es mientras uno se las abre; pero después se acaba hasta la relación.

—Mire, marchante, con nosotros no v'a ser así... No es la primera vez que usté trabaja en casa.

—¡Ya lo creo que no es...! Yo la he conocido a usté cuando era com'esta chiculina, una vez que vine a cambiarle los forros a su mama después de la muerte de su abuelita...

—¿Usté fué el que se los cambió?

—¿Y sinó?... Me acuerdo que su tata me decía que se los pusiera fuertes para que no se le rompieran en las mudanzas.

—¿Entonces usté la conoció a mi mama cuando todavía vivía mi abuela...? ¡Mirá!... Vea, marchante, demelé otra pasadita a este montón... ¿No le parece qu'está sucito?...

—Bueno... ¡Aura la daremos... hay tiempo!... La noche que se murió la viejita, yo fuí de los qu'estuvieron en el velorio... Nos pasamos

la noche comiendo canilla de muerto, de unas que hacían en la confitería de Pedrín y chupando vino barbera... ¡La gran perra!... Al otro día me silbaba la cabeza como si tuviera un vigilante y no pude andar al entierro que estuvo lindísimo.

—Qué cosa, no... Vea... comience la otra pasadita... sino se va'montonar mucha y va'ser pa pior.

—¡Cristo!... ¿Sabe qu'es cabezuda usté?... ¡Aura le daremos!... ¿Que no ve que esta lana tiene más tierra que maíz frito y que hay que sacarla?

—Sí, pero es que si no nos apuramos v'a llegar la noche y no voy a tener colchón; ¿no es verdá, nena?

—¡Y qué sabe la nena, hombre!... A las tres estamos listos... Yo tengo que andar también de doña Catalina, la mercera, que me mandó decir que fuese a reglarle unas sillas y si no ando temprano no lo hago.

—Bueno... pero yo no quiero frangollos, marchante... Si no puede ir a las tres a lo de doña Catalina, va a las cuatro...

—¿Sí? ¿Y quién me calienta la cola?... ¿No ve que se necesita tiempo?...

—¿Y a mí qué me importa de la cola... Yo lo que quiero es que mi colchón quede bien, ¿no es verdad, nena?

—Oh!... y aunque no le parezca a la nena, a mí no se me importa tampoco... Al fin el colchonero soy yo, aquí... ¡qué diablos!

—Vea, marchante... no sea así... ¡Mire que parece loco... disgustao con la familia...! Bueno... ¿Comienza la pasadita o no?

—¡Caramba, ya lo creo que la comienzo!... Si no lo hiciera, usté me hace devenir loco endeveras... ¿No es verdá, nena?

REMINISCENCIA

El viejo don Pantaleón detiene su cabalgadura y busca en la inmensidad de la desierta pampa la majada diminuta confiada a su cuidado. Las ovejas, en pelotones, avanzan lentamente, pastando despreocupadas en dirección a la laguna que blanquea a lo lejos y a cuya orilla, en tiempos que pasaron, llegó él cierta tarde luciendo sus jinetas de sargento y guiando una partida que del próximo fortín saliera en la mañana a batir la indiada triunfadora que volvía de adentro con pesado arreo de haciendas y cautivos.

Ahí mismo, donde está ahora la majada, estaba el campamento, y las largas lanzas clavadas en el suelo llameaban al quebrarse la luz en las moharras.

¡Qué entrevero!

Los caballos rodaban, tropezando en los muertos, y los sables, cada vez que caían volteaban un ginete, y ayes y alaridos se alzaban del revuelto campo, coreados por los teros en alarma.

Y el viejo, rejuvenecido, yergue el busto hercúleo, da frente al pampero y suelta la rienda a la mal perjeñada cabalgadura, que no sintiéndose estimulada por recuerdo alguno, dormita pacientemente espiando de reojo a los perros camperos, que viendo a su amo detener la marcha y ajenos a las preocupaciones que le embargan, husmean provechosas aventuras cinegéticas y se acercan curiosos a esperar la señal apetecida.

Allá va la indiada en dispersión, perdiéndose a lo lejos, y luego vienen a su mente los cuadros sucesivos de su vida pasada: el viejo fortín que ya no existe, la estancia que fundó su capitán en aquel campo que supo conquistar y los suyos se apresuraron a vender apenas muerto, y luego,

más acá, su odisea en busca de trabajo y su eterno rodar sobre esa pampa que él conoció desierta y pobre, contribuyendo con su esfuerzo a enriquecerla.

—Amigo... ¡qu'he rodao!... Y pa qué... P'andar cuidando ovejas a mis años. ¡Suerte chancha!...¡ A'nque bien visto, caray, es mejor que la d'estos charabones de hoy, que no tendrán después ni siquiera de qué acordarse!

SAUDADES

—¿Pero, tenés valor, che, de andar enamorao d'esa manera, llamandoté Cipriano y teniendo esa cara'emal comido u de dependient'e tienda a'nde dentran muchas marchantas...?

—¿Y qué tiene que ver mi nombre ni mi cara, che, con lo que yo te digo?... Mirá, Aguilera... vos te cres qu'es juguete, ¿sabés? porque no entendés...pero fijate... Antes yo era un mozo alegre y divertido, ¿sabés?... que agarraba mi guitarra y dentrab'a un baile, pinto el caso, u a cualquier parte a'nde se pudiera tocar algo y aquello de que cruzaba la pierna y miraba p'arriba che, y ya se m'empezaban a venir los versos como a su casa y d'eai no más ya puertiaban... a veces hasta de a dos... ¿Y aura?... ¡Ya ves, es al ñudo!... La otra noche fi con unos amigos a lo'e la Silva, ¿sabés? p'acacito de Almagro y m'encontré con una muchacha que hace com'un año la llevo clavada en l'alma y qu'es lind'hasta por lujo y con unos ojos y una boca y un modito más dentrador, che... ¿Y querrás crer que fué verla y agarrarme como a modo de una cortedá o de una tristeza grandísima y ya se m'hizo co-

m'un ñudo en la garganta, che, y no me animé a decirte nada?... A la cuenta me habrá tomao por sonso, pero, ¿qué querés?... Me parecía que si le decía'lguna cosa, se m'ib'enojar por mentiroso esta imagen que llevo en las entrañas desde hace un mes y que me tiene a mal trair!

—¡Che, che!... ¡Qué peludo tan negro!... ¡Parece pintao con tinta!

—¿Peludo?... ¡Ah malaya!... Mirá... Feliz de vos, ¿l'ois? y de otros como vos, que no saben de ciertas cosas y que se morirán de viejos, contentos porque han comido bien o porque han bebido cuando tenían sé, u porque han sido dichosos con su familia... pero, creme, che, lo que te v'ia decir... Si alguna vez llegaran a tomarle el gustito a'lgún amor imposible, a querer una mujer hasta sin esperanza de poder verla ni de lejos, si a mano viene, cuantimás de respirar ese aire perfumao que deja cuando pasa y que sólo güele aquel que l'anda queriendo, o que siquiera los mire distraida así como se mir'a un perro'e la calle, se morirían de rabia por más brutos que fueran lamentando haber perdido su vid'al divino botón... Yo, antes, me sabía rair de'sos que cantan en seco... pero, aura...

—Mirá, Cipriano... ¡a vos te v'a perder el gusanito ese de la puesía que te ha dentrao a picar...!

—¿Puesía?... Atendeme hermano y convencete de lo que te digo... Vos sos uno de'sos desgraciaos que se mueren sin haber mirao p'arriba en una noche estrellada y más bien hay que tenerles lástima que dejárseles cair por sonsos... ¡Probá una noche y verás lo qu'es la luna mirada como al descuido...! No hay hombre que no teng'adentro una guitarrita, ¿sabés?... y feliz de vos, cuando la tiempla quien debe, porqu'enton-

ces a'unque sufrás un tormento, hermano, es un tormento con gusto y que aficiona! ¿Aquí no me ves a mí? Vengo todas las mañanas y me apelotono contra esta puerta y soy capaz de pasarme un siglo, mirando la casa d'ella... Y eso de que la veo venir vestidita e punzón como la vi la primera vez y picando la vedera con un pasito cantor, che, que parece acompañamiento a una música que n'oye naides pero que oigo yo, porque se me hace tenerla'dentro, abro las narices pa respirar porque me augo y cierro los ojos pa no mirar los d'ella, que son como violetas francesas que tuviesen una luz en las hojitas... La gran perra, hermano... Te aseguro que yo sé qu'es un imposible y que nunca m'he tenido más rabia al verme tan sonso... pero, ¿qué querés?... la tierra va pa ese lao y no hay que hacerle...

—¡Ah! ¡Ah!... ¿Conque la moza es del barrio?... ¿Y a'ande vive, che?...

—Pero'ai en ese caserón grandote de la media cuadra!... Es una rubia bizarrota, che, con un cuerpito que da comezón en l'alma... ¡Si vos l'has de conocer, Aguilera!... Si es com'una figura y aquello de que pasa por junto a uno es como si viniera chicotiando con una vara de azucenas...

—¡Beno, hermano!... Vas a dir de patitas pa loco!... ¡Ya te veo con las pilchas al hombro trotiando pa l'ambulancia!... Sabete qu'esa moza es la hija de un dotor y que ya es prenda con dueño...

—¿Y te cres que se m'importa, pa quererla? Ya t'he dicho, Aguilera, que vos no entendés la vida... ni nunca la entenderás... No tenés la guitarrita de que te hablé, ¿sabés? y en amor sos como un sordo... A mí se m'importa un diablo

que ella sea como sea, ¿entendés?... Yo la quiero porque es ella y nada más, y ella no lo ha'e saber nunca, tampoco, porque no hay necesidá... ¿No te digo que cada vez que la veo, hasta cierro los ojos cuando pasa y que me dentra como a modo de un respeto y que quisiera desaparecer sin que me viera, pero seguirla como un humito o com'una luz, envolviendolá todita pero sin qu'ella me sintiera?... ¿Te cres que la vi'a querer como a una de nuestra clase, che?... Pa soñar con gusto hasta el aire paletea y yo prefiero morir antes que causarle pena... Si ella no sabe mi amor, se lo h'esconder hast'a Dios.

—Che, che... ya me parece que te ajusto la cadena... ¡Vos vas marchanto pa loco... oservate y lo verás!

—Mir'Aguilera, vos no pasás de un triste vigilante, ¿sabés?... pero si tuvieras adentro algo d'esto que yo tengo, hasta Bizle se te haría un gorgojo... Pero... ¡de ande vas a soñar despierto, m'hijito, si t'estás cayendo e sueño...!

PAISAJES

Era en una de aquellas tardes de los veranos de mi tierra, que al ser recordadas, traen a la memoria los naranjos oscuros salpicados de estrellas blancas, con su cortejo obligado de abejas zumbadoras y de tornasolados picaflores, el rasguido de la guitarra que preludia como ensayo el gemido anhelante que se exhalará en la noche al pie de la reja amohosada—guardadora aparente del honor mujeril confiado a sus barrotes por la candidez de algún olvidadizo de la vida—el melancólico chistar de las tacuaras y chingolos y los

últimos rayos de aquel sol que hizo las delicias del lagarto y que al irse, va tiñendo de violeta el cielo azul y la tersa superficie del arroyo que surcan veloces los patos en hilera buscando el boscaje de la orilla.

El calor había pasado: ráfagas de frescura venían a mí, trayéndome el aroma inimitable de los cercos florecidos y aquel perfume de los patios recién regados, donde tienden su manto luminoso las hojas de las parras.

Cerca del viejo brocal del pozo, que el verdín manchaba a su capricho, estaba el mozo y a su lado aquella cuyos ojos negros y rasgados eran entonces, para él, su único encanto.

Ambos, sentados en pequeñas sillas de junco, de armazón casi rústica, tomaban su mate de la tarde, sazonado con la sabrosa plática cuyo fondo no iba más allá, seguramente de los acontecimientos del barrio, no por cierto abundantes ni socorridos.

Yo los miraba de lejos y vivía la vida de los recuerdos dulces y apacibles. Ella, morena y joven, vestida de blanco, con su busto cubierto por un pañuelo celeste que contrastaba con el rojo de los labios, con el níveo relampagueo de los dientes al esbozarse una sonrisa y con el manojo de claveles, colocado como al descuido entre el pelo reunido en rodete, que parecía el azabache, se mantenía erguida, chupando el mate, sostenido por su mano regordeta a la altura del pecho, mientras la otra erraba sobre sus faldas jugando con el fleco del pañuelo.

Su oído y sus ojos estaban embargados por aquel que en esos momentos no veía picaflores ni azahares, ni escuchaba el canto de la brisa entre el cordaje de las madreselvas florecidas, ni miraba claveles ni sonrisas, ocupado en estirar las mangas de

su saco y en alzarse el pantalón para salvarlo de ajaduras y dobleses. Era un tipito insignificante y pretensioso, con aires de dependiente de confianza, de perita, con una onda sobre la frente estrecha y deprimida y vestido con su traje dominguero que conservaba aún el sello del baúl en que dormía sueños de una semana, rara vez interrumpidos.

Aquella nota discordante en el concierto de la luz y de las flores me ponía nervioso, me exasperaba y recuerdo que pensé hasta en la manera mejor de eliminarla y filosofé con rabia sobre la resignación y la paciencia de las mujeres lindas, que soportan a su lado, los miran y aun les sonrien complacidas, a seres cuya presencia es un contraste chocante, como lo sería la de una oruga, de esas que cuelgan su cesto allá en las ramas flexibles de los duraznos envueltos en la gasa rosada de su florescencia inimitable, sobre la curva graciosa de su pecho palpitante.

—¡Bah!... Y siempre que este cuadro ha venido a mi memoria, a través del tiempo, he tenido sobre mi labio, lo confieso, una palabra dura, expresión de un pensamiento dañino, para aquel dependiente endomingado que tuve la desgracia de ver en el cuarto de hora más dichoso de su vida y que me persigue hasta el extremo de haberse hecho retratar en el más bonito cuadro que adorna el taller del pintor más colorista de Buenos Aires.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN

Don Mauricio recogió las piernas, que había estirado a ambos lados del fogón, y luego de atizar su cigarrillo con la uña del pulgar, parsimoniosamente, exclamó, mirándome asombrado:

—¡Ah! ¡Ah!... Usted no sabe la historia de la víbora y el tigre, y, sin embargo, es dotor... ¿Qué será lo que sabe, entonces?... Dejuro qu'es de libros no más...

—¡Justamente, don Mauricio... de libros! ¿Y sabe una cosa?... Cada día me convenzo más de que no sé nada...

—¡Dejuro! Si pa enseñar cosas no hay mejor escuela que la vida...¡Oiga la historia y la verá!

Y el viejo me refirió la extraña fábula, que él, a su vez, había oído de otros labios, allá en su mocedad.

Diz que un día una tormenta espantosa asoló la tierra. Volaron los ranchos de los hombres, los arroyos y los ríos, se derramaron sobre el llano, inundando las cuevas más profundas, derribando los árboles más vigorosos y destruyendo los nidos inaccesibles.

Los animales, aterrorizados, chapaleaban el barro líquido y trepaban sobre los troncos caídos, guareciéndose entre la hojarasca en promiscuidad con los reptiles y los pájaros, a quienes los peces burlaban, vengándose de las bromas de otros días, cuando la seca prolongada había hecho peligrar sus vidas en los arenales sedientos que crecían a medida que disminuían las probabilidades de salvación.

Cuando la tierra quedó transitable, el tigre, que se tenía por fuerte, echóse al campo a socorrer necesitados y a aliviar desgracias.

Cruzaba una isleta centenaria, que había sido descuajada casi en masa, cuando de repente hirió su oído una angustiada voz:

—¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Una pobre señora está en peligro de muerte!

Apresuró su paso, y bajo el pesado tronco de

una palma caranday encontró un curiyú que, con tono quejumbroso, le refirió su desventura:

—Como sabe, compadre tigre, yo soy señora sola y muy temerosa de los truenos, hasta el punto de que todo es descomponerse el tiempo y ya me siento mala... En esta tormenta he sufrido lo que no puede imaginarse... Conforme paró el agua, salí a dar una vueltita, y de repente me sorprendió este árbol que se caía y que me apretó... ¡Yo creo que me ha roto algo!

Y la serpiente se retorcía desesperada, lamentándose de carecer de fuerzas para librarse, debido a su estado de extrema debilidad:

—¡También, no es para menos, compadre, tres días sin probar bocado!

El tigre, compadecido, alzó el pesado tronco, y la serpiente escapando de su prisión, se estiró para probar la integridad de su persona y cuando se hubo cerciorado de no haber sufrido detrimento, se enroscó en el cuerpo de su compadre y trató de ahogarlo con sus anillos.

El tigre, sorprendido, rugía de rabia, declarando, que su comadre era una perfecta canalla, que en vez de darle las gracias por el servicio que le había prestado, trataba de sacrificarlo:

—¿Y sino?... ¡Ya lo creo!... ¡Dónde hay hambre no hay poesía!

Un zorro que pasaba oyó la controversia y se acercó con curiosidad.

—Venga, amigo zorro—dijo la serpiente.—Si usted estuviese dos días sin comer y pasara a su alcance un buen bocado, usted lo desperdiciaría por consideraciones filosóficas más o menos discutibles?

—¿Yo?... ¡Cómo no!

—¡Pero amigo zorro... oiga y verá! Esta señora estaba apretada por ese palo y pedía socorro,

desesperada. Yo la oí y la ayudé y el pago que me da es el que usted está viendo.

—¡Claro... ¿Y cuál otro quiere que sea?... Los servicios se hacen completos, amigo, o no se hacen.

—Eso es lo que yo digo—replicó la serpiente,—o se hacen completos o no se hacen: eso es hablar.

—¡Es una canallada—rugió el tigre,—pagar un favor con un mordisco!

—No tanto, no tanto... Yo se lo probaré. Vea, distinguida amiga, volvamos a poner las cosas como estaban a fin de juzgar mejor.

Y la serpiente, que era animada, evidentemente por un espíritu discutidor, se dejó arrebatar por la persuasiva palabra del zorro, abandonó su presa y se dejó colocar encima el pesado tronco.

Cuando el zorro estuvo seguro de tenerla aprisionada, se colocó gravemente al lado del tigre, y exclamó:

—Vamos compadre... y sepa que no conviene meterse a salvador de víboras... Cuando encuentre alguna en un aprieto, déjela donde está. ¡Se ahorrará muchos disgustos!

CENTENARIOS DE HOJALATA

—No te aflijás por los años, che... ni porqu'esté puertiando otro siglo... afligite más bien por los pobres güesos que, amojosaos y todo, no se quieren despedir.

—¿Yo?... ¡No, che!... Yo no me aflijo ni por los años ni por los güesos, que al fin de cuentas y bien mirao, les he sacao más jugo del que tenían, sabiendo qu'eran prestaos... ¿Sabés l'úni-

co que a mí me'mbroma?... ¡No lo creerás!... ¡Es verlo al tigre sin dientes y mirando la carniada! Eso de que veo pasar junto a nosotros el tropel de la vida y escucho el taloneo de los que bailan y me llega a la nariz el olorcito'el churrasco... ya se m'empieza a'cer agua la boca, che, y me dentra como a modo de una rabia grandísima y aborrezco la humanidá... ¡Ah, tiempos los de nosotros, hermanito!... ¿no?

—¡Ah! ¡Ah!... ¿Conque sos viejo angurriento?... ¡Juna perra!... ¿Te has comido tu ración y querés seguir picando...?

—¡No embromés, che, con tus ascos!... ¿Y vos?... Mirá: yo he visto ¿sabés? los primeros vapores que trajieron y vi hacer el ferrocarril y el telégrafo y el alumbrao a kerosén y el tranguai y el gas y las aguas corrientes y las cloacas y el teléfono, y todo lo he disfrutao y estoy contento... Pero eso'e la bicicleta, que te hace volar como alma que lleva el diablo y te dej'acercarte a cualesquiera, sin que te sienta ni el aire y que no puedo gozar... me revienta, che... Adivino ¿sabés?... y se me ñublan los ojos... Hay dos cosas que yo quisiera ser antes de morirme... por Dios ¿ves? te lo juro... biciclista y guerrero'e la independencia.

—¿Biciclista?... Pero si eso es una corrución, che, que ya va ganando hasta los negros... Yo ya no me muero sin ver un moreno en bicicleta, pero ,pagaría cualesquier cosa por verte a vos, que has sabido ser tan de a caballo ¿te acordás? ... sin bigote, montao sobre un fierrito y pataliando en el aire...

—¿Y la otra cosa e negro, tampoco te gusta?

—¿Ser guerrero?... ¿Ve?... Eso siquiera vale la pena por la pensión y pa que te paseen en coche los veinticinco. ¿Ahí no lo tenés a mi pri-

mo Tomás, que nunca peliió sino con la suegra y con la mujer y de'ande va y le da aquel ataque e perlesía que lo atrasó y tiene la suert'e que tropiecen con él Carranza y Santacoloma y comiencen a decir que había sido trompa e San Martín, porque tenía un labio hinchao... y ya lo tenés con fortuna al hombre... y parao.

—Mirá, hermano... ¡Bueno!... ¿Sabés? Ya que no podemos hacernos biciclistas hagámonos guerreros... ¡Fijate qué bolada la entrada'el siglo! En cuanto apunte ya lo recibimos con una tosesita sospechosa y en el primer invierno castigamos hasta los noventa y nos plantamos haciéndonos los sonsos... ¿sabés?... Pa que no nos pillen, tenemos que perder el oido y la memoria y mezclar de todo en la conversación, agarrando de un lao para otro como gringo que anda en pelos... Mirá, hermano, ya se me hace que la cosa cuaja y dudo hasta de que haiga viejos... ¡La gran perra!... ¡Si me apurás no le creo ni al almanaque!

—¿Y te crés que yo pito d'esa marca, che?... ¡No embromés!... los qu'hemos castigao hasta est'altura no rodamos and'equiera...

—Esperate hermano... qu'el tiro no es pa'sustar... Si hoy cualesquier muchacho va rayando en los setenta y conforme vean el juego, nos van a cair como avispas... Mirá... atendeme y tené formalidá ¿sabés?... No creás en los viejos sino en las mañas y conforme veás alguno que se te viene atracando... ladiatelé y mandale recuerdos a la familia...

—Pero decime, Fausto, y si nos pillan... ¿qué dirán?

—¿Y que van a decir, che...? ¡Dirán que somos dos viejitos mentirosos...! ¿Y de'ai...? ¡Gran cosa!... ¡Lo raro sería que no mintiéramos, siendo criollos d'esta tierra!

CADA CUAL COME EN SU PLATO...

—Si soy muy bárbaro, che... y cualesquiera cosa que me suceda me cai como anillo al dedo... Figurate qu'estábamos en el incendio la otra noche, casi entre el fuego... Yo ib'adelante con el macho ¿sabés? y por poco me augaban las llamas, que a cada vez qu'el viéntito las empujaba o a mí me temblaba el puso, se me venían en bocanadas... pero el loco Pérez, qu'estaba a retaguardia le pegaba al chorro y a cada toqu'e la corneta que seguía cantando avancen, ganábamos un chiquito... ¡Te garanto, hermano, que hast'el recuerdo de aquella que vos sabés y que me tiene penando, se me fué de la memoria y que hubo instante en que ya me ví en San Roque aguardando cuero nuevo y a que me salieran pelos!... Y un redepente, che, en momentos que una llamarada se venía como a lamberme, sentí una comezón en la barriga y ahí no más largué una carcajada y ya segui riyéndome como loco...

—¿No digás?... ¿Y de qué ráibas d'ese modo?

—¡Aurita lo verás!... Cuando se vinieron abajo los tirantes y se cayó la paré y comenzó el botellerío a reventar como pororó, m'envolvió com'una nube, y ya ni ví a'nd'estaba, pero mantuve firme la coluna, che, y me seguí riyendo como si m'hicieran cosquillas... ¡La gran perra!... ¡Y en eso siento al teniente que me hablaba de atrás, y en lugar de contestarle no pude aguantar la risa y me seguí riyendo no más!... ¡Qué cosa bárbara!

—¿Pero de qué diablos te ráibas d'ese modo?... Es preciso ser loco y medio...

—¿Qué querés?... Me acordaba, hermano, de que al venir en el carrito y pasar por junto a vos,

que estabas de ración, volqué l'antorcha palumbrarte y te ví tan raro con tu casco blanco, siendo tan negro, que me dieron ganas de gritarle a tu comisario "cuide esa olla, señor, que se le v'a quemar la leche... mire qu' está alzando espuma..."

—¡Tu mama era sorda... y la pisó una bicicleta! ¿Por qué no te conchavás pa gracioso en algún tiatro, che...? La gran perra...! ¡Se te redama la gracia y será lástima que acabés en chicharrón... sin dejar siquiera un hijo!

—No te m'enojés, hermano, que ya sé que andás en la güena...! ¡Mirá...! Vos serás negro de casco blanco ¿sabés? y yo blanco de casco negro... pero vos sos suertudo como gringo y yo sin suerte como criollo y ando más abollao que tarro e lechero suelto...

—¡Te veo... bicho!... ¿Conque ya te llegó la cosa...? ¡Fijate como es la gente, che!

—¡Si me han dicho que vivís en un palacio y que chupás un coñaque y unos vinos que dan calor y que hasta dormís en una cama que parece un altar...!

—Y es cierto, che... ¡No te han engañao!... ¡El negro Peralta no se muere ya sin saber lo qu'es vivir a lo rico!... ¿Te acordás de la parda Isidora, aquella ñata farfantona, medio tartamuda, que supo ser planchadora del finao Molina?... ¡Bueno!... Está de casera de una familia que ha salido a veranear y que l'ha dejao como raina... y, ¡claro! ¡yo soy el rai!

—¡No vas a crer que es casa de cualquier cosa, che! Allí no ves sino el espejero por todas partes y tenés unos cuartos de baño que tan sólo con mirarlos te ponen com'una lechuga... Si me vieses en la bañadera e la niña, qu'es pintada e color rosa, tal vez ni me conocías y no te digo a Isidora en eso de que se sienta en el vestíbulo

cuando van a visitarla las amigas... ¡Si aquello es una comedia, hermano!

—¡Juna perra!... A eso le llamo suerte yo... ¿vés?

— ¡Claro!... ¡Porque no contás con la contra!... Mirá... Yo vivo en un palacio, ¿sabés? y duermo en cama grandota y me siento en sillones de terciopelo... pero ando en compañía de Isidora, qu'es un mono con polleras... mientras que vos, tal vez dormirás en catre y comerás en la fonda, pero si vas por la calle con la mujer que te quiere, vas rodiao de claridades y ande quiera ves jardines y tomás olor a flores... ¡Créme, che, en esta vida, cada cual come en su plato y se debe contentar!

PECHADORES

Ensartada

—¡Oiga, niño... y perdone!... Soy un soldao viejo ¿sabe?... de los que han defendido la patria y aquí me ve más arrastrao que la basura... ¿No tiene ni a'nque sea un váinte pa'l pobre milico?... ¡Hagaló por su novia... si la tiene!

—Si yo también soy... ¿sabés?... de los que tiran al pecho y acabo de salir de casa...

—¿No diga... ¿Quién lo había 'e pensar al verlo?... ¿Lo qu'es jujar por apariencias, no?

—¡Ahí tenés...!

—¡Bueno, hijo!... ¿Perdone, no?... Y yo que cuando lo ví que venía, cráia qu'era lo menos el hijo e Roca... P'cha... qu'es sonso el hombre ¿no?... ¿Y como lo engatusa la parada?... ¡Esto si qu'es ensartarse!

Capataz y muerto de hambre

—¡Vea, señor... y perdone el atrevimiento!... Yo soy un mozo bueno, que acabo de llegar de Tucumán nombrao de capataz para la Aduana... ¡Hay que trabajar, señor, para vivir y no hay que hacerle! ¡Es la ley...! Bueno... y ¿quiere creerme lo que le voy a decir?... ¡Aquí me tiene en Buenos Aires, de capataz y sin un centavo...! ¡Parece cosa del diablo pero es así!... Estoy seguro que ninguno de mis parientes se ha visto nunca como yo... porque soy de los Bastos.

—¡Mal palo, che!... Se va a embromar... Si fuera Copas se le apuntaría cualquiera... pero así... se va a quedar de capataz y muerto de hambre...

—¿Le parece...? Entonces, me cambio el nombre...

—¡Es lo mejor!... ¡Ah!... ¡Y cambiá de cuento también porque el que usás tiene canas!

Borracho el hombre... pero buen padre.

—¿Dígame, señor... usted no es hermano del finado Antonio González, qe supo tener un bar en la Boca?

—¿Un bar en la Boca?... Mire, amigo... usted está delirando con la bebida, así, como quien dice por mayor y me confunde.

—Bueno; es lo mismo. Vea... Quiere hacerle un servicio a un hombre, que es borracho y canalla y degradado ¿sabe?... Todo lo que usted quiera es el hombre ahora... pero ha sido educado y persona de fortuna en otro tiempo... ¿Quiere no juzgarlo mal al hombre, aunque lo vea en el suelo, hecho un andrajo y pensar que es un padre de familia cargado de hijos y que los pobrecitos

no tienen la culpa de que el hombre sea lo que es...?

—¡Oiga, che...!

—Ya sé lo que me va a decir... No importa... Cualquier cosa, lo que pueda, el hombre no se abochorna y agradece la voluntad... ¡Vea!... El hombre es borracho y sinvergüenza ¿sabe?... pero es padre de familia...

—Esto mismo, che... te lo vengo oyendo hace un año...

—¡Claro!... ¡Eso le prueba que el hombre será un canalla y borracho y padre de familia y todo lo que usted quiera... pero que no sabe mentir!

LA CARIDAD... QUE EMPIEZA POR CASA.

—Señor, usted disculpará... pero el Colegio del Niño Descuartizado, que sostenemos Las Hermanas del Sombrero de la Virgen, está pasando por momentos terribles y las sostenedoras hemos resuelto levantar una subscripción solamente entre la gente bien y de fortuna, para la cual cien pesos son como una sonrisa...

—Escuchemé...

—A mí me dijo Dolorcitas Garramuño, que es la tesorera, una morochita de cerca de su casa, "mire, misiá Clorinda, vayasé al escritorio del señor Martínez y vealó a él, estoy segura que no sale desairada..."

—¿Dolorcita Garramuño...? No conozco...

—Pero ella lo conoce a usted y ya ve, su simpatía es la que me ha hecho venir a verlo... Si no fuera eso, no me hubiese atrevido jamás...

—¡Bueno, señora...! Yo no puedo hacer nada por el Niño Descuartizado... casi lo soy también...

—¡Pero algo... hará!... Dolorcitas no puede...

—¡Bien, bien!... ¡Mire!... Llévese esos veinte centavos, pero no me hable de mujeres ¿quiere?... ¡Estoy hasta aquí de niños! ¡Dígale así a Dolorcitas... y que se cuide!

—Bien, señor... Si puedo traer a Dolorcitas un día de estos, tendré el placer... ¡La pobrecita quizás sea más suertuda, como que es tan joven!

CAZANDO AL VUELO

—Usté no puede decir eso, don Francisco... Acuerdesé de qu'es un hombre casao...

—P'cha que modo'e decir casao... Te gozás pronunciando la palabra, como si le hallase alguna música rara y hacés sonar y la saboriás como si fuera dulce, olvidando que pa mí, que al fin no he cometido otro delito que quererte, ha de ser más amarga que la yel... Oime con l'alma, che, y no te olvidés de qu'el que te habla es un compadr'e tu mama que nunc'ha sabido mentir ni a'nque sea padr'e familia...

—Vea, don Francisco, yo no l'he dicho eso pa que s'enoje, sino porqu'es la verdá... ¡Piens'en lo que diría doña Petrona...!

—¡Aurita me v'y a ocupar, teniéndote junto a mí...! Decime lo que querás, que si es viniendo de vos ha de ser com'un sahumerio, pero no te me hagás la inocente pa herirme con más crueldá, ni me saqués la familia... Demasiado sé que a tu amor le voy jugando mi dicha y quizás hasta mi vida...

—¿Y si lo sabe, entonces, pa qué sigue'n su capricho, don Francisco, por Dios?

—¿Capricho?... ¿Pero por qué sos tan cruel con quien no se lo merece, y cómo tenés valor pa llamarle capricho a est'ansia que me devora? ¡La

gran perra!... Se me hace que hasta gozás sabiendo que ando penando, y no tan sólo m'herís, sino que to'avía te ráis, revolviéndome'l cuchillo... ¡Mirá! Yo t'he visto criar ¿sabés? y siempre t'he codiciao... Vos no lo crerás, tal vez, porque como soy casao, pensarás que soy de palo.. pero pa que no alegués inorancia, te juro por l'alma de la finada mi madre, a quien Dios condene pa toda la siega si no es verdá lo que digo, que yo no vivo sino pa vos y pa pensar en tus ojos y pa soñar con tu boca y p'andar como abombao llevándote adentro mío, oyendo tu voz que me habla hasta en el viento que pasa... Y aura que ya lo sabés, hacé lo que se te antoje, pero no echés en olvido que hay un hombre que te quiere, a'nque sea sin esperanza y que ha de peliar tu cariño como si fuera su vida... ¿Por qué no me querés crer? ¿Le has óido decir a naides que yo haya jugao jamás lo que a vos te voy jugando?... ¿No sabés que al hablarte como te hablo, me olvido del mundo entero y que t'he de querer muy mucho pa no acordarm'e mis hijos y de la pobre Petrona, que naides mejor que vos conoce lo que la quiero?... ¿Y qué jusjaría tu mama al saber que su compadre se había salido'e la güeya...? No, che, pensá que en esta parada no va más que plata mía, porque, al fin, vos sos solita y no debés cuenta'a naides si te querés dar un gusto...

—¡Pero esto es una locura, don Francisco...! Yo no le puedo acetar...

—¿Qué no podés acetar?... ¿Querés decirm'el por qué...? ¡Mirá!... ¡Si no me lo decís, v'y'a crer qu'es cierta una sospecha que tengo, y qu'es la que me ha hecho hablarte...!

—¿Sospecha de mí...? ¡Esto sí qu'es lindo...!

—¡Ah! ¡Ah!... ¿Te parece lindo?... ¡Bueno!... Conforme pase por casa el hijo de tu ma-

drina, me lo paro como a un mono, y ahí no más le cuento todo...

—¿Todo?... ¿Todo qué...?

—¡Ya verás!... Van a salir muchas cosas, y entr'ellas un peluquero trenzao con un vigilante...

—¿Y será capaz, don Francisco, de levantarme algún falso...? ¿Dond'está este cariño que me tiene...?

—¡Mirá, m'hijita, no vengás pidiendolé agua al que se muere de sé! ¡Bien sabés vos qu'es verdá!

—¿Acaso yo tengo nada con Eduardo ni con nadies... ni sé de lo que me habla...?

—¡Ya sé que no... pero puede!... ¡Atendeme!... Este asunto merece ser conversao con más secreto que aquí... ¿Querés que t'espere luego...?

—¡Mire, don Francisco... por Dios!

—Dejat'e meter a Dios en lo que no se l'importa...

—Vea... Le ruego por lo que más quiera, que no se acuerde con nadies d'esas cosas que me ha'blao... ¿quiere?... ¡Piense en mí, don Francisco... se lo pido!

—¡P'cha con la recomendación...! ¿Te cres que hay algún minuto en que yo no piens'en vos, u qu'el amor de'sos sonsos, que te andan comprometiendo, se v'a poder comparar con uno de fundamento...? ¿Qué van a enseñarle al zorro lo que son pollos y guascas?...

COSAS DE NEGROS

—Vea... No sé cómo decirle, ¿sabe?... Tengo miedo e que me vay'a tomar por algún chichón suelto... ¡Atiendamé...! ¿Usté's moreno endeveras o es difrasao como yo, no más?

—Sofrenesé, che, y no juegue con armas que no conoce... ¡Mire qu'el diablo las carga!

—¿No ve? Ya se m'enojó... P'cha que soy sin suerte...

—¡No, che... qué sin suerte ni qué macanas! Es que usté se me viene montando a la vedera...

—¡Bueno, compañero, perdonemé... por favor! Mire que si yo l'he hablao así, sin conocerlo, ha sido por pura simpatía y porque siendo forastero d'estos barrios, no conozco a nadies y es tan sin gracia andar de máscara cortao... ¡Vea! Yo m'he disfrasao de negro... ¿sabe por qué...? ¡Bueno! ¡Le v'y 'a contar!... ¡Porque ando enamorado, amigo, y he querido ver si de negro tengo más suerte...! ¿Qué le parece?

—Pero, ¿qué me v'a parecer, che...? ¡Qué usté ha'e ser algún chiflao de otros barrios!... ¡Mire que se necesita pecho pa crer que un negro puede ser suertudo en algo y cuantimás en amores!... ¡Si no hay bicho más disgraciao qu'el negro, compañero, y másime si como yo es medio hoyoso e virgüelas!

—¡No diga!

—¿No diga?... ¡Mire!... Las mujeres cren que los negros y los picao de virgüelas podemos mirar al sol sin que nos lloren los ojos... ¡Vea!... Aquí, adonde usté me ve, yo soy un negro cargao, que agatas cruza la vida, agobiao con el peso e lo que lleva... ¡Juna gran perra, che! Si usté conociera a Juanita...

—Digamé... ¿no es una pardita de ojos grandes que cuando lo miran a uno, parece que l'hiciesen cosquillas...?

—¡Qué pardita ni qué demonches, compañero...! ¡Juanita es la hija del confitero e la esquina, che, una rubiecita como de quince años que da las doce antes de hora...! ¡Si la viera en eso

de que se pone su pollerita celeste y sale a pasiar el hermanito...!

—¡Bueno!... Pero también es un atrevimiento, compañero, pensar que un confitito d'esa laya pueda cáirle entre los dientes... Yo no me hallo en ese caso, ¿sabe?... A mí, la que me tiene penando es una pardita bizarrota, che, carnudita com'una ciruela y con su modito y un aire que parece de raina...

—¿Y cré que siendo pardita lo va'querer si lo ve vestido e negro...? ¡P'cha qu'es inocente!... ¡Si aura pa las pardas no valemos ni fóforo!... Ellas lo que quieren son italianos ú ingleses y a los negros ni nos miran...

—¡No diga...!

—¡Mire!... Crealé a un hombre que sabe... Quand'un negro se pesca aura una morena o alguna parda, le lleva el apunte... ¡hay que desconfiarle, che...! Los negros tomamos borra y ni olemos el café... Me conchavé vez pasada en casa de unos franceses y les caí a la cuenta en gracia porque m'empezaron a'cer colita pa que formara familia... ¡Si viese cómo busqué fogón en que churrasquiar...! Allá, pa'quellos laos de la Recoleta m'indicaron una morena que buscaba un pior es nada y me le fuí con coraje... ¡La gran perra!... ¡Hast'aura me duelen los garrones de la sentada que pegué...! ¡Vea! con ese disfraz l' único que v'a sacar es la lengua... ¡de tanto trotiar al ñudo!

CUENTOS DE CAZA

Como en ese momento una nube de humo amenazara ahogarlo, mi tío Martín se echó para atrás a fin de dejarla pasar, luego de dar vuelta sobre las brasas el pedazo de carne que chamuscaba, dijo con firmeza:

—¡Miren, che... yo me he criado en los pajonales y sé lo que son tigres. Bueno sería que hubiese estado esperando, para aprenderlo, a que ustedes vinieran del pueblo!

—¡Yo no le digo eso!... Lo que le he dicho es que ni el tigre, ni el perro cimarrón, ni ningún animal salvaje ataca al hombre si éste no lo ataca a él. El instinto de la fiera es huir.

—¿Ve?... Eso es lo que en buen criollo se llama macana.

Y como nosotros insistiéramos en negar a las fieras un espíritu agresivo, deseosos de oirle contar algunas de sus aventuras, — que era bastante rehacio para referir, — él, para probarnos su tesis, desplegó ante nuestros ojos los cuadros de la vida salvaje en que había actuado, y la verdad es que, impresionados por su relato o sugestionados por las circunstancias que nos rodeaban, comenzamos a mirar con respeto el pajonal que atravesábamos creyendo ver a la muerte que avanzaba hacia el campamento, ya en forma de una serpiente de cascabel que desarrollaba sus anillos brillantes al pie de un algodonillo florecido, ya de una yarará que dormitaba sobre las ramas de un seibo, acechando la vuelta de la torcaz propietaria que andaba por las cuchillas lamentando sus penas, o de un yacaré que emergía de entre las aguas fangosas y nos miraba con sus ojos sin párpados, o de una nube de cimarrones que nos seguían ham-

brientos y nos asaltaban furiosos, o de tigres sentados al borde de los arroyos, entretenidos en echar espumarajos sobre las aguas, a fin de atraer peces para sacarlos con un manotón certero y que al vernos se ponían de pie y batiendo los flancos con sus colas inquietas bramaban enfurecidos.

Y no sé si serían iguales a las mías las impresiones de todos los que rodeábamos el modesto fogón campero donde preparábamos nuestra comida y que poco a poco se había ido apagando, pero en esos momentos envidiaba a las bandadas de siriríes que pasaban por sobre nosotros en viaje hacia la costa del bañado.

—Sí, che, con el tigre no se juega, sobre todo cuando es cebado. Entonces es feroz y más audaz que el mismo yacaré, que es capaz de venirse sobre uno hasta fuera del agua, buscando llevarle aunque sea una mano. Siempre me acordaré de un suceso que me impresionó en cierta excursión que hice al Mocoretá, como quien dice a la patria de los guazuviráes y de los ciervos. Almorzaba en el rancho de una familia correntina, cuando de repente oigo unos quejidos y unos sollozos que me alarmaron.

—¿Qué es eso?

—No te asustés, que no es nada — me dijo una de las muchachas, con esa familiaridad guaraní que no conoce el usted y con esa tonadita que da a la frase suavidades de terciopelo.

—¿Cómo que no es nada...?

—Es un gringo que está llorando a su compañero... Eran dos que pidieron hacer noche en la ramada y vino un tigre cebado y se llevó a uno...

Y como en ese momento se oyera un ruido sordo, que venía del pajonal, mi tío se interrumpió y exclamó con toda naturalidad, tanta quizás como la de la joven correntina de su relato:

—Es una banda de chanchos del monte que marcha en retirada... Seguro que atrás viene algún tigre cebado... ¿Quieren que lo veamos?

Confieso que en mi vida me he puesto de pie con mayor celeridad ni con más gusto.

NOTAS DE VIAJE

EN MI PUEBLO.

Recostados en la borda del vapor mirábamos las barrancas de Fray Bentos, y el ilustrado conferencista italiano, que era mi compañero de viaje y que conmigo volvía del Alto Uruguay entusiasmado con los cuadros inimitables con que la naturaleza había deslumbrado nuestros ojos, ensayaba por la quinta vez una conversación que no prosperaba:

—¿Qué mira...?

—Nada... ¿ve, allá lejos, adonde parece que se juntan aquellas dos líneas oscuras que cierran el horizonte...? ¡Bueno...! Pues sabrá que esas líneas no se juntan y que ahí, frente a ese gran manchón de luz que reverbera sobre el agua, peleando con la sombra costanera, se abre cancha entre seibos y espinillos, festoneado de juncos y de achiras, un arroyo pintoresco y que a orillas de él en un recodo precioso celebrado por prosadores como Sarmiento y poetas como Andrade y Gervasio Méndez, se halla el pueblo donde nací...

Y el ilustrado extranjero, templándose en mi tono, repuso:

—¡Hombre!... Yo nunca he pasado cerca de mi aldea sin emocionarme... La veo chiquita, con su caserío despintado y con sus calles torturosas y polvorientas, pero me parece tan grande y tan lin-

da... A uno le sucede con la aldea como con la novia... ¿Cómo se llama su pueblo?

—Gualeguaychú...

—¡Salute!... ¿Y es grande?

—¡Tante grazie!... Un puñadito de casas, pero los de allí creemos que son un puñado y cuando fechamos una carta en el pueblo ponemos solamente *Goiú*, que es una abreviatura del nombre, pues sabiendo que es una ciudad importante nos parece que no debe haber nadie que no la conozca... Mi pueblo es un pueblo raro, che, y hasta podría decirle que es una curiosidad. Las casas parece que brotaran del bañado que lo circunda, pero no brotan; el arroyo es caudaloso y parece que fuera navegable, pero no lo es, porque un banco de arena le cierra la boca con gran desesperación del vecindario; los habitantes parece que fueran serios y graves, pero la risa les hace cosquillas, y el espíritu bromista que les anima lo encontrará usted traducido en las enseñas del comercio, que son verdaderas joyas de contrasentido, y en las veletas que coronan las casas, pues hay tantas, que constituyen otra peculiaridad, llegando a hacer creer que es allí preocupación del público saber todos los días de qué lado sopla el viento... ¡Vea! Allí hasta el nombre chasquea; acabo de pronunciarlo y usted creyó que le había atado un estornudo a la cola...

—Pero... qué, ¿no estornudó?

—¡No me embrome, che! Yo no sé jugar con las cosas de mi pueblo...

—¡Gua-le-guay-chú!.. Parece un rompecabezas el nombre.

—¡Parece... pero no lo es! Su paisano Mantegazza cita a mi pueblo en su *Fisiología del Amor*, diciendo que en sus alrededores observó una escena entre dos caranchos, que lo conmovió por su

ternura y sepa, sin embargo, que esos pájaros son el símbolo de la crueldad y del egoísmo, y que son golosos de los ojos lindos y que en Gualeguaychú abundan éstos como las aromas y las mosquetas... Pero, no toquemos este asunto porque "es pa pior", como decía Jesucristo, según el cuento salteño.

Y allá nos fuimos ambos río arriba y cuando nos encontramos en mi caserío nativo, el día nos fué corto — a él, para comprobar mis aserciones por propia observación, y a mí para rememorar la lejana niñez y evocar aquella mi vida de muchacho callejero y mataperros, o de adolescente soñador y pretencioso.

En una callejuela suburbana, frente a un viejo cicutal que rodeaba dos higueras arruinadas, — un tiempo mi gimnasio y hoy seguramente el de otros desarrapados de mi estofa, — esperaba la hora de su derrumbe la azotea centenaria donde estaba la escuela.

Y sin quererlo me colé por la puerta desvencijada y eché la vista adentro.

Allí estaba el maestro con su cara grave y seria como la de un personaje con proyecciones en la historia, con el brazo armado con la tiza, y más allá, la muchachada desgreñada, descalza y cara sucia, como en mi tiempo, con los calzones a medio sostener por un tirante y con la bolsa de cotín suspendida a un flanco y que a la vez que arma de guerra era continente de cuadernos borroneados, de gramáticas y catecismos desencuadernados y de pizarras de bordes carcomidos por las contingencias de la vida.

En ese momento repetía su eterno problema: "Diez cajones de velas, a un peso cada cajón, ¿cuánto importan?" Y arrastrado por mis recuerdos escolares, contesté maquinalmente como en mi tiempo lo hacía, y hasta con el tonito conque deben contes-

tarse esas prèguntas: "Diez cajones de velas, a un peso cada cajón, importan diez pesos..." Oigo todavía la risa de la muchachada y veo la cara de asombro del viejo maestro, que no reconociéndome como a uno de los calculistas de su fabricación, me tomó por un bromista callejero y me señaló la puerta con ademán colérico, mientras llamaba al orden a sus discípulos dando palmadas sobre la mesa.

Al pasar por un rancho sin revocar, flanqueando por el cerco de palo a pique cuyos intersticios rellenaban jazmines y mosquetas, y ver la ruinosa ventana del mojinete, que aun luchaba por no abandonar el muro agrietado, algo como una brisa perfumada me acarició: y allí estaba mi novia de los quince años, y la veía en la alta noche luminosa mirándome por el postigo entreabierto, mientras yo, pisando en un ladrillo saliente, que aun persiste, pulsaba mi guitarra decidor. Busqué con las vista a la chinita que tan cruel fuera conmigo y con ella misma y la encontré, como siempre, sentada bajo el naranjo secular que sombrea su patio, rodeada de claveles y alelíes que desbordaban de los mohosos tiestos alineados; pero no era ya aquel botón de rosa que tanto codicié... Jugaba distraída con su pichicho favorito y me miró, al pasar, indiferente... la pobre china gorda y olvidadiza.

Caía la tarde — la poética tarde de mi pueblo, que nunca he de olvidar — y fuí a visitar en su despacho al señor jefe político, y como es natural, no lo encontré.

Sentéme en un viejo sillón de damasco punzó, que conocía desde la infancia como perteneciente a un mueblaje regalado por Urquiza en tiempos casi históricos, y lo hallé a él y a sus coetáneos, que adornaban la sala, gozando de salud precaria, pero viviendo todavía. Por la ventana

entreabierta miré hacia la plaza y ví en su lugar aquellos bancos tan viejos como el pueblo, el paisaje y las casas que la rodeaban: todo parecía petrificado. Mi imaginación retrocedió treinta años y evocó la figura de los vecinos más respetables. Ninguno faltó a la lista y todos estaban en sus asientos preferidos, hasta sin cambiar de ropas. De repente, una música que parecía venir desde muy lejos llegó hasta mis oídos, y al mirar por la ventana, ví alineada en la vereda tocando la retreta, aquella banda que hizo mis delicias durante las serenatas callejeras: allí estaba el negro Lechuza con su redoblante legendario, el bombardín Pascualetti, el pistón Andresito y los cobres abollados que gemían de memoria el "Sueño de un Jazmín", mestizado con algo de "La Ganga"... Y sentí frío ante aquellos vecinos y aquellos músicos que, según mis cuentas, debían ser difuntos, y, sin esperar al funcionario policial — que temí fuera otro trasgo, — me encaminé al hotel en busca de mi compañero.

—¡Hombre!... ¿Sabe que tenía razón?... Su pueblo es el pueblo más raro que he conocido. Me he encantado recorriendo las calles y mirando las enseñas del comercio y las veletas que adornan los edificios... Este es el país de los simbolistas y de los contrastes estupendos, y, cada una de esas figuras de lata que sirven de enseña es un poema humorístico de sabor original. Sobre una sombrerería hay una gran chancha pintada de azul y debajo, con letras amarillas, dice: "A la cotorra calavera. Se planchan sombreros de felpa y se achican." Le pregunté a un señor que se detuvo a mirarme cuando yo copiaba el letrero y lo gozaba a mis anchas, el significado de la palabra "achicar" y me contestó con aire de asombro que quería decir "empequeñecer el diámetro de los sombre-

ros de felpa", para que pudieran usarlos los herederos cuando habían sido más grande que su cabeza la de los causantes; y agregó, como por vía de ilustración, que "en Gualeguaychú se conservaban con respetuoso cuidado algunos sombreros de felpa que habían brillado con el sol que alumbró a los libertadores". En frente de esta enseña se ve otra formada por un vasco fumando su pipa y calzado con alpargatas: señala una "Peluquería del Gran Napoleón" y mira a un indio en la actitud de disparar su flecha, a cuyos pies se lee: "En esta botica se despacha también de noche". En una cajonería fúnebre hay un avestruz de lata que tiene una expresión risueña, y, en un almacén de comestibles: un indio descansando en su maza y con las piernas cruzadas, contempla a una mujer que, soplando en un largo clarín, brota del techo de una carbonería... He visto también un ciervo sobre una tienda titulada "La Joven Italia", una tortuga roja sobre una empresa de mensajería llamada "La Rápida", un gallo sobre un almacén de música y una estrella arriba de una zapatería, como diciendo que el que se calza allí ve la marca de fábrica en todas partes y a todas horas; y este hotel en que estamos se llama "del Vapor" y su enseña es un cazador disparando su escopeta y mirado con estupefacción por un perrito rengo... y por un puñado de angelitos que salen de entre una bota.

—Mire, amigo... este pueblo es un canto a la risa y sus hijos deben impedir que el espíritu modernista le quite su cómica expresión risueña... Vea el letrero que he copiado en el gran almacén de "El Pobre Diablo": "Se venden clavos, tachuelas y otros comestibles".

—Eso no es nada, che. Mire hacia el oeste, por esta calle en que nos hallamos ¿qué vé?

—Un paseo público... ¡Qué lindo efecto! Parece una decoración de teatro imitando un paisaje de montaña...

—Bueno. Otro chasco. Parece un paseo público, pero no es: ahí está el cementerio, donde debían descansar los habitantes muertos.

—¡Ah!... Que no lo usan...

—Sí... lo usan para enterrar a los niños que mueren o alguno que otro extranjero que no se ha aclimatado todavía... Mire. Usted lo creerá o no lo creerá, pero es cierto: persona que llega a cumplir cincuenta años en esta localidad no muere más. La gran curiosidad local es esa islita que hay frente al muelle: es el lugar obligado desde 1848 en que la estrenó Urquiza para celebrar los banquetes de resonancia, aquellos raros que se dan a algún personaje de campanillas que llega y del cual esperan algún beneficio los del pueblo, aunque sepan que si el tal es conterráneo les prometerá el oro y el moro mientras come y después no les dará ni las gracias — y desde entonces es tradición en Gualeguaychú que el honor más grande que se puede dicernir a un mortal en el mundo es darle "un banquete en la isla".

—¿Y a usted le han dado alguno?

—¿A mí?... ¡No faltaba más! Ni siquiera me han convidado para asistir a los pocos que se han dado desde que yo tengo memoria. ¿Qué cree usted, che, que son los banquetes en la isla?...

¿A MI?... ¡CON LA PIOLITA!

—¡La gran perra con el agente que había sido desvergonzao y ligero p'al cuchillo! ¡Caray! Se necesita ser corajudo pa'tajar así una sirvienta, en plena calle, haciéndola olvidar a la pobrecita

de que tal vez su patrona l'haiga mandao apurada...u de que puede verla el patrón!... ¡Y mírenlen el medito a la indina y cómo le juega sonrisitas y parpadeos al vigilante! ¡P'cha con las mujeres, amigo, que s'están poniendo peligrosas pa los particulares! ¡Dentro e poco se me hace que va ser cosa e cerrar los ojos y ni mirar p'atrás, cada vez que una tentación comience a quitarle el sueño!... ¡Lo que es a mí no me han de agarrar ni a bola, cuantimás con miga e pan!... Sin dir más lejos y en büena hora lo digo, ¿no le tengo echao el ojo a una negrita d'esas que son com'una cosquilla y con ser que me lleva l'apunte, no le ando juyendo al calse, sin animarmelé?... ¿Y qué me le v'y animar con esto que uno está viendo?... ¿Ve?... ¡Si Roca fuera otr'hombre y entendiera su deber, se ocuparía de los pobres y no dejaría qu'estos locos, que por ser autoridá no respetan prenda'jena, metan pierna adonde quiera!... ¡Y vea a la sirvientita, como l'echa leña al fuego con esa paradita como de quien dice adiós, pero que se va quedando y con ese meneito de las polleras y ese jueguito convidador!... ¿Pero quién diablos les enseñará a estas diantres a oregiar su naipe de semejante manera? ¿A'nde aprienden a frairle l'alma a un cristiano sin pedirle ni permiso?... Y el pobre vigilante, veanló cómo s'encoge y s'estira creyendosé hombre suertudo, mientras la chinita inocente lo maneja como quiere... ¡Juna perra que es sonso el hombre cuando uno lo ve de cerca!... ¡Y decir que todos somos ansina y que al más toro lo hace cabrestiar una mocosa cuando le muestra los dientes...! ¿Y a qué patiar contra el carro ni meterse a corcobiar, si todo a de ser pa pior y le han de ganar el lao? ¡Bah!... ¿Y pa qué ser vigilante, ni comisario, ni presidente, si a todos nos cabe el lazo y todos clavamos l'aspa, cuando nos llega el momento?... ¡No!... Lo qu'es a mí, con la piolita... y el

que corte de mi asao que guarde muy bien la mano si la quiere conservar... ¡Yo seré un triste carrero, pero e'morir en mi lay!

DEL MISMO PELO

—¿Ves?... Eso es lo que a mí me revienta y así se lo dije a Julio el otro día: si no quieren que a este país se lo llev'el diablo, eviten las mescolanzas, che...

—¿A qué Julio?

—¿Cómo a qué Julio... A Roca... ¡Si hemos llegado al extremo, che, de que ya no se respeta nada aquí! Ya ni hay antecedentes, ni nombre, ni posición que no sirva d'estropajo a los advenedizos y hasta la misma crónica social de los diarios se ve invadida por el canallismo más depravado... Todo está hecho un revoltijo... Derrepente ponen de concurrente a una fiesta o al tiatro —¡en pleno mes de abril!—y te colocan entre unos apellidos que'están oliendo a cebolla o a liencillo, cuando no te dan como presente en unos casamientos o funerales vergonzosos.

—¡Qué me vas a decir d'eso, che!... Figurate que aquí donde me ves, h'estado anoche, según los diarios, nada menos qu'en el casamiento de una hija de cierto inglés que nos compró la estancia l'año pasado... Un verdadero cualquiera que casi ni sé cómo se llama! Imaginate qu'es un hombre de andar en tranvay!...

—¿Qué me decís?... Esta jugada es como para juntarla con la que le hicieron a mi tía... Querés creer que la metieron entre las concurrentes al Politeama... ¡Figurate el madrugón!

—¿Y vos todavía no te has hecho ver en el tiatro?

—¿Yo?... ¡No faltaba más!... Para mí las veladas comienzan con la Opera, che, y soy fiel a la tradición... Yo no tranzo... y ya saben todos que si no se me ve allí es porque no estoy...

—A mí me pasa igual... ¿Sabés qu'este año va'seguir la moda del pasado, tan cómoda y tan chic?... No será elegante entrar al tiatro sino en los entreactos...

—¡Es natural! La sala es para los músicos y la gente para la cual el espectáculo es una novedá... Yo, che, te lo digo con franqueza, no pienso abonarme¡... Buscaré algún amigo con quien turnarnos para la entrada, ¿sabés? y con mostrarse uno un poco y después estar para la salida... ¡se hace la noche!... ¡Quién se aguanta tres horas de función!

—¡Es una barbaridá!... Yo también ando buscando con quien hacer patota, y conforme'encuentre me ligo y con una soncera hago mi noche..

—¡Esa es otra, che!... ¡Esta gente nos está desollando con los precios!

—¡Qué bárbaros, no!... ¡Y decir que a uno en su misma patria, como quien en su casa, lo están esquilmando!... ¿Ves? Eso le debías decir a Roca... ¡ya que sos tan amigo!...

—Si se lo he dicho mil veces, che!... Pero parece qu'el hombre vivies'en las nubes... ¿Vos te cres que hace caso de consejos?... ¡Preguntale a cuaquiera e los ministros y verás!... ¿Y?.. ¿Che?... ¿Nos asociamos p'al jueguito'e las entradas?

—¿Y si no?... ¡Pa qué somos de los que no nos cortamos, aunque nos acollaren con un pelo!

¡QUE SUERTE PA LAS DE MIGUENS!...

—No, mi tía... no juzgue así las cosas del corazón, ni califique de capricho pasajero el sentimiento que me domina... Mire qu'es cosa seria...

—No me hagás, réir, Pituco... ¡que tengo el labio partido!... ¿Vos, con cosas serias?... ¿Pero sabés lo qu'estás diciendo?

—Haga el favor de atender, mi tía y dejemé que la hable al alma, ¿quiere?... ¿Nunca le han hablao al alma a usted?

—¡No, che!... Tu tío no habló jamás sino en criollo y esta lengua parece que no se presta...

—¿Qué no?... Vea... Ust'está diciendo a gritos que hast'ha óido hablar los mudos... Si aura mismo y con ser que soy su sobrino, l'estoy tomand'un olorcito que casi casi no es de tía sino de moza garrida.

—¿Sabés que sos adulón, Pituco, y que m'están dando ganas de crer que te se't'está quemando algo?... ¡Mirá si fuese verdad! ¡Qué suerte pa las de Miguens!

—¿Cómo pa las de Miguens, tan luego?... ¿Y por qué?...

—¡Es un refrán, hijito!... No hagás caso... ni creás qu'es por lavarte la cara!... Es un refrán de familia, ¿sabés?

—¡Bueno!... ¡Vea!... Yo sé que le ha llegao el run-run y no tengo por qué ocultarle qu'es cierto... Me tienen mal, mi tía, y es por eso que busco el calorcito'e la familia...

—¡Se conoce!... ¿Será por eso que has volado de tu casa?...

—¡Atienda!... Yo sé que me v'a dar la razón... ¿Sabe por qué me separ'é la familia y me

salí a vivir solo, armando el bochinch'el siglo?... ¡Bueno!... Todo fué por esta cosa que me tiene trastornao. En casa me augaba, estando tan lejos d'ella... Piens'en lo qu'es la distancia, mi tía y tengamé lástima y no pegue de hacha... Me parecía que hast'el aire me faltaba en aquel barrio tan triste... como son todos los barrios que no son el barrio d'ella.. y aquí me tiene buscando acercarmelé...

—Pero esas son muchachadas, Pituco... ¡Eso no es amor!...

—¿Y cree que yo sé lo'qués, ni m'he puesto a'veriguar?... Yo lo que sé, mi tía, es que no vivo tranquilo cuando no la estoy mirando y que d'el lado qu'ella vive, hast'hallo más lindo el cielo y me parece qu'el aire que ha pasao por su casa tiene un cierto no sé qué... que no tienen otros aires... ¿Usted no ha querido nunca, mi tía?

—Mirá, Pituco... No seas atrevido...

—No me diga Pituco, ¿quiere?... Llamemé por mi nombre... Mire qu'estamos hablando de cosas serias... ¡No se olvide!...

—¿De cosas serias?... ¡Qué suerte pa las de Míguens!

—¿Pa las de Míguens?... ¿Y por qué?...

—Ya t'he dicho que no hagás caso... Es un refrán de mi tiempo ¿sabés?... como aquel del mate de las Morales que nunca llegó a cebarse... ¿No sabés quiénes eran las de Míguens?... Cuando lo sepás te v'a gustar el cuentito... ya que te gusta hasta el aire que te viene desde ella... Las de Míguens eran las tías del tesoro con que soñás... unas muchachas que tenían talón de fierro y llegaron a ser famosas por su afán de divertirse. Ya se sabía en Buenos Aires, che, que no había velorio, casamiento, bautizo, comida, entierro, misa ni el diablo... en que no estuvieran las de

Míguens... ¡Era una cosa bárbara! ¿Había un enfermo en una casa?... Las de Míguens iban de visita a indagar cómo se hallaba. ¿Había una misa en el sur y otra en el norte y un baile en el oeste y una comida en el puerto, a bordo de algún barco y un bautismo en Flores?... Pues, hijito... las de Míguens se hallaban en todas partes alegres, contentas, comiendo bombones y sandwiches a dos carrillos, tomando chocolate y comiendo naranjas o sandías o tomando leche... Jamás ni nunca se supo que a ellas les hiciese daño nada, ni les doliera alguna cosa, ni discutieran un menú, ni tuviesen una pena y de repente nació entre la gente, así, de sopetón, como te ha nacido a vos ese amor por la sobrina, el refrancito embromador... ¡Qué suerte pa las de Míguens! Quería decir qué motivos para jaleo, qué ocasión para salir a la calle, para jarana o para lloriqueo o para almuerzo o para baile o para rezo... Y corrió tanto, que una tarde estaba yo en la mercería alemana y derrepente se le cay'una pieza de puntilla a la dependienta y el dueño, al ver que l'abarajaba antes de tocar el suelo, dijo con su media lengua: "qué suerte pa las de Míguens' significando qu'el hecho podía ser motivo para que vinieran a la tienda... ¿Y quién te dice, hijito, qu'en eso las veo entrar a Panchita y a Celestina—qu'eran las mayores—con aquel aire de inocencia que tenían?...

—¡Bueno! El cuentito es lindo, mi tía, como todo lo de usted... pero yo no he venido a visitarla para que me enseñe historia—para eso me hubiese ido a lo de don Bartolo o a lo de don Vicente López,—sino pa pedirle que me ayude'n esta empresa en que se juega mi vida... Invitelás a comer cualquiera d'estos...

—¿A quién? ¿A las de Míguens?... ¡Pues no faltaba más! ¡Mirá si lo sabe tu mama!... ¿Có-

mo te imaginás, Pituco, que yo pueda contribuir a qu'entrés en el refrán, vos... el hijo, nada menos que de mi hermana, que—¡Dios me perdone si m'equivoco!—hasta creo que fué la inventora del refrán?...

—¿Y qué tiene?... Yo, que soy el hijo y usted qu'es mi tía, le agregaremos la cola y la cosa quedará en familia... La vieja podrá decir con justísima razón: "¡Qué suerte pa las de Míguens... y para mh'ijo Pituco!"

SIEMPRE AMIGO

Haz a otros lo que desees que los otros hagan contigo.

Nos conocimos en Ranchos, antes de que este pueblo se modernizara cambiando su nombre, lo que equivale a decir que, por lo menos, una decena de años nos separa del tiempo aquel en que yo, que solía visitar a unos parientes avencindados frente a la plaza, y él, modesto perro del cura, simpatizamos cambiando nuestro primer saludo.

Era la casa de mis parientes, un viejo edificio, de dos departamentos que se abrían a un patio común. El de la derecha lo ocupaban éstos, y el de la izquierda, un viejo sastre con su esposa.

—¿Por qué tienen cerrada la puerta de calle, comadre? Esto huele a convento...

—Es por unos días no más, compadre... Los vecinos tienen una perrita que adoran, como que es monísima y muy fina, y temen que se les vaya a la plaza de enfrente, a *mataperriar* con el perro del cura, que es de lo más bandido que hay en el pueblo...

—Ave María Purísima, mujer... Y por eso...

—¡Qué querés, che!... ¡Son tan buenos los vecinos, que con placer le hacemos el gusto, anque nos importe un sacrificio!

Y la bondadosa de mi comadre, que era tronco de una numerosísima familia, se fué a sus quehaceres y yo quedeme holgando en el ancho patio, hasta que las sombras de la noche me llamaron al descanso. La primera claridad del día hallóme ya despierto, como todos dormían aún, me encaminé a la puerta de calle para recrearme con el espectáculo curioso del despertar de una población, que es agradable contemplar cuando uno no tiene otra cosa con qué matar el tiempo.

Las calles comenzaron a animarse. Allá a lo lejos, cruzaba algún carrito de chacarero que con el chirrido de sus ruedas desengrasadas despertaba los ecos, o la jardinera del panadero, deslustrada por las lluvias y de repente, como emergiendo de la llanura verde en que a no mucha distancia de mí se perdía la calle, vi aparecer un perro de lindo porte y buena talla, que con la cola en alto y trotando ágil, aunque reposado, se dirigía hacia mí.

—Ese ha de ser el perro del cura que tanto los preocupa a mis parientes y a sus vecinos, pensé; y seguí mirando, distraído, su aire de calavera, que contrastaba singularmente con el que debía tener si era él quien yo creía.

El perro continuaba avanzando y veía ya las manchas de su cuero, el brillo de sus ojos que me miraban maliciosos y hasta me pareció escucharle los comentarios que rezongaba:—¿Qué hará ese, nada menos que en casa de mi novia?... ¡Ah! ¡Es gente nueva!...

Me fué simpático. Cuando llegó a unos veinte pasos se bajó prudentemente de la vereda, como

para evitar una sorpresa de parte de sus enemigos o de mí, a quien lógicamente me suponía un aliado de ellos, por lo menos, y tomando el medio de la calle con disimulada serenidad, siguió su camino, mirándome de soslayo.

—¡Pichicho!... ¡Pichicho!...

Le pareció una burla y se hizo el desentendido, aun cuando yo le había sorprendido una tiernísima mirada hacia el interior de la casa en el momento de enfrentar a ella.

—¡Seguramente! ¡Este es el perro del cura... el famoso perro del cura... esa miradita lo traiciona... ¡Pichicho!

Se detuvo asombrado como diciendo:

—¿Pichicho a mí? ¿De la casa de mi novia?... ¡Hum!... ¿Se tratará de un loco, de alguna alma compasiva o de un traidor?

—¡Pichicho!... ¡Pichicho!

Me miró a la cara y comprendió con su finísimo instinto, que yo, aunque era de la familia de mis parientes y vecino de los viejitos, patrones de su novia, era un hombre honrado, que no me metía a contrariar los amores de nadie.

—¡Pichicho!... ¡Pichicho!...

Lamió mis manos con zalamería, me golpeó las piernas con la cola y metiendo el hocico por la rendija de la puerta aspiró con fruición el aire que le llegaba del interior de la casa y le traía quizá el aliento de su amada.

Conmovido por su ternura, abrí la hoja de la puerta, invitándole a entrar. No podía creer en dicha semejante y me miraba como preguntándome si aquello no era un sueño o una infame traición. Me acarició, me observó bien y cuando se cercioró de mis buenas intenciones a su respecto, se coló con presteza, lanzándome una última mirada en que leí clarito:

—Por su madre, compañero... ¡no me vaya a reventar!... ¡Mire que la aventura es peligrosa!

No habían transcurrido dos minutos, cuando oí un tropel en el interior de la casa y al viejito que gritaba:

—¡El perro del cura! ¿Pero quién diablos le ha abierto la puerta?

—Como un relámpago pasó por delante de mis ojos el galán audaz, seguido por su amada, que haciéndose la temerosa se encaminaba con él hacia el alto yuyal de la plaza:

—¡Corré, mi vida, que el viejito es muy bruto y nos va a pegar!... Yo, entre que me pegue él y pegués vos... aunque sea un mordiscón que me sepa a beso... ¡te elijo a vos!

Y en la carrera se perdieron entre el tupido pastizal, mientras el viejito y la viejita, a medio vestir, llegaron a la puerta azorados y encontrándose conmigo, exclamaron como en un sollozo:

—¿No vió?... El perro se llevó la perrita...

—¡Ah!... ¡Sí!... ¡Ahí en esa plaza los vi perderse!...

Y ambos miraban el alto yuyal, que en ese momento iluminaban los rayos del sol naciente y agitaba mansamente la brisa matutina, con ojos de verdadera angustia.

Solíamos después hallarnos en las calles del pueblo con el perro del cura y jamás pasaba por mi lado sin detenerse a mirarme, meneando el rabo:

—¡El buen amigo!... ¡Qué dicha volverlo a ver!... ¿Y qué tal? ¿Cómo andan las cosas por allá... por la sastrería?

Y ayer me ha reconocido, aquí en las calles, malgrado las injurias de los años, cuando yo ya no le conocía y había hasta olvidado la galante empresa en que le ayudara, arrastrado por la cla-

rividencia del futuro condensada en la máxima que me sirve de epígrafe.

¡Pobre perro agradecido!... Quizá ni la perrita, que tanto amó, existe ya más ni en su memoria, y, sin embargo, persiste todavía el recuerdo del amigo, conocido al pasar, pero siempre querido e inolvidable!

¡EL POBRE AMIGO!

I

—¡Pobre Comaleras,—dijo el rubio González; —muere con él la espuma de los jugadores del truco del barrio de la Concepción, y los que vamos acompañándole, podemos decir con orgullo que llevamos a enterrar, no solamente al mejor de los comisarios jubilados de la policía antigua, sino también a un hombre que jamás le disparó a un real envido, teniendo las treinta y tres de mano!

—¡Hum!... No solamente era toro Comaleras —exclamó un viejito que iba acurrucado en un rincón del coche y a quien no conocíamos ni de vista ninguno de los otros tres acompañantes, que éramos, además del rubio González, el tuerto Cabira y yo,—¡sino un gran corazón! Gustavo S. Bordenave, servidor de ustedes, no ha concurrido ni concurrirá jamás a otro entierro con un gusto mayor que el que experimenta en estos momentos. ¡Pobre Comaleras!

—¿Me permite, señor Bordenave?... — replicó Cabira, sonriendo de la extraña manera que le permite hacerlo la parálisis facial que lo caracteriza, pero con un tono que no dejaba dudas respecto a su intención de protestar con toda formalidad.

—¡Ahórrese los reproches, señor... Mis palabras hacen justicia a las virtudes de nuestro amigo, aun cuando se presten tal vez a una interpretación aparentemente desfavorable...

—¡No!... Es que con gusto no se concurre al entierro de nadie...

—Así es, señor mío... generalmente; pero en el caso sub-júdice de Gustavo S. Bordenave, concurren circunstancias que lo hacen excepcional, como lo verán ustedes.

II

Aunque les parezca extraño, dados los rasgos de mi personalidad actual, yo he sido un funcionario municipal de cierta categoría, a los efectos del sueldo, condición única que puede establecer diferencias entre los empleados públicos. En ese entonces tuve la suerte de conocer a fondo a mi amigo Comaleras y la desgracia de que apareciese en mí el asma que me acompaña, ayudándome a formar la molesta entidad del Gustavo S. Bordenave de la actualidad. Los médicos ni yo, la conocimos al principio, y se creyó que era una notificación de la muerte, que me dijera con tan extraño lenguaje: "Gustavo S. Bordenave, a usted me lo llevaré tironeándole del corazón". Una tarde pasaba de mi despacho a la tesorería, cuando me topé de manos a boca con Nicanor.

—¡Hola!... ¿Tú, por acá?...

—Sí, mi querido amigo. Acabo de ser jubilado en la policía, y como no puedo acumular dos sueldos nacionales y he menester de aumentar mis entradas porque me he quedado viudo y sin hijos y mis necesidades han crecido por consiguiente, tenderé mis líneas aquí, en la municipalidad... El intedente, que es amigo, correligionario y pariente,

me quiere ayudar... ¿No sabes de alguna vacante a producirse o que sea fácil producir?... Con placer sería tu compañero.

—No lo serías por mucho tiempo... exclamé imprudentemente.

—¿Por qué?

—¿Pero, qué, no ves?... ¡Si me estoy muriendo del corazón! Los médicos ya me han sentenciado, che!

—¿Qué me dices?... ¡Pero si parece mentira! ¿Y tienes buen sueldo?

—¡Cómo no!

Y le declaré todas las peculiaridades de mi empleo, confiándole hasta ciertas facilidades que tenía para aumentar mis entraditas, con sólo crear pequeñas dificultades en las tramitaciones. ¡Pobre Nicanor!... ¡Cuánto y cómo se contristó y hasta dónde llevó su interés por el viejo amigo que les habla en estos momentos verdaderamente solemnes! Dos días después, el intendente se dignó llamarme a su despacho y con esa seguridad envidiable que da la superioridad jerárquica, me dijo, casi tuteándome:

—Vea, Bordenave... Me han dicho que usted está muy enfermo del corazón y deseo conocer la verdad... Tengo un amigo a quien quisiera servir y no me gustaría defraudar sus esperanzas, prometiéndole algo que no le cumpliera... Se trata de un amigo suyo... de Nicanor Comaleras, ¿sabe?... Me ha informado de que usted es casi un cadáver y me ha pedido que en caso de quedar vacante su empleo, él desearía que se lo acordara y como el pobre es tan bueno y tan amigo, quiero servirlo... Vamos a ver, ¿qué le han dicho los médicos?

—Dicen, señor, que parece haber algo cardíaco y me han recomendado resignación...

—¡Ah, bueno!... ¡Entonces no hay vuelta, Bordenave! ¡Mire! Voy a decirle a Nicanor que espere el desenlace y que esté seguro... ¿no le parece?..... Así conciliamos todo...

Y con esa oficiosidad que tan bien sienta en un subalterno, sea cual sea el ítem del presupuesto que llene con su modesto nombre, le pedí disculpara si obstaculizaba en cierta manera sus deseos.

Desde ese día, Nicanor concurría asiduamente a mi despacho y yo conocía en su voz y en su actitud el interés que le inspiraba mi salud, apresurándome a informarle sobre ella, sin exagerar su gravedad, como podría pensarse que pudiera hacerlo, a haber temido que el candidato, viendo que la muerte no se apresuraba a coadyuvar a sus fines, hiciera fuerza para que su pariente y correligionario lo auxiliase por uno cualquiera de los tantos medios a su alcance.

Tuve que ser muy discreto para no hacerme sospechoso a sus ojos de amigo celoso, y recién cuando su pariente y correligionario dejó de ser mi superior, me atreví a irle informando poco a poco de mi mejoría, así como también de que los médicos habían descubierto que yo no era un cardíaco sino un asmático.

—Es igual, ahora... me contestó con aquel tonito dulce que era una de sus peculiaridades, es igual!... El nuevo intendente que ha entrado es mi adversario.

No le volví a ver sino de tarde en tarde, pues se ocupó en otra clase de asuntos y poco a poco fuimos dejando hasta de saludarnos, a medida que yo iba recuperándome...

Ha muerto, el pobre, sin que yo pueda saber, a ciencia cierta, si allá, en el fondo de su espíritu, floreció alguna vez alguna sospecha respecto a mi sinceridad cuando le informaba sobre mi salud y

poder vindicarme a sus ojos y es por ello que he venido con gusto a su entierro, buscando la oportunidad de declarar, como declaro ante sus amigos, ya que no puedo hacerlo ante él, que Gustavo S. Bordenave fué leal y honrado en sus informaciones y que por ser cristiano y acatar la voluntad de Dios, no lamenta haber defraudado las esperanzas que él abrigara a su respecto...

—Agradecemos, señor, dijo Cabira, sus amables y espontáneas declaraciones, y yo le manifiesto, sin temor de ser desmentido, que reconocemos en el procedimiento que usted nos ha descripto la caballerosidad y delicadeza de aquel que ya no es más sino en recuerdo!

ENTRE DOS COPAS

—¿Y me van a mandar nada más que por ebriedad?... ¡Bueno!... ¡Perfetamente! ¡No m'importa!... Yo no soy el primer criollo que se mama el veinticinco y tampoco'é ser el último y no tengo vergüenza de haber solenisao el día de la patria, no señor, no la tengo... porque grasia's'a Dios no soy hijo e gringo y me acuerdo de qu'esta tierra es la mía...

—Mirá, che, bajá la prima... y si no es otra cosa lo que tenés que decir, podés ir aprontando tu linyera... ¡Estás despachao!

—¿Despachao?... ¡Perfetamente! Para eso tenemos patria, caray!... Pa que uno no pueda festejar los aniversarios gloriosos sin permiso'e la autoridá... Había e bajar San Martín a ver lo qu'están haciendo... ¡Junaperra!... Le quisiera ver la cara al viejo cuando dentrase a una comi-

saría—como yo aura, pinto el caso—y se topara con que ya ni siquiera se respeta al nieto e su asistente Martínez!...

—¡Loco lindo!... ¡Así me gusta un criollo... ¡que muera borracho, pero cantando el himno nacional!... ¿Sabés qu'estoy por largarte?

—¿Largarte?... ¿No ve... En esa costubre'é tutiar a cualisquiera por desconocido que sea, s'está viendo que usté's de casta estranjera!... P'cha ¡qu'es confianzudo el gringo y entonao, másime si tiene mando, ¿no?... ¡Mire!... Así a'nde me ve a mí, así, medio mal perjeñao y hasta tirando p'al Veinticuatro'é Noviembre, por haber solenisao la fiesta'el veinticinco en mi patria, siendo como soy decendient'é prócer... sepasé que lo h'echo con la plata'é don Bartolo y que cuando él nos la dió para que tomáramos una copa era porque quería que los de La Diana'é la patria, l'hiciéramos un honor a la bandera!... ¿A qué usté con ser quien es y hasta tutiarlo a Roca si se le pone a tiro, no ha tenido nunca semejante voz de mando ni lo han obedecido con mayor satisfacción!... ¡Convenzasé, señor, pa mandar como se debe... ¡Don Bartolo!

—¿Sabés, che, qu'en medio e tus locuras te dejás cair despacito, pero con cierta elegancia y que m'estás interesando?... ¿Y luego qué es eso La Diana'e la Patria?

—¿Qué, no sabe?... Es una sociedad que tenemos pa saludar a los patriotas de la seción. ¡Si hemos andao toda la mañana meniandolé al tambor y a los clarines!... Somos tres... Peraira, que cuenta cuentos pa los fonógrafos y se queda ronco de hablar sobre unos cilindros, imitando a Juan Moraira; el ñato Gutiérrez, más conocido que la ruda y yo, qu'he sido tambor del tres... Hoy, conforme aclaró, nos metimos en la casa e

don Bartolo y l'echamos un redoble qu'era como pa bailarlo y áhi no más ya salió uno de adentro y alcanzandonós un diez nos dijo qu'el general nos lo mandaba pa la copa... ¡a la cuenta tomandonós por veteranos!... ¡Qué veinticinco ha sido éste, señor!... ¡Como pa que no l'olvidemos! De orgullo y de satifación me pasé de pato a ganso... ¡y aura tengo que pagarla!

—Pero, pa vos, che, todo el año es fiesta patria... ¿Sabés cuántas entradas tenés?...

—¿Y usté sabe, señor... cuántos días gloriosos tenemos los argentinos?... ¿Inora la historia d'esta patria?... ¡Hay que cumplir con los mártires y el entusiasmo arrastra, señor! Yo he sido empliao como guardián en el Museo Históríco, ¿sabe?... Allí, en Lezama... ¡Bueno!... En ese oficio alquirí este vicio'é los festejos a los que murieron por nosotros, y ya ve ande me lleva la historia!

FLIRT

—¡Y así no más ha sido, pues!... ¡Te has chasqueado, prima, porque sos todavía inocente a pesar de ser tan viva... Mirá...

—¡No me digás, che!... ¡Si los hombres se han puesto muy canallas en esta ciudá y ya no respetan nada!... ¡No me digás!

—¡No creas!... Aquí, como en todas partes, los hombres respetan lo que deben respetar y nada más... ¡Mirá!... Las mujeres, a tu edad, pocas veces saben contener su coquetería en los justos límites de la prudencia. Descienden del trono en que son reinas, gustan arrastrar su vestido en la vereda plebeya y cuando ésta, que no es la impe-

cable alfombra de tu sala, se los ensucia, se indignan... ¡Esto sí qu'es lindo, che!

—¿Te parece?

—¡La pregunta!... ¡O sos muy ingenua, prima, o me tomás por pipiolo... ¡a pesar de mis pesares!

—¡Pero si ha sido un atrevido conmigo el tal García, que parecía un hombre decente... un caballero!... Figurate que salgo para casa de mamá y en cuanto doblo la esquina, se me pone al lado como si yo fuese una mucamita o una cocinera e intenta emprender conversación... Es un indigno, un changador, un cualquiera...

—Convenido... ¡Un cualquiera!... Ese es el término... ¿Y para qué lo mirabas cada vez que pasabas por delante de su tienda, desperdiciando en ese insignificante la incomparable luz de tus ojos?... ¿Es posible que halague tu vanidad de mujer linda y elegante la babosa admiración de un tenorio de trastienda? Vaya aprendiendo, prima, vaya aprendiendo... y sufra las decepciones consiguientes y aguante que el almacenero de la esquina, el lechero, el carbonero y tutti cuanti, crean que ella, la reina de las flores, es la consentida del tendero... y de envidia por la suerte de éste, pretendan deshojarla y repartirse entre todos sus despojos!... Y no te admire que hasta el mismo barrendero haya soñado alguna vez, mirándote al pasar, ¡que su escoba pudiera transformarse'n abanico!

—Decí todo lo que quieras, che... pero yo te aseguro que los hombres son muy cochinos... Bien decía la otra tarde mi tía Petrona: "Querés crer, m'hijita, que hasta'mí me dicen cosas todavía!..." "Al pasar una bocacalle, un pillastre me ha echado una miradita qu'era un chorro de agua caliente y me ha dicho que las flores más lindas

eran las violetas... ¡que nacían solamente en el invierno!"

—¡Otra que bien baila, nuestra tía!... ¿Qué me contás? ¡Con que a pesar de su medio siglo y de su tos, todavía se queda en la cancha!... Oye, prima... ¡no seas mujer como las demás! Abrí tus ojos encantadores a esta hermosa luz de nuestra tierra, madre de mujeres tan lindas y tan... ¿cómo te diré?... tan criollamente orgullosas y tan suavemente picantes...

—Mirá, primo... ¡estoy hecha una tigra!... Este canalla de atrevido me ha puesto nerviosa y no sé por qué me parece que me ha ofendido... ¡Siento como una quemadura!... Me parece que me hubiesen rebajado y que fuera una de las enanas del San Martín, y tengo asco, y rabia... y hasta ganas de encerrarme y no pisar más la calle... El mundo, che, s'está poniendo como para dispararle!... Ya no se puede ni mirar sin que alguno se crea adorado...

—No te pasés, che, no te pasés y no des crédito al piropo que l'echaron a tu tía... la modesta flor fragante que la escarcha esmalta en el rincón olvidado del jardín... No pensés en la tumba ni el convento, por que un tendero enamorado tendió bajo tus pasos su capa de tenorio... Pisala y... adelante con los faroles y si t'he visto no me acuerdo... Abrí bien los ojos y mirá a tu alrededor y ve aprendiendo a conocer los instrumentos que suenan para tí la marcha triunfal de la vida... y no los confundas a unos con otros, tomándolos a todos por bombardines plebeyos...

—¡Qué mi primo... éste! Decime, che... ¿darán pronto en algún teatro el "Cyrano de Bergerac"?...

—Tal vez... ¡A mí no me interesa!...

—¿No?... ¿y por qué? ¡Es un drama tan lindo!...

—¡Qué me vas a decir lo qu'es Cyrano, prima? ¡Si casi lo he'scrito yo!

LOS TIEMPOS DE AURA

—Decime, che... ¿No tenés vergüenza de venir a tu casa a las diez de la mañana, después de haberte pasao la noche perdido quién sabe en dónde?

—Mirá, Diolinda... ¡tené cuidao, hijita!... Ya sabés que la lengua rompe güesos... Y aura, permitime que t'esplique en lo qu'he andao pa que veás que Juan Antonio Gutiérrez sabe lo qu'es matrimonio y respeta los mandamientos...

—Lo que sos vos no morís ahorcao si te dejan hablar... pero esta vez no me vas a venir con las mentiras de siempre... ¡Ya me tenés hasta los ojos!

—¡Diolinda! Oí la voz de tu marido y dejat'e macaniar... ¿Sabés en lo qu'he andao?... Es un secreto, ¿sabés?... Cosa e la política...

—¡Bueno!... ¿En qué has andao?... ¡Vamos a ver!

—¿A ver?... No, che, ¡que ver ni ver...! Apenas que te haga relumbrar de que tal vez seás mujer d'empliao cuando menos lo pensés... He pasao la noche en casa e Simón Ravena, ¿sabés?... el qu'era cochero e Pellegrini y hemos charlao de todo...

—¿Vos charlando con Pellegrini?... ¡Borracho!... ¡Canalla!

—Mirá, Diolinda, no te olvidés de tu caráter, haceme el favor... Yo no t'he dicho que haiga

pasao la noche con el dotor sino con Ravena. ¡Entendé!...

—Y ¿quién pagó las copas?...

—¿Ve?... ¡Estas son las mujeres, caray!... ¡Una piedra que uno lleva atada en las patas!... ¡Y suba usté con semejante tramojo!... ¡Mirá! No me quemés la sangre, che, y andá arregláme la cama... ¡Es mejor!

—¿Que te arregle la cama?... ¡No te la'reglás vos con toda tu alma, perdido, embustero!...

—¡Bueno! ¡Mirá! ¡Calmate!... Te v'y a contar, pa que no se te reviente la yel con la curiosidá... Estamos formando un clú, ¿sabés?... un clú de hacha y tiza, p'agarrar empleos y p'armarnos como caiga... No te creás que yo he dentrao, llevao como mono e gringo, ni porque tenga cara linda, sino por mis cabales... Soy del grupo diretivo ¿sabés? de los que van en la punta, de los que tallan, m'hijita!... ¿Y a qué no adivinás a quién le debo mi suerte?... ¡Qué vas a adivinar!... ¡Se la debo a la lengua, che, y a naide más! Figurate que dentro ayer al caf'é Manolín y conversando con un amigo me cuenta qu'en el gobierno andaban dando empleos a todo el que hablaba mal de la autoridá, porque querían prestigiarla... ¡Claro!... ¡Ahí no más ya l'empecé a sacudir cada chaguarazo desde Roc'abajo a todo el que caia a tiro!... ¡Pa mí no había congreso, ni ministros ni nada y vivíamos como entre los indios, pensando solamente en la barriga!... Habías de ver el efeto, che, ¡fué bárbaro!

—¡Claro!... ¡Te pegaron alguna patiadura!

—¿A mí?... Pero, che, ¡avisá si estás durmiendo y no tentés si querés morir de antojo!... Ni bien me oyó Ravena se me acercó y le comenzó a sacudir a Pellegrini porque lo había despedido... Y ya seguimos como bicicleta, che... y de áhi ya salimos pa l'Aduana y pa los corrales y pa todos

laos... Y aquí me tenés de vuelta y con la garganta seca!

—¡Bueno!... ¿Pero dónde'stá el empleo?

—Pero, ¿no has entendido entonces?... ¡Hemos formao el clú pa'blar mal del que caiga y ya somos once juramentaos! Hay uno que dice qu'él no se calla si no lo hacen por lo menos diputao y que va'blar de Roca hasta que l'oigan los sordos y yo... ¡no te digo nada!... Yo v'y a ser el vengador de mi generación, che, que a causa'é Roca y de sus paniaguados, se ha tenido que refugiar en las confiterías pa'cer algo, porque en el gobierno no le daban calce... ¡Y aquí me tenés aura, encajao en la política y dispuesto a salir de pobre!... ¡Mirá, yo, de cortar e'cortar grande!... Si Roca quiere que nos callemos Ravena y yo, o nos hace guardacostas o diputaos y si no, lo desprestigiamos ante la sociedá y lo hundimos... no te quepa duda, Diolinda... Hoy, como decía el pardo Ramírez, pa subir hay que hacer escalera de la lengua y nosotros no seremos los primeros, ni los inventores del sistema, pero no hemos de ser los últimos... ¡No te murás, Diolinda, y verás dónde llegaremos los que aura cres vagamundo!...

—¿Vas a seguir todavía?... ¡Mirá, mejor es que te callés y te vas a dormir la mona!... ¡Sinvergüenza!

—¿Que me calle? El día'el juicio... ¡y a la tarde!... ¡Dejá correr el tiempo y verás adónde llego, che!... Aquí el tiempo no es de los mudos como en Uropa, Diolinda, y al que charla lo hacen rai!...

TIRANDO AL AIRE

—Mire, don Antonio, que la muchacha lo quiere... Yo sé lo que le digo... ¿No ve que yo m'he fijao en lo que hace y que ya no soy una nena que se chupa el dedo?... Cuand'una muchacha como ella, tan señorita—porque no es porque sea sobrina de mi marido, pero es muy señorita—dentra a no encontrar nada que le venga bien y hasta hecha p'al diario la pollerita'e dominguiar, no le quepa duda de qu'es porqueanda interesando...

—¡Así sará!... Ma... ¿qué quiere que le dica?... Io ho pavura de tute le donne dil paese!... ¡Ho visto tante purquerie!... E dopo... ¿cosa saco io con tuto cuesto de l'inamoramiento?... ¡Macana!

—¿Cómo qué saco?... ¿Y qué quiere sacar? ¿Cre qu'el amor es alguna lotería?... ¡Mirenlón al hombre!... Gringo había'ser para ser interesao... ¡Si quedrá que le paguen también por tomarle el pulso!... ¡Habráse visto insolente igual!

—Ma... dicame un poco!... ¿Io me ha metido con la muchacha?... ¿Non e propriamente lei qui si venga in garpone e me fa di cuele murisquetite con il vestito... cosí e cosí... sorridendo e guardándome con cueli oquione safao e fachéndome ina cusquillería de la gran siete, proprio como si io fose di leño?... ¡Mira!... ¡Ho pasato con cuela donna la piú dificoltá de tute le ore di la mia vita!... ¡Bisogna habere ina forza dil diavolo per esere sicuro con cuela birbanta di mochacha qui fa bruchare il sangüe in cuel garpone maledetto!... E no e cuesto tuto l'affare, ¿sapete?... Dopo ha incominchato ina conversaziones con cuela maniera cosí simpática e cosí calda qui ha de parlare... e

ma'fatto venire in cane di filo tremendo!... Propriamente, io, non sono ancora un vequio formone mellato e tanta afiladura m'ha fato diventar capace di farle la barba a lo stesso archivescovo... Io vi dico que cuesto non é vita, mia cara siñora!... Io non so buono per sofrire tuta cuesta bruchatura in corpo e restarmi cosí trancuilo. ¿Sapete bene?... Dun Antonio e dun Antonio, ma per cuesto non e il santo di suo nome!

—¡Bueno!... ¿Ve?... ¡Eso es amor!... Al fin me ha confesao la partida!... Como lo ha dicho muy bien, usté no es todavía un formón mellao y así le decía yo a la muchacha: "no te aflijás, m'hijita, el hombre es extranjero, pero te ha'e saber entender"...; y ya ve cómo no me había equivocao... ¡Una muchacha como ésa no es de desperdiciar, don Antonio!... ¡Buena como el pan, hacendosa, ahorrada... y linda com'una bendición!

—¡Ma... vedi... tuto cuesto mi guasta l'anima, per Baco!... ¡Cuesto e l'afare!

—¡Pero y si ella no le es indiferente y usté'stá seguro de que lo quiere, como que por usté dejó al escribiente aquel de la comisaría que le andaba arrastrando l'ala!... ¡Casesé!... ¿Pa qué andar con vueltas?

—Ma... cuesto e l'affare, mía siñora... io sono amollato da chincue ani in Italia...

—¿Casao en Italia?... ¡Gringo pillo!... ¡Mirá con la que venís a salirnos áura!... ¡Esto sí que se llama llevarse un chasco!... ¿Y por qué no hablaste antes, gringo condenao?

—Io voleva vedere... cosa facheva l'amore miracoloso... Ma... tute le donne hanno la estesa maniera di pensare... l'amore e il matrimonio... e niente altro...

—¿Y qué más quedrá este condenao?... ¡Se necesita ser un grigo afilador pa crer que una muchacha como mi sobrina sea capaz de fijarse en el

si no es pa casarse!... ¿Pa qué estarán los criollos?... ¡Aura mismo le voy avisar al escribiente que no habías sido lo que parecés... ¡condenao!... ¡Si hasta facha e'criminal en tu tierra te estoy encontrando... verás con quién te has metido a tirar tiros al aire!...

LA CAZA DEL CONDOR

Una hora hacía por lo menos que callaban nuestros fusiles y, sin embargo, los cóndores, desconfiados como collas, revoloteaban todavía alarmados. Los pocos que se habían asentado en la falda del lejano cerro frontero se paseaban parsimoniosos y serenos, aunque evidentemente inquietos, a juzgar por el movimiento de sus calvas cabezas rojas y por la presteza con que ensayaban tender el vuelo cuando un ruido insólito llegaba a sus oídos o un detalle sospechoso velaba la nítida visión de sus ojos claros y penetrantes, que atisbaban, sin parpadear, la entrada de las grutas misteriosas y la sombra traidora de los peñascos o del medroso malezal. Recogida sólo a medias el ala diligente, caminaban ceremoniosos y graves, erguida la cabeza descubierta, como enlutados caballeros medioevales, que en justa de apostura, lucieran su garbo y su donaire. Cada vez que se detenían, estirando el cuello, como ansiosos de recoger en el oído, para descifrarlo, el enigmático lenguaje con que les hablaba el monte y la llanura, parecía que tal no hicieran, sino mutuas cortesías reverentes: la tizona obediente a la presión de la mano sobre el pomo, alzaba en la contera la extremidad del manto caballero, las golas ondulaban con coquetería y las espuelas chirriaban acompasadas.

Y desde el ras del suelo hasta donde el ojo alcanzaba en el infinito azul, se les veía: ya escoltaban rápidos y nerviosos la blanca nube pasajera que impulsaba el viento, o ya, sin batir el ala, describían un círculo fantástico sobre la masa obscura de las sierras, cruzando juguetones las anchas fajas luminosas en que el sol reía placentero.

—¿Usté cré que sólo le malicea a la oscuridá, señor?...—dijo con su acento característico el viejo gaucho cordobés que nos acompañaba.—¡No crea!... El cóndor es un pájaro muy astuto... Desconfía más del sol que de la sombra y anque puede mirarlo sin pestañar, se le hace que a contra luz s'escuende un enemigo y por eso pega la vuelta pa ver de todos laos... Sabe qu'el hombre es artero y que se lo ha de madrugar si le da un cabe...

—Pues si todos dan el cabe que han dado éstos, los cóndores morirán sólo de viejos.

—¿Ha visto cómo le matrerean al plomo, señor? Y eso que las balas son p'al cuero d'ellos como son p'al mío estas espinas de amor seco... Lo que les dentra lindo es el cuchillo...

—¡Cómo no!... Y el dedo en el pico les ha de entrar mejor... quizá.

Y convenimos, después de mucho conversar y sostenerme el viejo que "pa cazar el cóndor más valían las mañas que los fusiles", en que al día siguiente cazaría para mí un cóndor vivo y que si ello sucedía, yo cambiaría su posesión contra cincuenta pesos.

—Cáccelo ahora... ¿Para qué esperar hasta mañana?...

—Hay que hacer aprontes, señor... y además, el cóndor en ayunas no es tan fortacho... Al finao mi padre, qu'era de la gente de antes, cuando no había aquí en las sierras rifles de largo alcan-

ce como hay aura, le gustaba cazar los cóndores a mano... a lo indio... y sabía obligarlos a suicidarse...

—¿Y usted no le aprendió la receta?...

—¡Vaya!... ¿Y cómo no?... ¡Si es facilísimo!... No hay más que decirles una palabra en la oreja y ya'stá... Mañana de mañanita lo verá...

Y al día siguiente tuve ocasión de presenciar asombrado, el extraño espectáculo de una lucha singular entre la astucia y la fuerza, en aquel vasto escenario de las sierras, que alumbraba el sol naciente.

Llegamos a una quebrada pintoresca y dimos con un viejo mancarrón que pastaba tranquilo, discurriendo goloso entre el perfumado pastizal serrano.

—¿Ve?... Ese mancarrón, señor, me v'a servir pa carnada... ¡Ya verá cómo cain los cóndores al olor de la sangre y cómo los asonsa la gasusa e la madrugada, castigada por la vista e la grasita!

Entre el viejo y sus dos hijos degollaron el mancarrón inservible, le abrieron el cuerpo, extranyendo las vísceras, para dejar una buena cavidad, y le quitaron a medias la piel, tapando con ella, arrollada, la entrada de aquélla, entre la cual se deslizó el cazador, diciéndonos mientras se acomodaba, disimulando su presencia:

—Aura, vayansén pa la cueva, que los muchachos conocen y abra el ojo, señor, ¡pa ver una cosa linda!... ¡Escuendansén bien, che?... ¡Ya saben lo linces que son estos condenaos... y apurensén pa'yudarme conforme me vean parao!... ¡Voy a cazar el más grande!

Apenas estábamos instalados en nuestro escondite, cuando apareció en el cielo un enjambre de

puntos negros que a medida que avanzaba iba aumentando en volumen y en cantidad: parecía que los cerros enteros, desmenuzados, andaban en el aire. Los cóndores, majestuosos, volaban en círculo. Ya venían apresurados, batiendo el ala con presteza, o ya, serenos y como inmóviles, se detenían sobre el punto donde yacía el mancarrón y descendían rápidos a posar la garra acerada sobre el desmedrado costillar, o peleaban dos rivales, rezongando, por adueñarse de la cabeza, que parece ser bocado suculento, mientras otros hacían presa en las vísceras sangrientas y se las repartían a tirones. De repente un ruido formidable apagó los roncos graznidos entrecortados, se oyó un soplo de huracán, y al correr hacia la res, vimos el enjambre gigantesco aletear desesperado para alzar el vuelo, impulsando el cuerpo remolón, mientras, allá, sobre el costillar casi pelado ya, forcejeaba por escapar a las manos hercúleas que sostenían sus patas negruzcas, un cóndor enorme, que el viejo cordobés sujetaba, sin salir de su escondite, temeroso a las injurias del pico sanguinario.

Pronto los mocetones hicieron presa en el cuello y en las alas, y con grave escándalo del enjambre que voltejeaba graznando sobre nuestras cabezas, quedó el cóndor como estaqueado. Era un magnífico ejemplar, que hedía a carroña y cuyos ojos fulguraban iracundos...

—Ya ve, señor, como más valen las mañas que los fusiles... Y es grande el condenao... Con razón por poco no me levantaba...

—¿Sabe que esto se llama hazaña, viejo?...

—No tanto, señor... pero los muchachos no hacen esto todavía... Y aura lo bagamos suicidarse a este roñoso... ¿no le parece?

Sacó el viejo una lesna del bolsillo de su tirador y al propio tiempo que traspasaba con ella am-

bos ojos del enorme pájaro de presa, los mocetones lo largaron...

Corrió un trecho, graznando de dolor y luego se remontó casi recto, siguiéndolo nuestra vista entre el enjambre de sus compañeros, que revoloteando en círculo lo rodeaban curiosos, pero que él no atendía y así se perdió en el infinito azul...

—No crea que v'a dir lejos... Aura, lo que se vea ciego, se descuelga desde las nubes a cuerpo muerto y se destroza sobre las piedras...

Y así fué. De repente lo vimos caer pesadamente, allá ,en la lejanía brumosa de los cerros desiertos.

COMO EN FAMILIA

—Dígame, che... ¿usté tiene compromiso pa carnaval?

—¡Cómo no... señor!... Soy suplente quinto de la comparsa e Los Artesanos Florecidos y tengo un solo en el valse... ¡que da calor!

—¡No, hombre...! Le digo con el carro... Yo se lo contrataría pa los tres días y el entierro... ¿sabe?

—¿Pa dir al corso?... Vea, señor, pa que lo v'y a engañar... solamente muy bien pago dentraría por el aro... Al patrón no le gusta que los carros trabajen d'estraordinario... y después los caballos ¿sabe?... ¡sufren mucho!...

—Dejate de historias, che, y cantá claro... ¿Cuánto querés?

—Fíjese qué carro, señor... ¡Parece un coche!... ¡Y si viese qué yunta!... Ese malacarita, así como lo ve, con ese airecito e'dormilón, tiene un pecho y un arranque tremendo... ¿Conoce la barranca e'Santa Lucía?... ¡Bueno!... Aquello de qu'él

para la cola y amoja las orejas es como p'acerles pito a los cuartiadores... A ese caballito lo quiso comprar vez pasada un amigo e'don Bartolo pa regalarseló p'al coche, pero no nos arreglamos... Esa gent'el gobierno, amigo, cuando es pa comprar con su plata, tiene más maña que gringo verdulero...

—¡Bueno!... ¡perfectamente!... ¿Pero cuánto querés?... Ten'en cuenta'ntes de pedir, che... qu'el malacarita parece qu'stá refriao y fijate qu'el de las varas tiene cara de aburrido.

—¿Refriao el malacara?... ¡No embrome, amigo!... El caballo es sano de pies y manos y eso que usté le'stá tomando por tos, es pura compadrada... Se compon'el pecho como avisándole al otro de que no le gusta lo que hablamos... ¿Quiere dar ochenta pesos?

—¿Ochenta pesos?... ¡Vos te han caido de la luna, che, no te quepa duda!... ¡La gran perra!... ¡Si tenés novia no le arriendo las ganancias con ese modo e pedir!

—Pero, mire, señor... saque la cuenta! Es a vainte por noche... y no le pong'ora pa'acabar... ¿Que más quiere?... Fijesé qué pingos y no se olvide de que yo v'y a tener que privarm'e la comparsa y de qu'es casi'a la fija que me v'acer disfrazar...

—¿Querés sesenta?...

—¿Van a dir hombres solos en el carro?

—¿Y te cres que pa llevar machos v'y a gastar yo ese montón de plata?... Es pa la comparsa e "Las Moscas de San Cristóbal"...

—¡Ah!... ¡No señor!... ¡Qu'esperanza!... No rebajo ni un peso... ¡Mirá, llevar moscas nada menos qu'en el carro! Me van a volver loco los conocidos gritandomé zafadurías... ¡y eso no lo aguanto de upa!...

—No hablemos más, entonces... Yo, amigo, ofrez-

co lo que puedo y si no conviene... ¡paciencia!

—Vea... deme setenta y cerramos el trato... V'y a quedar con los Artesanos más pior que mantel de fonda...

—¡Pero vas a quedar con Las Moscas como vidriera e confitería!... ¡Si vieras qué gente la que forma la comparsa, che!... Tu carro v'a ser un cielo y lo vamos a'dornar como si fuese un altar... ¡Ah!... ¡Mirá! No te vayás a olvidar de darle pasto a la yunta... ¡Hacelo por la comparsa!

—¡Ni me hable!... ¡Ya verá quién es Molina sentandosé'n el pescante!...

—Y ya verás las muchachas... diablitas, ¿sabés?... ¡pero de aquellas que no erran!... ¡Ya oirás los tiros!...

—Pues amigo... digalés que no apunten pa este lao, sino quieren que venga la policía... ¡La gran perra! Si se me hace que hasta el mismo malacara s'está riyendo e contento, pensando que ya me ve trenzao con el mosquerío!

DESERTOR

—¡A ver!... No me vengás con sonatas, che... ¡mirá que yo conozco a los rengos hast'en el modo e toser!... Y aura... contestá derechamente si sos vos o no sos el tal Antonio Rodríguez, alias La Catanga Chica...

—¿Pa qué se lo v'y a negar?... Yo soy Antonio Rodríguez... pero en cuanto a lo a Catanga no sé que me conozca naides por apodo semejante... a no ser el gringo Tavolara, qu'es el que me ha denunciao, mostrandosé com'un chancho... ¿Pero a mí que se m'importa si no somos ni parientes?... ¿No le parece, señor?

—¡Bueno!... Piden tu captura desde Barracas y dicen que te han de hallar con pantalón de arpi-

llera, muy ajustao... vestido de dominó y tocando l'acordión...

—¿Tocando l'acordión, no?... ¿Y con pantalón de arpillera?... ¡Perfetamente!... ¡ Y así me han hallao!... ¿Y qué gana con eso Tavolara, vamos a ver?

—En el pedido de captura no figura Tavolara...

—¿Y qué v'a figurar, si él no es naides?... ¡Si es apenas un miserable zanahoria!... El que ha e pedir la catura ha e ser un tal Natalín... un gringuito colchonero, bajito y medio cecioso... qu'es el dueño e la comparsa de que yo me deserté...

—¡Ah!... Es por asunto e comparsas...

—¿Y si no?... De qué otra cosa v'a ser, siendo, como es, Carnaval... Yo'estaba los otros días en el caf'é doñ'Anita, cuando dentró Tavolara pa proponerme un negocio... Mirá, Rodríguez, me dijo... porque lo qu'es de Catanga no me trata ni mamao... tengo encargue de buscar, pa que haga yunta conmigo, un mozo, así, de tu altor... Es pa formar un camello, ¿sabés?... en esa comparsa e fieras que saca todos los años don Natalio Pestagali... ¡Claro'!... Le rechacé la propuesta casi sin esaminarla, dijera el manco Centeno... pero él siguió machacando... ¡No se puede figurar lo qu'es el tal Tavolara de terco y de tesonero!... Mirá, hermano... no sabés lo que perdés, me decía... Natalín es generoso y si hacemos buena yunta pa formar el animal, nos v'a largar vainte pesos... sin contar las convidadas... Y, fijate... Vamos a poder dentrar hasta en el *al* de *La Prensa*.

—¡Ah! ¡Ah!... ¿Vos eras, entonces, uno d'esos animales qu'iban llevaos por un persa?...

—No... Yo no era un animal entero sino apenas la mitá y la otra era Tavolara, que formaba cuestión... porque como yo soy más alto, tenía que caminar con el pescuezo encogido y cuando no

perdía el paso, me olvidaba de un meneo pa la cola, la cabeza y las patas delanteras... D'eso nació la que me habían recomendado y ya sentía los bufidos que pegaba Tavolara y el palo de Natalín que me marcaba el compás, golpiandomé las canillas... Redepente me paré y no quise seguir más y ya se armó el batifondo... Tavolara, en la vedera, formaba un medio camello que parecía sentao y qu'estirara el pescuezo pa verse l'anca vacía, hablando con Natalín, desde abajo e l'armazón, mientras la gente se raia y aplaudía hasta rajarse... ¡Aquello era una comedia!... Al fin cay'un conocido y con él me reemplazaron, pero no s'hizo la cosa por causa e los pantalones, qu'eran d'esos de vidriero... hechos de género azul y con corte de bombacha... ¡Claro!... Les resultaba un camello qu'era una barbaridá... A ver,—dijo Natalín,—dele a éste los pantalones!... ¿Yo?...—le contesé secamente pa aguantar mejor la risa...—¡cómo no!... Aurita me v'y a quedar con las canillas al aire nada menos qu'en el corso... Me ofrecieron cinco pesos y allí no más sobre el pucho, se los rechacé indinao, declarando francamente que si no me daban diez yo no largaba la prenda... La gran perra... ¡qué alegamos!... Pero el gringo no largaba... Al fin cay'un vigilante y yo me les deserté e miedo que me agarrasen pa'cerme algun'echuría sin pagarme ni un centavo...

—¡Bueno!... ¿Y cómo siguió el camello?

—¿Y yo como v'y'asaber?... ¡S'iría de patas azules y tranquiando despacito, como quería Tavolara pa lucir su habilidá!...

LA YUNTA DE LA CUCHILLA

A medida que el galope de mi caballo me acercaba al rancho que ocupaba la comisaría, desmantelado y miserable a pesar de su carácter oficial, mis pensamientos se modificaban.

—¡Malo!... ¡Malo! Rancho en que no se ve ni un arbolito y donde los postes del guarda-patio y del paleuque los han rajado en pie para quemarlos, no puede ser cosa buena... Mejor sería quizás que pregunte por alguna pulpería del pago y me vaya a alojar en ella... Aquel tape barrigón que está debajo del corredor chupando su mate y mirando como le rasquetean el caballo, ha de ser el comisario...

—Buenos días le dé Dios, señor...

—¡Buenos!... Apéese si gusta, amigo...

—Mil gracias, señor... Vengo únicamente para preguntarle si no hay por aquí alguna pulpería donde poder hacer noche...

—¡Cómo no!... ¡Che!... ¿Rodríguez?—exclamó dirigiéndose el que rasqueteaba el caballo, que con su atuce en redondo, su cola al garrón y sus uñas recortadas con coquetería, estaba indicando a las claras que era parejero de comisario, o lo que es lo mismo, pingo que no perdía carrera a no ser que al dueño afortunado le conviniese.—No t'he dicho que no me lo rasquetiés así ¡con mil demonios! ¿o tenés ganas de dir a parar al cepo?... ¡Avisá si te anda pidiendo el lomo!... ¡Sí, señor!... Allisito en aquella cuchilla, hay una pulpería de unos gringos... pero es una yunta de desconfiarle... Ya se ha'blao de pasajeros desaparecidos y son cuatrerísimos y como zorros pa las gallinas ajenas... ¡Así también v'a ser la cepiada si yo los agarro en una!... ¡Che... Rodríguez!... ¿Cuál de los dos gringos de la pulpería es el que dicen que se comió una familia en Italia?

—¡Parece que fué el grandote... comisario!... Del otro, del peticito, tamién se dice qu'está condenao a muerte... pero nosotros no tenemos requisitoria de ninguno...

—¿No ve, señor? Es'es el escribient'e' la comisaría y conoce el pago mejor que yo, que recién he dentrao a este servicio... ¡Che! ¿Rodríguez?... Ese caballo está entumido, me parece... ¿A ver?... ¡Hacelo andar!... Afloja una pata, che... ¿o es ilusión mía?... ¡Ah! ¡No es nada!... ¡P'cha que le tengo miedo a un calambr'en esta carrera!... ¡Che!... ¿Rodríguez?... ¿Querés un mate?

—¿Y podré encontrar alojamiento en la pulpería... señor?

—¡Che!... ¿Rodríguez?... Este señor pregunta si podr'hallar alojamiento en la pulpería... ¿Que te parece?

—¡Cómo no!... Los gringos saben tener catres pero están hirviendo en chinches... Que haga que le tiendan cama en la carretilla e manos... En cuanto les pida eso, ya van a ver que v'alecionao y conociendo la casa u que, por lo menos, yo sé que allí pernotó...

Las noticias no eran halagadoras y al despedirme del comisario y de su adlátere y seguir al trote por la sendita que cruzaba el cardal naciente, iba pensando en la espeluznante biografía de la yunta. No me asustaba por cierto, el dato relativo a las gallinas ajenas, que me imaginaba asadas con maestría campesina, pero sí lo otro y procedí como me habían indicado.

—No tengá miedo, siñor, de las chinchas... Sun macana d'esu Rodrique del comesario... que ne debe tante cope e ne hace la purquería...

Y la verdad es que el italiano—que era el grandote, pues el peticito parece que se había ido al pueblo—se esforzó en instalarme con comodidad

y en distraerme, conversando, hasta que vino un cliente de la pulpería con quien se puso a departir junto al mostrador, mientras yo, que había cenado bien, me estiraba en el catre tratando de dormirme, a la luz amarillenta del quinqué, que alumbraba escasamente el testero de la pieza correspondiente al boliche, dejando en la penumbra la parte trasera, dormitorio de la yunta y de los huéspedes, cuando los había.

Parece que el visitante era un viejo conocido que iba de paso y no había querido cruzar sin saludar a la yunta:

—Allá, en el pago viejo, los estrañaban mucho los vecinos pues los estancieros no hallaban comodidad con los nuevos pulperos y no se explicaban por qué abandonaron ellos el negocio...

—¿Ma... qué queré, dun Casintu?... Tovimo que andar via... per sunsería de la vita... ¿sabé?... Me sociu Pepin, le dió la garanzia a so compadre l'arcarde García... ¡e le vino mal la cosa!...

—¡Ah!... ¡Ah!... ¡Sí!... Se dijo en el pago... pero añadieron que usté iba a seguir solo con el negocio.

—¿Solu?... ¡Ma esu sun macane!... Me sociu liquidó so parte e pagó, e dopo me dico que s'iba a changar de pion pa deschalar maiz... ¡Merá un poco eso pion!... On hombre como él, que no e porque sea me sociu, pero que é coracudo come on toro... Yo le dique antonce... ¿Ma qué v'a'cer... hombre? Decasé de macana cun la deschalada de maiz... e vaya drintro a'rreglar la botillas... Osté sabe que Pepín e propio un animale, perdonando la cumparación... Me dico que se ne iba e yo le dique que antonce yo le rompiba arguno güeso, pa que se ne acordara dil socio vequiu... ¡Afigoresé se n'andarse así!...

—¿Y se quedó de socio no más?

—¿E sinó?... Hemo'stau sociu cuande no tenibamo ne un chentavo e allora que yo tengu argún se ne ibumo a separar?... Yo le rompo un güeso se me hace esa purquería... ¡Porque era propio ina purquería!...

—¿Y por qué no se quedaron allá.. no más?

—¡Ma... osté se alica! Pepín iba a sofrir on pocu con la pregunta curiosa de lo conocidos... e ne hemo venido aquí.

.. ..

tas y a las grullas y a los pesados ocós que dormitaban a orillas de los juncales, esperando el paso de las mojarras, inquietas y perspicaces...

—¡Mire que tendrá cuentos el bañado, don Pascasio!... Si yo pudiese, me quedaba un tiempo... ¡Ha de ser divertido estudiar las costumbres de tanto pájaro y de tanto bicharraco como hay!...

—No crea que son muchas las clases... Pronto las conocería a todas y después le sucedería lo que a mí, que no distingo los pájaros ni los bichos sino cuando tengo que comerlos... ¡y eso por el olor y la necesidad, porque como decimos aquí "pa bo-c'hambrienta no hay carn'hedionda!"

—Mire cómo hierven los patos en aquel charco... Fíjese qué colores más lindos... ¡Si parecen bruñidos los cuerpitos y hechos con mosaicos de rubíes, de esmeralda y de brillantes!

—Esos no son patos sino gallinetas... como quien dijera las perdices del bañado... Comen lombrices y por eso hay algunos que no las quieren aunque sean riquísimas... ¡Vea!... No admiten en su sociedad sino a los cucharones que con sus picos chatos les revuelven el barro del fondo y les descubren la comida... Se dice que son compadres, pero que no se tutean para no darse confianza y tener después que pelearse... La gallineta es ligerísima para comer, pero no abusa de la lentitud de su amigo y le da lugar y tiempo...

—¡Qué precioso aquel charquito de la derecha!... Mire... Parece esmaltado.

—Ese no es un charquito sino un charco muy hondo... Si fuese playo, no andarían en él los cisnes y los patos picazos, que revuelven las aguas profundas persiguiendo los pescaditos... Estos vienen en cardumen a guarecerse, asustados, entre las malezas de la orilla y por eso están en ella las garzas blancas y los flamencos rosados esperándo-

los acentos. Todos esos canilludos son haraganes y se aprovechan del barullo que arman en el agua los grandes nadadores o de los ruidosos zambullones de los carpinchos y de las nutrias... En el bañado, amigo, es como en tierra firme... ¡El vivo vive del sonso y el sonso de su trabajo!

Y don Pascasio mirando a lo lejos y señalándome un punto lejano, prosiguió:

—Mire, allá, junto a aquel sauce quebrado que está como cayéndose al agua... ¿No lo ve cubierto por una bandada de biguáes, que son las aves negras del aguazal?... Obsérvelos... Saltan, zambullen, dan volidos cortitos y vuelven a su puesto a sacudir sus plumas, que parecen de azabache y a tragarse cualquier animalejo que haya robado su pico. Fíjese bien y verá, casi entre ellos, pero discretamente apartada... una garza-mora que se tiene sobre una pata, quizás para no cansar las dos, mirando el agua con ojos de codicia...

Según un cuento de aquí, la garza-mora era una viuda muy rica cuya confianza ganó al dandy de los bañados, el Martín-pescador, mozo pobre y haragán, fastuoso en el vestir y cargado de alhajas falsas como un buen jugador sonso, quien inició la testamentaría, repartiendo cargos y comisiones entre sus parientes los biguáes... ¡Claro! Muy pronto desaparecieron los tesoros y la viuda se vió obligada a pleitear con su apoderado, que es un maestro en la chicana.

El juez es el tuyuyú, personaje grave y sesudo que dicta buenas sentencias, pero que no tiene a sus órdenes ni un miserable gendarme que lleve las citaciones... Y ahí la tiene usted a la viuda, persiguiendo en los bañados a todos sus defraudadores para entregarles las cédulas... Todas las mañanas viene la garza a buscarlos y sale con las bandadas con rumbo hacia las cuchillas donde vive el tuyuyú, pero cuando pica el sol, los biguáes se

asientan en las lagunas y no quieren seguir viaje a pretexto de que el calor los enferma. La garza desconfiada, se queda entre ellos y observa el malezal con atención para ver si en las corrientes ve pasar los rubíes y los brillantes que formaban su tesoro aunque en realidad espere los animalejos que los biguáes desprecian... porque no pueden con ellos. No tiene ni amigos en el bañado: ¡ellos son ellos y nada más!... Si formasen gobierno, alguna vez serían los representantes del más completo nepotismo... Se visten igualitos, no conversan sino unos con otros ni se les ve reunirse con nadie que no sea de su familia... Son envidiosos, egoístas y rapaces hasta darles con un palo y de ellos no se saca sino perjuicio... La carne es hedionda como la pluma y no se alimentan sino de bichos inofensivos, porque son flojísimos y no se le animan a la sabandija!

—¿Y el Martín-pescador?

—Adonde anda la garza-mora no se le ve a ese canalla... Ella recorre los ribazos que alumbra el sol, porque a ellos concurren las lombrices y las víboras de que se alimenta y que los biguáes desprecian y él vive entre las malezas sombrías o entre el ramaje tupido de las arboledas costaneras, buscando las plateadas mojarritas que vienen curiosas a contemplar las pedrerías de su ropaje reflejado en el cristal de las corrientes.

DE RAZA

Había concluído el ligero aseo de mi persona que permitían las comodidades de la fonda y me disponía a darle un vistazo a mi caballo, largado en lo que llaman "el potrero" los dueños de la casa y que era un pequeño corral de alambre, en el cual

los animales debían encontrar su comida, pero que no la encontraban sino condicionalmente, cuando golpeó alguien la puerta entrecerrada del cuarto que ocupaba.

Era el patrón, que venía cargado con una pila de guascas y cojinillos y con una maleta de lienzo, por entre cuya abertura se veían los cantos rojizos de varios quesos, curados con pimentón:

—¡Es que viene otro güespe, señor!...

—¿Por qué no le pone en otra pieza, che?... Yo tengo mal dormir... y con ese olor a queso va a ser tremendo...

—¡Si no hay más cuarto qu'este, señor!... Por eso'stán las camas...

Interrumpió nuestro diálogo la llegada del tal huésped, que venía jadeante. Ni saludó por mirar los efectos que el patrón había descargado en medio de la pieza y cuyo inventario hizo rápidamente con una sola mirada:

—¡Están todos!... ¡Ah!... ¡No!... Me faltan el sobrepuesto de cuero de gato y el cinchón... ¡Ah!... ¡No!... ¡También están!... ¿Y los quesos?... ¡Son ocho!... ¡Ah!... ¡Sí!... ¡No se ha estropeado ninguno?... ¡Bueno!... ¡Perfectamente!... Hay uno que viene bufando, pero todavía está entero...

A esta altura de sus investigaciones recién notó mi presencia, pues me hizo una especie de mueca y movió la cabeza.

—¡Vea... fondero!... ¿Es seguro el cuarto?... Mire que traigo buenas pilchas, que no son mías y además esos quesos... Ya ve que el asunto es serio...

Comprendí que mi catadura no le inspiraba confianza y que me tomaba por hombre capaz de hacerle un tirito...

—¡Puede cerrar la puerta si gusta, señor! Yo no

tengo nada que hacer en el cuarto sino a la hora de dormir...

—¡Ah!... ¡Bueno!... Así estaré tranquilo... Mil gracias, señor... Yo soy don Aurelio — quizás me conozca de nombre — el nuevo maestro nombrado para la escuela cinco... Me he formado con Canete en el distrito tres y soy de los que ya se van aburriendo, amigo, con estas cosas... ¡Che... fondero!... Tenga cuidado con mi caballo, ¿eh?... Mire que si me quedo a pie el responsable es usted... ¿no?

Y encarándose conmigo y tomándome familiarmente por un botón del saco, como para asegurarme, prosiguió:

—No crea que la recomendación es infundada... En estos fondines de campo, dejan escapar los caballos para obligarlo a uno a quedarse dos o tres días de huésped, hasta que se procura otro... La mejor manera que hay para defenderse, es decir, que uno no tiene plata para pagar la pensión. Entonces se apresuran a sacarlo del atolladero estos vampiros...

El hombre era locuaz y pronto me mostró todo su bagaje, formado por palabras sin sentido positivo y por ideas ajenas, recogidas en el correr de la vida, ya sea en los comentarios de pequeños círculos como en las columnas de los diarios, cajones de turco en que encuentran baratijas lucientes, para adornarse a poco costo todos los perezosos petulantes que gustan de las galas del pensamiento, pero que no quieren trabajar para obtenerlas, contentándose con los facsímiles de ellas. Se quejó del estado financiero del país y me dijo que si él fuera ministro de hacienda ya vería yo lo que era prosperidad:

—¡Pero no lo seré nunca, compañero!... Roca no busca sus ministros entre los hombres como yo,

sino entre sus paniaguados... ¡Y es justo!... Un suertudo como él, que no sabe nada de nada, les teme a las personas ilustradas... Se siente chiquito ante un libro, aunque sea una anagnosia...¡Vea!... Aquí, entre nosotros, no más, suceden cosas que lo pintan... Tenemos un auxiliar de la subinspección escolar a un tipo picado de viruelas, ñato, peticito... que es de los que dicen setiembre por septiembre... ¿Y sabe por qué lo nombraron?... Porque le escribió una carta llamándole ¡Conquistador del Desierto!... Y del maestro de la escuela rural del segundo distrito ¿qué le diré?... Bástele este dato... Ha sido guitarrero y es hijo de un francés boticario...

Estirado en mi catre, poco a poco me iba adormeciendo, mecido por la voz monótona de mi interlocutor que parecía un arrorró...

—Perdone, amigo... pero tengo que madrugar y voy a ver si me duermo...

—¡Hombre!... feliz de usted que tiene sueño... Yo soy tremendo para pescarlo... Dígame, ¿le incomoda dormir con luz?... Le pregunto, porque yo, en lo obscuro, no pego los ojos ni a garrote... Cada ruidito que siento me pone nervioso y despierta mi curiosidad... Me pongo a rezar... ¡y nada!... ¡No viene!... Me pongo a contar a media voz... ¡y nada!... ¡Tampoco viene! ¡Es una deseperación!... ¿Sabe lo que me suele dar sueño a veces?... ¡La conversación!... ¡Cuando tengo la suerte de toparme con algún solista suelo ser dichoso!...

No le contesté y me quedé inmóvil. El hombre se revolvió en la cama, y luego que vió la inutilidad de sus esfuerzos para tener un oyente, sentí que empezaba a murmurar un padre nuestro, que repitió hasta que me dormí.

De repente oí entre sueños una voz que clamaba:

—¡Amigo!... ¡Eh, amigo!... ¡La gran perra con el ronquidito embromador que había tenido!... ¡Amigo!...

—¿Qué hay?...

—¡Nada!... Es que usted es tremendo cuando duerme... ¿Crée que he podido pegar los ojos?... ¡Voy a contar!... Quizás logre algo si usted me da tiempo y suspende un poco el soplidito...¿Sabe que si no es asmático le pasa raspando?... ¿O duerme con la boca abierta?

Sentí que el hombre decía a media voz...¡uno!... ¡dos... ¡tres!... acompasadamente.

Lo seguí hasta que dijo "treinta", y de ahí para adelante no sé lo que sucedió, pero el hombre debe haberse entregado a excesos terribles a fin de despertarme, porque en algunos momentos llegaron a mis oídos ruidos diversos y hasta una alegación con el fondero, quien desde la pieza vecina reprochó a mi compañero su imprudencia, recibiendo de éste una andanada de insultos y maldiciones...

A la madrugada abrí mis ojos y lo primero que oyeron mis oídos fué la voz del nuevo maestro de la escuela cinco, que agotaba la aritmética, poniéndola de carnada para su sueño rebelde.

—¡Setenta y tres mil novecientos noventa y cuatro!... ¡Setenta y tres mil novecientos noventa y cinco!...

—¡Buenos días, amigo!... ¿Qué tal la noche?

—¡Como la mona, amigo!... En mi vida he pasado otra igual!... ¡Qué desvelo bárbaro!... Decididamente la conversación es para mí como un veneno...

—Tal vez se marea...

—No sé, amigo... pero en adelante no admito cuarto con gente... Preferiré quedarme en el patio... ¡La gran perra... con los roncadores!... Si yo fuera gobierno los condenaba a la muerte o

les ponía una campanilla que no la pudieran dejar ni para comer...

—Los roncadores y los solistas, debían nacer con un cascabelito como las víboras venenosas...

Se quedó callado un momento y luego, incorporándose para comenzar a vestirse, me dijo confidencialmente:

—El mundo, che, iba a parecer una pandereta y a ser más aburrido que baile entre la familia... ¡Mire!... Es mejor que las cosas sigan como están no más, pues si el no dormir es feo, el no hablar será peor. Se lo afirma uno que entiende el asunto!...

PATRIOTISMO... Y CALDO GORDO

—¡Mirá, hermano... yo sé lo que te digo!... Si la historia y el patriotismo, manejaos con cierta malicia, no te pueden abrir cancha, es porqu'estas destinao a vivir de tu trabajo... ¡Pero es bueno que tentés!... La historia...

—Como para historia'ndo yo... que de pobre me voy quedando hasta miope.

—Pior andaba Taquito... ¿te acordás?... ¡Bueno!... Y ya lo ves áura... ¡Juntó platita para casarse, se da corte hasta con Roca y es hombre que ha'segurao su pucherito y su catre!... ¡Mirá! P'hacer vivir a las gentes no vas a'llar protector que lo iguale a San Martín... ¡Esa es muñeca, che!... Si aprendés a manejar la vida e nuestros guerreros, reit'e todos los jueces con sus listas de remates y nombramiento de oficios... ¡No hay caldo más sustancioso que el que toman los patriotas!

—Sí, che... pero hay que tener coraje... ¿sabés?... y cierto barniz de loco...

—¡Gran cosa el barniz!... Lo que hay que tener es ganas y sentir necesidá...

—La perra con el Taquito que habi'entendido la biblia... ¿Quién ib'a crer, viendoló en la facultá, que llegase a pesonaje y se codiara algún día con Carranza y con Mantilla, con Biedma y Leguizamón?...

—¡Esos son los pichoncitos!... ¡Pensá en los otros más grandes!... Mirá. Cuando hizo el descubrimiento de aquella hija natural del trompa de San Martín, recién estaba estudiando y sin embargo se hizo de relación con López y don Bartolo, terciando una polémica entre Groussac y Zeballos... ¡Ya lo ves!... ¿Qué no podrías ser vos, que al fin sos tod'un dotor, si te metieras en una?...

—Yo, hermano, no tengo cuero pa semejantes correas...

—Porque sos sonso y te da por lo romántico, cosa que Taquito no tenía... ¡Fijate!... Una mañana me lo hallo en plena calle Florida y lo convidó a'lmorzar... Estaba contentísimo. Hasta llegó a interesarse por mis trabajos d'estancia... Nos sentamos y como era natural yo'y le paso el menú... ¡Pucha qué cambio, che!... No bien l'ech'una mirada, se paró temblando e rabia y me gritó como loco... A ver, che, vamonós d'este fondin!... ¡Esto es un crimen!... ¡Es un delito!... Al gringo qu'es dueño de este tugurio, deberían secarlo en la cárcel por bandido y facineroso! ¡Claro!... A los gritos, corrió el dueño de la casa y todos los concurrentes, y él, saltando sobre una mesa, pidió a los argentinos que s'encontrasen presentes que abandonasen la sala... No se puede comer, decía, en la casa de un canalla, que ha tenido el atrevimiento de poner entre los platos del día nada menos que bacalao a la española, siendo el aniversario del sorteo de Matucana, en que los más preclaros patriotas, pagaron con su vida su amor a la libertá!... ¡Qué cosa bárbara,

che!... ¡Claro!.. Fuimos a dar a la comisaría... ¡Per'hubieras visto los diarios a la mañana siguiente!... Taquito fué casi un héroe y el gobierno le tuvo que dar un puesto pa medio desagraviarlo y apaciguar la opinión...

—¡Bueno! ¡Perfectamente!... Yo lo comprendo todo... pero cuand'uno no puede hermano... ¡no puede y no hay que hacerle!

—¡Hay que poder no más!... Taquito es consecuente con sus locuras y es lógico con su conducta... ¡por eso ha subido!... Un día, lo hallo parao en la calle, grave y serio como debe ser todo hombre que sabe qu'es importante y lo convidé a seguir... "No puedo, hermano... Estoy esperand'un tranway... ¡el único d'esta línea en qu'es mayoral un criollo!... No hay nada que me reviente como pagarle a un gallego para poder circular en las calles de mi patria... ¡d'esta patria, agregó con voz de trueno, qu'es cuna de tanto prócer!" ¡Ya ves!... Cualquiera crería que Taquito ib'a dar al manicomio y ha ido a dar al congreso y es caudillo y hombre de porvenir... Será ministro en el extranjero, senador y si me apurás mucho hasta president'e la república... Con la historia y el patriotismo, che, se lleg'a todo en esta tierra...

—Si yo soy un convencido, hermano... pero le temo al ridículo... ¿Soy sonso, me dirás?... ¡Y bueno!... Yo lo sé, pero con eso no me voy a remediar y es por lo que t'he pedido que me recomendés a tu primo... ¡Los jueces pueden hacer mucho por los sonsos, cuando quieren!...

—Pucha que sos pavo... ¡En fin!... No hay pior sordo qu'el que no quier'escuchar...

—Decime... ¿Y vos sabés por qué se mudó Taquito de la casa e la suegra, produciend'un bochinche de familia?... ¡Fué porque la señora permitió que visitas'en la casa un catamarqueñito que

se llamaba Goyeneche!... No podía oir el nombre, según decía, sin recordar Vilcapujio y los versos del himno nacional: "¡Y cual lloran bañados en sangre, Potosí, Cochabamba y La Paz!..."

—¿Qué loco lindo, no?... Yo, a la verdad, me alegro de que le vaya bien y lo sigo con placer, aunque se'a la distancia... Vez pasada la fuí a ver a la hermana, con quien tengo relación y aten-d'este dialoguito que lo pinta de mano máistra:

—¿Y Taquito?... ¿Dónde vive?... ¡Hace mucho que no lo veo!

—Vive aquí... Ocupa la planta baja...

—¡Mirá... qué suerte para usted!...

—¡Cómo no!... Sin embargo, ahor'andamos medio mal, por causa e mi chiquilina qu'está'prendiendo el piano...

—¡Ah!... ¿Lo molesta en sus estudios?...

—¡No! Es que la otra mañana vino el máistro y l'empezó a enseñar la introdución del himno nacional, qu'es tan bonita... En eso estábamos, cuando de repente l'oigo que gritaba de abajo... ¡Che!... ¿Querés decirle a la chiquilina que se deje d'embromar?... ¿Vos no sabés que yo n'oigo nunca el himno aplastao en una silla? ¡Desde hace dos horas me tiene de pie!

—¡Si no es nada, che, le contesté, es la niña qu'está con el máistro!... ¡Más bien no me hubiera oido!... ¡Vino a casa y lo puso al pobre don Domingo pior que si fuese un trapo e cocina, diciendo qu'era una indignidad andar manoseando la música de la patria y enseñando al pueblo a no tenerle respeto y que lo debían quemar por hereje y mal entretenido!

—¡Bueno, che... todo eso te prueba qu'es un desequilibrao!

—¿Y qué ganás vos ni yo con el equilibrio que tenemos?... ¿Vamos a ver?... ¿De qué nos sir-

ve?... Él, con sus locuras, vive y engorda, y nosotros con nuestro juicio nos morimos de hambre... ¡Mirá, hermano... convencete!... ¡La gent'e juicio va siendo la cola'el mundo y hay que castigar pa ponerse a la cabeza, si es que se quiere andar limpio!...

DIVORÇONS... EN CRIOLLO

—¡Claro!... ¡Pa vos es de lo más sencillo que agarremos cada una pa nuestro lao, porque no pasás de ser una mujer inorante, que ni sabés valorar el marido que tenés, cuantimás guardarle las consideraciones y los respetos debidos!... Convencete, che... sos de lo más ordinario...

—¡Tan fino que sos vos... que no respetás ni el kerosene de la lámpara!...

—¡Tu madre... usab'alpargatas pa curarse de las muelas!... ¡La gran perra... con el destino que tienen algunos hombres...! ¡Cada que pienso que yo he sido medio pueta y que si no llegué a nada fué por haberte querido... me dan unos ímpetos y una rabia...! ¡P'cha qu'he sido animal...! Bien me lo sabía decir la madre de mi padrino... ¡Disparale al conventillo Manolo y vivirás en palacio!... ¡Y en lugar de dispararle m'encajé hasta las orejas...!

—¡Mejor sería que trabajaras a'nque fuera de changador... en vez de pasarte el día cargando monas al hombro, sin que te paguen un cobre!... Debías de tener vergüenza y dejarte de puesías...

—¡Callate... besti'e carga!... ¿Qu'entendés vos de la vida ni de los goces del mundo...? Vos sos feliz teniendo un pedazo e carne y dos hojas de repollo... ¿No ve, aura... no más? ¿No me atropellás, furiosa porque no he venido anoche y

en lugar de preguntarme, como mujer cariñosa, si h'estao ocupao en algo, me amenazás a una limpia, queriendo echarme del cuarto diciendo qu'estoy mamao...? ¿Cres qu'eso será cariño?... ¡Lé los diarios, che... instruite un poco y tratá de ser más fina, siquiera pa diferenciar...!

—¡Es claro...! ¿Y por qué no me aconsejás de que me siente en el piano y abandone los planchaos...?

—¡No seas macaniadora, che... hacem'el favor y seguí, a'nque sea de lejos el movimiento social pa que no te sorprendan los sucesos y te lleven por delante...! Dejá de ser planchadora ni a'nque sea por diez minutos y sé un poco mujer... ¿sabés?... Eso es lo que buscamos nosotros, como dic'el diputá'Olivera... ¿ves?... que las mujeres sean menos animales de trabajo y apriendan a no desperdiciar la felicidá... P'cha si l'hubieses escuchao como yo lo escuché anoche, hablandonós del divorcio y pidiendonós ayuda pa'cer triunfar sus principios...

—¿Ustedes...? ¡Bueno...! Solamente a un extranjero se le puede perdonar que s'equivoque tan feo...

—¿Extranjero...? ¡Si es más criollo qu'el chiripá, y usa unos lentes gruesísimos y pantalones finitos...! Y qué pico el que tiene, che, y qué cáidas las que les hizo a las criollas, que no saben sino trabajar y llenarse de familia, olvidando que sus maridos son también hijos de Dios y que si no les atienden ha de llegar un momento en que se cansen de ellas y se salgan a la calle en busca de una puesia que no encuentran en su casa... ¿Sabés cuáles son los encimgos de los pobres y de los trabajadores...? ¡La vulgaridá aplastadora de las mujeres que no piensan sino en enllenarse el buche y enllenar el de sus hijos...! Hay que tener

puesia ¿sabés?... idiales grandes y ler much'historia, pa saber lo que hacían los romanos, que fueron los dueños del mundo cuando toavía no se conocían los ingleses... ¡Esa era gente, che!... Todo el día no la veias sino pasiando en las calles, tomando el sol en las plazas, pintando, haciendo versos y discursos o sin'ocupando sus horas en banquetes y comilonas que no se acababan nunca!... Se compriende que las mujeres de semejantes maridos no anduviesen com'ustedes prendiendo velas a los santos pa salir de un atolladero...

—Claro!... ¡Ellas harían como vos... que salís de los pantanos prendiendolé a la giñebra... si encontrás quien te la pague... anque sea una planchadora, como lo es tu mujer...!

—No, che, vos lo crerás si querés y sino no lo crerás, pero aquí donde me ves soy una de las columnas que sostendrán el divorcio... Tenemos que reacionar y a'nque no vamos ganando ni un centavo en la parada, es preciso no'lvidarse que no todo ha de ser pan...

—¡Claro!... ¡También ha de haber galleta y esa no te v'a faltar!

¡CUATRERISMO VIVITO!

—Pero si hasta parec'increíble, che, que un hombre como vos, joven, rico, ilustrao, que ha viajao por toda Europa y que se tiene por miembro de l'alta vida porteña, pueda ser tan lleno e preocupaciones y de sonseras... T'estoy mirando y t'encuentro igualito a mi tía Segunda, que cuando te quiere ponderar la distinción de alguna persona, te dice, frunciendo la boca y abriendo los ojos "habl'en francés, che, como si fues'en castilla..." Esas ideas, hijito, eran como pa tu abuelo y a vos

te quedan en el tiempo de aura como te quedarian los calzones de alzapón o la galera peluda.

—¿Pero, qu'es lo que querés, entónces?... Que yo piense como la cocinera o como los piones de l'estancia...? ¡Pues no me faltaban más!... Y después, che, no te olvidés, que por algo tengo un título de abogado y que yo no puedo considerar las cuestiones, así, pedestremente, como vos las considerás... Ustedes aquí... y al decir ustedes me refiero a todos los como vos ¿sabés? que son un'especi'e gauchos de levita, que no respetan nada y para quienes la vida intelectual es como la pampa de antes, cuando no había alambraos, que se podí'atravesar por donde quiera, teniendo caballos y asentaderas... ¡No tienen idea de las responsabilidades, ni se dan cuenta de lo que son las bases fundamentales de la sociedá y atropellan no más a ojos cerraos...! ¡Al pensamiento no le reconocen más límite que la fuerz'e la lengua y le pegan al razonamiento en criollo como sus antecesores le pegaban al parejero en las boleadas de avestruces... hasta reventarlo!... ¿Vamos a ver...? Quienes son los congresales de aura pa corregirle la plana nada menos que a Vélez Sársfield, que cuando les dió a las mujeres los derechos que les dió, lo hizo para que fuesen socialmente lo que son los árboles que el ingeniero Luiggi plant'aura en los médanos de Patagonia... una especie de reparo pa evitar que los vientos se lleven otro lao las arenas que nos trajeron de todas partes del mundo.

—Mirá, hermano... dejá la sociología y vamos a lo qu'es razón... Aquí no estamos en Francia, ni en Inglaterra, ni en los Estados Unidos... ¿sabés?... sino en Buenos Aires, y entonces no tenemos pa qué pensar en francés ni en yanqui, sino en criollo viejo... d'ese que al pan le llama pan y al vino, vino.

—¡Qué le v'a llamar, che... si es pura falsificación y cuatrerismo vivito...! ¡Se cuatrea en moral, en ilustración, en finanzas, en ideas... en el diablo!... ¡Se vive carniando ajeno y maquinando recursos pa desfigurar las marcas y poder vender los cueros! ¡Mirá! Fijate, no más, en lo que pas'en el tiatro con las damas distinguidas del alto mundo social y te convencerás de que todo es faramalla... No van a sus localidades de la Opera cuando "Iris" sube a escena, porque se ha dado en decir qu'es una obra zafada... pero van a la cazuela...

—¡Che...! ¡Aura que hablás de tiatro... sabés lo que le ha pasao al dandy doctor Pitanga...? ¡Hermanito...! ¡Si es una cosa divina!... Habiendo leido a "Afrodita", que recién llegó a sus manos cuando Berutti la puso en música, le pareció distinguidísimo aquel bel'o Demetrios, conquistador de todas las mujeres de su tiempo, como se cre que lo es él con su fach'e tenedor para comer caracoles, y para imitarlo a conciencia llamó su barbero y se hizo dar un'afeitada de la que sólo escaparon, y eso por casualidá, la melena opulenta y el bigote aventurero... A los dos días estaba con una fiebre que volaba, che, y han tenido que acostarlo y envolverlo en algodones...

—¡Claro...! Pitanga es otro que tal, como los cuatreros del congreso y del ejército y de la politica; solamente que él, inocente y petul'ante, lo es de la historia griega y nos llama l'atención porque rebalsa la medida y es un sonso que anda guacho... pero ya verás de aquí a unos días, cuando se junte con los Bismarck y con los Edison y los Spencer, como hasta vos lo aplaudís y t'encrespás indignao si me sentís un chiflido.

—¡Bueno, che, perfectamente...! Convengo en que tengás razón, ¿pero serás capaz de decirme

qu'en Europa las cosas son de otro modo...? ¿Y qué gauchos hay allí, pa que hayan enseñao a cuatrerear a todos los habitantes?

—¡No creás lo que te cuentan, hermano...! Las gentes allí tienen conciencia y respetan de verdad todo lo qu'es respetable... ¿Te cres que vas a encontrar hombres de tu condición o de tu clase social, que sean lo que sos vos... un'especie de anarquista... en ideas, porque lo qu'es con los pesos más fe le tengo al mastuerzo...!

—¡Esto sí qu'es lindo, che!... ¡yo creía y así se lo dije a éste, que t'iba a encontrar dispuesto pa cáirle a la Europa entera, porque llegastes a ella y ni siquiera mosquió...!

—¿Y vos cres que mosquió más al verlo llegar a Roca, o al alegre Pellegrini...? ¡Mirá!... Allí la gente de aquí no sirve sino para dar propina y para comprar remedios y vestidos de señora... baratitos, pero que parezcan caros.

ENTRE YO Y MI PERRO

Con la primera luz de aquella espléndida mañana de primavera y con el primer mate que me alcanzaba a la cama la vieja sirvienta calabresa, que sabía cebarlo como poquísimas criollas, teniendo la tradición de los grandes maestros en arte tan difícil en realidad como simple en apariencia, llegó a mis oídos la noticia desagradable.

—¡Siñore...! Lu pochocho s'isscapó... S'antretenib'a la porta e se n'andó.

—No importa, le repliqué con fingida seguridad. Estamos en primavera ¿sabe?... y al pobre perrito se lo habrán arrastrado sus instintos perversos, Dios sabe adonde... Ya volverá...

—Ma no te olvidés, padrono, de li asasin monichipali... Prendono i perriti a la matina, e duc ore dopo ne ti resta ne la memoria...!

—¡No...! Ahora ha de volver...

Y a pesar de mi seguridad, una extraña desazón se apoderó de mí, obligándome a salir de la cama y llevándome hasta el balcón, ansioso de inquirir algún dato tranquilizador. Pasaban por mi mente, en confuso tropel, ideas terroríficas y cuentos de perritos desaparecidos sin remedio, máxime cuando los protagonistas, como el mío, eran deudores morosos de la municipalidad por el impuesto de patentes y estaban expuestos por ello a una ejecución perentoria como defraudadores del fisco. Miré a lo largo de la calle, escruté la vecindad, aparentemente tranquilo, y no encontré ni sombras de una huella. Seguramente iría ya camino del depósito de perros vagabundos o de la grasería en que dejan su beneficio a la humanidad de su tiempo, ya en forma de manteca o de botas, carteras o cinturones, aquel cuya existencia me preocupaba.

De repente se abrió la puerta del conventillo frontero y salió pacíficamente a la vereda el viejo perro sarnoso del remendón que me atormentaba diariamente con su incesante martilleo y su canto destemplado. Dió algunas vueltas tosiendo, pues además de viejo y sarnoso y cascarriento, era asmático, y se sentó gravemente con el muñón de su cola extendido sobre las piedras. Yo lo observaba comparándolo con mi foxterrier, blanco como un copo de nieve y me decia:

—¡Lo que es la vida, amigo!... ¿De cuántas aventuras peligrosas habrá escapado esta inmundicia de perro de zapatero, que ya no será charquiado por nadie?... ¡Sin embargo... para haber llegado a tener la facha que tiene, más le valiese que lo hubieran ahorcado hace algunos años!...

¿Qué placeres puede guardarles la vida a perros de semejante catadura?... Y como en ese momento lo mirara, ví que se ponía de pie, paraba las orejas y trataba de ver algo que sus ojos no veían, seguramente, pero que su instinto le anunciaba, y siguiendo la dirección de sus miradas, apercibí, allá a lo lejos, una cuadrilla de ocho o diez perros de todo pelaje y alzada, que corrían jadeantes detrás de una perrilla calavera, que, haciéndose la temerosa y la esquiva, los excitaba en sus empeños.

Por la vereda venía mi perrito, apartado de la cuadrilla, pero corriendo a su lado con verdadero entusiasmo. Con su cola en alto, su lengua fuera de la boca y el cuello y el lomo salpicados de pintas rojas, reveladoras de los combates que había librado con sus rivales, pasó por frente al balcón como una flecha, no sin lanzarme una mirada de soslayo, como diciéndome:

—¡Espérese!... ¡Vuelvo!... ¡Esto no es cosa de perder tiempo!... Usted sabe lo que son necesidades...

Y pasó como un torbellino la perrada jadeante, mientras el pobre viejo tosía en la vereda y se lamía los rígidos bigotes, como diciendo ante aquella visión de lejanas épocas pasadas, pero queridas:

—¡Ah... mis tiempos...! ¡Si no fuese esta tos del diablo, ya les enseñaría yo cuántas son cuarenta y cinco a todos esos macacos...!

De repente, la perrilla, volviendo sobre sus pasos, desembocó en la cuadra y tomando por la vereda donde se hallaba el asmático protestador, siguió su carrera desenfrenada habiendo dejado muy atrás a la turba de sus adoradores.

El viejo la vió venir y permaneció impasible en apariencia, engañándome a mí mismo que lo observaba, pero cuando la tuvo a su alcance se trans-

formó: se le concluyó la tos, le brillaron los ojos entre las tupidas cejas, y sus manos tuvieron fuerzas todavía para sujetar a la incauta y empujarla hacia el zaguán de la casa, previendo la cólera irrefexiva de la juventud que la seguía y que ya doblaba la bocacalle prosiguiendo la persecución interrumpida.

Llegaron los perros en tropel y se arremoliñaron ladrando furiosos y arremetiendo contra el viejo camandulero y atrevido, con intenciones de despedazarlo, mientras yo gritaba al zapatero, deseoso de defenderlo, movido por una instántanea simpatía:

—¡Che!... ¡Zapatero...! ¡Defienda a su perro, que es un tigre...!

Y terminado el ruidoso suceso callejero, el fugitivo volvió al hogar y nuestra vida siguió su curso de siempre, borrándose de mi memoria el incidente hasta una mañana en que un hecho en apariencia insignificante me lo recordó, probándome con la elocuencia de los hechos que hasta los perros conservan memoria de los sucesos desgraciados de su vida.

Entraba el invierno y tomábamos el sol, mi perro y yo, en el balcón de la casa, cuando de repente aparece en la vereda de enfrente el viejo del remendón. Verlo mi perro, erizarse y echarse a ladrar furoso fué todo uno: quería salir del balcón y atropellarlo. El viejo vencedor lo miraba impasible e indiferente:

—Cállese, le dije yo a mi perro... ¡Joven petulante y rencoroso!... ¿No tiene vergüenza de querer vengarse de un pobre viejo que le enseñó a vivir...? ¡agradezca y aprenda para algún día... que también le ha de llegar, si no se muere... que más vale una aguja a tiempo que una máquina de coser!

CARNAVALESCA

—Así me dijo Parrita, mirándome con aquellos ojazos negros que tiene... Vayasé mañana, comadre, hasta la call'e Perú y trat'e convidarmel'a esa galleguita ingrata... ¿quiere?... Y aquí me tenés m'hijita cumpliendo la comisión pa tranquilidá d'ese pobr'e mi compadre, que anda como asonsao de puro pensar en vos... Aura sí que no le faltaría más sino que lo desairases... ¡Un mozo tan bueno y tan caballero...! No es por ofender a naides ¿sabés? pero en toda la segunda, no hay agente que se le compare y esto lo ha reconocido hast'el mismo comisario... ¡Y mirá quien te lo dice... ¡Nada menos que la novia del cabo Pancho Rosales, president'e los Macacos...

—Bueno... pero... es que yo no puedo salir porque la señora es enemiga del carnaval...

—¿Y todavía tenés coraje de llamarle señor'a semejante espantajo...? ¿Y quién es ella pa ser enemiga del carnaval, con ese pescuezo que tiene y ese tall'e budinera?

—¡Sí...! Es así... ¿Pero qué quieres hacerle?...

—¡Dejat'e firuletes, mujer... y no seas pava...! ¿Vas a cambiar tu novio y un baile, nada menos qu'en los Macacos Ambulantes, por una cucaracha vieja, que, al fin se aprovecha de que sos d'España pa sacarte el jugo por unos cuantos centavos...?

—¡Yo no cambio... pero es menester pensar en que no tengo ni ropa!... Tendría que hacerme algún traje... y aprontar alguna cosa...

—Mirenlán a la princesa... T'estás creyendo, quizás, que te van a retratar pa que salgás en los diarios... ¡Fijate...! Con esa pollerita que tenés, que a'nqu'es de volao en forma le cairán bien unos

moños prendidos en el costao y una bata figurada con un metro e sedalina puesta a modo e corselete... vas a ser un figurín, pues como dice Parrita tenés uno d'esos cuerpos que no precisan de ropa pa pegar un sofocón... Y, después, como sos rubia y la bata ha'é ser celeste pa que haga con la pollera los colores de la patria...

—¿Pero los colores de la patria no son rojo y gualda?...

—¡No seas pava, haceme el favor!... Como representamos la confraternidá, vos que sos española, tenés que ir de argentina y yo que soy argentina tengo que ir d'española... ¡Ligadas por una cinta formad'e las dos banderas y llevando una pantalla y un pañuelito bordao con pinitos o laureles... vamos a ser dos princesas para esos pobres Macacos!...

—¿Sabés?... ¡A mí lo único que me escuece es la señora!... ¿Cómo me podré arreglar si me niega su permiso?...

—¡Gran cosa lo que v'a negar ese barrilete!... ¡Le tenés un miedo que no parece sinó que fuera tu mama!...

—¡Sí!... ¿Pero cómo hago... si me lo niega?

—Enfermatelé o decile que tenés una tía qu'está malísima y que querés ir a verla...

—¡Si ella sabe que no tengo más pariente que mi hermano, que es corista en el Apolo!... ¿Y si le avisa a éste?...

—¡Bueno, che!... Si empezás a sacar dificultades te vas a quedar sin baile y de paso me embromás, porque contando con vos yo me arreglé mi disfraz y aura me v'a resultar que fué crudo y no coció... Acordate que este baile es el baile del entierro y que ha'e ser mucho mejor que los que hubo en carnaval, con ser que fueron de aquellos que no se olvidan jamás... ¡Figurate aquel salón con alfom-

bras y cortinados com'una casa e familia y después con una mesa qu'era una confitería! ¡Los helaos y las masitas eran una tentación.. A mí me sirvió Rosales con esa gracia que tiene y no sé si fué porqu'eran de manos suyas, pero jamás he probao un bocao más delicioso!... ¿Mirá, si t'encontrás con Parrita que anda tan enamorao... qué rato irás a pasar... sin contar con los festejos de toda aquella mozada que v'a ser de lo mejor?... ¡Con decirte que v'a estar hasta'el hermano del auxiliar, creo que te digo todo!...

—¿Y si le avis'a mi hermano?...

—¡Gran cosa!... ¿Y qué v'acer?... ¿Les v'a escribir a Galicia qu'estuvistes en un baile?... ¡No seas pava, mujer!... Si tu hermano se lleg'a meter a sonso, lo hacemos agarrar con los muchachos diciendo qu'está borracho y necesita dormir pa que no vay'acer daño...

—¡Es que mi hermano es muy bruto!...

—¿Y los Macacos?... ¡Se v'a armar si se mete a sonso!... ¡Mirá!... Refalale un par de pesos pa que se vay'a pasiar y reite de lo demás... ¡Los hombres hay qu'entenderlos, che!... ¡Claro!... Si te lo largás en seco y vos te vas a farriar arriejando el conchabito... sin darle ni pa cigarros... el hombre se ha de enojar y le ha de dar la razón al mamarracho e'la vieja... Pero si vos te hacés ver... ¡ha e'prender en otra hornalla!...

—El miedo que tengo es que vaya a la sociedad y que me saque del baile...

—¡Mirá!... Salite a las dos y andate derecho a casa pa'acabar con los arreglo del vestido y de la bata y llevá la sedalina y unos tres metros de cinta... ¡De l'otro ni te ocupés!... Si tu hermano es caprichoso, yà verá quién es Parrita y aprender'á respetar la vos de la autoridá... ¡Diez horas de calabozo, me decía una vez Rosales cuan-

do empezó a festejarme y tata quiso privarnos, valen más que cien discursos!... Y tenía razón mi negro... Tata quedó como un guante...

—Yo lo conozco a mi hermano y sé que a bruto y a terco no le han de ganar muy fácil...

—¡Y yo sé quién es Parrita, y sobre todo Rosales, p'hablar de confraternidá!...

.. ..

.. ..

—¡Porca vita de un cane!... La maliñitá di le donne innamorata e proprio cume la sarna, que non rispeta ne figlio, ne fratello, ne babo... e anque ne archivescovo... ¡Mirá in po li pobero gallego, come l'é vichino da la cumesaria per ubriaco... ¡e per sunsu!...

DE VUELTA DEL PARAGUAY

Aunque los diarios no lo hayan anunciado en sus crónicas sociales, yo he regresado a Buenos Aires y por desdicha mía ha coincidido la vuelta con las pascuas de Navidad y los festejos de Año Nuevo, lo cual equivale a decir que también me han ligado felicitaciones y saludos, no por mi llegada, así, sin noticias previas, sino por haber presenciado, como cualquiera, la agonía y la muerte del 1902 y el trabajoso nacimiento de su sucesor, al cual tendremos que vivirnos todavía, sabe Dios en qué forma ni de qué manera. En fin, sea como sea, el hecho es que yo estoy de vuelta, cargado de recuerdos y de impresiones y que como corresponde al carácter de un periódico moderno, el director de éste se ha demostrado tan adelantado, que llegado el caso de veranear, lo ha hecho antes de comenzar la estación.

¡Cuán provechosos son los viajes para la juventud y cómo desarrollan la observación, el tacto social y el instinto de conservación!

Esto lo pensaba durante una tibia mañana tropical en la estación central del ferrocarril del Paraguay, mientras esperábamos con mi compañera la partida de un tren que debía conducirnos de la Asunción a San Bernardino y que estaba anunciada de esta manera: salida de 6 a 8 a. m.

Sin embargo, como hubiesen sonado las ocho y media y no viéramos ninguno de esos signos característicos, precursores de la salida de un tren en cualquier parte del mundo, resolví iniciar una pequeña investigación antes de formular un juicio definitivo a propósito de la exactitud en idioma guaraní.

—¡Señor!...—le dije al jefe de la estación, que quizá para dilapidar un poco la abundante riqueza del país—el sueño,—se paseaba lentamente en el andén...—El tren para San Bernardino saldrá más tarde... ¿todavía?

—Sí, señor... ¡Ahora no más va a salir!... me contestó con el dulcísimo acento regional, y agregó bondadosamente a guisa de disculpa por el retardo... Estamos esperando a mi compadre don Bautista—ese boticario gordo de la calle de Palmas, frente al mercado—que va a su quinta de Paraguarí... Es un hombre buenísimo, señor... Yo soy el padrino de óleos de la menor de sus hijitas y él me sacó de la pila al mayorcito de mis nenes...

La llegada del aludido fué punto final de la instructiva relación amistosa y pronto respiramos las frescas brisas del balneario paraguayo—la laguna Ipacarahy—cuyo manso oleaje parece adormecer a los yacarés y estimular con el calorcito de sus aguas la sed insaciable de los colonos alemanes establecidos en sus orillas, haciéndoles consumir con en-

tusiasmo la cerveza de su propia fabricación, que, a no ser así, tendría que consumirse a sí misma.

—Vea, señor hotelero... No podemos bañarnos en esa casilla que nos ha dado...

—¿No?... ¿Y por qué?... me respondió el buen hombre, un poco sorprendido de que halláramos una dificultad, nada menos que en el mejor balneario de la República del Paraguay.

—Primero... porque se ha instalado un yacaré precisamente a la entrada del baño.

—¡Bueno!... No le hagás caso... Ese se ha criado ahí desde pichón...

—Y luego porque se nos ha metido en la casilla un hombre borracho y se quiere desnudar junto con nosotros...

—¡Ah!... ¡Bueno!... ¡No le hagás caso tampoco!... Es el capataz de la cervecería... Ese está acostumbrado a bañarse hasta con la familia del presidente...

¡Claro!... No paramos hasta Montevideo, y me parece sentir todavía sobre los labios el escozor de la brisa marina, cuando sopla del este y en los ojos la cosquilla deliciosa que producen las uruguayas... sea cual sea el viento dominante.

¡Aquello sí que es vida y no esto de aquí, en que uno, atosigado por los versos y las felicitaciones, no encuentra punto de reposo!

En la tierra vecina, la existencia no es una carga sino el día en que hay extracción de lotería, pues todos los habitantes sin distinción de sexo ni de edad, ofrecen ceremoniosamente a los extranjeros "el último numerito que les queda".

Un comerciante holandes con quien departía una tarde, me informó de que hasta el presidente Cuestas era billetero en sus ratos de ocio y que ya había repartido varias grandes entre el sacerdocio y la milicia, clases en las cuales tenía mayor número de amigos.

¡Y quién me diría ahora, al verme en mi oficina pegando sobres y escribiendo tarjetas, que soy yo aquel mismo mortal que pasó tan lindas horas haraganeando y escapó con vida de un viaje de recreo porque Dios, tal vez, no lo alcanzó a ver bien a la distancia!

¿Por qué no me sucederá algo así como lo que le sucede al candidato oficial a la presidencia uruguaya?

Tiene dos personalidades, una escrita — Mac-Eacenh—y otra hablada—Maquica—y gracias a esa particularidad desorienta a los orientales más rumbeadores... aunque dudo que ni con eso fuera capaz de escapar, entre nosotros, a las asechanzas de la propina y al goce inefable de la felicitación...

FRENTE A FRENTE

—Si es con dinero, che, que buscás ser ayudado, haceme el favor de ni siquiera pensar en Enrique... ¡Se te va a enojar de veras y ya sabés el geniecito que tiene... ¡A mí misma me desconocería!...

—¡Basta, che!... ¡Basta!... decile que no se enoje y que cuide su salud!... Su cuñado Raúl lo conoce demasiado, para ser capaz de acercarselé con propósitos hostiles... Y haga patria uno con semejante familia... Los cuñados, conforme se para uno en el zaguán, empiezan a echarle los perros y las hermanas no te digo nada...

—¡Vos son injusto, Raúl!... Acordate de lo que ha sido Enrique con vos y que áura te desconfía, sus buenas razones tiene...

—¡Historia antigua, che!... ¡Macanas!... A una simple calaverada de muchacho le da una im-

portancia y un retintín... ¡Psch!... Decile que no embrome, che... ¡que el jueguito es conocido!

—No te digo que no... ¡pero la culpa la tenés vos, que sos un tarambana y un ocioso!...

—¡Bueno!... ¡Mirá!... Dejemonos de filosofía y vamos al grano... Escuchame con atención, que la cosa es seria, Edelmira!... Lo que yo ando buscando, ¿sabes lo que es?... ¡Bueno!... ¡Hacerme una plataforma para ver si me caso como la gente!

—¡Vaya!... ¿Y contra quién... dirigís tus tiros?

—¡Todavía no he apuntado, che!... Ando con el arma cargada no mas y tengo la intención de no tirar sino sobre algo seguro y que medio valga la pena... Por lo pronto, necesito darle cierto relieve a la persona, comenzando a figurar en el mundo social con visos de personaje... ¿sabes? y es para eso que lo vengo a ver a Enrique... Quiero que los amigos me obsequien con un banquete, con motivo de mi llegada de Europa.

—¿Cómo de tu llegada de Europa?...

—Es figurado no mas, ¿sabes?... Es un pretexto para dar la noticia en todos los diarios, como hacen muchos... No me voy nada, pero llego... ¿Comprendes?... ¡Bueno!... El banquete no tengo interes de que se realice tampoco, pero sí de que se diga que me lo dieron... Ya tengo cinco o seis firmas de lo mejor, para iniciar el movimiento y conforme cuente con que él no se meterá a andar con rectificaciones y con sonceras... ¡Zas!... Largo la noticia de que subscriben la invitación los señores tales y tales y comienzo a festejar a la muchacha a la que le haya echao el ojo... Asi hizo Fermincito Covarrubias y la cosa le salió como de molde. ¡Fijate qué bolada para una muchacha que no halla quien la afile, toparse con una simpatía que es nada menos que un mozo recién lle-

gado de Europa y a quien le dan un banquete!... ¡Claro!... La cosa pega como con goma y se viene derechito!

—¡Sí!... Pero vos sabés que Enrique es enemigo de farsas y que no se va a prestar...

—¡Ya sé y es por eso que lo busco!... Además es necesario que figure algún pariente, por el efecto moral... Lo que es para acompañar tengo firmas de primera... Don Mariano Unzué, el doctor Pellegrini, el general Capdevila, el ministro González, el doctor Benjamín Victorica...

—¿Y quién te ha proporcionado esas relaciones? ¿Cómo has hecho para tener su consentimiento?

—Ahí verás, che... ¡que tu hermano no es tan lerdo!... Los he ido sacando de todos los banquetes en que figuran y he descubierto que les agarran el nombre ¡y se los ponen no más!... ¿Qué se van ocupar ellos en andar rectificando, si ya están acostumbrados?... Cuando más dirán: ¿quién diablos será este Raúl?... y después se olvidarán de la cosa...

—¡Enrique no va a querer, che!... Yo lo conozco y sé que le va a dar una rabia grandísima...

—¡Bueno!... Mirá... Eso a mí no me importa un pito, ¿sabés?... Lo único que yo te pido es que no lo dejés que haga rectificaciones, si llegase a ver su nombre al pie de la invitación... Decile que se haga de una vez hombre de mundo... que se temple a la moderna y que se deje de todas esas ideas rancias y de esas macanas que le dan estructura de loco... Yo soy un buen muchacho, che... que lo único que necesita es campo para volar... ¡Pedile que no me corte las alas!

—¡Bueno... che!... ¡Perfetamente! Pero, ¿y si me dice que no?

—¡Lo meto en la lista no más... y me hago el sonso!... Con decirle que no he sido yo el que lo

puse... ya está... Aquí hay que hacer como Roca, ¡y no hay vuelta... che...! ¡Al que le gusta, que se ría, y al que no, que tome quina y piense que es chocolate!

ENTRE GENTES DE CONFIANZA

"Mi querida Ernestina: Te escribo apurada para hacerte saver que recién acavamos de yegar de Lomas y que estamos muy buenas de salud. Mamá a perdido completamente aquellos mareos que le daban y tuvo que achicar la bata como tres sentímetros porque con los aires del campo perdio como medio kilo. Yo no puedo salir todavía porque acabo de bagar del tren y estoy desnuda. Nos vinimos con lo puesto porque el equipage se lo dejamos a mi tio para que él nos lo mande despacio. Si vieras como he pasado estos quince días que no nos bemos. Encontré una cimpatía que es bastante buen mozo y después te contaré. Es un mozo de ogos asules, que está muy bien empliao en el jujao de pas y dice mi tío que es de porbenir y muy serio. No te escribo más porque el muchacho está esperando y no quiero demorarlo. Ernestina, dise mamá que te pide como un cerbisio que le digás por el teléfono a ese amigo tuyo que puso el otro día la noticia de que nos íbamos, que lla emos buelto y estamos aquí y que este año pensamos dar algunos resibos a las relaciones festegando la entrada del inbierno. No te vallas a olvidar y decile el nombre de nosotros bien, para que no ponga en la noticia que somos la familia de Mogarrita, que es el apellido de papá, que es tan feo, sino de Lagos, que es más conocido y es el de mama. Dice mama que le digás tanvien que hemos sido muy

osequiadas por lo megor de Lomas y que nos visitaron mucho, porque mi tío es allí muy querido y que el gobierno le dibia de dar algún empleo bueno, bisto lo bien que se a portado. El corria con las luces del corso y nadies tubo nada que decir. El pobre es mui bueno y nie va a yudar para que me bisite el mozo de que te hable mas arriba. Se disfrazo de Juan Moreira y otra noche de Cocoliche y nos hiso reir con las ocurrencias que nos digo. A mí me digo que desde que me habia visto, le paresia que tenia un hormijero en la naris, en italiano arebesao le salió muy gracioso. Yo creo que me quiere, porque se paso las tres noche con nosotros. Es afisionao a la bisicleta y sacó a Juan Moreira y a Cocoliche montado en bisicleta por lo que todo lo aplaudían. A mí me digo un berso muy lindo. Cuando nos veamos te contare de otra cosas. En Lomas estaban las de Garcia que dijieron los diarios que se iban a Mar del Plata. Bibian en una casita de las orilla alquilaban una piesa para todos y decian que eran sobrinas del presidente y que no podian quedarse sino hasta el gueves después del entiero, porque tenian que ir a resibir a Marselo de Albiar. Que te parece lo que son la notisia de los diarios, ya no se puede crer las notisias que dan sobre la bida social con las mentiras que disen. A mí me encontraron en la plasa y se icieron la que no me conocian, pero yo me les acerque no mas y entonces no sabían que hacer con nosotras. Nos digieron que estaban con un enfermo que creían era tifos para que no las bisitaramos y supieramos como bibian amontonadas. Juanita trago un bestido rosa de bolado en forma y manga de farol y María Ester un sombrero muy lebantado de atras y bago de adelante.

Parese que a Juanita la festega un provinsiano y que se casa. Ay algunas que tienen suerte y saben mariar los moso así que no es estraño. Dice

mama que te pide que no te olbidés de la notisia de la yegada de nosotras y que hagás costar que somo las de Lagos y no de Mogarrita como digieron. Si tenés algún ratito venite a conbersar. Ya me contaron que el ofisialito aquel de los bomberos, andaba pasando siempre y que te habia escrito. Me conto Laurita en la estacion Costitucion cuando yegamo y ella iba para Adrogue. No le vas a contestar, acordate de lo que me paso a mi con aquel dependiente por aberle contestado, que después les mostro a todos los amigos y tata mimo lelló mi carta en el café, enseñada por el y se la tubo que quitar y romperla dándome un reto grandisimo..."

—¡Niña!... Si no v'acabar, v'y a espumar el puchero... y a retirar la olla'sta que vuelva... ¡si acaso me v'a mandar!

—¿Y recién te acordás... condenado?... Vas a ver luego con mama... Ya verás lo que cobrás!... Llevale'esta carta a Ernestina y si te pregunta cuando llegamos, decile que recién entramos...

—¿Y quién espuma el puchero?... Mire que la niña vive lejos... ¡y no v'y a venir a tiempo!...

—¡Andá no más... y apurate... Mirá... Si te pregunta qu'estoy haciendo, no le digás que cocinando... deci'e qu'estaba en el piano... ¡No te vayás a olvidar!... ¿eh?... Y fijate, así de paso, a ver lo qu'está'ciendo ella...

—¡La pucha que tiene vueltas el oficio e cocinero... en estas casas de ricos!... ¡Uno es casi com'un estuche!

¡ROBADITA!...

¿Per'usté cre qu'es por verla, mi vida, que me paso todo el día plantao en la bocacalle, llamandolé l'atención a la misma policía?... ¡No crea!... Ya pronto v'acer un mes que la tengo retratada en lo profundo del alma y pa mirarm'en sus ojos y recriarme con la gracia de ese cuerpito tan lindo, miro un poquito p'adentro y ya se me representa como si fuera verdá... hasta con ese gestito de cruel, de mala y d'ingrata, qu'está diciendo "alto el fuego... no se pasen de la raya", mientras da unos tironcitos que se lo llevan a uno como si fuese a la rastra... Mire, mi alma... y perdone la confianza... Ya que usté sabe muy bien qu'inoro como se llama, m'he visto en la obligación de tener que darle un nombre pa poder hasta tutiarla!... Si acaso no le gustase, digameló con franqueza, porque ya que nadie sabe, puedo cambiarlo por otro de los tantos que me brotan de lo más hondo del alma... Entre "ricura" y "mi vida", pasé dos noches pensando...

—Se le conoce'n la cara...

—Y así no más ha de ser, a'nque usté le juegue risa!... ¡Bueno!... ¡Mire, mi alma! Si yo me paso las horas como sabe que las paso, quizá arriejando que crean que soy un aplana-calles y que no sé respetar lo qu'es dino de respeto, es sólo porque se me hace qu'el aire que aquí respiro me trai como una esperanza...

—No diga... que aura es de noche... porque v'y a creer qu'es verdá y que soñando dispierta, escuché como llovía...

—¡Mayhaya que soy sin suerte!... Bien me decía la otra tarde el agente Caña-dulce, oservando que mi vista estaba como clavada en cierto balcón dichoso...

—El agente Caña-dulce... Mejor qu'en andar hablando, bien se podía ocupar de ser menos sinvergüenza... Ya no hay muchacha en el barrio que ni siquiera lo mire, por caluñero y guarango... ¿Y qué le dijo su lengua con respeto a mi persona?...

—De malo no dijo nada... porqu'estando yo presente, no hay quien capaz d'echar sombra ni siquiera en la paré de la casa en qu'ella vive... pero sí me declaró qu'éramos más de quinientos atacaos del mismo mal y que no había ninguno que hallara el menor alivio!... Me habló de un joven francés de pantalón de cuadritos, que sabía pasarse días...

—¿No ve si será canalla?... A nadie mejor que a él le costa que ese afiló lo mismo qu'él afilaba y por causa de los dos abandonó su conchavo una muchacha tan buena como Paca Mirafler... Es pa que no suseda lo que a ella le pasó, que le pido que me deje...

—¿La patrona es delicada?...

—¿Delicada?... ¡Cómo no!... Lo que hay es qu'es una vieja separada del marido...

—¡Y se le hace la boca agua si ve comer caramelos!... ¡Bueno, mi alma! ¡Vea!... Yo le v'y a'blar con franqueza y le v'y a probar con hechos que sé lo qu'es respetar lo que merece respeto... ¿Usté sale los domingos?

—¿Y pa qué quiere saberlo?...

—Pa tener un'esperanza y pasarme la semana siquiera con la ilusión de que v'a llegar la hora de poder mirar sus ojos, así, de cerquita, mi alma... ¡como aura la estoy mirando!...

—No se pase... tan seguido, por la vereda de casa... y aprienl'a tener paciencia... ¡siquiera hasta otra ocasión!...

.. ..

—¡La perra... con Caña-du'ce y la vieja sin marido! ¡Lo qu'es al criollo Morales no le van a cantar flor sin que uno de estos domingos conteste con una contra... ¡que parezca como dos!...

DE BAQUET'A SACATRAPO

—¡Lo siento... caramba!... Lo siento en l'alma, pero no va'ber más remedio!... ¡Yo v'y tener que dejar de ler los diarios si no qu'ero reventar de un sofocón el día menos pensao!... ¡Si, señor!... Nada menos que yo, Juan Antonio González, el hombre más letor que ha'bido en Buenos Aires, v'a tener que privarse de hacer su gusto si no quiere desertar del pellejo en que lo retobó su mama, como decía el finao Apolinario!..¡No!..Lo qu'es este número me lo guardo ni a'nque me queme el bolsillo y no paro hasta que no se lo muestre a medio mundo y le pueda decir qu'este señor don Ruperto Cortabarría que ha dao un baile en su casa, al que han asistido todos los copetudos de la ciudá, es aquel mismo Ruperto qu'el infrasquito supo tener de pión en la call'e La Piedá y que se formó a su lao... Mire qu'es chancho el mundo y que pega vue'tas y trompezones!... ¡Quién le diría a la misia Rosario Llavero de Cortabarría, que aura le ponen *Ll.* de Cortabarría,—pa'cer crer a los abombaos qu'es alguna L'avallol,—qu'iba'ndar pisando alfombras, ella, que sabía chapaliar l'agua con que lavaba las pilas de frascos vacíos p'al anís falsificao?... ¿Y a mí?... ¡Quién me diría cuando salía pa la Bolsa en mi coche propio, hech'un brazo e mar, o cuando jugaba mis truquitos en el Progrueso, qu'iba'llegar un día en que recostao en una

pila'e cajones me pasaría las horas renegando y tomando el sol!... ¡Bah!... ¡Y Rosario ha'e tener hijitas lindas y diablas, porqu'ella a'nque'ra lavadora'e frascos tenía unos ojitos y un gestito y un modito'e caminar cuando s'empaquetaba los domingos, que hast'a mí, con ser qu era el patrón de su marido, me sabía envidar hasta la falta!... ¡Yo no agarraba, porque nunca me gustó revolcarme en la ceniza... pero tuve tentaciones... ¡caramba si las tuve!... ¿Y pa qué lo v'y a negar?... Si me quedé con el punto no fué por irme a la pesca, sino por no traicionarme. ¡Como pa escuchar chiflidos andaba yo en ese entonces con aquella campanita que hast'aura me toca a fuego!... ¡Amigo con la Enriqueta, que me supo cortar grande!... Bueno; pero también hay que convenir en qu'era d'esas mujeres que no conocen el yelo, no digo ya ni pintao, sino vivito y coliando! .. ¡¡Qué ojos y qué boquita y qué cuerpo!... ¡Si era un verso caminando y creo que hasta difunto me ha de seguir su cadencia... a'unque ella l'aiga olvidao!... ¡Y es cochino el Ruperto hasta darle con un palo!... Nunca me olvidaré de la mañana en que fuí a verlo después de mi quiebra y cuando ya'bía puesto su Ropería del Carretel... Ni bien le hablé de mi estao, me comenzó a sermoniar y conforme me descuidé me largó como por un tubo, pataliando y sin darme calce...¡Bueno!... ¿Y a mí qué me va ni qué me viene con que Ruperto dé bailes o dé velorios?... ¿Qué m'importa, vamos a ver?... ¿Acaso yo m'indino por mí, tampoco?... ¡Si me da rabia es que soy argentino, criollo d'esta ciudá y que me revientan las confusiones y las mescolanzas!... Aura'ndamos aquí como cajón de turco y ya la gente ni se conoce... Hombres como yo, que son hijos de buena familia y qu'en su tiempo han sabido dragoniar a lo mejorcito que pisaba la cancha, andan ra-

juñando en las veredas pa ver si agarran un pan y si se descuidan los revienta el coche de alguno que fué su pión... ¿A mí? ¡Sí!... ¡Lindo lo va'poner la suerte al que me quiera empardar!... Yo no soy d'esos mansitos que los ensilla cualquiera y ya salen al galope... Yo'e corcobiar el día que muerda el freno, como se lo dije ayer a mi compadre García en su misma oficina... ¿Ve?... Ahí está otro pa'yuntarlo con Ruperto... Un cualquiera, nieto de un gringo zapatero que ganó unos pesos pa que los bambolleros de los hijos se metieran a gente, ¡sin fijarse que'andan jediendo a cerote!

SIN REVANCHA...

—¿Quién dice que yo no he tenido miedo?...—preguntó a sus interlocutores el viejo caudillo.

—Es la voz que corre de fogón en fogón!... Todos dicen qu'el comandante, Mosquera, que hoy tropea pa saladero, le supo parar rodeo hast'el ejército e liña...

—Gran caudal con diez centavos, che... Los que hablan han de ser del terneraje, que no ha sentido una lanza culebriando en las costillas en medio de un entrevero... ¡Qué yo no he tenido miedo!... ¡Qué bárbaros!...

—¿Y cuál es la vez en que corrió más peligro?...

—¿Peligro de qué?

—Dejuro que ha'e ser de muerte... ¿qu'es el más grand'en que puede hallarse un hombre?...

—¡Asigún, che... asigún!... Pa mí, la vez que la vi más cerca y en que le tuve más miedo... ¡Peligra la verdá, pero es cierto!... fué p'al setenta y cuatro en la liña'e Santa Fe... ¿Pa qué

v'y a'blar d'estas cosas?... Dentran mujeres y no quiero que se diga de que no sé respetar lo que merece respeto...

—¡P'cha, qu'es lindo!... ¿Y nos v'a dejar lambiendo?... ¡No diga!...

—No, che... es que hay cosas que mejor es no meñarlas... Eso de comenzar a revolver la memoria, es toriar un avispero... ¡La gran perra!... Fu'en una d'esas cruzadas que se hacían medio escondidas y m'enconttr'en una fiesta de aquellas que ya no se hacen... Er'a la entrada'el verano y yo cai con el sol alto, montao en un parejero que lo traia de tapao, pa ver si le daban calce y les hacía repuluz... ¡Qué flete, che!... Si parece que lo veo... ¡Er'alazán... requemao y pico blanco y yo lo tení'a lo gringo... sin tuzar y con la co'lal garrón... ¡Claro!... Llegué, lo puse a a la sombra y me perdí entre el gauchaje que andaba remolineando alrededor de un fogón como p'asar un rodeo... Ya se puede figurar si me agarrarían con ganas, sabiendo qu'era forastero y que andaba medio alzao... Desd'el locro a los pasteles les corrí sin castigar y en cuanto pa'sé la raya, qu'era un pipón de francés, recogí los cojinillos y pa que no me tentaran ni con taba ni con naipes, labrando mi perdición, enderecé pa un sauzal que costeaba el tajamar... Siempr'he sido sestiador, pero esa vez, el almuerzo y tal vez el calorcito, que ya empezab'á picar, m'estaban gritando vamos... Elegí un tronco grandote, atrás de un cañaveral y ahí no más ya me ovillé, deleitao con las chicharras, que le hacían colita al sueño y a las nubes de jilgueros que caian al desplayao en silencio y apuradas... ¡P'cha que estaba lindo!... A la tarde ib'á salir como quien sale del cielo y los pesos a ponchadas me pasaban por delante conforme clavaba el pico, acariciao por el

fresco y aquella tranquilidá del sauzal como dormido... Redepente sient'un ruido y apareció una muchacha con un atadito e ropa... ¡A la cuenta la pioncita!... ¡La perra con el destino que sabe ser chacotón y tiene bromas pesadas!... Era una flor en botón la mocita lavandera... ¿y de'ande va y se me ocurre de comenzarl'a observar?... Si el diablo sabe andar suelto se me hace que es a la siesta y que le ha'e gustar perderse a la orilla'e los arroyos y cerca'e los lavaderos... Me pareció qu'el solsito estaba cayendo a plomo y me dió gan'e pararme y de mandarme a mudar...

—¡Jesús... que barbaridá!...

—¡Y no lo hice, che... y esa fué mi perdición!... Acabao el lavadito, se paró como sin ganas, miró l'agua, se desperezó y comenzó despacito a soltarse la pollera y a desprenderse la bata... Qu'irá a'cer esta chinita? pensé... y algo como una inquietú me dejó paralisao... ¡Amigo con la pioncita que había sabido ser linda, mirada, así, en camisita... y sobre todo después... al dentrar al tajamar!... ¡Conform'iba caminando y se'iba metiendo al hondo ella alzaba la ropita y yo la veía erizarse lo que l'agua la tocaba, apartándose encrespada como no queriendo dirse!... Tuve hasta la tentación de decirle... "hijita... tenga cuidao"... pero no le dije nada, porque en ese mismo instante vi que se zumbullía...

—¿Y usté... qué hizo?

—¿Y qué iba'cer?... ¡Aproveché la ocasión pa medio cerrar los ojos que m'estaban lagrimiando a fuerza e no pestanear, y cuando volvió a salir y enderezó pa la ropa, la miré pa n'olvidarla ni aunque pasaran los años y aquí me tenés tuavía... sin haber tomao venganza de quien me tuvo tan mal y que quizás me'cha al hoyo si le llego a cabrestiar...

¡OJO POR OJO!...

Nosotros, en la tertulia íntima, le escuchábamos con veneración y con respeto, deleitándonos con el relato de sus aventuras romancescas o con el chispear brillantísimo de su espíritu cáustico y mordiente.

—¡Buena cría la suya, che!... ¡Como si no supiéramos aquí lo qu'eran los entrerrianos! ¡Ustedes, en su tierra, nacen chairando el cuchillo!

—¡Miren el nene, se asusta porque tocan a degüello!

—¿Yo?... ¡Ya lo creo!... No me acuerdo haber derramao jamás ni una gota'e sangre inocente... ¡Y cuidao qu'he visto trifulcas!...

—¡Así decían los diarios de su tiempo! Todavía recuerd'un artículo...

—¡Vean! ¡Una cosa son los diarios, che y otra cosa es la verdá!... ¡A no embromar vamos!... Les v'y a contar el único caso en qu'hice degollar un inocente... y quien sabe si lo era tampoco... D'esto no se ocuparon los diarios les aseguro y sin embargo fué tremendo!

—Cruzaba una tardecita por esas sierras de Córdoba, que son com'una pintura, en derecera a los llanos... Iba'apurao y llevaba como escolta un escuadrón de puntanos qu'eran todos como cuadro... Ya casi al anochecer caímos en un rancho serrano, d'esos que ya parece que van a venirse al suelo, pero que se aguantan, dejando pasar los huracanes como si no fuera nada. No hallamos a la llegada más que dos chinas viejas y una chinita obsequiosa, que me convidó con mate y qu'encontré tan donosa, así, a la luz del fogón... Parecía que las llamitas l'alumbraban con cariño, como

queriendo besarla... ¡La gran perra!... Era linda con usura y tenía unos ojitos y un modito pa sónreir, que hacían como cosquillas y después era graciosita en el andar... y picarita... Ni sé cómo ni por qué, se me metió en la cabeza que había d'estar resfríada y comencé a recordar una famosa receta que me dieron una vez para curar los resfríos... era una palabra en turco que había que decirle a l'óido a la persona atacada, sin que lo oyera ni el aire...

—¿Ust'está resfríada, hijita?

—No, señor...

—Que no, hijita... si eso se le ve en los ojos... Tal vez usté no lo sepa... viviendo aquí, tan solita...

—Tal vez, señor...

—¿No quiere que yo la cure?...

Y como me mirase sonriendo y me pareciera verle así con una expresión de travesura infinita en sus ojitos tan lindos y hast'en unos dos pocitos que se le hacían en la cara, me saqué un pañuelo'e seda que llevaba en el pescuezo y se lo puse en el d'ella, que me agradeció el regalo... sin decirme ni palabra, pero con más elocuencia que si hubiese hablao en verso...

—¿Y adónde duermes, hijita, en esta casa tan chica?...

—Aquí no más, señor... Allí, en aquel rincón, tienden mi madre y mi tía y yo en aquel otro... en que hay un catre'e guasca...

Y me señaló pa un rincón que quedaba allá en lo oscuro... y que yo vi'luminao como la plaza Vitoria... En ese momento, che, me llegaba de la sierra como a modo de un vientito con fragancia a flor del aire mesturada con poleo, con menta y con piquillín...

—Va a estar fresquita la noche... señor coronel, me dijo la madre de la muchacha que venía a cocinar y empezó a'tizar el fuego...

—¡Así parece, hija!... Y ustedes, cómo viven tan solitas aquí... sin hombres!... ¿No tienen miedo?

—¡Si hay hombres, señor! Lo que tiene es que fueron a meliar... pero tal vez cáigan pa la salid'el lucero... Es mi marido, un hijo d'él y tres sobrinos... gente buena, señor... mejorando lo presente.

Comimos como se com'en los ranchos, medio en l'oscuro y yo hice trair mi catr'é campaña. Las viejas me tendieron una cama qu'estaba llamando al sueño con sus sábanas de bramante, almidonadas al estilo'el pago...

—¿Y ya no le llegaba el olorcito a la menta mesturao con flor del aire?...

—¡Qué sé yo, che, si estaba durmiéndome como cuzco en la ceniza!... Derrepente me despertaron las viejas que soplaban a compás y hasta me pareció que la chinita tosía... ¡Claro!... Me acordé de la promesa y quise salir del catre... ¡La perra con las sabanitas!... Empezaron a'cer ruido como si fuesen papeles y como para el remedio tenía que no ser sentido, me comencé a refalar y en eso que fuí a pararme, oigo balar un chivito y siento que me topaba las piernas, mientras una de las viejas le decía a media voz:

—¡Sosegate capitán... que lo vas a despertar al señor coronel!

En la vida le han echao maldiciones más tremendas a ningún chivito guacho, que las que l'eché yo al condenao... ¡Tres veces tenté bajarme y tres veces el chivito me dispertaba a la vieja, mientras oía a la chinita que hacía crujir su catr'entre dormida y dispierta!

—¿Y por qué no se levantaba no más? ¡P'cha qu'era mulita!

—¿No ve?... ¡Así son las cosas!... ¿Y el respeto, amigo, que se tiene que tener por la madr'e las enfermas, cuand'uno anda'ciendo'e médico sin estar autorizao?... De repente se oy'un tropel y cayeron al rancho los meliadores, cargaos de carne y con unas fachas de forajidos... ¡Claro! Eran cuatreros mestizos de saltiadores.

—¿Y se quedó sin decirle a la chinita aquella palabra en turco?

—¿Y sinó? Ya nos levantamos todos y empezó la churrasquiada, pero cuando al aclarar les quise decir adiós, me dijo el dueño'e la casa:

—¿Por qué no se lleva un asao, señor?

—¿Pa qué?... Hemos de hallar poblaciones...

En eso miré p'al rancho y ví al maldito chivito qu'estaba pelando un maíz, bretao por casualidá junto a un cardón medio seco:

—Más bien me llevo ese chivo.

Y antes que me arrepintiera ya'stuvo atao a los tientos y en camino pa los llanos... ¿Ven?... ¡Esta es la única vez que yo hice derramar sangre... y... caray! ¡creo que fué con razón si se me juzga como hombre!

EL HIJO DE DOÑ'AMALIA

Alertearon los chajáes y los teros, cuando aparecimos en la orilla del baño y a medida que su voz rodaba de mata en mata, perdiéndose en la lejanía velada por las sombras de la noche, tendieron el vuelo rumoroso las gallaretas y los patos, seguidos por la turba anónima, habitadora perenne del pajonal, y por las garzas silenciosas, que se

alzaban como con pereza, recogiendo, ceremoniosas y coquetas, sus largas zancas, despedidas por el gruñido de los carpinchos y de las nutrias al azotarse en alarma.

El bañado entero pareció levantarse hacia las nubes, volando desmenuzado, y las víboras y los sapos amedrentados, suspendieron sus monótonos dúos y miraron con sus ojos inquietos el revolar insólito, — signo evidente de próximo peligro.

Y guiados por ese instinto peculiar de los hombres de campo para tomar su rumbo, que mi compañero poseía en alto grado, alcanzamos al rancho entrevisto desde la linde del monte y en el cual pensábamos encontrar quien nos indicara el camino para salir al llano.

—Ave María Purísima...

—¡Sin pecado!... Dentren... que no hay perros.

—¡Mil gracias...! Más miedo les tenemos a las pulgas... refunfuñó mi compañero, mientras yo, estirando el pescuezo por la rendija que servía de puerta a la miserable vivienda, descubría una china vieja que, sentada en cuclillas al lado del fogón, revolvía lentamente una olla vocinglera.

—Ustedes perdonarán... pero estoy friyendo una grasita y no la puedo dejar...

—Siga no más, señora... Esperaremos aquí afuera...

—¡Como gusten...! Los bancos están junto al moginete u sinó aquí, del lao de adentro, cerca e la puerta.

Luego que nos sentamos y encendimos nuestro cigarro, dejando que el espíritu y el cuerpo armonizaran con la quietud apacible que nos rodeaba, exclamó mi compañero:

—Diga, señora... ¿Nos podría dar un matecito?

—¡Como no, señor!... Aura, lo que venga doñ'Amalia, los convidaré, si es que trai yerba.

—¿La cosa no es segura, entonces?

—¡Y qué va a ser, señor!... ¡Si el pulpero de la cuchilla le da un fiao que fué a pedirle a cuenta de una pajita que tenemos cortada, haberá cónque y sinó, no!

La declaración no podía ser más categórica y guardamos silencio hasta que, terminada la fritura, salió del rancho, limpiándose las manos en la pollera, nuestra desconocida informante, que luego de saludarnos comenzó a armar un fogoncito en el patio, confesándonos de paso que el pulgerío del rancho era una cosa bárbara y que daba miedo, sobre todo a la nochecita.

—¿Y tardará mucho su compañera con la yerba...?

—No ha de... Ahí siento el escarceo del petizo... Es un patrio viejísimo que mandó hace como cinco años el hijo de doñ'Amalia... el mayor González, que le llaman Conejito por mal nombre...

—¿Qué me dice?... ¿Aquí vive la madre de Conejito...? dijo mi compañero con acento de asombro.

—¡Sí, señor! Aquí vive y es mi compañera... ¿Quién lo diría, no? ¡Un hombre así, que tenga a su mama d'este modo!

Y mi compañero, mirándome de soslayo, agregó como por vía de explicación endilgada a mí:

—Es el caudillo del pueblo y... candidato para el congreso...

Como llegara doñ'Amalia y trajera en una pequeña maleta las provisiones esperadas y el agua estuviese hirviendo, nos colocamos al lado del fuego, que chisporroteaba alegre.

—¿Conque usted había sido la madre del mayor González?

—Sí, señor... para servirle.

La cara angulosa de la vieja china se transfiguró:

—¿Lo conocen a m'ijito?... ¡Pobre!... En el pueblo todos lo quieren y aurita no más me decia el bachicha de la pulpería que tal vez lo hagan gobierno...

—No ha tráido sal, doñ'Amalia, ¿sabe?... ¡Lindo vamos a estar!

—¿Y qué quiere ña Martina...- El hombre no quiso dar...

—¡Mirá qué bolada...! Otra semana de guiso e bagre o de lagarto asao sin pisca e sabor...

—¿Comen lagarto ustedes?

—¿Y sino...? Si es riquísimo según dice doñ'Amalia, y nosotras cuando agarramos alguno estamos de fiesta... Aquí la carne es como la sal... ¡Cosa e lujo!

—¿Y hace mucho que no lo ve al mayor González, señora?

—¡Cómo no!... ¡Mucho!... El pobre casi no se puede mover del pueblo, y yo, ya ve, acostumbrada a esta vida del bañao, tengo hasta pereza d'ir...

—Cómo no, doñ'Amalia, dijo ña Martina indignada... ¡Ust'es una mujer sonsaza con el muchacho ese...! S'está muriendo de hambre aquí, metida en l'agua pa cortar la paja y teniendo que vivir de bichos del bañao y él... ni se acuerda de su mama... ¡Y toavía viene a defenderlo!... ¡No diga!... ¡Ese no tiene perdón de Dios!... ¿Quieren creer que vez pasada la pic'un coral y que cuando ví que la contravíbora parecía que no hacía efeto, le mandé decir que se moría y ni siquiera contestó?

—Callesé, ña Martina, es mejor... dijo doñ'Amalia, irguiéndose enojada... ¡Cómo se conoce que no es madre!... Caramba con la compañera que tiene una lengua de rastrillo ¡Mirá decir que m'hijito no se acuerda de mí, cuando hasta me mandó el petizo ese que muento, qu'es una alhaja, señor!

* * *

Una noche, meses más tarde, nos hallábamos en la Opera con el compañero de caza, y como me constaba que no conocía a nadie en el mundo brillante que nos rodeaba, y notara la insistencia conque fijaba el anteojo en uno de los palcos bajos, le dije:

—¿Halla'lgo aquí que le guste más que'lmonte, compañero?

—Ya lo creo... Pero aura miraba'l Conejito, qu'es el nuevo diputado de nuestra provincia y qu'está allí en un palco con varios amigos... Es el hijo'e doñ'Amalia, ¿se acuerda?... Aquella china del bañao que nos sacó cuando nos perdimos...

Miré hacia el palco y ví, lustroso y rozagante, un tape de edad mediana que miraba como distraído la sala resplandeciente, y me acordé del modesto fogón campero a cuya orilla una pobre china vieja chamuscaba la carne de un lagarto que sazonaría, a falta de sal, con buena voluntad y con cariño de madre.

DESPUES DEL RECIBO...

—¡Dejam'hijita...! exclamaba doña Prudencia, de pie en los últimos peldaños de los treinta que forman la escalera de la casa de su sobrina. —

¡No me hablés... que vengo con la garganta seca y n'oigo ni una palabra...! Dios me libr'y me guarde de volver a semejante visita... ¡Se fueron báules, che, y han vuelto petacas...! ¡Con eso te digo todo!

—¡Pero mi tía... si yo no sé ni de dónde viene...! Esperesé...! Saquesé la gorra...

—¡No, hijita, dejame así no más...! Mirá... ¡Haceme servir más bien una tacit'e caldo, si tenés a mano... o mejor un matecito, che!... ¡Qué cosa bárbara las tales Pituguascas...! ¿Pa qué me habré metido a visitarlas...? ¡Aura, m'hijita, después de lo que me ha pasao, les hago una cruz a todas las que vuelven de Uropa, ni an'que les pongan noticias en los diarios y digan que han visitao a las reinas y a las princesas...! Querés crer que Ramona me acompañó hasta la puert'e la sala y allí m'hizo una reverencia como si yo fuese alguna condesa qu'iba a visitarla y me largó a pata... con este romatismo y sin decirme ni siquiera el trangüe que tenía que tomar...?

—Bueno, mi tía... pero usted ha hecho mal también en irse a meter de visita en lo de Misia Ramona...

—¿Mal?... ¿Y por qué...? ¿No las he visitao siempre hasta que se fueron pa Uropa y no me trataban antes como me correspondía no solamente por mis años sino por ser la viuda del hermano de su marido...? ¡Bastantes tortas de tape nos hemos comido con mate, sentadas frente a la puert'e la cocina!... ¿A'n'de se ha visto que porque haigan estao dos meses en París, ya se van a olvidar hast'e la parentela...? ¡Mirá que antes m'iba'a dejar salir Ramona sin darme siquiera p'al trangüe y sin convidarme a'n'que fuese con un matecito...! ¡Estas de aura, son cosas de las muchachas, que l'han trastornao con sus lujos y con sus mo-

das, che...! ¡Mocosas atrevidas...! La muert'el padre no les ha servido sino pa que agarren al destajo los pesitos que les juntó y todavía las he de ver arriand'ovejas en algún puesto e mala muerte, como la he visto tantas veces a su madre... porque Ramona, m'hijita, a'n que la veás aura con tanto ringorrango, montaba hecha hombre en cualquier mancarrón y se largaba por esos campos con la pollera como chiripá... ¡Y aura quien la ve metida a pelo colorao, cuando tiene las cerdas como cepillo... y con el pescuezo, qu'era una cola'sada por lo negro y por lo seco, pintao de blanco y hasta con venas azules...!

—¿Pero que le han hecho, mi tía... qu'está tan enojada?

—¡Enojada no, che...! Lo qu'estoy es resentida como argentina, con todas esas mamarrachas que siempre se han llenao la barriga con galleta y mate amargo... y eso cuando tenían... y que aura no toman sino te con bizcochitos de ala e mosca... ¡Fijate...! Llego a la casa y m'entro sin golpiar, como siempr'he tenido por costumbre, pero cuando subo, me topo arriba e la escalera con un gringuito todo afeitao, qu'estaba e centinela y que pela una bandejita de oro y me la mete por las narices pa qu'echa la tarjeta... ¡Mirá yo con tarjetas, che...! ¿An'de estaremos...? Le dije despacito, porque noté que había gent'en la sala y no quería hacer ruido, que yo ib'a pasar al comedor y que cuando saliese Ramona le avisara... ¡Si vieses la cara que puso y los ojos conque me miró...! ¡Parecía que le hubiese propuesto ir a robar el Cristo e la Catedral, che...! ¡En eso veo que se levantan dos paquetonas de las qu'estaban de visita y qu'eran nada menos que las hijas de don Pepín, aquel verdulero del mercao Comercio que m'hizo que le sacase un hijo e la pila, allá p'al tiempo en que mi

marido era ispetor y que son unas gringuitas conocidísimas...! ¡Claro!... Quise saludarlas, pero no tuve tiempo porque parándose frente a la escalera, se hicieron unas cortesías con Ramona y las hijas, dando como unas sentaditas sobre los garrones y largandosé la cola pa lucirla, haciéndose las que la dejaban p'agarrarse de la baranda, salieron muy orondas... Ni me miraron, che, y pasaron por junto a mí embebidas en los trapos... La saludo a Ramona y a las muchachas, que me recibieron, no como antes, con aquellas esclamaciones y aquellos agasajos de la gente criolla, sino con una sonrisa con mostrada e colmillo y un apretón de manos con el brazo tieso como pa ensartarte si acaso querías besarlas... y ya me dió un sofocón, che... ¡No sabiendo que decirles después de los saludos, me acordé de las gringuitas de don Pepín que aura andan tan alcotanas y que yo había conocido roñosas, comiendo los desperdicios del mercao... y no me contestaron ni una palabra, che!... Aquello no era visita sino baño helao y me salí ligerito no fuera que me agarrasen a escobazos...

—¡Hizo mal, mi tía, en ir a decirles esas cosas, también!... ¿Para que andar así... recordando la vida pasada...?

—¡De gusto...! ¡P'hacerlas rabiar y morderse la cola, por mamarrachas y por sonsas...! ¡Quisiera que levantase la cabeza mi cuñao, pa que viera en un recibo la familia'e su apellido... él qu'era tan criollazo...! Nunca me olvidaré del reto que le pegó a Ramona, una vez, por meterse a'ndar hablando con dicionario y queriéndolo'bligar a qu'hiciera lo mismo... Estábamos en rueda y él contaba que por no haber pagao un compadre suyo la sepultura e la mujer, cuando se le venció el plazo, echaron los güesos al osario... ¡Si vieras la cara e Ramona cuando le oyó decir osario con

toda aquella boca que le había dao Dios al pobre... y la de él, cuando ella, con su vocesita e flauta, le dijo haciéndosé la fina: "No es osario, Miguel... sino Osorio...! ¡Tené cuidao... pa no pasar por lo que no sos...!"

¡VIVA CHILE... Y SIGA EL BAILE!

—¡Pa chancha y pa puerca, che, la suerte mía...! ¡Mire qu'irsemé los chilenos nada menos que cuando se vienen los fríos y dejándomé a la intemperie...! ¡Si parece maldición, amigo...!

—¡Per'hombre...! ¡Esto si qu'es lindo...! ¿Si quedrás que los güéspedes se quedaran hast'el día'el juicio final?

—¿Y cómo no...? ¡Gente tan buena y tan simpática...! Yo ya'bía'prendido a decir "puj'hombre", "al tiro" y "donde Concha"... como si fuese oriundo de las orillas del Mapocho y les había entrao, hast'el estremo de que Vergara me decía las otras noches "vengasé conmigo, cabaiero Rodríguez Ese" — pues yo para'chilenarme mejor me agregué la inicial de Salchicha, qu'es el apellido e mi madre — "Y haremos una visit'a la tierra"... ¡Es una verdadera lástima que nos hay'abandonao esta gente y no m'explico porque no se le ha pedido a la delegación que se quede siquiera un mes...! ¡Que banquetones, che, todas las noches...! ¡Y después los habanos y los licores y la charla...! ¡Te aseguro que yo he'ngordao... y del ñato Tripita no te digo nada!

—¿Qué me contás...? Con razón me dijeron que no se te veía por el jujao hacía como diez días y que a tu cuarto ni pisabas...

— ¡Pues hubies'estado lindo que me costeara

hast'allá, teniend'un espléndido alojamiento en el Royal... hasta con ropa para mudarme! ¡Y después no nos daban alce los güéspedes, che!... ¿No ves que dragoniábamos de periodistas, d'estancieros, de rentistas y teníamos que andar por allí no más?

—¿Y ustedes de qué dragoniaban?

—Yo de chileno críao aquí y Tripita de redator político... pero había muchísimos otros...

—¿Y cómo fueron a colarse en la comitiva, che...? ¡La gran perra, si yo l'hubiese sabido...!

—¡Ahí tenés...! ¡Fuimos a la intendencia a pedir dos entradas p'al puerto el día de la receción y uno de los empliaos oyendo a Tripita qu'es medio gangoso p'hablar, lo tomó por chileno y le preguntó si éramos recién llegaos. ¡Fijate que bolada, che!... ¡Claro! ¡Ahí no más nos dieron un palco de honor haciendo arriar a la policía por mistificadores a dos chilenos verdaderos...! ¡Si era de perecer de risa, lo mismo que cuando en el baile del Jockey, el senador Cané, pa mostrarme su viveza e criollo diablo, hizo echar a la calle a un pobre reporter qu'iba con invitación de su diario a ganarse la vida y a mí me acompañó hast'el comedor, diciéndome con su vocesita e nervioso: ¡Mire, la facha del periodista... sin frac! ¡Es un escándalo lo que sucede con los colados, chileno amigo!"

—¡Eso es invento tuyo, che!... ¿Cómo no v'ha saber Cané que los periodistas de verdá, los pobres bichos que honradamente cambian su salú por el mendrugo miserable, no tienen el aspecto rozagante y florecido de los que viven del cuento...? ¡Eso es macana!

—¿Qué v'a saber hombre...? ¡Si él a fuerza de cernirs'en las nubes ya no se acuerda de lo qu'es la tierra! ¡Mirá...! ¡No hay bicho más cruel con sus semejantes qu'el hombre que l'ha calzao!...

Nosotros éramos como treinta, que andábamos con fraques alquilados y si vieras cómo nos trataban nada más que por la colita e pato! Todos se desvivían por agasajarnos y a pesar de sospechar qu' éramos casi zanagorias, nos obsequiaban y convidaban a cuerpo e rey... Cuando entrábamos a una mesa e lunch hacíamos repeluz de lo que caía y si vieras como nos trataban los mozos y los capataces porque rompíamos copas con el apuro y tirábamos al suelo hasta las fuentes de masas... ¡Por poco no nos abrazaban de contentos lo que le agrandábamos las cuentas y les dábamos ocasión para salarlas!... ¡P'andar bien con ellos, hay que hacer eso y ni escupir en los restaurantes donde se banquetea en detalle... ¡Tan sonsos que son los empresarios!

—Y entonces toda esa gente que se veía en los teatros, siguiendo a los chilenos, ¿eran puritos com'ustedes?...

— Y si no... ¡Habi'algunos del sonsaje, que caían a visitarlos por curiosidá, pero no podían con nosotros que ya éramos de confianza... y los sacábamos peinando...! Una tarde llegaron unos cuantos periodistas de verdá y nosotros apenas los saludamos con la cabeza... así... como a inferiores. ¡Cuando se fueron Tripita tuvo la osadía de decirles a unos chilenos qu'eran pinches de los diarios que venían quizás a ver si les hacían algún regalito...! ¡Mirá, hermano! ¿Sabés que me he convencido de que aquí no hay nadie que pueda más de lo que puede un cola e pato? ¡Yo conforme tenga unos pesos, me le afirmo a uno de moda y dejo e ser ave negra...! ¡Quién sabe si todavía no me ves de personaje...!

—¡Sí, che...! Pero si lo lográs, no vayas a'cer conmigo alguna barbaridá porque me veás de saquito....

—¿Conque te gusta ser gente, no?... ¡Bueno! Entonces transformate, hermano... y seguí la corriente... Si no servís para otra cosa, servirás para comparsa... Comprate un frá y unos guantes y ponete en condiciones...

—Lo que dudo, che... es que vuel'va presentarse otra bolada como esta...

—¡Ah! Tenelo por seguro... Ya como ésta, ni pintada... pero el asunto e la confraternitá es cosa que v'a durar. ¿No ves que el comercio y los empliaos ya le han tomao el gustito y an'que las otras naciones no se comparen con Chile, las tenemos que osequiar?... ¡Lo qu'es yo, v'y a'prender para oriental y un poco pa paraguayo y vas a ver qué papel cuando llegue la ocasión!

EL CAZADOR DE TIGRES

Me lo habían señalado como tipo digno de estudio, pero diversas circunstancias habían obstaculizado una entrevista durante el verano y al llegar el invierno se ausentó de la ciudad, quizás a alguna cacería de tigres, de aquellas que formaban su especialidad. Una tarde me avisaron su regreso y fuí a buscarlo en la confitería que frecuentaba con regularidad casi cronométrica.

—Buenos días, amigo...

—Buenos... dijo el hombre, alzando la cabeza más cómicamente calva que he visto en mi vida y mostrándome el chirlo rojo que le cruzaba la frente y del cual me había hablado mi informante diciéndome que era el zarpazo de un felino.

—Me dijo mi amigo Gutiérrez que usted era cazador de tigres...

—¡Perfectamente!... ¿Y qué hay con eso?...

Y se sonrió sin la menor vanidad por su belleza personal pues de haberla tenido, no hubiese exhibido con tanta franqueza una dentadura asaz maltratada por el uso.

—¡Nada!... ¡Quería conocerlo... hablar con usted!... ¿Quiere que tomemos alguna cosa?

—¡Permítame, señor!... ¿Usted se llama García?

—¿Yo? No, señor... a menos que no lo sepa... ¡Yo soy Pérez... el periodista Pérez!

Y nos sentamos en un rincón, echando al medio una botella de vermouth, pues el hombre, aunque cazador de tigres, era temeroso del cognac y de la ginebra. Supe de sus labios curiosísimos detalles a propósito de su especialidad y entre otros que las autoridades de la comarca que acababa de recorrer, le habían prohibido el ejercicio de su habilidad, porque no le había querido regalar al comisario de policía del partido el caballito que montaba.

—¿Pero eso no ha de ser así, amigo?...

—¿Y por qué no ha de ser, señor? ¿Acaso no sucede siempre lo mismo?... Nombran un comisario nuevo para cualquier partido y cuando más pobre llega, más pronto sale a hacer su recorrida para conocer el pago... Va de estancia en estancia y de rancho en rancho y aquí le gusta un caballito por la parada de las orejas cuando ladran los perros, allí una yunta de bueyes por el modo de mugir o porque tienen las astas blancas y más allá un carnero o unas ovejitas o un gallo, según la pinta de la gente con quien tiene que tratar... Ya ve, pues, que de esto, a tener un plantelito de estancia no hay ni media pulgada.

—Y usted sabía que había tigres por allí...

—¿Qué iba saber, amigo? ¿No le digo que era la primera vez que pisaba el partido?... ¡Andaba buscando no más!... La gran perra con el tal co-

misario... ¡Me ha hecho perder la bolada de probar ante propios y extraños, como lo he sostenido siempre, que el tigre le dispara al hombre en lugar de atropellarlo... ¡Vea... ¡Al tigre, que es flojo pero atrevido, no hay como ganarle el tirón!...

—¡Lo creo... pero el miedo no es zonzo... ni convida a bailes, amigo!

—¡Qué me va a decir a mí, señor Pérez, sobre el miedo, cuando lo tengo más estudiado que la cartilla!... ¡Mire! Eso de los hombres que no tienen miedo, es una macana vivita... El miedo no necesita que lo llamen para venirse sobre uno en los momentos de peligro y lo mismo le cae a un blanco que a un negro... ¿Sabe la única diferencia que hay entre los flojos y los guapos?... ¡Que los primeros no se saben tragar su miedo como los segundos!... Si yo no hubiese tenido la desgracia de que el tal comisario se llamara García, a esta hora andaría mi nombre volando por toda la República en alas de un hecho incontrovertible, probatorio de este aserto atrevido...

—¡Hombre!... ¿Sabe que no veo bien la concomitancia que puede haber entre su cacería de tigres y el hecho de que el comisario se llamara García?...

—¡Claro!... ¿Qué va a ver?... Para ser ciego y sordo con perfección, en este país, no hay como ser periodista... ¡Mire! A mi los Garcías me tienen reventado y cada vez que me topo con uno, es casi a la fija que me ocurre una desgracia: por dolorosa experiencia sé que es inútil que les haga la cruz ni que toque fierro... Dígame... ¿Ha pensado usted alguna vez en contar los Garcías que hay en Buenos Aires? ¡Bueno! Yo lo he hecho, porque ellos son mi desventura y he querido conocerla en toda su extensión... ¡Tome nota!... Hay nueve mil veintitrés García y de estos son hombres

cinco mil doscientos once, contando como entero a un sastre cojo y manco, que vive en la calle Balcarce al llegar a Brasil, de cuya exigua persona no quedan sino retazos y que se completa con un hijo que tiene seis dedos, y tres mil ochocientas doce mujeres. Setecientos veintidós son almaceneros, doscientos cincuenta y un corredores, ciento tres abogados, cuarenta y tres médicos, doscientos cincuenta y un militares, entre los cuales hay un general; un comodoro y doce coroneles, veintiocho clérigos y el resto pertenecen a profesiones varias, teniendo teléfono solamente diecinueve, pues es la gente más refractaria al progreso y al gasto de dinero en superfluidades.

—¡Demonio...! ¿Sabe que es curiosa su estadística?

—¡Ya lo creo!... La he hecho como un cálculo de probabilidades contra la desgracia, pero no me ha servido de un comino y por lo que le he contado del maldito comisario, ya puede ver de lo que son capaces los García cuando se le atraviesan a un hombre... ¡Puede tener la seguridad absoluta de que la sola presencia del más insignificante de ellos, basta para desbaratar el proyecto mejor elaborado...!

—¡Bueno! ¡Perfectamente...! ¿Pero cuántos tigres lleva usted despachurrados hasta la fecha, a pesar de la siniestra influencia de los García?

—¿Yo?... ¡Pero ni uno, amigo...! ¿No le he dicho que lo que ando buscando todavía, sin poder conseguirlo, es tener la ocasión de probar que el miedo es común a todos los hombres y que los más guapos son todavía los que se lo tragan mejor?

—¿Pero, entonces, cómo tiene usted tanta fama de cazador de tigres...?

—¡Ahí verá lo que son las famas...!

—¿Sabe que es curioso el asunto? ¿Y el chirlo ese que tiene en la frente no es un zarpazo de felino, entónces?

—¡No, hombre... qué va a ser! Este es un arañón que me pegué con unos vidrios de botella cuando era chico.

—Me ha embromado Gutiérrez con sus informes... ¡La gran perra que es mentirosa la gente...!

—¡No crea...! Es que la vida es así no más, mi querido señor Pérez, y que en este país como es nuevo, tenemos que inventarnos todo para poder vivir a la europea... ¿Qué sería de nosotros si no tuviéramos historiadores, militares, artistas, políticos clarividentes, periodistas, comerciantes, literatos, autores dramátitcos, cantores y hasta cazadores de tigres...? Una miserable toldería con indios de levita.

DIPLOMATICO EN BOTON

—¡No che...! Apuntá para otro lao... Lo qu'es a mí, ni pintao volvés a verme n'un atrio.

—¡Perfetamente...! ¡Sos dueño'e tu voluntá...! ¡Pero no vengás, después, diciendo que sos patriota y maldiciendo al partido porque no sacaste nada...! Bien me decía vez pasada el padre'e los Amarillos...

—¿De mí...? ¿Y qué te pudo decir el padre'e los Amarillos, que apenas si me conocía de haberle pagao la copa en algunas ocasiones...?

—No sé si te conocía, hermano... pero p'al caso es lo mismo, desde que va saliendo verdá todita su información... ¡Hombre!... Fué cuando te sostuve pa citador del jujao... ¿te acordás?... ¡Bueno! Entonces me sabía decir con aquel tonito gangoso que nos hacía tanta gracia: "No se fie d'ese mozo, amigo... porque no ha'e ser de firme-

za y el día menos pensao la sangre lo ha'e tiroñar.... ¡El padre usaba un escapulario con retrato'e don Bartolo... y la cabra tir'al monte!"

—¡Buen viejo chancho y embustero...! Permita Dios qu'esté ardiendo en el tacho más caliente que tengan en el infierno... ¿Conqu'el conoció a mi padre, no?... Mirá... Andá y decil'e mi parte que se rasque si le pica... ¿Querés?

—¡Cómo no! ¡Aurita voy conforme pas'el calor!

—¡La pucha con el viejito...! ¡Con razón tuv' unos hijos que son tan calamidá y unas hijas que pa bagres no les falta ni collar...! ¡Conque mi mama, qu'era una mujer tan seria y que sabía tanta cosa, me supo dar ningún dato respeto el particular... y los ib'a tener él que al fin ni parecía de aquí... al menos por la tonada...!

—¿Y qué querés, hermano?... Hasta se l'oi repetir en el mismo comité...

—¿En el comité...? P'cha que siento, che, qu'ese viejo se haiga muerto... L'hubiera hecho confesar lo que siempre sospeché, ¿sabés?... ¡que hasta él mismo era toda una matufia que caminaba com'hombre!... ¡Fijate sinó...! Se llamab'Agapito ¿te acordás? y nunca hizo ni morisquetas, porque no sabía ni ráirse y de apelativo Amarillo y era aindiao tirando a negro.

—¡Bueno, hermano, así sería... pero ya ves...!

—¿Ya ves?... ¡Yo no veo nada, che!... Lo que sé's que no m'iscribo, ni voto ni m'enrolo, ni me meto en política ni en nada...

—¡Pero, che...! Vas a quedar pior que gringo, porque un criollo sin boleta no sirve ni pa charlar... ¿Ve? ¡Así son todos ustedes!... Se les viene la ocasión de hacerse valer com'hombres y empiezan a hinchar el lomo y la dejan escapar...

—Yo no encumbro más manates, que después ni me saludan...

—¡Veanlón al mozo vivo...! ¿Ve?... ¿Pero te cres, infeliz, que ni vos, ni yo, ni nadie servimos para otra cosa que pa'muchar el montón de los pobres zanagorias...? ¡Y no encumbro más manates...! ¡Dejat'e cantar, chicharra, que todavía pued'elar!... ¡Atendé...! Vos no tenés porqu'estar desencantao... Si no cuajastes de citador, no fué porque tus amigos no te hubiesen sostenido; sino porqu'el acuerdo t'esigió ese sacrificio... El empleo se le dió al pardo González, candidato e los mitristas, qu'hicieron, como se dice, hasta cuestión de gabinete...

—¡Dejat'e macaniar, hermano...! ¿Cres que si yo m'enojao, ha sido por tal pavada, ni qu'he dentrao en política llevao por la mamadera?... ¡No, che...! A mí me pasó algo pior que sufrir una redota... Fuí tratao como alversario y me pegaron de atrás los mismos que yo servía... ¿Te acordás de Catalina, la hijita de aquella parda que tenía un taller de plancha casi pegao a mi cuarto...? ¡Bueno!... Yo le tuve a esa muchacha una lai y un'afición, que si mucho me apurás no se me ha'cabao tuavía... qu'era linda, che y como me l'iba metiendo en l'alma, despacito y poco a poco... porque de miedo e perderla no me animaba ni a'blarla y dejaba que los hechos fuesen hablando por mí, como dice la milonga... Se me hacía que s'iba desvanecer aquel encanto tan grande que me venía desd' ella, el día que descubriese qu'era toda mi codicia... ¿Y sabés lo que pasó?...

—¿Cómo no?... ¿No fué una que se alzó con el sargento Ferraira?

—¡Qué se v'alzar, che...! El sargento aprovechó la ocasión de que yo estaba ocupao con las cuestiones del clú y el domingo'e la elección, mientras yo'staba en el atrio cumpliendo con mi deber y la mam'abía salido a entregar una ropita, vino

y nos la rató... ¡Mire que caminamos pa ver de quitarselá, antes de que fuera tarde!... ¡Lo vimos al comisario, al juez de paz y hast'al mismo dotor Vigüela, que tanto se me ofreció cuando le dí mi boleta... y nada! ¡Todo fué al ñudo...! A los dos meses se apareció la muchacha diciendo que venía'e Belgrano, la pobrecita... y yo, che, de miedo que me convenciera ¿sabés? por que la quería pa bien, alc'el vuelo y juré no dentrar más en política pa sostener a canallas de la clase de Ferraira, qu'en vez d'esponer el cuero cuando llega la ocasión le ratan a uno la novia y se la largan doblada pa que si uno es medio sonso cargue con la responsabilidad...

—Bueno, hermano... pero no porque un sargento le haiga hech'una porquería, v'a renegar de su patria. Yo siento que haigás pensao d'este modo tan luego en esta ocasión, porque tengo la seguridá de qu'en el comité se v'a crer lo que te dije... que te has pasao a mitrista.

—¿Y por qué se ha'e crer en macana semejante, dina de un viejo hablador como era el Amarillo?

—¡Ahí tenés...! Como aura la política de los mitristas es de que no haiga iscrición y vos con tu conduta vas a tirar pa ese lao...

—¡Maldita sea la casta del tal Amarillo y la hora en que reventó sin que yo supiera esto...! ¡Trompeta!... Pa que no se diga que la baba d' ese viejo me ha llegao a salpicar... te v'y'acompañar... pero, ya sabés, por esta, por esta cruz ¿ves? esta es la última ocasión en que yo pis'en un atrio...

—¡No jurés, hermano... no jurés...! Mirá que aquí, en esta tierra, no se puede hacer programa en materia eletoral y arriejás ser zanagoria pensando ser verdulero...

NOBLEZA DEL PAGO

—Lo encontré al tío viejo en su rancho y comenzamos así la conferencia... ¡Atendé!

—¿Usté no lé la vida social de los diarios, mi tío?

—¿Yo?... ¡Poco sé ler, che!... Nunca he sido aficionao a la letura y aura, con los años, mucho menos... Lo que me gustaba'antes ¿sabés?... cuando recién me pobl'en La Colorada, era ver las figuras del Correo de Ultramar, que solía trair cosas lindas. Entonces me conocí casi todos los reyes y sus familias y también ví unas cabras que diz que servían pa lecheras y unos yuyos rarísimos, que comían carne...

—¡Bueno... mire!... Como aura los diarios han puesto de moda que las familias bien, descienden de condes o de marqueses o de personas de quienes se haig'hablao en la antigüedá, nosotros necesitamos en casa saber algo de los viejos... Y yo venía por eso... A preguntarle lo que usté supiese d'ellos...

—¡Ah!... ¡D'eso sé bastante, che!...

—¡Qué suerte!... Bien decía yo a Mauricia qu'era imposible que usté no supiese alguna cosa...

—Pues bueno fuera que no... ¡Si ha'bido gente de quien se haig'hablao es de la nuestra...! Mucho habrá sido calumnia... Pero algo ha de haber habido de verdá... ¿no te parece?

—¡Ya lo creo!... Y después... tenga en cuenta lo qu'es la envidia de la plebe contra los nobles...

—Yo no sé, che, si eran nobles, pero sé que les caian y que con algunos hasta tuvo que ver l'autoridá, como le pasó a tu tío Ramón, que al fin se quedó en la calle, y a tu tía Robustiana, mal casada con un inglés que tenía el finao mi padre de

puestero y que lo pilló cerdiandolé las yeguas a medias con el juez de paz...

—¡Bueno!... ¿Pero de dond'era nuestro abuelo paterno...? El que nos dió el apellido de García...

—Es'era santiagueñ'o cordobés... Hombre bueno y de acción, según decía mi padre...

—¿Y nuestra'buela de dónd'era...?

—¡Vay'a saber uno...! De por ahi... del campo no más...

—¿Pero no dicen qu'era vasca española...?

—¡Tal vez... pero lo dudo! ¡Más bien tirab'a pampa o a correntina por l'habla... Si era bosalísima!... El viejo parece que se juntó con ella cuando andaba'e picador de carros, p'allá, pa la cost'el Salao, que fué de an'de comenzó a internarse pa l'Azul...

—¿Y de dónde sacó su apellido de Barroso, entónces?

—¿Y qué se yo...? Quizás del charc'o del jagüel en que lavaba sus pilchas... A ella, antes, la conocían en el pago por doña Pepa la mocha, porqu'era del rancho e Los Mochos, como le llamaban a la estancia'el viejo, que casi nadie sabía que fuese tal García...

—¿Los Mochos?... Parece algo así como los Medichi... Sería lindo que resultásemos también como los Demarchi.

¡Y me contó lo siguiente, qu'es toda nuestra ejecutoria, Mauricia!

—Cuando el finao mi padre, qu'era hombre gaucho pero bien intencionao, se alzó con mama, qu'era jovencita y codiciada en el pago, ganó campo afuera y fué a levantar su rancho casi entre los mismos toldos de un indio capitanejo, que decían las malas lenguas que venía a ser su cuñao... Y ahí vinieron, medio a lo cimarrón, hasta que un buen día los in-

dios se fueron, corridos por los cristianos que empezaban a poblarse y cayó a Los Mochos un señor de Buenos Aires, que diz que había comprao los campos y venía a recorrerlos... ¡Claro!... Habló con mi padre una noche que se quedó en el rancho y a la cuenta le gustó la gente, porque antes de despedirse le dijo:

—¿Quiere quedarse aquí mi amigo...? Yo le doy mil vacas pa que las cuide al tercio... y pa que corra con el campo...

—¡Cómo no, señor...! ¡Ya lo creo!

—¡Bueno!... Entonces... ¡vea!... Le v'y a dar dos mil vacas al tercio y los mochos a medias...

—¿Los mochos a medias...? ¡No diga, señor!

—¡Sí, señor! Los mochos no serán muchos... pero pa empezar...

—¡Qué no han de ser, señor...! ¡Si es una fortuna...! Vea señor... ¿ust'es amigo'el gobierno...?

—¡Cómo no...! ¡El gobernador es mi primo y el ministro es mi cuñao... conque, figuresé!

—¡Qué me dice!... ¿Y el comandante militar de aquí no será también pariente?...

—No... pero es amigo y además lo puedo hacer recomendar por la gente de arriba...

Y así pasaron tres años hasta que un día el patrón volvió a su campo y se halló con una fortuna... Dicen que estaban sentaos cerca del rancho para ver desfilar los rodeos con toda comodidá:

—¡Amigo! ¿Sabe qu'esto ha'ndao lindo?... Novillada flor... ¡Y qué torada!

—¡Y, cómo no, señor!... Estas son las cuatro mil del tercio...

—¿Cuatro mil, eh? ¿Y aquella polvareda que se ve allá?

—Son los mochos, señor...

—¿Los mochos?... ¡No puede ser, hombre!

—Sí, señor... Parecen muchos pero no son tantos... Apenas habrá unos catorce mil...

—¿Catorce mil?... Pero no puede ser, che... ¡Has d'estar borracho!... ¡Si estoy viend'un mont'e guampas!...

—As' es, señor... Gracias a su recomendación el comandante ha cerrao los ojos y yo no he dejao ternero en el vecindario que no haiga llevao la marca...

—¡Jesús!... ¡Dios mío!... ¿Pero qu'es esto?...

Y el hombre se persignaba viendo desfilar el vacaje y mirando la guampería'e los mochos, que relumbraban. ¡Claro!... Liquidaron la sociedá, pero el viejo se quedó con ocho mil vaquitas, compró campo y s'hizo hombre... ¿Ves?... Ese's el origen de la fortuna e los García tan mentada y la gente'l pago, sabiendo la historia y d'envidiosa... le chantó el apodo al viejo...

—¡Ave María, mi tío!... ¿Es decir que de nobles no nos quedan ni las ganas?...

—¡Yo no he dicho eso!... ¡Conform'el viejo le cerró el lazo al terneraje orejano... cierrenselón ustedes al primer apellido que les guste y... hagansén los chanchos rengos... como tantos!

UNA CURA POR EL AGUA

—La familia ha pedido su detención, porque dice que anda con intención de suicidarse... Lo agarré junto a la parada catorce y s'hizo ei que compraba unos duraznos cuando me vió aparecer acompañao de su hijito, que me lo enseñó...

—¡Son macanas de familia, hombre!... Se necesita no tener qué hacer y no conocer a mi gente... pa ocuparse en hacerle caso...

—¡Bueno!... ¿Cómo se llama y a dónde vive?

—¿Y pa qué quiere saberlo...? No le digo que todo es una macana...

—Yo tengo que llevarlo, amigo... como quiera que sea no más... y no lo v'y a llevar así... en seco... pa qu'el comisario me pregunte si h'estao dormido u si lo h'encontrao en la vereda como perro que ha perdido el domicilio...

—Y a mi qué m'importa... Lo que yo no quiero es que los diarios me agarren pa la chacota y más por una cuestión qu'en realidá no es cuestión... Yo soy persona conocida, che... y a'nque me vea con gorra e vasco, sepansén que me saludo con hombres de galera y que a veces sé ser suplente en l'aduana e Catalinas...

—¡Perfectamente, amigo...! ¡Le almito todo lo que quiera...! Per'usté comprende que me tiene que dar su nombre pa no cair a la comisaría como cualquier ene ene...

—¡Bueno...! Ponga Antonio Delgadillo...

—¿Delgadillo y con esa panza...? ¡Mire que v'a resultar una barbaridá, che... y se le van a rair en la oficina...! ¡No sabe lo que son los escribientes...! ¡En fin... allá se las haiga!... ¿No le parece, compañero?

—¡Claro...! Diga en la comisaría, siquiera par'ayudarlo... qu'el hombre no se resistió y que parece decente...

—¡Hij'una gran perra con la vieja chancha e doña Rosa...! ¡Vean! ¡si alguna vez esa vieja me agarr'atravesao y con una copa de más, tengan seguro que la cazo e la cabeza y de los pies y la convierto en acordeón...! ¡Saben lo qu'hizo anoche...! ¡Le dijo a mi mujer, qu'es sobrina d'ella y que anda con sangr'en el ojo porque no encuentro trabajo, que me había visto en la calle acompañao de una inglesa...! ¡Claro...! Una palabra

saca a la otra y nos trenzamos de un modo que yo tuve que salirme a media noche con la ropa dentrecasa y enderezar pa los diques... ¿Ve?... Y d'eso es que ha resultao lo que aura m'está pasando y de que tengo seguro que mi mujer se arrepiente...

—Yo, conforme lo ví, ya pensé que usted no era hombre de suicidarse y que todo había de ser por cuestiones de familia...

—¿Que no soy hombre de suicidarme...? ¡No crea!... ¡En un momento e rabia, soy capaz de cualquier cosa...! Anoche no más... cuando me senté sobr'el malecón y me puse a reflesionar sobre las chanchadas de la vida, pensé que quizás sería mejor que acabase de una vez y cuando más cavilaba me sentía más tentao... Conform'empezó a clariar me comencé a desvestir... pucha con la mañana linda... dije y me quedé mirando el sol que comenzaba a'somar pa'quel lao de la Colonia... Mi mujer se acordará d'este día mientras le dure la vida y cuando sepa que toditas son mentiras de la canalla e su tía, tal vez l'arrastre e las mechas y yo me vea vengao... Y ahí no más me zambullí...

—¡Entonces era verdá que salió pa suicidarse...!

—¡No crea...! El decir adiós no es dirse... Conforme me tocó l'agua, se me aplacaron los nervios y en vez de querer augarme me pegué uno d'esos baños que lo dejan como nuevo al hombre más aporriao... Y la verdá, amigo, lo que nadé un poco, se me despejó la cabeza y dentré a considerar que yo no tenía derecho p'abandonar a mis hijos en este trance tan fiero del vivir en la pobreza y m'empecé a tomar rabia, pensando qu'era más justo qu'en vez de matarme yo, que al fin le soy necesario a toda mi cachorrada, viera de darle un dijusto a la vieja doña Rosa por enredista... y por chancha!

—¡Ya lo creo...! Pero tenga cuidao amigo y

que no se le vay'adir la mano... Mire qu'engolosinao puede hacer una barbaridá...

—¡No crea...! ¡L'he dar lo que necesita sin almitirle rebaja... y si puedo hasta un bañito en el dique... con venia e l'autoridá!

ENTRE RENTISTAS...

Yo no alquilo, che, sino muy ligadito... Tres meses adelantaos y garantía personal a satisfacción y no hay tutía... Eso de gente bien y personas distinguidas... ¡pa los pavos! No se hace puchero con pergaminos... ¿no te parece?

—Si yo hago igual, che... pero a veces se atraviesan cosas qu'embroman y no tenés más que dejarte cinchar... Fijate sinó lo que me pasó con la propiedá'e la calle Lavalle, en que se metió el dotor Fritanga y me partió como a queso... ¿quién lo iba a decir?...

—¡Pero cualquiera... che!... Si la cosa s'estaba cayendo'e madura... ¿Crees que nadies t'iba'lquilar semejante atorradero por doscientos pesos con intención de pagarlos?... Es preciso ne dejars'enceguecer por la codicia, y saber con claridá lo que vale cada finca... ¿Pa qué cargar la romana sabiendo que se ha'é romper? El rentista ha'e ser como el hombre'e mundo cuando trata con mujeres... ¡No ha'e pedir sino lo que pueden darle...! No te debés olvidar, hijo, me solía decir mi padre, que la codicia en negocios es como la glotonería... El día menos pensao te deja mostrando el sebo!...

—¡Pues yo cai com'un chorlito!... Y... a propósito... ¿vos conocés un italiano corredor que se llama Bellagamba?... Uno bajito, medio tuerto, que siempre anda como estornudando pero que no estornuda nada.

—¡Buena persona!... Es amigo mío... Si vieras qué modo'e tocar la flauta el de ese corredor, che!... Mirá... Es agarrar su instrumento y comenzar a sentir vos como que te alzan del pelo...

—No digo d'eso, che... digo p'al pago... Me anda por alquilar...

—¡Ah!... D'eso no sé... pero atento a que somos como chanchos te haré un cuentito ¿sabés? y vos sacá la consecuencia si conseguís atar cabos... A mí no me gusta desacreditar y menos a Bellagamba qu'es persona de mi aprecio... Ya sabés que yo no soy sino hombre de afetos y que poco me ha gustado andar metiéndome en canalladas ni difamando a la gente...

—Dejat'e bordoneos, hermano... Ya sabés que secreto qu'echás en mí es como si se cayese al río... ¡No lo pescás ni con ré!...

—El hombr'es bueno ¿sabés? pero juega y a veces la falt'alpiste y d'eso es que le dimana...

—¡Ah! ¡Ah!... ¿Conque juega, no?... ¡Mirá qué ganga!... ¡Bueno!... ¿Y cuál es el cuento?

—Vez pasada vivía con su familia en la call'e Chile y me llevó pa mostrarme su colección de orquídeas—porqu'es coleccionista—y cuando pasamos por junto d'unas gallinas que andaban en el fondo, noté que los animalitos conforme me miraban se tiraban al suelo y juntaban las patitas... ¡Claro!... Me llamó l'atención la cosa y se lo hice notar, contestándome con la mayor frescura... ¿A qué no sabés qué?...—Mire, me dijo, es que lo han tomao por empresario'e mudanzas y como están acostumbradas a que las aten pa trasportarlas, cada vez que cambiamos de casa, ya se l'echan no más... Por el hilo podés sacar el ovillo, si la cosa t'interesa... pero, ya sabés... yo no desacredito a nadies y menos a mis amigos...

POLITICA CASERA

—Y ¿quién es tu padre, che... pa venir a jujar de mi conduta nada menos qu'en asuntos de política?... ¡Mirá!... Te v'y a dar un consejo pa que se lo trasmitás... ¡pero como cosa tuya!...

—¡Si tata, che, no tiene opinión!... Me ha dicho solamente lo que oyó en el almacén...

—Mejor sería qu'estuvies'en su trabajo, pa tener siquiera vainte pesos cuando su hija se los pide... Tu padre, que al fin no es más que un triste remendero media lengua, s'enllena la boca con sus paisanos, diciendo que su hija Catalina es nada menos que la mujer de don Calisto Viñales, pero conforme te refalás con un pedido cualquiera te saca el cuerpo y te deja que te rompás el bautismo... ¡Y vení a contarme a mí del cariño de tu padre!

—Pero, mirá, Calisto... Tata tiene muchos gastos... Los muchachos se le han alzao y no quieren trabajar...

—¡Música!... Yo no soy gringo como él ¿sabés? pero así, en criollo no más, le adivino los albitrios y no es quién pa ganarmelá cortao... ¿Por qué no te dió los pesitos en vez de venirte con l'agachada de si m'iba pa La Plata o de si m'ib'a quedar?... Convencete, che... Tu padr'es más chancho é lo que parece y gasta jarabe'e pico, como qu'es cosa barata...

—¡Pobre tata!... Se asustó cuando le dijeron que cambiabas de partido y ya está la explicación...

—¡Cómo no!... ¡Clarita!... Y quién lo puede haber dicho que cambeo de partido, vamos a ver, si no son otros como él? ¿Y quiénes son ellos pa venir con dinidá y con firmeza e caráter cuando por cinco centavos te bailan la tarantela y lo hacen has-

ta con yapa?... ¡Qué no embromen!... ¡Mirá! ¿Sabés lo que hay en todo esto?... Te lo v'y a decir en secreto, pa que lo desparramés más pronto con ayuda de tu familia qu'es toda tan inocente...

P'allá p'al mes de setiembre, m'hizo llamar un amigo y me pidió mi concurso p'al partido casarista, diciendomé, entre otras cosas, que yo no había de andar solo, pues estaba por el hombre la gente de más valer de todita la provincia... ¡Figurate la bolada, che!... ¡Claro! Mordí el freno... ¿Te acordás de unos cien pesos nuevitos conque te alumbré una tarde?... ¡Bueno! Eran d'eso... Y después no hubo más cera y nos pedían el concurso, así no más, por vergüenza... diciendo de que seríamos el dique p'atajar la corrución y de que algún día la historia se ocuparía de nosotros... Como pa historias y diques andaba la muchachada, che... ¡Claro!... ¡Ni pisamos los atrios, y los ugartistas agarraron el soquete y salieron como alma que lleva el diablo!... ¿Te cres que los casaristas nos quedamos a esperar que nos llovies'el puchero?... ¡Pues no!... Comenzaron a'garrar p'al lao de los vencedores y a meterse bajo l'ala de los amigos probaos y como yo me topé con Ciriaco el santiagueño, con quien siempre fuimos yunta, le conté mi desventura y él me dijo que yo no era sino víctima de mi propia fe y me largó cinco pesos...

—¡Eso es amigo!... ¿Lo ves?...

—¡Ya lo creo qu'es amigo! Es'es de los que no se despintan, che... y saben lo qu'es andar en la mala... ¡Bueno! Y aquí me tenés, comprometido con él p'acompañarlo al infierno... si es que allí le dan un calce... Y aura comparame esta conduta con la que oserva mi suegro y decime con franqueza si tiene perdón de Dios...

—¿Y dónde están esos cinco... con que tanto cacariás?

—Querés que te dé los cinco... y no has sido ni capaz d'encontrar en tu familia quien nos dé ni un vaso de agua... ¡Afilate!... Ustedes son gringos, che... y entiendansén como puedan, porque lo qu'es con mi plata no se van a dir a Italia... ¡Y ya lo sabés!... Si querés ver estos cincos y tomarle el olor... andá enseñale a tu padre cómo deben ser los suegros... y convidalo a un acuerdo sobre la bas'e los vainte... ¡Que afloje si quiere hablar... como hacen los ugartistas!

CONFIDENCIAS

—Tu padre no cre nada, che, sinó que sos sonso... ¡Y la gracia es que hasta yo me voy convenciendo de lo mismo!... ¡Mire que se necesita ser pavo pa preferir andar de atorrante a estar en la estancia cómodamente, trabajando en tus cosas y dandolé gusto al viejo, que lo que quiere es tu bien y nada más... ¡qué diablos!... A qué demonios te has ido a meter en puebladas, exponiéndote a que te dejen seco de un palo?... ¿Qué te va ni qué te viene en que Roca lo achure a Pellegrini ayudao por don Bartolo, o en que don Bartolo lo estire a Roca, o en que los tres se hagan tiras dejando güérfano al país, aunque sea por diez minutos?... ¿Acaso vos vas a ser el tutor?...

—Dejat'e macanas Santiago y no te metás en lo que no entendés ni entenderá mi padre tampoco... ¿Qué saben ustedes, pobres bichos, de ciertas cosas que ni sospechan que existen?... Ustedes han nacido pa comer a gusto, che, pa trabajar a sus anchas, pa vivir sin pensar ni senttir, esperando que los negocios vayan delante y que Dios les dé salud... Los dos son viejísimos, che, aunque no lo

echen de ver y yo sería un loco si me metiese a convencerlos... Decime... ¿Vos jugarías plat'a mis manos si me vieras trair un mancarrón de la estancia, cuidarlo como a potrillo y anotarlo p'al premio grande?...

—¡Che... che... che! ¡Al fin veo la pata de que' rengueás!... Vos estás enamorao com'un pichicho y sos romántico y te has llegao a convencer de que sos el único en el mundo que sabe lo qu'es querer... ¿Pa qué te ponés colorao?... No seas pipiolo, hombre, y cantá claro... ¡Mirá!... Yo soy tu tío, pero soy muy macho, che... y aunque vos lo dudés tengo más música en l'alma de la que tal vez necesito... con alguna semillita que se te ha de hacer carozo... ¡A ver, desembuchá!... Te has de estar atorando

—¡No arrugués que no hay quien planche!... P'cha que sos diablo... ¿Por qué no te metés a divino?...

—Mirá, chiquilín... Esto va en serio... Es una macana lo que hacés de alzarte contra tu padre y resistir su mandao... ¿Cres que por eso va a ser más grande tu amor ni tampoco el que te tengan?...

—¡Pero si todo es una locura, Santiago!... Si yo mismo ni sé lo que ando queriendo!... Figurate que estoy enamorao... así... como se dice... de un sueño... Si ella no sabe nada...

—¿Pero por qué no se lo decís?... ¡Mirá!... En estas cosas hay que ser prácticos, che, y lo primero es lo primero...

—¡La facilidá!... Si yo lo único que hago es irme frente a su casa para verla cuando sale y no me animo ni a seguirla! ¡Si cuando la veo, che, hasta las piernas me flaquean y... ¡que me caiga muerto si miento!... hasta me dan ganas de irme por miedo de que vaya a conocerme el juego y se me ría en las narices...

—¿No digas?... ¿Pero vos no sos zonzo, enton-

ces, sino sonso y medio?... ¿De qué nido te habrás caido, sobrino?...

—¿Y qué querés, Santiago?... Así es la cosa... Y por eso no me animaba a decirte... ¿Ves?... Aura resulta que no m'entendés y que te burlás de mí y me vas a echar al medio...

—¡No, hombre!... Dejat'e macanas... Si yo sé lo qué es cantar sin tener quien acompañe... Mirá... A tus años se le perdona a cualquiera que pegue un tropezón y se rompa cualquier cosa... pero a la mía... ¿qué me decís? ¡Y si vieras cómo ando yo, che!... Ni veo, ni oigo, y el día menos pensao hago una barbaridá... ¡Te garanto que vos estás a dos dedos de hallarte con una tía qu'es una divinidá!... ¡Casi, casi, estoy por decirte que serás sobrino'el cielo, che!... Bueno, pues... y aura que ya nos hemos entendido, escuchá lo que te digo... ¡No te metás en política y adelante con los faroles!...

—¡Qué política ni qué diablos, che!... Pero... te crés que teniendo como tengo un jardín dentro'el alma, me v'y a ocupar en ir a cavar sepulturas... y... decime... ¿le vés aura que me puedo ir a la estancia y dejar así, mis asuntos, para atender los del viejo?...

—Mirá, m'hijito... Entr'el corazón y el bolsillo cabe una conciliación... ¡No muñequiés!... El sistema ya está viejo y no hay que hacerse boliar cuando uno anda en libertá!

LA ECONOMIA ES LA MADRE DE LA RIQUEZA

Era en aquellos tiempos del Buenos Aires pendenciero y levantisco, en que crudos y cocidos y pandilleros y chupandinos ensagrentaban las calles

a cada triquitraque y en que no había ciudadano por modesto que fuese, que no creyera que los destinos de la patria los llevaba cada cual en la punta de su cuchillo.

Los hombres vivían más en la plaza pública que en su propio hogar y como su existencia transcurría de club en club y de manifestación en manifestación y los servicios de fondas y restaurants andaban tan escasos como caros, abundaban los negros pasteleros, que eran la providencia de los estómagos famélicos, así como la confección de los pasteles que vendían, lo era también de más de una casa de familia, que no solamente costeaba con su producto los gastos ordinarios de su presupuesto, sino que aun proyectaba en el futuro siluetas de millonarios y potentados. Los días de agitación política, las fiestas patrias, el carnaval durante el cual no era prudente aventurarse así no más en busca de provisiones, y, sobre todo la semana santa, en cuyos términos no se hacía matanza en los corrales ni se expendía carne en los mercados, eran los grandes días de la industria casera.

Fué al aproximarse uno de esos períodos y en época de gran carestía de provisiones en la ciudad, por hallarse ésta bajo sitio y con todas sus comunicaciones interrumpidas, que hicieron su aparición en las plazas y en las calles los pasteles de Misia Paca, que vendidos a precios increíbles por su baratura y rellenados con generosa liberalidad, desalojaron a sus rivales en el comercio menudo y mataron toda competencia, produciendo una crisis espantosa en la antes boyante industria pastelera.

Y las aceradas lenguas criollas, que cortan como tijeras de sastre, y las mentes activas y cavilosas, se echaron a buscar, desesperadas, el secreto profesional de la victoriosa pastelera Misiá Paca:

—¡Si nunca hizo ni tortas fritas, che!... Y, des-

pués, eso se ve clarito... ¡Los pasteles son de morondanga y sólo sirven pa los que cáian de pobres!...

—Yo... lo que no me explico, ¿saben?... ¡es el precio!... ¡Si es una barbaridá con los artículos como están!...

Y las comadres llegaron a propalar que los pasteles de Misiá Paca se hacían con carne, no de mula ni de caballo, que al fin hubiera sido una nimiedad, sino con carne humana. Hasta se habló de varios ingleses sin familia que habían desaparecido y se afirmó que un carrero de la Aduana se había atorado con un huesito el cual examinado, había resultado ser un pedazo de dedo chico... hasta con uña.

—¡Ya veremos!... Dejen que venga semana santa... ¡Entonces será la buena!... El pescado no tiene más que un precio... ¡ y no es inglés sin familia!

Y vino la esperada semana y Misiá Paca vendió sus pasteles como siempre, baratos y tan bien rellenos, que su jugo "chorreaba por los enemigos", como decía la clientela, aludiendo a que al primer mordisco cuando estaban calientes, saltaba la salsa apetitosa mojando los carrillos...

Entretanto, Misiá Paca estaba radiante y su triunfo la embriagaba, quitando de sus labios hasta las palabras de piedad, que otrora supo reclamar para los desheredados...

—Se han fundido porque son haraganas y ambiciosas, y quieren ganar platales como Anchorena... Que trabajen y se contenten con poco, como yo... y ya verán.

Y el reinado de Misiá Paca fué real y positivo, extendiéndose su influencia por toda la ciudad, llegando sus pasteles a todos los estómagos, pues no

quedó negro vendedor que quisiera otra factura que aquella sin rival.

Ya no había competencia. Descartada la insidiosa calumnia de la carne de inglés y la malévola especie de que los tales pasteles no podían encontrarlos buenos sino las personas sin estómago, se acallaron las protestas y los labios enmudecieron, confundidas las mentes cavilosas por la evidencia de los hechos, siendo aclamada Misiá Paca e inscripto su nombre en la lista de oro de las grandes damas caritativas de la ciudad y disputándoselo las asociaciones de beneficencia para encabezar los consejos directivos... Hasta su esposo, que era un triste capitán, ascendió en el ejército, llegando a jefe de batallón, debido al influjo de los pasteles, que siempre en esta tierra se vieron cosas de tal jaez y ya no llaman la atención de nadie: los poetas no ganan posiciones escribiendo versos, sino enseñando matemáticas; los abogados curando enfermos o proyectando ferrocarriles; los médicos tramitando testamentarías; los ingenieros pleiteando en los estrados y los militares... hasta vendiendo pasteles de confección casera, escribiendo artículos de diario o mezclándose a las turbias corrientes de la política.

Una noche había reunión en una noble sociedad caritativa, presidida por la radiante Misiá Paca y se atendía el pedido de una pobre mujer cargada de hijos, viuda reciente de un viejo soldado.

—¡Bueno!—decía Misiá Paca, dirigiéndose a la pobre o postulante y manteniendo una atención aduladora, de parte de sus consocias,—ust'es pobre porque quiere... Trabaje y economice... La economía es la madre de la riqueza.

—Sí, señora.

—Yo también soy esposa de soldado y... ¡ya ve! adonde he llegado haciendo pasteles...

—¡Cómo no, señora!... Pero para eso ya'stoy vieja y muy llena d'hijos...

—Eso qu'importa... ¡No se'haragana!

—Si no es por haraganería... Sino que yo no voy a''llar sino alguno de tropa que me quiera... Y casarme, así... ¡usté ve!

—¿Acaso yo le aconsejo eso?...

—Ya sé que no... pero si no me caso con un oficial que me mande las economías del batallón... la leña, la carne, la grasa, la harina... ¡que son tan caras!... ¿cómo voy a fabricar pasteles baratos, señora?...

El argumento fué contundente y al explicarse de manera tan sencilla como inesperada el secreto profesional de Misiá Paca, acabó su reinado, basado solamente en la economía... del cuerpo que mandaba su esposo y que resultaba ser la madre de la riqueza, como ella lo pregonaba...

LA DESPEDIDA

A ña Simona Peráira, como ella solía decirlo, no la agarraban sin perros ni los más madrugadores y en cuanto a su Carmencita, tal vez cayese en las uñas de algún gavilán artero, pues no hay muchacha en el mundo de quien se puede decir que sabe seguir consejos, pero antes que desgraciada, habían de verla sus ojos en el mismo cementerio. Y al mirarme ña Simona, por entre un monte de cejas, juntadas sobre sus ojos para darle a sus palabras un tinte de más firmeza, halló que me estaba riendo, al verlos cerca del pozo al aparcero Francisco y a la linda Carmencita, di-

ciéndose sus ternezas como si nadie los viese en esa hora postrera, pues él dejaba sus pagos para irse de pialador a trabajar en las yerras...

—No crea que me la ganan y que yo me mamo el dedo...

—¡Qué ocurrencia, ña Simona...!

—Déjese de cumplimientos y de hacerse el socarrón, que usté no nació par'eso, como no nació Francisco, a quien si yo le doy lao pa que hable con Carmencita y le diga lo que quiera, es porqu'el mozo me gusta y no porque m'echen tierra, como ustedes se lo piensan.

—¡Pero, mire!... Atiéndame con paciencia y verá...

—¿Y paqué quiere que vea... si viendo he llegado a vieja?... Sepa sólo de una vez y pa que no alegue inorancia, que a ña Simona Peraira no es quién usté pa pitarla, por más narices que tenga y que a'nqu'hijo del patrón, no me ha'e boliar el caballo ni me ha'e gritar "bijulé" cuando salga d'este rancho... Son muy cachorros los dos p'hacer semejante hazaña y a usté, a'nque no le guste, se lo'e decir francamente... ¡pa gancho no le veo laya!

—Pero atienda, ña Simona, y no agarre campo afuera... mire que voy a pensar que es cierto lo que se corre, de que usted ve piernas en todas partes cuando no ve interesados en alzarle las tamberas y que no tiene más vida qu'estar chumbando los perros a cualquiera que se allega...

—¡Mirenmelón al dotor, afanao por hacer renga a Simona la puestera!... Vaya, pregunte a su padre, que con ser lo que él ha sido, nunca pudo en este rancho venir a soliar sus jergas sin permiso de la dueña o al menos... ¡sin que lo viera!... Fijesén la parejita que hace m'hija con Francisco, paradita junto al pozo, oyéndolé las mentiras con

que trata de envolverla!... Lo mismo que a ella le pasa me pasó a mí con Mamentro, a quien Dios tenga en su gloria, el día que vino a'blarme antes de dirse a la guerra... Era un mozo bizarrote, así como Carmen su hija, y sabía decir las cosas con una gracia y un modo, que a'nque uno ya las supeiese, gustaba escuchárselas, pues parecían siempre nuevas... Cayó a casa esa mañana montado en un redomón que recién mascaba el yerro y mientras mama'cababa de llenar un zarzo e quesos, trujo el caballo e la rienda, así como hizo Francisco y m'empezó a decir cosas, qu'eran todas cosas viejas, porque no encontré ninguna que yo ya no la supiera... Y habiendo estao en el trance, quiere usté que yo no sepa lo que le dice Francisco a la pobre de m'hijita, que hacen ya como dos meses que lo anda llevando en 'alma como él la llev'a ella?... ¡No crea en eso que corre de que yo chumbo los perros a todos los que se allegan!... Son dichos de pulpería, circulaos por cuanto vago sale a campearse un churrasc'o una cebadura e yerba pegandolé a la sin güeso p'hacer crer que no'stá seca... Francisco es un mozo bueno, como lo era mi Mamerto, y ya me ha dicho el patrón que lo v'hacer capataz cuando haga l'estancia nueva y entonces mi Carmencita y también mis cuatro riales, han de pasar a sus manos, si acaso Dios me permite...

—Y se lo ha de permitir, porque Carmen y Francisco...

—¡No me hable d'esos canallas que cren que m'están pitando!... No les diga que yo sé, mejor que lo qu'ellos saben, ese secreto que guardan... Hay flores que sólo güelen en el misterio e la noche, pues parece que el olor con la sombra se casara...

MI PRIMO SEBASTIÁN

Las personas que no tengan entre sus parientes un ejemplar como mi primo Sebastián, no mirarán seguramente, los tramways eléctricos ni los automóviles, con la fruición que yo los miro, ni leerán las noticias referentes a choques y colisiones, con mi impaciencia golosa, sobre todo al recorrer anhelante la lista de las desgraciadas víctimas. Anteayer acababa de desayunarme en el club y leía los periódicos, cuando se me presentó mi pariente:

—¡No salgás todavía, che! Tengo que hablarte seriamente de un asunto importante, que te interesa como primo y como argentino...

Y tomando asiento, con ese desparpajo fanfarrón, propio solamente de los hombres necesitados de entereza y que ocupados en fingirla no ven el ridículo que les hace señas, llamó al mozo encargándole uno de sus tantos brebajes favoritos, y encarándose conmigo, me dijo a quemarropa:

—Decime che... ¿vos ya te has afiliao a alguno de los partidos en lucha?... ¿Qué sos en l'atualidá?...—Y mi primo Sebastián revolvía nerviosamente su vaso, sin mirarme.

—¿Yo?... ¿Y qué quieres que sea, Sebastián?

—¿Cómo que quiero que seas?... ¡Yo no quiero nada!... El que debe querer sos vos, que no podés permanecer indiferente cuando ya están hirviendo las parroquias, olvidándote de que tenés un nombre tradicional en nuestras luchas electorales y parientes, como yo, ¡que solamente esperan tu palabra pa pararse!... Anoche, no más, les decía a los muchachos de casa, que comentaban tu indiferencia: "¡Vean!... ¡A ese dejenmelón a mí, que yo lo v'y a templar!..." ¡Y aquí me tenés a tu lao, dispuesto a todo!... Vos sabés que yo soy el

último Ferro que queda en la familia y que tengo de mi padre, entre muchas cosas buenas, la condición de ser desinteresado y decidido, como era él, que aunque hijo de italiano, no tuvo nunca nadie que decirle que no fuese un criollo cuadrao!... Yo, ¿sabés?, ¡estoy dispuesto a transigir con todo, menos con verte alejao del puesto que te corresponde y he tenido mucha rabia al no hallarte entre los notables que forman la convención!... ¿Qué se piensa Roca de nosotros, che?... Ya sería tiempo'e saberlo pa tomar un rumbo fijo y enseñarle a respetar... ¿Que te ha dicho Pellegrini?...

—¿A mí?... ¡Nada!

—¿Aura salimos con esa?... ¡El gringo ha de estar creyendo que se la lleva de arriba!... ¡Bueno: ¡Mirá!... Lo primero que hay que hacer, es cambiar de táctica y formar un clusito independiente pero maniobrero, algo así livianito, que podamos manejarlo como queramos... Sería una vergüenza pa vos y pa todos los amigos, che... que dejaran a un hombre como yo que dentrara a transar por el puchero, nada menos que con esos usurpadores envalentonaos... ¿Entonces quedamos en que vos lo que querés es dentrar entre los notables?...

—¿Yo?...

—¡Perfetamente!... ¡No hay ni que hablar!... ¡Che!... ¡Mozo!... ¡Oiga! Traiga una botellita e coñaque del mejor que tenga... que vamos a festejar una alianza que será famosa... ¡Este hombre tiene una suerte...!

—¡Sebastián!... ¡Yo no te he dicho nada ni quiero nada!... No me mezclo en política, ni quiero saber de notables ni de convencionales!

—¿Qué no vas a querer, hipócrita del demonio?... ¡Lo que hay es que ya estás creyendo que yo te me voy a dejar cair con un par de a quinientos y m'estás sacando el cuerpo!... ¡No creás, her-

mano!... Aura, desde que dejé mis viejos vicios, o mejor dicho, desde que ellos me dejaron a mí, se acabó el Sebastián de antes, aquel pasiandero y divertido que tanto les dió que hacer...

—¡Yo no te digo nada, Sebastián... pero no me meto en política ni quiero oir hablar de asuntos semejantes!...

—¿Qué no te metés?... ¡Eso será lo que tase un sastre!... ¿Y con qué derecho me querés cortar mi carrera, arrancándome de las manos nada menos que la bandera de la regeneración? ¡No, che!... ¡Vos tenés una tradición de familia que no es de tu sola propiedá y yo no v'y a consentir que te den una bofetada y te quedés como si tal cosa!... ¡No, m'hijito!... El honor y la dinidá no se valoran con plata, entendelo bien... y pensá que si vos sos rico en cambio te falta sangre en las venas y que yo tengo pa los dos...

—Bebete tu copa, Sebastián, dejémonos de zonceras...

—¿Zonceras la dinidá?... ¿Zonceras el orgullo y la altivez?... Es decir, que porque a vos se te antoje dejarte aporriar con Roca y con Pellegrini, nosotros nos tenemos que aguantar... ¡Hombre!... ¡Ni que fueras don Bartolo, pa disponer así de nuestra voluntá!... No, che, vos no te pertenecés y perdoná que te lo diga, ni tenés derecho pa condenarte a vivir como estoy viviendo yo, por conservar con honor el apellido...

—¿Y qué se yo de lo que vives, ni lo que haces?...

—¡Ah!... ¿No sabés de lo que vivo?... ¡Bueno!... Vas a saberlo y entonces comprenderás de lo qu'es capaz el último de los Ferro de la familia, pa no desmentir la cría... ¡Asombrate! Yo exploto el apellido, haciendoló servir pa encabezar banquetes en los hoteles y restaurants, pues soy nada

menos que promotor de despedidas de la vida de soltero y felicitaciones por haber concluído la carrera!... ¿Y sabés cuál es mi suerte?... ¡Bueno!... ¡El llamarme Ferro!... ¡Si me llamase Martínez, Velázquez, Alvarez o Fernández, no tendría ni siquiera ese miserable recurso de la comisión que me pagan los hoteleros como promotor!... ¿Quién diablo s'iba a dejar promover nada, con un individuo llamado así? ¿Quién iba a creer que un criollo o un galiego podían andar pagando banquetes a cada triquitraque ni festejando estudiantes?... ¿Y aura que conocés el misterio, decime si cres que yo puedo mirar con indiferencia tu alejamiento egoísta de la política, que me quita hasta la posibilidad de poder lograrme un calce?

—¡Qué Sebastián este!... ¿Entonces crees de veras que yo tengo la obligación de meterme en lo que no quiero, nada más que por solidaridad de familia?

—¡Claro! ¡Los antecedentes atan, che, y obligan!... ¡Vos jujandomé por las historias de mi juventud de antes, te negás a ponerte en condiciones de ayudarme y preferís tu tranquilidá al honor, y yo, ni la familia, te lo podemos consentir!... Vos sos un personaje y tenés obligación de proceder como tal, con altura y dinidá... Yo, te lo confieso con franqueza, me veré obligao a hacerte dentrar entre los notables y a ponerte en condiciones, proclamando tu nombre en todos los banquetes que promuevo, porque me faltan unos doscientos pesos pa plantear mi clusito mar'obrero...

—¡Y yo te digo redondamente, Sebastián, que no te doy ni un centavo y que te prohibo hasta acordarte de mí!

—¡Cómo no!... Esta misma noche comienzo la proclamación y mañana vuela tu candidatura presidencial de boca en boca... Pues estaría lindo que

rehusaras a ser nada menos que personaje en estos momentos solenes... ¡Ya verás de lo que yo soy capaz por honor de la familia y por no dejar un güeco nada menos qu'en la historia electoral de nuestra patria!

EN FAMILIA...

—Mirá mamá querida... todas esas cosas que me decís, yo las sé, pero no me sirven de nada, porque con ellas no adelanto ni pizca... ¡Mi situación es d'empantanamiento clavao y no tiene vuelta!... ¡Fijensé!... No he podido n'ingresar en el nuevo partido, pa ver si siendo de los primeros me liga alguna cosita, porque ustedes me tienen en una categoría que... ¡francamente!... da vergüenza.

—¿Y acaso yo te privo?... ¿No es verdá, Mari'Elenita que yo no le privo nada?

—¿Y qué le vas a privar?... ¡Mirá semejante nene para'cer caso de lo que le digan!...

—Yo sé que no me privan... pero... ¿y con qué hago la parada?... ¡Aquí no cai pesito que vos no te lo tragués con tus modas y a mí me tenés reventao!... No tengo ni ranglar siquiera y le sacudo al over-coat hasta de tarde... arriejo de que me tomen por cobrador... Está bueno, che... que uno vaya pasando a fuerza de hacerse el loco y el mozo diablo... ¡pero no hay que ser tan calvo que se vean hasta los sesos!

—¿Y por qué no lo ves a tu sastre? ¿Qué nos venís a nosotras con semejantes historias... pedazo de sonso?

—¿Ves a tu sastre?... ¿Y te crés que yo tengo eso, che... ni que porque yo lo vea ya me v'alargar un ranglar?... No seas pava...hijita... Tengo que llevarle veinte pesos y sino no hay tutía.

—¿Y cómo tenés para llevarlas a palco y nada menos que al Odeón... a las lombrices de Misia Pepa?...

—¡Mirá Marí'Elenita...no me saqués los cueros al sol, porque no se van a'soliar solos, eh?

—¡Bueno!... Dejensé d'eso... y vamos a ver cómo arreglamos para que te hagás un sobretodo...

—Acordate, mamá, qu'este mes hay que pagar los réditos y que se precisan los cincuenta pesos para el bordador de tu capa... Vos no podés seguir con la que tenés... ¡Es un verdadero asesinato!

—Dejal'a mamá, che... qu'ella sabrá lo que v'a' cer... No la mariés con tus esageraciones...

—¿Vos crés que son esageraciones?... ¡A este paso nos vamos a quedar en la calle! Mejor sería qu'en lugar de andar de tiatro en tiatro, te ocupases de alguna cosa...

—¿Pero vos crés que yo gasto un centavo en tiatros?... ¿Y de dónde v'y a sacar?... ¿No sos vos la que la metés a mamá en los gastos de dar recibos, para que no venga nadie... pues no lo quiero contar al desgraciao de Pambazo?...

—¡Bueno!... sosieguensén y vamos a reglar el asunto...

—Si yo no hago más que contestarle a esta... mamá... ¡Figurate que yo tengo que tomar mi café con el Dientudo chico que me lo paga pa que lo acompañe a pasar por una casa de la calle de Artes...

—¡Eso no es el tiatro... che!... ¡Yo te hablaba de las lombrices de Misia Pepa... no te hagás el sonso...!

—¿Y sabés por qué voy con ellas?... Porque son portuguesas... y yo las acompaño...

—¿Qué Pepa es portuguesa, decís? ¿Pero estás

loco?... Si hemos andao juntas en l'escuela'e Misia Pamela y nos conocemos desde chicas... El padre'ra un chino gordo...

—No, mamá... Si no es portuguesa de nacionalidá sino de oficio... En los tiatros les llaman así ¿sabés? a las familias que sirven p'al relleno e las salas no más... Cuando se da una función y no va gente, la empresa comienza a mandar los palcos y las lunetas, conforme nota que no se van a vender, a las casas que ya se tienen en lista... Todas esas familias qu'entran tarde a la función son generalmente del gremio...

—¿Qué nos contás, hijito?

—¡Como lo oyen! Misiá Pepa es muy amiga del empresario y es la segund'e la lista... A las ocho, ya se visten las muchachas y se ponen los sombreros y esperamos, jugando a la baraja, hasta que llega el zanagoria con las localidades... Ves... vos, che... Es's el secreto que tengo para ir casi todas las noches y si no fueses tan criticona yo ya te hubiese convidao, porque las muchachas...

—¿A mí?... ¡No faltaba más!... ¡Mirá quien, che... para andar de portuguesa en ninguna parte!... ¡Y yo que creía que esas que llegan tarde a la función lo hacían por darse corte!...

—¡Portuguesismo corrido, m'hijita!... Nosotros ya conocemos todo eso y no nos llama l'atención... ¡Bueno!... Vaya, hermanita querida, en cambio de la lección que l'he dao eche una manito a ver si arreglamos lo del ranglar... ¿Cómo hago?...

—Mi consejo es que hagás como hacen muchos... ¡Que veás si también hay portugueses en las sastrerías y te hagás poner en lista!

CALLEJERA

—¿Conque resulta entonces que vos no sos colla sino una miserable falsificación?... ¡La gran perra!... Y pague uno impuestos y sacrifiquesé trabajando, pa que le suceda estas cosas nada menos qu'en una ciudá civilizada... ¿Querés ver de que llamo al vigilante...?

—Orst... ¿Y sabe que es ocurrencia?... ¿Acaso yo l'he dicho que soy colla ni que no soy?... Usté me ha llamao pa que le venda polvitos p'al amor y l'he dicho que no tengo sino bálsamo católico, habas tongas y pepitas de quina-quina... ¿Qué más quiere?

—¡Hijo'e perra...! ¿Aura me venís con esas, no?... Esperate... Ya te v'y a'cer ver que aquí no'stás entre gringos...

—Pero, digamé, señor...

—¡Nada!... ¿A ver?... ¿A'nde tenés la patente...?

—Patente'e colla... Esto sí qu'es lindo... ¡Mirá... en la que m'he metido!... ¡Vea... señor!... ¡Atienda! Yo soy criollo de aquí ¿sabe?... M'he criao en casa'e los Palmarini, en la call'e San José y siempr'he sabido trabajar d'elemento eletoral... así... pa'sistir a las manifestaciones o pa fundar algunos clus... pero aur'ha cambiao la cosa y pa ver de remediarme le pedí el traje a un amigo que ha dentrao al cajoncito y aquí me tiene rodando...

—¿Que ha dentrao al cajoncito, tu amigo?... Y qué diablos es eso, che...? ¿Sabés que m'interesás?

—¿No sabe?... Pucha... ¿ve?... Eso sí que no le creo... ¡Si ustedes son más corsarios los de la municipalidá, que no se les va ni el aire sin que le metan el sello...! ¡Mire...! Mi amigo ha den-

trao de turco y anda con el cajoncito vendiendo la merchería...

—¡Ah! ¡Ah!... ¿Es decir que aura hasta los turcos son criollos y que ustedes se le agachan a lo que caiga?

—¿Y sino, señor...? Antes, siquiera los pobres teníamos algún recurso con el cuento'e las elecciones y a veces hasta nos caian con alguna comilona... pero, aura, Roca no precisa de nadies pa fabricar los pasteles y hasta se chupa los dedos pa no perder la grasita...

—A ver.., che,,. bajá la prima y no te vas a pasar... Mirá que soy del partido...

—¡Orst...! ¿Y yo?... ¿Se cre que a'nque ande de colla no he sabido hacerme ver...? ¡Mire...! Busqu'en la lista'el comercio que le osequió una medalla cuando subió a presidente y, allá así como a la mitá, v'hallar que Antonio Carreño, que soy yo para servirle, figura con cinco pesos...

—Pucha qu'eras entusiasta...

—¿Yo?... ¡Ya lo creo!... Me recuerdo que una noche aquel dotor Igarzábal que formaba el comité, pues yo entonces me ocupaba de ausiliar de zanagoria, me mandó buscar al circo y alcanzándome un pesito, me dijo: "pa que bebás una copa y sepás que figurás en clase de comerciante... Claro... Ya se pued'imaginar el viva que largaría...

—¿Y nunca vas a lo'e Roca?... ¿Por qué no te le acercás?... ¡Mirá!... Si yo no fuese inspector ¿sabés? y me hallas'en tu pellejo... yo le hacía un'atropellada...

—¿Sabe que tiene razón? ¡Mañana me voy a verlo...! Tal vez que si necesita, me haga colla verdadero ¿no le parece, señor?... ¿Quien diabios v'a'cer aquí las cosas qu'él sabe hacer... así... sin rairse y mirando, como quien mira p'al cielo?

EL CAFÉ DE LA RECOVA

—¡Hombre!... Me venís como à un veintiocho un tres, jugando a la treinta y una...—exclamó mi pariente don Emeterio al verme entrar al clásico café de la Recova en que hacen su tertulia desde 1874, varios criollos amigos, que después de darse una vuelta por la casa de gobierno y por la aduana, en busca de mentiras y de embrollas o por el palacio del congreso, donde se saturan de oratoria parlamentaria, acostumbran echar su truquito, levemente interesado con un modesto coñac...—Casualmente les estaba queriendo probar a éstos, aura que no hay sesión en diputados por la consabida falta de número, que a est'italiano Barzini que nos ha pegao una felpiada desde su tierra, disparandosé de aquí como perro que ha robao sebo, le debíamos levantar un'estatua o mandarle una pensión... ¿Qué te parece a vos... com'hombre del oficio?.

—Eso no es argumentar, che... El señor, que puede ser muy buena parsona...

—Permitime, che... El señor es sobrino mío... hijo de mi prima Margarita ¿te acordás?... que supo vivir frente a tu casa, en la plaza Monserrá...

—¡Perfetamente...! El señor, como decía, puede ser muy buena persona y más sobrino tuyo que los hijos de tu hermano, pero eso no quiere decir qu'ese gringuito, esté autorizao pa cairnos como a'jenos, cuando ni siquiera nos conoce... ¿No le parece, amigo...? Pues linda estaría la patria, si cada vapor que llegase nos trajese güespes d'esa clase, que sin saber bien ni ande tienen las narices nos agarrasen a guascazo... ¿Qué dirían en Italia si el señor... pinto el caso... llegase una mañana y a la tarde los pusiera mormosos al rey, al papa y a todos los jueces y magistraos?... ¿No dirían

en italiano lo que nosotros decimos en criollo?... ¿Es un macaniador que no tiene madre viva...? ¡Oh!... ¡Lo qu'es razón es razón... che... y no tiene vuelta!

—¿Ve...? ¡Por la tuya, cualquiera conoce la figura de todos los criollos, con mil demonios!... ¡Pura espuma como el chajá! ¿Me vas a decir que aquí tenemos justicia, ni administración, ni nada que valga un pito?... No embromés, hombre, y acordate de que todos nos conocemos... ¡Mirá!... La verdá no tiene patria, ¿sabés?... y todo eso que dicen de nosotros es verdá... ¡ni an'que te pique...! Y aura venime con tu divorcio y tus leyes contra el juego... ¡Purito papel pintao!

—¿Y también vas a'tacar el divorcio y el proyeto de Varela...? ¡Bueno...! ¿Sabés?... ¡A'nque seás el tío del señor y todo lo que querás, yo te digo que tenés una lengua viperina, y que si te mordés comiendo, van a cantar las lechuzas sobr'el techo de tu casa!

—¿Y quiénes son esos legisladores, que no han estudiao en ninguna parte, pa meters'en tales honduras, che?... ¡Claro que los v'y a'tacar!... Lo que quieren es nombrarlo tutor de los matrimonios y hasta de los gustos de uno, al president'e la república... ¡La gran perra!... Aura v'a resultar que uno ya no v'ha poder ni peliarse con la mujer si no es del partido e Roca y que pa jugar sus pesos v'haber que sacar permiso quizás en papel sellao y con firma de abogado... ¡La pucha con la libertá, que se nos va enflaqueciendo, che...! ¿Vos cres, tal vez, que las leyes se pueden andar haciendo como se hacen pelotillas... así no más... por afición? ¡Mirá divorcio en esta tierra, a'nde a las doce del día lo agarran a Juan Demetrio Piñero en la misma esquina de Artes y Cangallo y le quitan la cartera y eso con ser qu'es nada menos

qu'el hermano del médico e don Bartolo!... ¡No m'embromés, che!... Mejor sería que arreglasen la policía ¿sabés? y qu'hiciesen lo que pudieran por la niña, pa que los patos chilenos no nos limpien el cementerio, ni los ladrones se metan a las iglesias a robarse hasta las velas...

—¡Pucha que sos arruinao, che!... ¿Conque aura querés que la policía conozc'a los ladrones de las iglesias, cuando ni los mismos santos han podido conocerlos...? ¿Por qué no pedís también que te nombren senador en lugar de don Bartolo o que te manden a Roma en vez de mandarlo a Wilde p'acello rabiar al papa y que Roca se tenga por mozo diablo...? Vea, amigo, su parient'es como las butifarras, que cuanti más viejas son van siendo más indigestas...¡Cuidenlón si lo quieren conservar y diglé a la familia que y'ha perdido la fuerza hasta pa envidar el resto y que lo encierren porque tal vez le haga daño salir con tanta humedá!

EN CONFIANZA

—Estuve a visitarl'a mi sobrina Sofía que acab'e llegar d'Europa y de allí me vine a verte, aunque sabía que recibís los viernes y corría el riesgo de chasquiarme...

—Los viernes no son pa vos, che... que sos de confianza... sino par'esas relaciones de compromiso ¿sabés?... como las de Rodríguez, que son las del compañero de oficina que tiene Pedro o Misiá Robustiana, la señora de su jefe... ¿Y cómo llegó tu sobrina?

—¡Lo más bien, che!... Han andao por todo y trai unos cuentos, la pobrecita, qu'es tan diabla, que son de perecers'e risa... Una se pasa las horas

oyendolé los apuros en que anduvieron con la lengua... Así le decía yo: "Bien hecho... porque no estudiastes cuando andabas en la escuela..."

—Es lo mismo que yo le repito a mi Rosita todos los días... ¡Lé tus libros... Estudiá... que uno no sabe, sino, después lo que le v'a suceder!...

—¿Me han dicho que se casa Rosita...? Así se acordaron el otro día las de Tripasini en el atrio de San Inacio...

—¡Callate, hija!... Si hemos estao con el Jesús en la boca con semejante casamiento... Figurate que desde el corso e las flores nos la visita un subteniente de artillería, pero de donde va y se les antoj'a los generales del congreso, presentar una ley prohibiendo a los oficiales que se casen, a pretesto de que si se morían les dejaban una pensión a las mujeres...

—¡Mir'eso...! ¿Y qué querían que les deasen entónces?

—¡Ahí verás...! ¡Eso mismo decíamos nosotros, pensando en qu'el noviasco se nos iba'cer pedra quién sabe por cuantos años...! Y, después, ¿qué ventaja hay para una madr'en casar su hija con un militar y verla sufriendo toda la vida con sus ausencias y con ese caráter que saben tener y qu'es del oficio, si no le qued'a una ni siquiera la esperanza de la pensión...? ¡Claro!... Nos dimos un susto bárbaro, hasta que pasó todo y quedaron las cosas como antes...

—Sin embargo, che... no se fien y apurensen... Esos del congreso cuando empiezan a temar con algo son como los locos y se van de un hilito como lista e poncho... Fijate sino lo que han hecho con las vírgenes milagrosas. Han sacao la tarantela de no dejar pasar año sin darle un'alguna provinca... Esta vez le ha tocao a Salta...

—Han de ser puros pretestos para llevarles la

plata haciendo que les dan limosna... ¡Si esos provincianos son como rastrillos, che...!

—¡Eso digo yo...! ¿Cómo antes, cuando las iglesias eran pobres, no había más virgen que Nuestra Señora de Luján y aura empiezan a'parecer estas otras...? Dicen que la qu'está de moda, vino acompañada del Señor de los Milagros, entre un cajón que atravesó boyando por todo el mar y que fué a llegar a Salta y se acabaron las secas y los tembiores de tierra...

—¿Qué me contás...? ¿Pero tendrán el diablo en el cuerpo esos descomulgaos para inventar semejantes picardías...? ¿Cómo van a'ber llegao nadando a Salta qu'es una ciudá que no tiene ni siquiera río en la orilla, como nos lo ha dicho el suteniente que la festej'a Rosita, qu'es precisamente de allí?

—¡Ah! ¿Es salteño el novio?... ¡Mirá qué suerte!... El marido de mi sobrina Sofía, qu'es un verdadero santo, es también de allí y no se ha visto hombre más bueno... ¡A mí me ha hecho traer un viso de seda, che... que se para solo!... Pues volviendo al asunto de las vírgenes, m'esplicaba un mocito el otro día en casa de Misia Paquita, que como Nuestra Señora de Luján se quedo en el paraje donde se halla el Santuario, negandosé a seguir viaje para Córdoba en el carro en que la llevaban, los corobeses de puro vengativos le han urdido esta novela.

—¡Con razón la tierra se nos v'a volviendo un bochinche, si ya no se respeta ni a las vírgenes y lo que van a sacar los tales cordobeses es que nos van a trair alguna desgracia tremenda por andar mezclando a los santos en sus intrigas...! ¡Esos envenenamientos de La Plata y esos huracanes horribles que han ocasionado tantas muertes, no pueden ser sino castigo del cielo...!

—¡Ya lo creo...! Y todo es el afán del lujo, che, y del deseo de aparentar y de lucir... El domingo fuí a la calle Florida a la hora del desfile y todavía no vuelvo de mi asombro al ver aquellos millones de coches atestados de muchachas y de señoras qu'eran una luz por los brillantes que llevaban... ¡Y qué vestidos, che!... ¡No veias sino seda y encaje d'Inglaterra...! ¿Sabés, sin ir más lejos, con quienes m'encontré?... Con las de Cantero que y'andan sangoloteandosé por todas partes y desparramando la herencia que les dejó su padre... ¡Si vieras el saludo que m'hicieron...! ¡Apenas fruncieron las narices y ni movieron la cabeza... quizás nor no ajar los trapos que llevaban!... ¡Eran un mostrador de mercería!

—Has de haber ido a pie o en algún coche de morondanga... A mí me ha sucedido lo mismo con las de Tableta... aquellas muchachas que vivían antes aquí al lado... ¡Como aura las ponen en la vida social, les parece deshonroso saludar a la plebe y se olvidan de que su padre no salía de la confitería de la bocacalle... a pesar de ser comandante...!

—¡Si lo he conocido mucho, che...! A la hermana le llamaban El Ombú de San Nicolás, porque en su casa se guarecían todos los pájaros de la parroquia... ¡Vos lo has de haber conocido al padre también...! Era un colchonero tuerto de la calle de Artes, que nunca pudo bastiar derecho ningún colchón... ¡No me hablés de él, que hast'aura me duelen las costillas nada más que de recordarlo y si las viese a las nietas metidas a gente, creo que me darían hasta calambres!...

CALLEJERA

—Y bueno, che... Hagan de cuenta no más de que yo me les he muerto y arreglensén como puedan... Yo no las v'y a demandar y pueden vivir tranquilas...

—¡Pero eso es un campanazo, tata... y es lo que mama no quiere!... ¡Lindas nos van a poner todas las que andan con ganas!

—Ojalá que las charquéen, che, pa que apriendan a saber que la gente de copete no viv'en los conventillos como vivimos nosotros, ¿sabés? y que no pega muy bien que yo ande de masitero y ustedes de pura seda y peinado de oreja e perro...

—¿Y por qué s'empeña ust'en seguir de masitero?... ¿Por qué no cambia de oficio, siquiera pa' acerle honor a su mujer y asu hija?...

—¡Ahí tenés!... ¿ve?... ¡de sonso!... Vez pasada bien pudieron elegirme pa una diputación como a cualquier argentino, pero esos del comité ni se acordaron de mí... ¡Bueno!... ¡Los pobres tenían razón, qué diablos! Como yo no soy amigo e Roca...

—¿Ves? ¡Eso es lo que dice mama!... Que ust'es un hombre cabezudo, que siempre la sacrificó por no dar su brazo a torcer... ¡Un terco y un orgulloso!... ¿Por qué le tiene odio a Roca... Vamos aver?... Digameló a mí, ya que nunca se lo ha querido decir a ella... ¿Qué ofensa puede haberl'hecho?

—¿A mí, che?... ¡Ninguna!... Y sobre todo cualisquiera que me hubiese hecho, estoy dispuesto a olvidarla, con tal de que mi familia pueda realizar su gusto... ¡Mirá! Quedan autorizadas, tanto vos como tu mama, y hasta tu tía doña Aurelia y su esposo don Román, pa que se vayan a verlo al-

guna d'estas mañanas y me arreglen ese asunto como mejor les parezca... Y la verdá qu'es sonsera andar enojao con Roca, perdiendo el tiempo en pavadas como es la venta e masas, en vez de empliarlo en pasiar, divirtiendo a la familia...

—Vea, tata... Mama me dijo que le dijiese que lo esperab'almorzar y que l'iba a proponer no sé qué cosa de un kiosco en la plaza de Lorea... Creo que d'eso han ablao con la señora González, qu'es la vicepresidenta de las Hijas del Socorro.

—¡Bueno!... ¡Decile a tu mama que no se ocupe de almuerzos hasta que hable con Roca ¿sabés? y qu'en cuanto a lo del kiosco lo deje pa otra ocasión... ya que a ésta la pintan calva... como ella lo supo ser!

—¡Dejese de bromas, tata!... Mire que la cosa es seria... ¿No v'a ir entonces?

—No, m'hijita, yo no voy...

—¡V'a ser tremendo, tatita!... Todas aquellas brujas que se retuercen d'envidia porque me ven de sombrero, van a bailar de placer... ¿Un bochinche en nuestra casa?... ¡Pues es poco lo del ojo!...

—¡Cómo no!... Mañana no queda diario que no hable del asunto y traiga los comentarios de todita la ciudá... Vamos a dejar chiquito al hombre descuartizao... ¡Bueno!... ¡Vayasé m'hijita y ya sabe... la esquina en qu'está su padre, con sus canastas de masas!

—Mire qu'es cruel y qu'es malo... ¿no? Lo llama uno, le pide perdón, le dice que se deje de niñerías y sale contestando vivezas... ¡Vea!... ¿Qué le ha hecho mama, en resumidas cuentas?... ¿Por qué s'enoja?

—¡Mirá!... Afortunadamente ya sos grande, che, y se te puede hablar sin miedo a que reventés... Tu mama, aura a la vejez, se me ha hinchao com'una breva y no l'aguanta ni el diablo con seme-

jant'importancia... Antes pasaba contenta, remendandomé la ropa y haciendoté vestiditos, pero aura los hace hacer y me lleva refundido, y en vez de dejars'estar atendiendo a su quehacer, no vive sino en la calle, visitando al pobrerío como si ella fuese rica...

—¡Pero, tata... siempre hay quien tenga necesidá!...

—¡Bueno, m'hijita!... A mí eso me revienta, ¿sabés?... porque nadies tiene más necesidá que yo y a'nque pobre masitero, cada vez que viene tu mama oliendo a trapo quemao, por causa d'esos mejunges conque s'estira el pellejo, me dan ganas de darte un ejemplo malo... y es por eso, porque también me gust'hacer caridá, que me quedo aquí en mi esquina, pegadito a mis canastas, esperando a que lo vean a Roca y lo compongan conmigo...

MILICO VIEJO

—No embrome, amigo, dijo el capitán Churrasco atusándose con aire marcial el canoso bigote... ¡Esto de aura no es kepí, ni es morrión ni es nada! ¡Todito es papel pintao y redoble de tambor...!

—Yo no le digo que no, mi capitán... pero ya se acabaron también aquellos oficialitos de kepí sobre la oreja, jineteando sobre la chasca enaceitada y de botita bordada con las armas de la patria... ¡Eso no puede negarse tampoco, porqu'es claro como la luz...! Los oficiales de hoy parecen europeos y cuand'uno lo ve, no tiembl'a'e que lo rajen de un hachazo o le rebajen las narices de un tiro, como en aquellos tiempos de Maldonado y de Ederra...

—¿Y pa qué se va tan lejos, che...? ¡Acérquese más al fogón y verá las cosas claras...! ¿Acaso

yo le defiendo los milicos del Paraguay ni de la guerra e los indios...? ¡Esos, che, no necesitan de que les hagan estatuas ni les recuerden el nombre...! ¡No ve qu'eran criollos guasos, que a'nque peliaran como héroes cuando les llegaba el turno, no sabían ni siquiera acetar acensos si no los habían ganao con la espada y la conciencia! ¡No, che... Esos ya tienen su pago con los sueldos que les han dao y con la gloria e saber de que agrandaron la patria... ¿Qué bárbaros, no?... ¡A'n'de quiera que cayó una gota de su sangre o quedaron sus güesos blanquiando, ha brotao un pueblito o un'estancia... pero eso lo hacía cualquiera en aquellos tiempos... y lo hacía de yapa no más!... ¡Mirá los de aura qu'iban a'cer semejante barbaridá, ni peliar hasta morir, pa dejar asentao el nombre a'nque fuera entre los indios...! ¡Ellos han aprendido en la escuela materias muy diferentes y a nosotros que fuimos tan inorantes, no nos queda más recurso que mascar el freno con fuerza y retorcernos d'envidia! Vea... ¡Una pirueta del más ruin de los bailarines que haig'aura en un batallón... vale más que diez campañas... y es muy justo! Ellos, los guasos, sabían peliar a bola y lanza, porque no tenían munición y había que defender el cuero en las soledades de la pampa... pero lo hacían así, a la bruta no más... De a'n'de iban a ser capaces de presentarse en un circo pa'cerle competencia a los pruebistas, revoliand'una cañita pintad'e color de fierro...

—¡No me saque la cuestión de su terreno, amigo teniente, hagam'el favor! El soldao era'ntes un animal de carga que no tenía ni derechos ni propiedades y que si le arrimaban una paliza o lo hacían trinar en las estacas, tenía que conformarse y aguantar, porque para eso era tropa... ¡Aura, mire qué soldaos los que tenemos!... ¡Una muchachada linda, culta, conocedora de sus deberes y que sabe que

al vestir el uniforme que le da la patria no lo hace para deprimirlo sino para enaltecerlo...! ¡Hoy es un honor ser soldao y antes era una desgracia!

—¡Cómo no! ¡Si en vez de andarles prendiendo luces a los chilenos, tuviéramos que prenderles bala... ya verían la diferencia!... Cada milico de aura sería un general que dispondría batallas montando en pingo con la colita de un dedo y a lornao con cintitas como pichicho faldero y cuando lo mandaran a peliar, sacarían bien la cuenta y vería antes de obedecer si no ib'a ser un sacrificio al ñudo que le metieran un tiro... ¡Vea, amigo...! A mí, a'nque yo sea de los de antes, me gusta ver a los modernos y en el desfile del Campo e Mayo, delant'e los chilenos me apronto pa gozar e cue no puede figurarse... ¡Mirá, qu'en tiempo e nosotros ib'haber ningún ministro e la guerra capaz de hacer hast'e trompa de órdenes pa que se salvara una evolución de los cuerpos...! ¡Cómo no...! ¡El ministro sabi'a'nde estaban los cuarteles, pa mandar a los jefes de arrestaos en tropi'la, pero no se ocupaba en enseñarles ni en andarles haciendo su papel...! ¡Hubiera querido verlo a Alsina, a Roca, a Luis María Campos, a Victorica, a Levalle o a Racedo, molineteando con la espada y corriendo como ayudantes pa quedar bien con los mirones haciéndoles gozar de un desfile como tabla... qu'en idioma militar es como decir balurdo!

—¿Y usté cre que no vale la pena dejar a un lao la fachenda y la prosopopeya de un ministro, para hacer qu'el ejército haga una linda figura?

—¡Cómo no...! ¡Pa que se luciese más, hasta se podían formar escuadrones de ministros de la guerra mandaos por presidentes de la república y enseñarles a bailar lanceros en caballos maestros y a cantar el himno nacional pa que de paso se recriaran los aficionados a la música!... Mire, ami-

go... ¿sabe un cosa?... Si estos chilenos que nos han visitao, son hombres de juicio y que saben lo qu'es ejército y milicia, se deben estar riendo de nosotros a mandíbula batiente... y pensando que como bailarines, nuestros milicos son un desastre y como milicos... no te digo nada por no darte que sentir.

—¡Pero, amigo...! ¿Quiere espectáculo más bonito que el juego del zendado que hizo la caballería en el carrousel organizado por la Sociedad Hípica y cuadros más novedosos que las evoluciones del Campo e Mayo, en que desfilarán con ropa nuevita, escuadrones de coroneles, de comandantes, de mayores, de capitanes, de tenientes, de alféreces y luego de tropa por órden de jerarquía...? ¡Eso es una invención de nosotros que no se le habría ocurrido ni al mismo Napoleón! ¿A qu'eso no lo han visto los chilenos ni en Europa?

—¿Sabe, amigo, lo que a mí me da rabia...? La diferencia que hay entr'el ejército y l'armada... ¡Los marinos no han bailao ni siquiera un schotis con quebrada!... Es una iniquidá mostrar un adelanto tan grande en el ejército y un atraso tan monumental en la marina y m'extraña qu'el presidente no adote alguna medida pa que no vuelva a ocurrir semejante barbaridá... ¡Los marinos debieron por lo menos bailar una mazurquita en algun tiatro como el Politeama pa que los viera más gente y la mejor sociedá!

—¿Pero sabe que son mordaces los milicos del tiempo viejo, aunque no sean bailarines ni pruebistas, amigo capitán?

—¡No crea, amigo...! ¡Lo que hay es que nos duele mirar tan por el suelo la gloria de nuestros tiempos y que no haiga nadie que la salg'a levantar... de miedo e pasar por guaso...!

ROBUSTIANO QUIÑONES

Mi amigo exclamó exasperado mirando las botellas que traía el mozo del café:

—Que se vayan al diablo todos los falsificadores y con ellos el ministro de hacienda y el presidente de la república... oye... ¡Esto se lo dice Robustiano Quiñones, que no tiene pelos en la lengua y que gracias a Dios se precia de saber hacer un San Martín como la gente y de no beber estos brebajes infames conque ahora se envenena al público a mansalva!

Y luego bajando el tono, como arrepentido de sus excesos oratorios, agregó:

—¡La ginebrita no parece mala... pero mezclada con ese bitter plebeyo, debe resultar una verdadera canallada... una cañifla infame!

—Tómela sola, entonces, compañero...

—¿Yo?... Pus no faltaría más... ¡Nosotros, los de mi casa, no tomamos jamás la ginebra sola, compañero, porque nos han dicho que es mala para el reumatismo...! ¡Vea... che... mozo! Hagamé el San Martín a la portuguesa... ¿sabe?... ¡Bueno!... Yo lo voy a dirigir... ¡Eche la ginebra....! Siga no más... siga sin miedo hasta que se llene el vaso... ¡Bueno! Venga ahora el aperital y echelé despacito cinco gotas chicas y dos más grande... ¡Eso es!

Cuando concluyó don Robustiano la delicada operación que dirigía y que no era otra que prepararse disimuladamente un medio litro de ginebra, me dijo chasqueando la lengua:

—¡Qué hombres los portugueses, amigo! ¡Ellos con cinco gotitas de bitter, le preparan a usted un verdadero néctar, delicioso y económico...! A mí me enseñó la receta el jefe de mi oficina, cuando es-

taba empleado en el correo... Ese era hombre tigre, che, y que sabía vivir, como decía mi mujer... Cuando vinieron los brasileros ¿se acuerda? me propuso a mí que diéramos un baile en casa para festejarlos y con veinticinco pesos que sacamos de subscripción entre varios amigos y su ingenio, puso una mesa en que no faltaba ni el marrasquino para las señoras de paladar delicado... ¡Los brasileros no concurrieron a la fiesta porque tuvieron que asistir al baile del Jockey Club, pero nosotros pasamos una noche de esas que no se empardan... y se que cuando volvieron a Río era el haber faltado uno de los pesares que llevaban!... ¡Y... a propósito...! ¿Sabe que vienen los chilenos a visitarnos? El país argentino, mi amigo, les debe demostrar que los sentimientos de fraternidad y de compañerismo, no son entre nuestro pueblo pura faramalla y papel pintado, como ocurre entre la gente de gobierno. Yo, por mi parte, he resuelto darles una fiesta en casa, como la que habrá en lo de Unzúe y en lo de Luis María Campos... ¿Qué le parece la idea?... ¡Mozo!... ¡Vea!... ¡El San Martincito este, se está poniendo picantito... agréguele un poco más de la maldita ginebrita esa...! ¡Bueno!... ¿Y qué me dice del proyecto, compañero...?

—Me parec bien...

—Yo he hablado con varios amigos y es con ellos que hemos resuelto invitarlo a formar el comité de festejos... Están apalabrados el tuerto García, el ñato Miguelín, Pituco y ese mozo oriental que va todas las noches a la confitería de la esquina de su casa y que hace maravillas en el billar... uno bajito, medio tartamudo...

—¡Lo conozco...! Pero es el caso, compañero, que yo estoy con enfermos en casa y que el asunto es para largo...

—¿Y eso qué tiene?... ¡Contribuya con su cuota

de diez pesos y cumpla con la patria, amigo, como le corresponde! ¡Aquí, en estos casos, es cuando se ven los hombres de entraña y de hígado, che... que aman la tierra en que nacieron...! ¡No se me niegue a la subscripción, hágame el favor...! ¡Mire que me va a dar vergüenza de comunicarle al comité que nada menos que un criollo de su laya se ha hecho el sordo a la voz del patriotismo!

—¡Pero la cuota es muy alta, don Robustiano...!

—¿Alta? ¿Y con qué quiere hacer cantar un ciego, entónces?... ¿No ve que hay que poner una mesa y comprar un juego de sala y otras chucherías...? Yo doy la casa, pero no los implementos de que carezco... Después... hay que poner coches, porque los chilenos no van a ir a pie hasta la calle Castro Barros... ¡En fin, la cosa se hace bien o no se hace...!

—¡Yo, amigo don Robustiano... lo tengo que pensar! Vez pasada entré también en la subscripción aquella de los brasileros de que me habló ¿se acuerda?... Entonces compramos también un jueguito de muebles y...

—¿Ahora salimos con esas?... ¿Y cree que los muebles van a durar toda la vida...? ¡A mí no me venga con agachadas, compañero!... Los muebles ahí están en casa, todos comidos por la polilla, y sería una vergüenza presentarlos en el salón cuando vayan los ilustres huéspedes... Es por eso y para cumplir como la gente, que ahora ando viendo a los amigos honorables y patriotas que se quieren hacer ver y para los cuales no sea un par de miserables pesos, asunto tan esencial como el hígado o las tripas... Dejémosnos de roñas cuando se habla de la patria.

—No digo que no, don Robustiano... pero cuando el hombre no puede...

—¡Ah! ¡No puede...! ¡Bueno!... ¡Vea!...

Esta venida de los chilenos me va a servir para liquidar muchas amistades que no sirven ni para escupirlas... ¡Vaya a juntarse con Roca, con Pellegrini, con Tornquist, con Basualdo y con toda la caterva de acopiadores de centavos que reniegan del nombre de argentinos, cuando llaman a formar en nombre de los más caros intereses de la patria, y olvídese de su amigo Robustiano Quiñones que felizmente no es de su casta ni de su laya!

Y salió el patriota como si le hubiesen puesto un cohete en los talones... probándome que de todos los brebajes que venden en la confitería, era el más económico el San Martín a la portuguesa, como él lo preparaba y lo bebía.

LA BIENVENIDA

—Fijesé, viejo... pero hagasé el que no mira, pa que no coceen... Ha e ser triste la llegada a tierra extraña y sentir que lo están filiando, ¿no?... ¿Y de ande vendrán todos estos?

—Parecen italianos por la cachorrada y los paraguas... ¿Ha visto? Un italiano podrá llegar sin saco u tal vez sin sombrero, pero de fijo trai su paragüita abajo el brazo... A la cuenta cren que aquí no vivimos sino mojaos y se vienen prevenidos...

—Ese friolento, medio recortao, que está'hi junto a las canastas ha e ser el marido d'esa grandota con trazas de capataza... ¿Qué quiere apostar a qu'ese tiene almacén p'al año que viene?... Vealó: tiene ojos de codicioso y de aporriao por la mujer... ¡Mire, amigo!... ¿Sabe por qué se hacen ricos estos bichos?... Pues es porque le obedecen a las mujeres, que no saben sino juntar pesos y criar muchachos... Cuando acuerdan son cincuenta los que tirán p'al montón...

—¡Qué me va'decir, amigo! Vea. Vez pasada dentré a trabajar en el rejuardo y conocí en la fonda ande almorzaba un muchacho lavaplatos qu'era la roña andando... ¿Quiere crer que un buen día, ansí en silencio no más y casi hasta sin lavarse la cara, salió comprando la casa?... ¿Qué le parece?

—Sería ligero p'al cuchillo el hombre y encontraría carne blanda...

—¡No, señor! Era superior el muchacho... Lo que hay es que había tenido un enjambre d'hermanos y que a la madre le gustó la bolada y los metió a toditos en el asunto...

—Y decir, amigo, que nosotros los criollos que nos creemos tan vivos y tan civilizaos no vamos si no reculando, ¿no? ¡Porque, mire, cada barco d'estos que llega al puerto trai de todo: hai vienen maridos pa las hijas de familias ricas, patrones pa las casas de comercio, estancieros que no sabrán lo qu'es un pingo pero que harán galopiar a su pionada, y sin fin de pajarracos desplumaos que pronto se pondrán desconocidos...!

—Sin ir más lejos ahí tiene al finao mi abuelo que dicen que era genovés. El hombre llegó con lo puesto y se metió de albañil o qué sé yo, el hecho es que dejó platita, casas, terrenos y el diablo también, porque lo dejó a mi padre que a los cinco años andaba poco menos que atorrando, asigún me ha contao mi madre... Yo he oservao, amigo, qu'estos vienen y amontonan y se apuran, pero después cain los hijos que se ocupan en desparramar como con rabia...

—¡Claro! Ahí tiene al de las canastras que usté dijo, fijesé con los ojos que mira a la ciudá... Parece que anduviese buscando las casas que va'comprar y ya verá como los halla y como todos esos pergenios que trai criando lo ayudan a'montonar...

Pero después va'ser el baile que no veremos ni usté ni yo.

—¡Quién sabe...! Acuérdese de que los criollos somos como los duraznos: nos conservamos en caña. Creamé lo que le vi'a decir, anque parezca macana... Yo era más viejo hace diez años que aura y más sonso también. Me sabia venir aquí al puerto, ¿sabe a qué?... a insultar a los imigrantes que llegaban y ellos como no m'entendian le jugaban risa. Después dentré a trabajar en la descarga y poco a poco les fuí tomando cariño, porque cuanto más llegaban más pesitos embolsicábamos nosotros y hasta llegué a'cordarme de que mi abuelo también había sido d' ellos...

—¡Y ansina no más es la cosa, pues! El hombre, amigo, juja de la vida asigún está de comida... ¿no le parece?

HACIENDO LOBOS DE MAR

El contramaestre, con la gorra sobre la oreja y las manos en los bolsillos, acaba de dar sus instrucciones al cabo de mar, con respecto a la instrucción de los conscriptos.

—¡Ya sabe, cabo... nada de malas palabras ni de golpes...!

—Mirá yo pa ser capaz de semejante barbaridá...

—¡No!... es qu'el teniente me ha dicho que les recomiende los modos... ¡y ya saben qu'él nunca se anda con chicas...! ¡Si llegase a'veriguar que le maltratan la gente, les arma una zafacoca que se oy'en Montevideo...!

—¡Qu'esperanza...! Le v'y a sacar una hornada que v'a ser de dar calor... Pucha con la muchachada... ¡Cad'año viene más linda!

—¡Bueno...! Aura ya lo sabe... ¡Guante blanco y mucha miel...! ¡A ver...! ¡A embarcar todos los nombraos ayer pa la segunda lancha...! ¿Ha comprendido bien las instrucciones, cabo...? Enseñelés bien lo qu'es un bote y que apriendan a manejarlo como si fueran sus piernas...

* * *

—¡Ala, concritos, y abrir el ojo... que aquí se bañan de arriba los sonsos y los dormilos...! ¡Trote!... Todos s'embarcan por el tangó, qu'es ese puntal qu'está derecho al costado de babor... ¡Vivos...!

—¡Tenga cuidao, cabo...! ¡N'olvide lo que l'he dicho que me recomendó el teniente...!

* * *

—¡Cómo no...! ¡Abre...! ¡Listo...! Armar...! ¡Atiendan, ñanduces pichones...! ¡Atiendan...! ¡Miren que las cañas del timón saben bailar solitas y hasta levantar chichones...! ¡A ver...! ¡Las palas p'al lao de proa!... ¡Vos, che, nariz de garrón de mono...! ¡Poné bien el remo...! ¡Mire qué gente p'hacer lobos de mar con ella...! ¡A ver! ese segundo proel de estribor, con mil demonios... ¡si pone las manos juntas en el guión y con las uñas p'abajo! ¡Y qu'esté creyendo la patria que la van a salvar estos gorgojos...! ¡Mirá, che...! ¡Vos...! ¡Cara e mocito abombao...! atendé las liciones o se me acaba la pacencia y te... ¡Mire que son animales...! ¡Vea ese tercero e la bancada e popa... todo despatarrao y que parece que se quiere tragar toda l'agua...! ¡A ver si t'enderesás, che, antes que yo t'enderiese...! ¡Poné bien el luchadero del remo, qu'es ese pedazo e cuero que tiene en el medio...! ¡A ver... encajalo en la chumacera, cara

e tamango patria...! ¡Y que me venga a recomendar pacencia con estos salvajes...! ¡La gran perra que cuestan caras las ginetas teniendo que lidiar con concritos!... ¡Vaya... hombre! ¡Al fin izaron la maldita P... A ver, avestruces... a bordo!

* * *

—¡Suba la gente!... ¡A ver, contramaestre, aliste para izar el bote...! ¡Venga usted, conscripto!...

—¡Ordene, señor!

—¿No sabe que cuando se sube a bordo de un buque de guerra se saluda al oficial de guardia?... ¡Maestro de armas... póngale a este conscripto, por recluta, seis horas de plantón con el coy al hombro...! ¿Cómo anduvieron, cabo?

—¡Como una seda... mi teniente... y, después, como se les trata como a damitas y son muchachos de vergüenza... Yo los trato como a los de la familia...!

* * *

—¡Iza bote!... ¡Arriba a las tiras... ¡Cada brigada a su banda!... ¡Ala!... ¡Pi... pio!... ¡Parejo!..., ¡a una...! ¡Pio... pio! ¡Aguanta...! ¡Listo!... ¡Qué macacos que me han hecho sudar!

* * *

—¡Al fin podemos dar por ganaos los centavitos del día y el jarro e mate cocido!... ¡Qué salvajes!... ¡Mir'el modo e caminar de los tales lobos marinos...! ¡Bueno...! ¡Hay que contar que cuand'un recluta tiene hambre se olvid'hasta de la madre...! ¡Pobre locro!... ¿Qué les darían de comer a los conscritos si n'hubiese maiz en el mundo...? ¿Si se tendrían que bandiar, alimentaos solamente por el cariño del jefe y de los oficiales...? ¡Pucha que es chancha la vida!

REGALOS DE BODA

—Mire, che — me decía la otra noche el comandante González, durante la fiesta con que celebrábamos la boda de parientes comunes — su primo Nemesio es hombre de puntería... ¡Fíjese que gentecita la que se ha traído a presenciar su casamiento...! No se ven sinó entorchados, congresales y banqueros y los parientes de él o de la novia, como usted y como yo, resultamos unos verdaderos porotos caídos como por casualidad en esta olla brillante en que se cocina la dicha de un nuevo hogar argentino, como le dije anoche a la pareja en el brindis que le eché... ¿Se acuerda?

—¡Cómo no, comandante amigo!... Tengo en el oído sus palabras tan sentidas y, anoche, cuando me estaba acostando, se las repetía a mi mujer, diciéndole precisamente que no había conocido un militar que calzara más altos puntos que usted como orador y que me extrañaba que ya no ocupara una banca en el congreso...

—¡Hombre...! Nada tendría de particular y le prevengo que aunque usted lo diga por broma, hay más de cuatro que dicen lo mismo con verdadera seriedad... Dígame... ¿Lo conoce al doctor Garrapata?... ¡Bueno! ¡Ese es uno de ellos!... El domingo, sin ir más lejos, estuvo a visitarme, pues Garrapata y yo somos como chanchos desde chiquitos, habiendo nacido casi el mismo día, nada menos que en abril del 56...

—¿Cómo del 56...? Tenía el pálpito de que usted era de los del 69 y hasta me parecía haberlo leído así en aquella su autobiografía que comenzaba con el párrafo magistral: "Mi cuna no se meció bajo el techo de palacios artesonados, sino en la modesta chacra de mi abuelo, sexagenario a la sazón,

a pesar de llamarse Juan Bautista y ser hijo de un honrado matrimonio oriundo de Santander".

—¡La gran perra con el memorión!... Pero esta vez está equivocado, compañero, y confunde la fecha de mi nacimiento con la de mi entrada al ejército, a los trece años de edad, hecho al cual atribuyo todos mis desventuras en la carrera, pues el trece nunca me ha sido propicio... Siempre me han tenido estancado, ya sea porque los ministros de la guerra me han juzgao elemento peligroso, como ocurre ahora con Richeri, que me está sentando el nombre en la lista de ascensos que prepara, o ya por razones puramente literarias, como lo declaró el general Victorica, que ahora forma parte de la convención que organiza Roca por debajo de cuerdas para lavarse las manos como Pilatos en el amasijo presidencial, según la frase del coronel Descalzo, persona de muy buen sentido, aunque de humildísimo origen, pues la madre fué cocinera de don Ergusto Rodríguez, aquel tendero viejo de la esquina de Perú y Venezuela, frente por frente de lo del finao Peroso, que murió cuando la fiebre amarilla y a quien, con el apuro lo enterraron medio vivo, según las crónicas de entonces, hecho que desmintió Héctor Varela en una publicación, motivada por ciertos cargos velados contra la Comisión Popular...

—Vea, mi comandante... abandonemos la historia y piano piano vámonos hasta aquella salita donde se hallan los regalos... Me han dicho entre la familia que Nicasio se ha hecho ver...

—¡Déjeme, amigo, de regalos y de vanidades tontas!... Yo no soy de los que me extasío delante de una vidriera mirando piedras, como le sucedió a la hija del general Cascabolas, a quien se le cayó la dentadura a fuerza de abrir la boca, delante de una joyería de la calle de Florida, teniendo después que ir a reclamarla en la policía, pues parece que la

recogió uno de los transeúntes, según lo declaró un señor Cabello, que es un corredor rengo, casado casualmente con una sobrina...

—¡Es que estos regalos debemos verlos, mi comandante, siquiera para hablar de ellos en familia, después...! Usted como tío de la novia no se puede quedar así...

—Qué tío ni qué berengenas, compañero... La novia es sobrina tercera de la prima de una cuñada de mi sobrina Carmencita, y si yo he venido a la fiesta ha sido sencillamente por ver si me los pescaba a Roca o a Pellegrini, pues me sospechaba que su primo Nemesio, se los hubiese enganchado como a tanto alarife... Quería ver si les hablaba sin hablarles de la que me está tramando Richeri, contra quien los militares andamos alborotadísimos... Lo que es yo no hablo mal todavía porque no sé si voy o no voy en listas, pero si me llega a echar al bombo, le garanto que va a ser de alquilar balcones para oirme, porque yo, como me dijo el doctor Garrapata, tengo más sangre de polemista que de soldado y...

—¿Y por qué se anda por las ramas...? Váyasele a Roca, directamente, hombre...y háblele sin hablarle... con toda claridad. Por ahora es mejor que pensemos en los regalos...

—Le prevengo que me los conozco de memoria...

—¿Sabe que no me parecen muy católicos...? ¡Mucha caja y mucha etiqueta... pero latita corrida no más...!

—¡No se aflija...! Ya verá en los diarios, mañana, las listas interminables de los obsequios, adornados con los títulos más rimbombantes... ¡Vea...! Esos candeleros de bronce que están en aquel estuche, se los regalé yo en 1800 a mi compadre Pérez cuando se casó, ¿se acuerda?... ¡Bueno!... Desde entonces andan viajando de mano en mano

y casi no ha habido matrimonio en Buenos Aires que no los haya recibido y se hayan apresurado a deshacerse de ellos, pasándoselos a otro... ¿Para que diablos sirven ahora los candeleros con el gaz y la luz eléctrica, sino para estorbo?... ¡Mire...! Lo que es eso, estoy seguro de que me conocen y ni siquiera me les acerco de miedo que me saluden o me reprochen sus andanzas... ¡Ya los he hallado como diez veces en la vida! Hay regalos de estos, que andan en circulación desde hace veinticinco años y me contó una señora de mi amistad, que conocía cierta viuda a quien, en sus terceras nupcias, le regalaron unos floreros con los cuales ella había obsequiado a una amiga mucho antes de celebrar su primera boda, que fué precisamente con el mayor Rivademar, hijo de Misia Petronita Bocafría, prima hermana del dueño.

—¿Sabe, amigo comandante, que sería una novedad un libro escrito por usted con el cúmulo de noticias que conoce...? Le daría la masita al mejor cinematógrafo.

—Como para libros ando yo, amigo... con las cosas que nos suceden a los miembros de la benemérita familia militar... ¿Qué no ve que hasta hombres callados, como yo, se desbordan y charlan hasta por los codos? ¿Y cree que lo hacemos por gusto o por un prurito de malevolencia?... ¡No crea!... Lo hacemos por hacer algo no más y para aliviarnos un poco del fuego que nos devora... ¡Vea! Yo me he refugiado en los recuerdos históricos y con ellos lo cañoneo al mundo a mi placer y aun me parece poco... ¡Lo lindo va a ser ahora, cuando me convenza de que no voy en la lista...! ¡Entonces sí, compañero ,que voy a trabajar para conquistarme la fama imperecedera de malhablado y peor pensado...! Le garanto que no me he de ocupar de los regalos que se pasan de mano en mano en los casamientos y que he de afilar la espada...

—¿Se hará microbio patógeno... entonces?

—El pato es bicho inofensivo, a menos que uno no lo coma medio crudo... ¡Yo necesito ser algo que no erre, amigo!... Una cosa así como el microbio de la bubónica o del cólera, que no deje títere con cabeza.

—¡Hágase motorman de tramway eléctrico, entonces...! ¡Con ese oficio y un poco de conversación, mi comandante, se deja usted peticitas las siete plagas de Egipto!

BORDONEO

—Pero, digamé, che... ¿Su asunto lo v'y'a dirigir y'o lo v'a dirigir usté?

—¡Mire, don Serapio... atiendamé!... L'único que quería era darle un'esplicación del hecho...

—¡Qu'esplicación ni qué macana!... Aquí lo que hay que hacer es proceder y dejar'e firuletes.. Que su hermano le cerraj'un tiro a su cuñao y le vació l'ojo a l'amigo qu'iba con él... ¡Bueno! ¿Y que hay con eso?... ¿Acaso es el primero que se v'a ver en un apuro?... ¡Gran cosa!... Convenzasé, che... ustedes se áugan entre un dedal, y cualquier cosa que les suceda bien merecida se la tienen por ensimismaos en sonceras...

—Yo no le digo que no, don Serapio... pero en este caso es diferente... Mi hermano...

—Su hermano no ha hecho ni más ni menos qu'el hermano de cualquiera, y así se lo h'e decir al juez... Mire, una vez... era cuando recién había dentrao Avellaneda a la presidencia... un compadre mío hizo un'atrocidá con un italiano en la calle cortad'el Mercao del Plata y a mí me dieron el asunto, o me-

jor dicho, lo agarré yo no más, al verla llorar a mi comadre y a la mama, qu'era una d'esas viudas grandotas y carnudas, che, que no tienen desperdicio... Me voy a verlo al gringo con intención de pedirle que me acompañara y usté sabe lo qu'es el gringo pa servir a los amigos...

—¿Qué gringo?...

—¡La gran perra...! ¡Aura salimos con esa...! ¿No sabe ni quién es el gringo?... ¿Pero qué se han pasao haciendo en su casa hasta hoy, che?... ¿Parec'increíble que haiga gente tan inorante en esta ciudá tan grande?... ¿Quiere ver a que no le defiendo el asunto y los dejo a usté y a su hermano que se pudran en una cárcel, siquiera pa que apriendan a conocer, ni aunque sea de nombre, a la gente de su patria...? ¿Entonces no sabe quién es el gringo?... ¡Bueno...! ¡Mire...! Entienda... Aquí en Buenos Aires no hay más gringo qu'el dotor Pellegrini... ¿sabe?... como no hay sin'un solo don Bartolo y no habrá más Roca que Julio, a quien los amigos le llamamos el zorro en la intimidá, pa sinificar que el hombr'es capaz de pelarse un gallo sin que cacarée y hacerle crer que le van a salir plumas el domingo e carnaval... ¡Bueno!... Pues vo'y, lo busco al gringo y no lo encuentró... ¡Claro!... Me dió'una rabia grandísima y sin mirar ni lo que hacía le dejé un parte con el sirviente... que hast' aura, cuando se acuerde, le ha de hacer arder el cuero y agarré solo pa'l correcional y de allí pa'l jujao del crimen donde se hallaba l'asunto... ¡La gran perra!... Nunca l'he dicho a un hombre las cosas que le dije al juez, que me mirab'asustao como si viese visiones... P'cha con el hombre mulita, como le declaré después a Jos'inacio Garmendia, un día que conversábamos cuando lo hicieron general...

—¿Y lo salvó a su compadre...?

—¿Lo salvó...? ¡La gran perra!... ¡Como pa

salvarlo estaban las cosas...! El pobre fué víctima d'el canalla d'el juez, que pa vengarse de todas las que yo le cante'n sus propias narices l'hizo pegar cuatro tiros en el patio e la Nueva, como a cualquier criminal vulgar... Así han sido también las maldiciones que l'echao y la propaganda que l'echo en cuanto café y confitería he sabido frecuentar...

—Siempre que al pobre de mi hermano no le vay'a suceder lo mismo... Vea... ¡Yo creo qu'eso, ¿sabe?, es mejor arreglarlo por las buenas...! Que más quiere maña que fuerza...

—¿No ve?... ¡Ya saltó el criollo habilidoso que prefiere perder su derecho a que le anden en el cogote...! ¡Y haga usté patria con esta gente...!

—Pero mire, amigo don Serapio...Nosotros... ¿sabe?...preferimos qu'el pobre de nuestro hermano pierda, no digo su derecho sino todo lo que tenga que perder... pero que lo larguen...

—¡Eso es...! ¿Y el honor y la dinidá...? ¡Ustedes, che, no pesan ciertas cosas, ni las conocen...! Lo que quieren es que lo larguen, ni a'nque sea con un cuero atao a la cola o jediendo a misto, pa que no se le acerquen ni las moscas sin sentirse deshonradas...

—¿Y usté qu'es lo que quiere, entónces...? ¿Que lo fusilen?

—¿No ve...? ¡P'cha qu'es bárbaro el criollo cuando sale mañero y mal acostumbrao...! ¿Conqu'es decir que ustedes prefieren que su hermano quede com'un delincuente adocenao, a que salga de la cárcel por sus cabales...? Pa qué quiere la vida un hombre sin dinidá, acusao de haber herido a su cuñao que debía ser inviolable pa un hombre de corazón...

—¿Y acaso él lo ha herido a su cuñao?... No l'he dicho qu'el herido fué el amigo y que fué por casualidá...

—¡Bueno, bueno... che! Yo no me ocupo d' embriolios, en que se desprecea el derecho, queriend'usar del soborno, como me dij'una vez el gringo, cuando fui a consultarle l'asunto de don Patricio Maidana, que le habia robao un caballo al tuerto Tejerina y queria hacerlo pasar como dádiva voluntaria...

—¿Y qué quiere don Serapio...? Nosotros no entendemos d'eso y l'unico que buscamos es que lo larguen a Pancho...

—¡Perfetamente, che... perfetamente...! Busquien cualisquier ave negra que se ocupe d'esas cosas pero no a Serapio Cortina que al fin, a'nque pobre no le ha'e'ceder la derecha ni al president'e la Corte cuantimás a un alfayate. ¡Y aura... pagá y vamos, como me decia el finao Sarmiento cuando dejó e ser presidente y salíamos a pasiar!

"ENTIDÁ JUDICIAL"

Ya estamos en pleno invierno, aunque ello no sea tanto por los frios reinantes cuanto por encontrarnos todos reunidos en la ciudad, terminadas las excursiones veraniegas, reales o simuladas y dispuestos a comenzar la *season,* como reza el lenguaje de los cronistas sociales. En casa de mis vecinos los Ferralladas, ya se desenfundó el microscópico farol paralítico del zaguán y comenzaron los sabrosos diálogos del señor y la señora, más instructivos a propósito de costumbres y modalidades contemporáneas, que todas las crónicas habidas y por haber.

—¡Pero, che...! ¡Vos ya t'estás pasando a las grandes...! ¿Te cres que las siet'y media son horas de venir a la casa?... ¿Cuando demonios v'a estar la comida entónces?

—¿La comida...? ¡Cualisquiera crería que tenés a tu disposición el Mercado del Centro y que te lo vas a tragar enterito...! ¡Gracias conque tengás pa llenar el buche un salpiconcito con el puchero frío d'esta mañana y estás compadriando y haciendot'el acostumbrao a puro cenar de fonda...! Vos t'estás volviendo sonso, che... con tu importancia... ¡A ver...! ¡Ponete a picar la carne y esa cebollita qu' está sobre la tabl'e la cocina, junto a la botella del aceite... mientras yo me aliviano d'estos embelecos...! ¿Qué no ves que hoy estrené mi batita nueva?... ¡Ya no tenés ni ojos!...

—¿Batita nueva...? ¡Claro...! ¿Cómo diablos v'a tener uno qué comer, si peso que agarran es para chantárselo en trapos y en perendengues?...

—¿En trapos y en perendengues?... ¿Qué no ves que la bata está hecha con la pollera vieja del año pasao?... ¡Mirá!... ¿Sabés lo que merecerías vos, por desconsiderao y por charlatán?... ¡Que te tuvieran como lo tienen las de Pérez a don Federico!...

—¡Hombre!... Pior que lo que me tienen ustedes a mí no creo que lo tengan a don Federico... ¿Y Ernestina, dónde diablos se ha metido?... ¿Por qué no va ell'a picar la carne?... Acuerdensén, che, que yo soy un funcionario público y que me debo respetar...

—Pero qué no ves que no ha venido, o estás borracho o con ganas de que te diga cuatro barbaridades... ¡Se quedó a comer en lo de Pérez!... ¡Mirá quienes las muchachas, pa dejarla venir así... y tan luego en su día de recibo y cuando vienen de novedades hasta la boca!... Si no charlaran, che... ¡yo creo que reventarían!...

—¡Lo que m'iba a importar a mí!... ¡Has hecho mal en dejarla!... Las señoritas no deben tener más recreo que su hogar y no acostumbrarse

a'ndar como las tales de Pérez, que al fin no son más que unas alpargatas viejas, qu'en cualquier pie que las pongan bailan!...

—Dejat'e chocheces... y andá picá la carne... si querés servir par'algo... ¡Si vieras cómo ha venido Robustiana!... Está lo más gruesa y lo más remozada... ¡Bueno!... Porqu'eso sí que no se puede negar... Siempre fué bizarrota y no deja de ser agraciada...

—¡Cómo no!... Y sino que lo diga Pérez, o mejor dicho, sus trampas; porque lo que es él ya no existe sino en los libros de cuentas y en los registros de los juzjaos y alcaldías... Dice Márquez, el dueño de la confitería del Gallo, que Pérez no es más que "una entidá judicial" y veanlón, todavía metido a tener recibos...

—Mirá che... Vos estás con el diablo en el cuerpo esta noche y creo que'n vez de cena v'y a tener un sofocón... T'estás poniendo insufrible y desde que t'hicieron ausiliar humiás como chiminea...

—¿Pa qué le das bombo a Pérez y lo sacas como ejemplo?... ¿No sabés qu'es un don Nadies, aunqu'el y su Robustiana y las arpas de sus hijas quieran mostrar lo contrario?...

—¡No seás pavo, hombre bendito!... Cres que nosotros te vamos a comparar con semejante zascandil, nada menos que a vos, que tendrás tus defectos y serás rezongón, pero que al fin sos cariñoso con tu familia...

—¡Bueno!... ¿Dónde decís qu'está la cebollita?

—Está ahí... en 'a tabla'e la cocina, junto la botella del aceite... ¡Bueno!... Fijate... La mayor de las muchachas, que vos sabés que ya es de colmillo doblao... aunque como es flaquita y descolorida disimula y va pasando... se ha pescao un novio en la kermese y andan que no saben dónde ponerlo... Es un españolcito con cara de soñoliento, que di-

cen que escribe las leyes no sé pa qué ministro o gobernador y que además hace versos y saca fotografías...

—Será un largurucho que sabe andar con Pérez... ¿y que tiene unos pantalones verdosos con todo el ruedo comido?...

—¡No!... ¡Si es hombre de puro coche!... Robustiana recibía los viernes, como vos sabés, y por causa de qu'el novio ha elegido ese día pa sus visitas, aura reciben los lunes... No le van a presentar sino la crema de sus relaciones... como nosotras, las de Pajalarga y la viuda de Martínez...

—¿Es decir que la "entidá judicial" v'a tener recibos dobles, entonces?... ¡Mirá qué bolada pa los acreedores como Márquez!... Seguro que le v'a querer dar por pagada la cuenta con los recibos viejos, en los cuales ni figurás sino vos... ¡y las célebres Pajalargas!...

—No creás, che... ¡Tienen buenas relaciones!... Dice qu'este año visitaron a una porción de copetudos y que andaba de un lado para otro con pura gente conocida.

—¡Cómo no!... Pero han de haber hecho con sus visitas lo que hace Pérez con sus cuentas... ¡No me vengás con historias, che, qu'estoy de sonceras hasta las narices!... Hoy me topé con el ñato García que salía de la Bolsa con el sombrero en la mano y disparando como si fuer'a esconderse después de haber pegao golpe... Cuando me vió, se paró y como quien larga un tiro a boca e jarro me preguntó si tenía oro... ¡Figurate! Antes de que le pudiese pegar una trompada, agregó: "¡Vendaló... compañero... vendaló!... Aura la cosa va deveras... Los de la Bolsa, encabezaos por Echenique, lo reventamos al gobierno y el oro se viene al suelo!..."

—Pobre García... ¿Vos sabés qu'es primo de

Robustiana y qu'estuvo medio loco vez pasada?... Precisamente hoy ib'al recibo y lo estaban esperando...

—¡Claro!... Se ha de andar por asociar con Pérez pa rejuntar el oro cuando se caiga... Entonces sí que v'hacer recibos y excursiones veraniegas y hasta lujosos casamientos... Los Pérez van a engordar con las tripas del gobierno, y de los García no te digo nada... ¡lo van a dejar petizo hast'el mismo Pellegrini!...

"LAS ETCETERAS"

—¡Tan perdidas que han estao!... Así le deci'a Petronita las otras tardes, acordándonos de ustedes... ¡Qué amigas las de Colombini, m'hijita... aprendé a sér cariñosa!

—No crea, Encarnación... Si no hemos venido no es porque las hayamos olvidado, sino que con los tiatros y los fríos y las enfermedades, que nunca faltan, no se tiene tiempo para nada!... Aura mismo... ¿ya ve?... he tenido que venir sola... La Chicha estaba con una jaqueca terrible... Cremos que ser'algo d'influencia... por los síntomas, ¿sabe?... ¡y por lo que anda tanto!... Allá se quedó con María Luisa Rataplán... la hija del general... ¡con quien se han hecho lo más amigas!... Como ese año tomamos temporada en la Opera y teníamos las lunetas juntas...

—¿No ves, mamá, como tenían razón las de Galillo?... Ellas nos dijeron que dos veces que habían ido al tiatro las habían visto a ustedes y nosotras no les queríamos crer...

—¿Y cómo les íbamos a crer, sabiendo, como sabíamos que habían estado de desgracia.

—¡Ah!... ¡Sí!... Cuando la muerte de Felipe, mi cuñado... ¡Es verda!... Pero el médico nos prohibió que la entristeciéramos a la Chicha y tuvimos que usar un luto así no más... como para medio salir del paso... El pobre Federico ha tenido que hacer el duelo, solo... porque yo tenía que acompañarla y no era propio qu ell'anduviera de claro y yo de negro... ¿no les parece?... Y la Chicha estaba mal!... L'empezaron a dar como a modo de unos desmayos y tuvimos que hacerla ver... Los médicos l'hallaron propensísim'a una enfermedá grave... por la debilidá y nos recetaron que no la privásemos de nada y que la hiciéramos pasiar y divertirse... Así me decía el padre... qué luto ni luto... primero está la Chicha que todo...

—¡Ya lo creo!... y después... luto por un tío... que el finao no tenía más familia que ustedes...

—Así es... Pues le tomamos un abono en la Opera, que nos ha costado un sentido por cierto... y carruaje para que vaya a Palermo... Suerte que su padre puede, qué sino, no sé lo que hubiésemos hecho para aliviar l'a la pobrecita...

—¿Pero aura seguirá bien ya?... Esta vió el otro día en la crónica social...

—¡Ah!... ¡Sí... En el casamiento de Mari'Amelia... mi sobrina!...

—No, mama... no fué en la vida social, sino en una noticia que salió a los dos días... Decía que ustedes habían presenciado la boda y enviado un valiosísimo regalo...

—¡Era como si fuese en la crónica, aunque salió entre las noticias varias!... Fué una de las tantas picardías de los tales cronistas sociales, pero yo me les fuí a la dirección no más y les ajusté las clavijas... Figuresén que hasta en el casamiento de mi sobrina nos pusieron entre las ecéteras... ¡Aura sí que no permito el abuso, le dije a Fede-

rico, y me largué a la imprenta!... Nos han tenido con la sangre quemada todo el año... ¿Quieren crer que no nos pusieron ni una vez en las listas de las concurrentas a la Opera?... Y eso que teníamos unas lunetas de adelante, casi al ladito del mismo Muñone... y que no faltamos ni una noche...

—Eso no es extraño, Rosaura... A ésta, no la nombran ni por casualidá cuando v'a los bailes del chircolo... Los cronistas parece que tuvieran hasta las listas hechas... Siempre son los mismos nombres... ¡Un'especie de aviso de remate!... Nosotras no les hacemos ni caso...

—¡Lo mismo nosotras!... Pero, en esto de mi sobrina, el asunto era diferente... Figurensé que mandé un'alhaja riquísima, porque Federico quería quedar bien con el novio, qu'es un hombre de la política, qu'está de candidato pa no se qué cos'a en el Banco y al otro día salimos conque figuraban en los diarios hasta sonceras de cinco pesos, qu'entre paréntesis hubo muchas... y Rosaura Gutiérrez de Colombini se quedó en el tintero...

—Y es claro, misia Rosaura... Si así sucede siempre... A mi me dij'una vez un cronista con quien hablab'en un baile d'estas cosas, que no valía la pena poner en la cronic'a las gentes que tenían apellidos criollos, españoles o italianos... Qu'era una vulgaridá...porque resultaban listas como las de los vapores llenas de erres y de inis y que se agitaba la idea, entre los cronistas de cambiar los apellidos, aingleséndoselós o afrancesándoselós, según los casos, a las familias pudientes que no podían dejarse afuera y qu'ellos no comprendían como había gente conocida que se avenía con semejantes nombres...

—Lo qu'es yo, hijita... me llamo como me puso mi madre no más y a pesar d'eso no los he dejar

que hagan su gusto... He de figurar en las listas y Chicha también... ¿Ya ven?... Me les largué a la imprenta y les arranqu'esa noticita...

—¡Sí... pero eso no se puede siempre!... ¿Cómo hace una para que la pongan, no teniendo apellido como el que esigen?... No hay más remedio que resinarse y tragar saliva...

—¡No crea! Lo qu'es aura yo ya s'él caminito y conforme me dejen en el tintero... ¡zás!... una carta al diretor o una visita... ¡Yo v'ya'cer que a la Chicha me l'hagan figurar como le corresde o ellos van a reventar!...

—¡Vea!... Y parece que la tal crónica no diera nada y da qu'es una barbaridá... ¡Nosotras conocemos unas muchachas qu'eran unas pobrecitas de por allá por los Corrales y había de ver aura lo que son!... Una d'ellas, entró en amores con un tipógrafo que la empezó a'cer poner en las listas y poco a poco las fué haciendo conocer... Hoy una está en el correo, lo más bien y la otra en una escuela, y el hermano, qu'era mayoral de trangüe, calzó en l'aduana...

—Sin contar conque Marcelina se casó con su tipógrafo y que tuvo unos regalos riquísimos... ¡Bueno!... Pero esas habían hech'un negocio de la cosa... Las muchachas bien, del barrio, las buscaban para llevarlas a los tiatros y a los bailes... por darse corte de personas relacionadas con gente conocida... Usté sabe lo qu'es la vanidá...

—Yo no lo haré por negocio ni por nada, pero no he de dejar que a la Chicha me la pongan entre las ecéteras ni a mí tampoco... Conforme salga de una fiesta la mando a la Chicha con Federico y yo enderezo pa las imprentas a ver a los diretores... ¡Ya verán como hasta yo h'e ser como el catecismo!... ¡Me han de aprender de memoria!...

INDICE

INTRODUCCION

Pág.

Fran Mocho, por Miguel Cané 9

CUENTOS DE FRAY MOCHO

El lechero 15
Pascalino 16
Instantánea. 19
Monologando 20
Me mudo al norte 21
Más vale maña que fuerza.—Leyendas entrerrianas 22
Tierna despedida 26
El marchante más antiguo.—En la comisaría . . 29
Entre dos mates 30
El ahijado del comisario 32
Cada cual se agarra con las uñas que tiene . . . 35
Filosofando. 36
Entre amigos 38
Cuartelera 40
¿Y a mí, quién me agarra? 42
Instantánea 44
Entre el recado y la silla 46
En familia 48
A la hora del te 51
Como víbora que ha perdido la ponzoña 54
Escuela de campaña 57
Ni con cuarta 59
Confidencias 61
Al vuelo 63

Pág.

Conspirando 65
En las antesalas del congreso 67
Del natural 70
¿No es verdá, nena? 72
Reminiscencia 74
Saudades 75
Paisajes 78
Donde las dan las toman 80
Centenario de hojalata 83
Cada cual come en su plato 86
Pechadores 88
Cazando al vuelo 91
Cosas de negros 93
Cuentos de caza 96
Notas de viaje 98
¿A mí?... ¡con la piolita! 104
Del mismo pelo 106
¡Qué suerte pa las de Míguens! 108
Siempre amigo 111
¡El pobre amigo! 115
Entre dos copas 119
Flirt 121
Los tiempos de aura 124
Tirando al aire 127
La caza del cóndor 129
Como en familia 133
Desertor. 135
La junta de la cuchilla 138
En el bañado 141
De raza 144
Patriotismo... y caldo gordo 149
Divorçons... en criollo 153
¡Cuatrerismo vivito! 155
Entre yo y mi perro 158
Carnavalesca 162

Pág.

De vuelta del Paraguay 165
Frente a frente 168
Entre gentes de confianza 171
¡Robadita! 174
De baquet'a sacatrapo 176
Sin revancha 178
¡Ojo por ojo! 181
El hijo de doñ'Amalia 184
Después del recibo 188
¡Viva Chile... y siga el baile! 192
El cazador de tigres 195
Diplomático en botón 199
Nobleza del pago 203
Una cura por el agua 206
Entre rentistas 209
Política casera. 211
Confidencias. 213
La economía es la madre de la riqueza. 215
La despedida 219
Mi primo Sebastián 222
En familia 226
Callejera 229
El café de la Recova. 231
En confianza 233
Callejera 237
Milico viejo. 239
Robustiano Miñones 243
La bienvenida 246
Haciendo lobos de mar 248
Regalos de boda 251
Bordoneo 255
"Entidá judicial" 258
"Las etcéteras". 262

TALLERES GRAFICOS
SCHENONE HNOS.
— & LIN RI —
PASCO 735 · BS. AIRES

PQ
7797
A57A6
1920

Alvarez, José Sixto
Cuentos de Fray Mocho

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 01 11 013 9